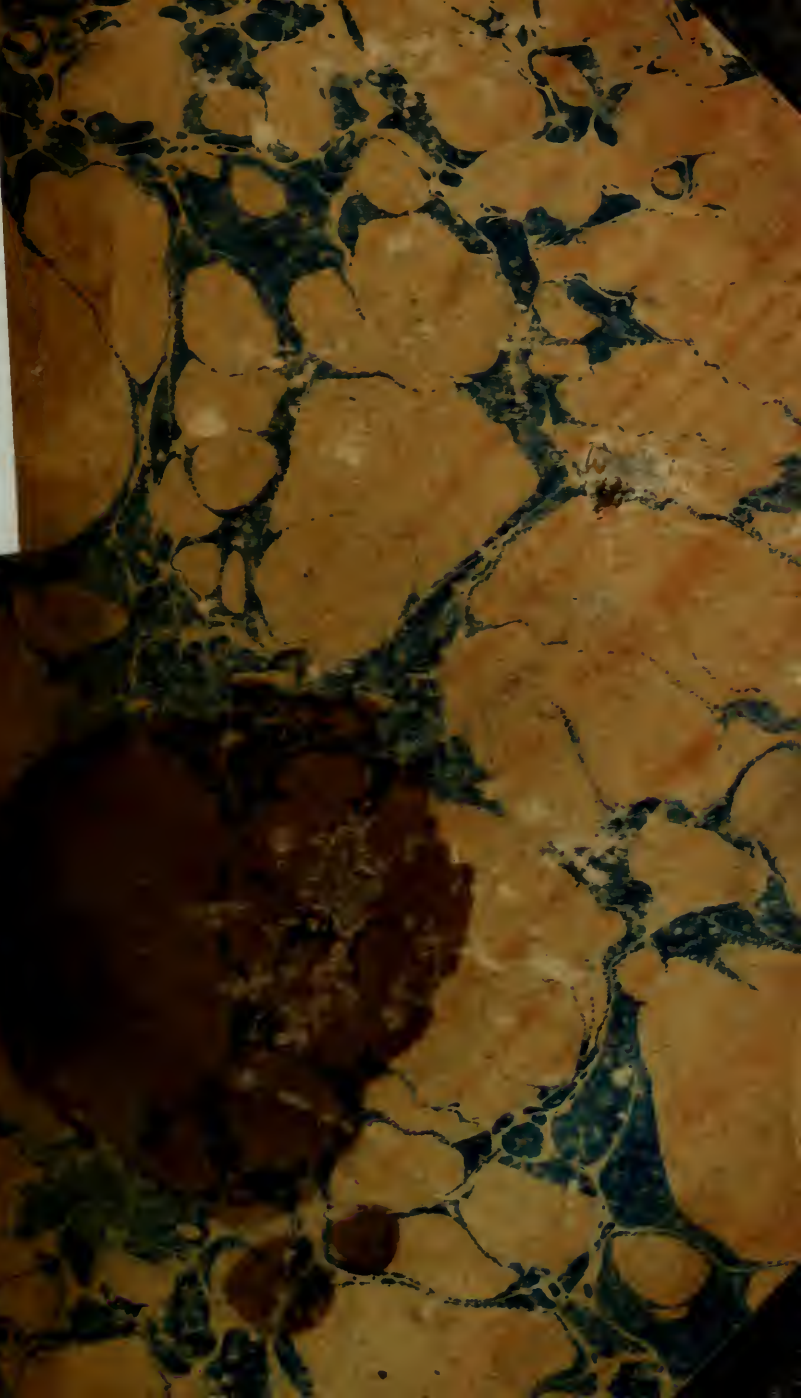




3 1761 07802920 4



ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E

C
O
M
O

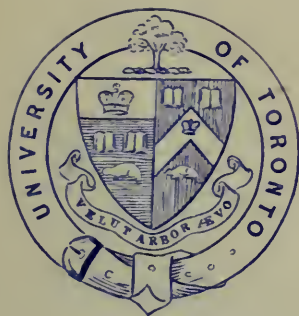


J
O
Y
A

P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

UN VIAJE
AL INFIERNO.



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

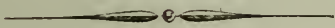
LS
A7193v

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL.

POR

D. Juan de Ariza.



TOMO III. - 114

MADRID: — 1848.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.

Salon del Prado, número 8.

459470
3. 47

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PH.D. THESIS

BY

CHICAGO, ILLINOIS

1950

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

EL ARLEQUIN ANUDA EL HILO DE SU HISTORIA.

CLAVADO quedé sobre mi asiento, como una estatua sobre su pedestal, viendo á la máscara alejarse, y doblemente sorprendido de la crónica que me habia contado, y del rostro que no habia temido descubrirse. No me causaba admiracion el relato de la primera; porque el nombramiento del esposo de Sofia Amaranto, el haberse negado esta á recibirme ó el no haber venido á buscarme, su pronta marcha, y, sobre todo, la

sonrisa del señor ministro de Hacienda, eran datos muy terminantes, para que, añadiéndoles yo algunas fundadas conjeturas, no adivinara la catástrofe; pero me sorprendió muchísimo que una máscara, después de haber hablado con alguna emoción de un amor pasado y ardiente, después de haberme referido una crónica de tan mal género, se privará del salvo conducto que la estaba dando el incógnito; y me sorprendía mucho más que la maliciosa cronista fuera la desconocida del congreso. A estos motivos de extrañeza, se unía otro que debía llamar mi atención, y era el fino tacto y esquisita habilidad con que, durante todo su relato, había satirizado crudamente á mis dos amadas; valiéndose para satirizar á Sofia de las palabras, que según ella, había usado mi antigua señora, y enunciando, como al acaso y por incidencia, los ocho lustros que no debía cumplir la última. Aunque es verdad que esta doble sátira se esplicaba bastante bien, teniendo en cuenta que la dama del dominó negro se contaba en el número de mis ex-amadas; y que por lo tanto debía agrada-la mortificar mi orgullo, haciendo la caricatura de sus inmediatas sucesoras.

Después de haber hecho una por una las reflexiones que anteceden, me hubiera entregado á sacar moralidades ó moralejas de la crónica escandalosa y demás lances inmorales, si desde

que he dado en la fatal manía de escribir mi fatal viaje á la fatal corte del Infierno, no hubiera meditado mucho sobre los defectos y bellezas de cuantos escritores amenos me han precedido en la carrera que comienzo; y con mi juicio bueno ó malo no hubiera puesto en el número de los primeros el furor de moralizar, fundándome en el siguiente raciocinio. Si la historia contada tiene una moral clara y sencilla, el lector se hará cargo de ella, sin necesitar que se la indiquen; y dedicarse al minucioso trabajo de aclarar alguna palabra que puede parecer dudosa, seria ir pasando una panera de trigo, grano á grano, porque entre él se encontraba una sola arista: y si la moral que se desprende es tan confusa ó diminuta, que apenas se vé con microscopio, quererla poner de relieve seria aventar un almiar de paja, porque entre ella estaba escondido un solo grano. Baste, pues, decir, que la crónica escandalosa me dejó asaz mohino; no porque la dama del pié pequeño tuviera cuarenta años cumplidos, responsabilidad que pesaba sobre mi homónimo, sino porque entre Sofia Amaranto, mi antigua amada y el señor ministro de Hacienda me habian hecho tablas un buen juego; y la responsabilidad de haberlo perdido pesaba realmente sobre mí. Esta idea, encendiendo un mucho mi sangre, me secaba no poco el paladar, y pedí un segundo vaso de naranja;

pero al aplicármelo á los lábios, se posó una mano suavemente sobre mi codo, lo bastante para no permitirme beber; volví la cabeza y me encontré con el bullicioso arlequin.

—Buen provechò, Palma de Jura: me dijo con jovialidad.

—Si no me permites beber, no me hará buen ni mal provecho: repuse.

—¿No sabes que, antes de beber, se dice: V. gusta?

—Sí, arlequin.

—Pues porque no habias cumplido ese deber para conmigo, te detuve el brazo.

—¿Gusta V. de un vaso de naranja, señor arlequin? le pregunté con una forzada sonrisa.

—Muchas gracias, señor don Nazario Palma de Jura: repuso, me dejó el brazo en libertad, ocupó el asiento que habia dejado mi pareja, y yo bebí un sorbo de naranja.

Guardamos silencio un instante, y lo interrumpió el arlequin, diciéndome:

—Palma de Jura, aquí me tienes, dispuesto á cumplirte mi palabra.

—¿Qué palabra? le pregunté, enteramente distraído.

—¿No quedamos en que esta noche te acabaría de contar la historia de Julio?

—Tienes razon: le respondí, no muy dispuesto á escuchar historias.

—Si estás decidido á escucharla, empezaré, Palma de Jura.

Calculé que el resto de la noche lo habia de pasar fastidiado; y dándome lo mismo fastidiarme solo que oyendo contar una historia, dije al arlequin:

—Puedes comenzar cuando te plazca, porque ya te escucho.

—Comienzo. Reuniendo á la parte de historia que yo te conté antes de anoche, la que le habia referido momentos antes Dorotea, quedamos en que una muger no muy hermosa habia desechado el amor de Julio, para recibir los obsequios de un opulento capitalista; merced á los buenos consejos de una amiga bastante interesada; pues, como dijimos entonces, Dorotea y la íntima amiga de la muger no muy hermosa eran una misma persona. Mucho habia lastimado Julio el amor propio de Dorotea, contribuyendo á que Teodoro quedara libre de sus redes; pero la hija del marqués del Campo tomaba venganza á su vez, hiriendo el corazon de Julio en lo mas recóndito y sensible. El amor del joven hácia la muger que habia disputado al banquero era volcánico y profundo: era uno de aquellos amores, que, si la vida fuera eterna, vivirían una eternidad.

Al hacerse perceptible y público el triunfo del capitalista, acababa Julio de consumir los

últimos miserables restos de su mediano patrimonio, sumiéndose instantáneamente en una espantosa miseria; miseria tanto mas sensible, cuanto que sabia que la preferéncia dada al banquero no era una preferéncia de corazon, sino una preferéncia de cálculo; una preferéncia fundada en el deseo de aparecer con un fáusto deslumbrador ante los ojos de la córte: es decir, ante el deseo de colocar su deshonra sobre un pedestal muy elevado, para que no quedára duda de ella, para que la vieran desde lejos.

• Si se hubiera visto Julio pospuesto á un hombre de mas corazon; á un hombre amado por sí mismo; hubiera sufrido mas su alma, hubiera llorado en silencio su inferioridad, reconociéndola, pero no se hubiera lastimado tanto su orgullo, ni hubiera sentido la mano invisible de la suerte, que encumbrando á unos, aun mas allá de sus deseos, arrastra despiadada á otros: no hubiera conocido al menos, que un poco de oro le privaba la posesion de una mujer.

• En la imaginacion del jóven, tomaban forma las ideas con prodigiosa rapidez, y cuanto mas pensaba en ello menos doblaba la frente al yugo que su destino le imponia. Despreciaba profundamente á la mujer, que se vendia como un buen caballo de raza ó un frágil juguete de moda. Si la hubiera visto á sus pies, ofreciéndole amor y vida, la hubiera pisado con desden ó rechazado

lejos de sí; pero no podia resignarse á la idea de haber sido vencido: no queria que se proclamára el imperio del oro, humilde producto de la tierra, sobre el genio, brillante destello de Dios.

»Despues de una noche de insomnio, en la cual le habia atormentado una idea fija con mas intensidad que otras veces, se levantó Julio resuelto á que no volviera á atormentarle la misma idea bajo las mismas formas; se vistió con el mayor esmero; cojió dos pistolas de combate, aunque de medianas dimensiones; las ocultó perfectamente bajo su gaban, y salió, con la mirada altiva y fiera, y el andar resuelto, que indica una decision importante. Atravesó dos ó tres calles, sin reparar en las personas que lo saludaban al paso; llegó á una casa de bastante buena apariencia aunque nada monumental, el palacio de un rico; subió la escalera pausadamente, tan sêguro estaba de que nada podria hacerle variar ni modificar en lo mas mínimo su resolucion; sacudió la campanilla, como si lo llevara allí negocio de poca importancia; preguntó por el dueño de la casa; y fué conducido á un aposento, magníficamente amueblado. Esperó cinco ó seis minutos, al cabo de los cuales entró el banquero, cuyo oro le habia arrebatado su amor.»

—Adios, Julio; dijo el banquero, manifestando alguna estrañeza de encontrarlo.

—Adios : repuso Julio , con el laconismo que acompaña á las firmes resoluciones.

—¿A qué debo el gusto de verte ? preguntó el banquero : procurando dar á su rostro una expresion de tranquilidad y aun de alegría que desmentian completamente el leve temblor de sus lábios , lo balbuciente de sus palabras , lo inseguro de su mirada , lo forzado de su sonrisa y la palidez de su semblante.

—He venido , repuso Julio con solemne impasibilidad , á proponerte un duelo.

El banquero retrocedió dos ó tres pasos , y murmuró despues :

—No comprendo... ¿Pero de parte de quién vienes á proponerme?...

—De parte mia.

—¿Y qué razon has tenido para?...

—Ninguna. Vengo á darte la muerte , ó á recibirla de tu mano , por puro capricho.

—Pero , Julio , bien sabes que en casos semejantes se buscan padrinos , y ellos tratan...

—Ellos tratan , generalmente , de que el duelo no se realice.

—Examinan , en primer lugar , si hay justo motivo para un duelo ; si no lo encuentran desisten de él...

—Y como nuestro duelo ha de efectuarse , son inútiles los testigos.

—Pero aunque el duelo se efectúe, ellos arreglan las condiciones, elije las armas.

—Como nuestro duelo ha de ser á muerte, tengo elegidas las pistolas; y respecto á las condiciones, no me parece muy difícil que las arreglemos los dos.

El banquero guardó silencio, no sabiendo qué responder á las terminantes razones de su implacable competidor; Julio echó la llave á la única puerta de salida que tenia el aposento; puso sus pistolas sobre un velador, y añadió:

—Ahí tienes dos pistolas cargadas: elige la que te parezca mejor.

—Pero, Julio... murmuró el banquero, sin tocar las armas.

—Son inútiles las palabras. Toma una pistola y acabemos.

—¿Pero dime, al menos, por qué estás empeñado en matarme?

—Porque posees una mujer á quien yo amaba: respondió Julio, con su siniestro laconismo, é indicando con un ademán al banquero que cojera un arma.

—Considera, Julio, que, por mas difícil que parezca, quizás encontremos un medio...

—¿Vas á proponerme, por ventura, que estás inclinado á cedérmela? preguntó el jóven, con una espresion que revelaba profundo desprecio hácia los dos.

—No te la cederé jamás, porque la amo: dijo el banquero con alguna mas energía.

—Lo mismo me da: repuso Julio con su glacial indiferencia.

—¿Pues qué quieres?

—Que uno de los dos quede aquí; replicó: y cogiendo las dos pistolas por los cañones las presentó al capitalista, que retrocedió algunos pasos.

» Adelantó Julio rápidamente la distancia que habia retrocedido el banquero, y sin dejar de presentarle las pistolas, añadió con aterradora sangre fria:

—Si no estás dispuesto á batirte, me obligarás á cometer un asesinato.

» Estas palabras, pronunciadas con un aplomo que no permitia dudar que el hecho iba á seguirse á la amenaza, impresionaron fuertemente al amedrantado capitalista; y por un movimiento impremeditado y maquinal se apoderó de una pistola, y retrocedió algunos pasos. Julio marchó en direccion opuesta, y un segundo despues se encontraban á diez pasos uno de otro, y mirándose fijamente.

» En las pupilas del banquero se leia una mortal angustia, mientras las del jóven brillaban con un fuego fascinador. Despues de un minuto de pausa, dijo Julio:

—Arma tu pistola, y dispara. Te permito tirar primero.

» El banquero se estremeció; y haciendo un esfuerzo, repuso:

—Este duelo no puede realizarse, Julio; porque sería un verdadero asesinato.

—No puede haber asesinato entre dos hombres provistos de las mismas armas, prevenidos, y que se miran frente á frente. Arma tu pistola, como yo armo la mia; perfílate, como yo me perfílo; apunta y dispara.

» El jóven armó su pistola, y se perfiló, quedando en guardia: el banquero armó tambien la suya, se perfiló, levanto el brazo, apuntó un segundo, y bajando su arma, volvió á murmurar, mas abatido y preocupado:

—Estoy resuelto á no batirme, y no dispararé jamás.

» Julio no repuso palabra; marchó de frente con paso firme y reposado, y apoyando el cañon de su arma sobre el corazon del banquero, murmuró á su vez con voz hueca:

—Ya que nos has querido que te mate como á hombre, te mataré como á un cordero.

—¡Julio, Julio! exclamó el capitalista, desplomándose sobre un sofá y dejando caer la pistola que no sabia usar en su defensa, contra el hombre que le amenazaba.

» Miró Julio desdeñosamente al banquero; retiró el cañon de la pistola; se cruzó de brazos; alzó su frente despejada, y dijo:

—¿Temes morir?

—Si temo morir: murmuró el banquero tristemente.

—Y sin embargo, yo estoy resuelto á arrancarte la vida.

—¡Julio!

» Guardó el jóven profundo silencio durante cinco ó seis minutos.

—Estoy buscando un medio, para no tener que asesinarte; dijo despues.

—Busca, Julio, un medio cualquiera: repuso el banquero suplicante.

—Por mas que lo busco no lo encuentro: murmuró, lanzando una carcajada feroz.

» Esta carcajada resonó en el alma del capitalista, dejándola helada de espanto. Quiso replicar, y las palabras se anudaron en su garganta: quiso huir y le abandonaron las fuerzas. Julio le lanzó una mirada de desden, mas aguda que cien puñales para un corazon bien templado: dió algunos paseos por la estancia, y parándose de improviso, añadió:

—Acabo de encontrar un medio, que puede salvarte la vida, ó prolongártela á lo menos.

—Lo admito: repuso el banquero en un exceso de alegría.

—Bueno será que te lo explique y que pienses en él un poco: añadió el jóven con solemne tranquilidad.

—Si vas á imponerme condiciones , las acepto desde este instante , por mas onerosas que sean.

—Voy á proponerte una gran jugada de bolsa. ¿Tendrás valor para aceptarla ?

—Tú arreglarás las condiciones , yo daré mi firma y partiremos las ganancias.

—¡ Miserable ! exclamó el jóven con furor: pero dominándose al momento, clavó en el banquero una mirada fiera á la par que desdeñosa, y añadió con extraordinaria frialdad :

—No trato de cobrar diferencias ni de que partamos los despojos de cien pobres padres de familia. Nuestra jugada va á tener un carácter excepcional ; unas condiciones especiales , y como jugaremos en pugna , ganaremos uno de los dos , para lo cual perderá el otro de seguro.

—No puedo adivinar , amigo mio , lo que pretendes proponerme.

—Yo me explicaré de manera que , sin necesidad de adivinar , me comprendas perfectamente. Vamos á jugar uno á la alza y otro á la baja , como casi siempre sucede. ¿ Me vas comprendiendo ?

—Sí, Julio : pero no encuentro nada de extraño en las condiciones que has propuesto.

—Eso consiste en que debemos tratar por partes. Respóndeme ahora. ¿ Quieres jugar á la alza ó á la baja ?

— A la alza : repuso el banquero , con la seguridad de un hombre acostumbrado á los negocios.

— ¿Y á qué fecha quieres jugar? le preguntó su antagonista , con la sangre fria de un agente.

— A sesenta dias : replicó el banquero con la misma formalidad.

— Larga es la fecha , pero acepto. Si al cumplir los sesenta dias , plazo fijo , está el tres por ciento á mas cambio de treinta y uno , tú has ganado , y si á menor cambio has perdido.

— Exactamente. Y podremos atravesar la cantidad de.....

— La cantidad quiero yo fijarla : dijo el jóven con altivez.

— No tengo el menor inconveniente ; pero como hasta ahora me habias dejado la eleccion.

— Por lo mismo debo elegir yo alguna vez : repuso Julio con sarcasmo.

— Tienes razon. Designa , pues , la cantidad que atravesamos.

• El joven miró fijamente al banquero , como el esgrimidor que busca el flanco á su enemigo , y dijo :

— Jugamos una cantidad imaginaria , de un valor muy convencional.

— No te comprendo , amigo mio. Explicáte con claridad.

—Jugamos vida contra vida: dijo Julio solemnemente.

—¡Julio! exclamó el banquero, como si le hubiera herido un rayo.

—Ni una palabra mas. Aquí hay un tintero, un papel; escribe lo que yo te dicte.

• El banquero tomó la pluma, despues de ineficaces ruegos, y escribió, dictándole Julio.

• *Hoy diez de marzo de mil ochocientos..... he jugado mi vida contra la de Julio de..... él á que bajan y yo á que suben los títulos del tres por ciento en sesenta dias, plazo fijo. Si pierdo y no cumplo mi palabra, declaro que mi infamia es hija de una invencible cobardia.*

• Firmó el banquero; Julio se guardó el papel, tomó las pistolas, saludó al turbado capitalista, y se retiró con la mayor tranquilidad. •

CAPITULO II.

EL USURERO.

UN duelo (aplazado á sesenta dias) es capaz de consumir hora por hora la vida de los combatientes de impaciencia y de sobresalto; y una jugada, como la que habia propuesto Julio y aceptado el capitalista, era cien veces mas fatal que un duelo aplazado; y por lo mismo que dejaba una alternativa terrible, debia producir una zozobra mas punzante. Dos hombres estaban frente á frente; dos hombres corrian sus azares; veamos lo que estos dos hombres hacian, de qué manera soportaban el peso del gran anatema de muerte que se habian lanzado á la vez.

Hemos dicho que el jóven Julio acababa de consumir los últimos miserables restos de su pa-

trimonio, y que se hallaba á las puertas de la miseria tanto mas estrechas para él, cuanto que nunca habia atravesado sus umbrales. Sus relaciones en la córte eran numerosas y brillantes; pero las habia adquirido todas á título de hombre esplendido é independiente, y nada podia esperar de ellas en situacion tan apurada, porque nada estaba dispuesto á pedir las. Al principio de una partida, cuyo fin estaba señalado, no creia deber afanarse en buscar una posicion que podia durarle una hora, y veia avanzar, como un caminante perdido en los sombríos bosques de la India, la miseria de un lado y la muerte del otro; tigres hambrientos que se disputaban su presa, que no cejaban en su empeño y que al fin acabarían por devorarla. Julio contemplaba impasible la proximidad de las dos fieras; y con la tranquilidad de un hombre que vé un puerto en la muerte y en la vida una cruel borrasca, gozaba en ver como las dos se disputaban la misma presa, sin apercibirse quizás de que una sola podia cebarse en sus despojos. Venian á turbar este estoicismo algunas pequeñas miserias, á las cuales podia hacer frente, pero se paraba turbado ante pequeños sacrificios. Poseia Julio algunas alhajas de mediano valor, bastantes á sacarlo de los apuros del momento; no tenia á ellas ningun apego; necesitaba enagenarlas; estaba dispuesto á efectuarlo; y sin embargo no se

atrevia á presentarse como vendedor de unos efectos que révelarian su escasez. Se esplican todos que un banquero no disminuya su boato cuando está amagado de quiebra; porque comprenden que perdiendo la confianza de sus corresponsales hace inevitable su ruina: pero no comprenden la repugnancia de un individuo aislado, que ni puede ni quiere engañar, á patentizar su mal estado; porque para comprender bien esta repugnancia invencible es necesario prescindir de los cálculos matemáticos; separarse del mundo real, y remontándose á la region del sentimiento, mundo especial que ha creado la omnipotencia divina para que las almas privilegiadas se eleven á él, dilantándose en una atmósfera mas pura, juzgar solo por sentimiento; ó mejor dicho, no juzgar, porque el sentimiento no juzga, sino aprueba, comprende y adivina.

»Algunas noches pasó Julio de cruel insomnio, meditando de qué manera podria enagenar sus alhajas sin que las gentes con quienes vivia pudieran apercibirse de ello: y despues de mucho meditar, despues de violentarse mucho, se decidió al gran sacrificio, y reuniendo todas su joyas salió en busca de comprador, no pensando en el mejor negocio sino en aquel que le ofreciera inmediata realizacion. Recorrió al acaso varias calles, deteniéndose en todas las puertas de los plateros, compradores de alhajas y prestamistas de

casa abierta , y no atreviéndose á pasar sus umbrales; hasta que un conocido suyo , de esos que se creen superiores á la sociedad en que viven y toman al mundo por juguete , le cojió del brazo con la franqueza que los distingue , y le dijo :

—¿A dónde vas , amigo Julio , tan de madrugada ?

—No sé : repuso Julio secamente , preocupado , triste y sombrío.

—¿Traes entre manos alguna aventura amorosa ?

Julio creia que todo el mundo podia leer lo que pasaba en su interior ; y como su rostro sombrío y lo desabrido de sus respuestas podian auxiliar á la superior inteligencia que concedia graciosamente á cuantos se acercaban á él , repuso con jovialidad :

—Tú sabes muy bien que en Dramalla no faltan de esas aventuras.

—Dichoso tú , que puedes entregarte á ellas con tranquilidad y á todas horas.

—¿No te encuentras en el mismo caso ? preguntó el jóven con una sonrisa de duda.

—No , Julio. Vengo de tener una entrevista con don Lausdeo Chupa.

—No conozco á ese caballero , repuso Julio ; llamándole algo la atención lo gráfico del apellido.

—Bien se conocè que no has estado *eu Peñaranda*: replicó su interlocutor.

—¿Qué tiene que ver Peñaranda con don Lausdeo Chupa?

—Preguntárselo á un magnífico alfiler de brillantes, que habras visto brillar otras veces en mi camisa, y que por desgracia no ves en este crítico momento.

—Segun eso, ¿don Lausdeo Chupa es un ladrón? preguntó Julio.

—Sí y no: repuso el conocido de don Lausdeo con la mayor formalidad.

—¿Quieres explicarme ese *si* y *no*, que por mas que hago, no comprendo.

—Voy á explicártelo. Don Lausdeo Chupa no es ratero ni mucho menos saltador de caminos; en este concepto te digo que don Lausdeo Chupa no es ladrón. Don Lausdeo Chupa es un redomado usurero; y en este concepto te digo que don Lausdeo Chupa es ladrón.

Estas palabras hicieron recordar á Julio su situación, y comprendió inmediatamente que un hombre como don Lausdeo le venia de molde en tal caso. Pensó que con alguna maña le sería fácil averiguar el nido de Chupa, y dijo á su interlocutor:

—¿Pues si vienes ahora de casa de don Lausdeo Chupa, traeras andada media legua?

—No tal. Don Lausdeo Chupa vive en la calle

del Hospicio, número primero, cuarto buhardilla, para lo que gustes mandar y él esté pronto á complacerte.

—Dios me libre de don Lausdeo, murmuró Julio : y los dos amigos marcharon en encontradas direcciones, tomando Julio la que conducia á la casa del usurero.

»Rápidamente atravesó la distancia que lo separaba de la fatal calle del Hospicio, porque no queria detenerse, temiendo perder el valor que necesitaba para encararse con el redomado usurero : entró de corrido en el portal y subió dos ó tres tramos de escalera. Se paró, para tomar aliento, y volvió de nuevo á sentir la maléfica repugnancia que, como una funesta pesadilla, sin descanso lo perseguia. Queriendo buscar justa causa para no hablar á don Lausdeo, se llevó la mano al bolsillo como si temiera haber olvidado las alhajas ; y, encontrándolas, tuvo un momento de quererlas hacer pedazos, para privarse de este modo del único medio de subsistencia que le quedaba, y que solamente le servia para tenerlo en una continúa zozobra ó causarle una dolorosa humillacion. Iba á realizar su pensamiento, cuando le asaltó otra nueva idea, única capaz de hacerle variar su proyecto. Recordó que el nueve de mayo tenia que saldar su compromiso con el rico capitalista; que era necesario vivir sesenta dias, sopena de no ver el éxito de tan importan-

te jugada; que para vivirlos sin que notaran su indigencia necesitaba algunos fondos, y que se encontraba á dos pasos del hombre que proporciónárselos podia. Este fundado raciocinio le hizo subir con rapidez los cinco tramos de escalera que hasta la boardilla quedaban; y sin pararse á meditar dió tres golpes en una puertecilla angosta y baja, pero bastante doble, y provista de una ventanilla con chapa de hierro, en forma de criba, de modo que desde adentro podia verse con la mayor comodidad al que llamaba, sin que este descubriera al brujo de aquel misterioso desvan. Minutos despues de haber dado Julio los tres golpes, oyó rechinar la ventanilla y poco despues una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Gente de paz: respondió Julio, no sabiendo cómo anunciarse.

—¿Qué se le ofrece á V., caballero? prosiguió la voz preguntando.

—¿Vive aquí el señor don Lausdeo Chupa? preguntó el jóven á su vez.

—Sí señor: repuso la voz con acento algo desapacible.

—Deseo hablar á ese caballero: insistió Julio, con la mayor urbanidad.

—¿Quién es V.? volvió á preguntarle la voz con acento mas repulsivo.

Esta pregunta tan sencilla y natural puso al

jóven en un compromiso terrible. En primer lugar no queria decir su nombre y apellido; y en segundo, porque nada adelantaria con pronunciarlos, porque eran, ó debian ser completamente desconocidos. En tan crítica situacion, se acordó del socorrido amigo, que sin apercibirse de ello, lo habia conducido hasta allí, y usando para sí uno supuesto, respondió:

—Me llamo Florentino Perez, y vengo de parte de don Tomás Castro y Contreras.

—¿Y qué ha dicho á V. don Tomás? preguntó la voz otra vez.

—Que, para que no duden que vengo de su parte, diga que acaba de salir de aquí.

—Puede V. haberlo visto salir, y prevalerse de ello.

Julio estuvo para renunciar á su entrevista, por no sufrir mas humillaciones, pero haciendo un violento esfuerzo repuso:

—Es verdad que puedo haberlo visto salir; pero no podría saber, á no haberlo dicho Castro y Contreras, que acababa de entregar á don Lausdeo un rico alfiler de brillantes.

—Eso es muy distinto, caballero: repuso la voz. Julio oyó un ligero ruido de pasos; pasados algunos momentos el ruido de pasos mas sonoros; y por último el rechinar de dos cerrojos y de un pesado picaporte.

—Pase V. adelante, caballero: le dijo, al

abrirse la puerta, una voz de hombre: siendo de notar que la que le habia preguntado antes era, sin duda, de mujer.

Entró Julio resueltamente, y se encontró delante de un hombre de sesenta y cinco á setenta años; alto, flaco, de nariz afilada, boca hundida, salientes pomulos, ojos medio cristalizados, frente aplastada, cabellos grises y en desórden. El vestido de este personaje se componia de un gorro de lana, cuyo color era imposible definir; un paletó de bayeton, remendado, por varias partes, de paño y bayeta de varios colores; una camisa de algodón casero, estraordinariamente sucia; un pantalon, cuya primitiva tela y color era imposible adivinar, y unas chancas de bendo, tan derrotadas como el traje. Este hombre, que parecia escapado del cesto de un traperero, era don Lausdeo Chupa en cuerpo y alma, si es que tiene alma un usurero.

Apenas atravesó Julio el umbral, no sin abollarse el sombrero, rechinó la maciza puerta, y don Lausdeo corrió los robustos cerrojos. Ejecutada esta operacion, la mas importante sin duda que podia hacer un usurero, se colocó Chupa delante del jóven, para irle enseñando el camino. Atravesaron un pasillo, desmantelado y tortuoso, y entraron en una cocina mugrienta y con un miserable ajuar. En esta cocina se encontraba una mujer de sesenta años, vestida con

el mismo lujo, aunque con alguna mas limpieza que don Lausdeo, y entretenida en hacer media. En el fondo de la cocina se veia una puerta, al pié de la cual estaba echado un hermoso mástin, única alhaja que hasta entonces habia presentado la casa; y á la derecha de esta puerta se veia otra, que daba paso á una salita buhardillada. Cuando penetraron en ella, vió Julio que todo su mueblaje se componia de una estrecha mesa de pino, un armario de la misma madera, dos sillas de enea, y una cortina de percal, que cubria á medias la puerta de una alcoba; en cuyo fondo se veia un lecho, compuesto de dos bancos trémulos, cuatro tablas bastante desiguales, un mal gergon, dos sábanas de lienzo crudo, y unas mantas hechas pedazos: A una invitacion del usurero, ocupó Julio una de las sillas, y don Lausdeo se sentó en la otra; dejando la mesa entre los dos.

—Segun me ha dicho mi mujer, dijo el usurero con voz dulce. ¿Viene V. recomendado aquí por el señor don Tomás Castro y Contreras, que es un buen sugeto y mi amigo.

—Sí, señor: le respondió Julio con extraordinaria turbacion.

—¿Y en qué puedo servir á V.? volvió á preguntarle don Lausdeo.

—Por circunstancias especiales me encuentro en un muy grave apuro...

—Amigo mio, le interrumpió Chupa; Vds. los jóvenes, no conocen el valor que hoy tiene el dinero, y lo malgastan como si tuvieran un cuño á su disposicion.

El jóven no estaba dispuesto á escuchar los sermones del usurero; mas no pudiendo prescindir de sufrirlos, sin renunciar á su pretension, creyó lo mas prudente acortarlos, respondiendo en el mismo tono:

—Es verdad que en muchas ocasionss no sabemos atemperarnos á las circunstancias, y que gastamos algo mas de lo necesario; pero en cierto modo es disculpable nuestra conducta, cuando contamos, para salir de cualquier apuro, con alahajas de algun valor.

—Esa es la obligada cantinela que estoy oyendo diariamente; y es que cuentan con nuestros bolsillos como si fueran inagotables. Hoy mismo me he visto apurado para proporcionar al señor don Tomás Castro y Contreras doce onzas, que no hubiera entregado á nadie sino á él.

Julio empezaba á impacientarse; y queriendo acabar de una vez la discusion, adversa ó favorablemente, sacó del bolsillo un estuche, y, poniéndolo sobre la mesa, dijo al usurero:

—Tenga V. la bondad de abrir ese estuche y de ver lo que contiene.

Don Lausdeo se caló unas gafas de hierro con dobles cristales; tocó el resorte del estuche; sacó

un reloj de oro; abrió sus cajas; y, despues de haberlo examinado, dijo con indiferencia:

—Frenk.

—Frenk: murmuró Julio, repitiendo la palabra del usurero con diferente acentuacion.

—Este reloj, repuso don Lausdeo, bien valdrá mil quinientos reales.

—Me ha costado cinco mil quinientos: dijo el jóven con frialdad.

—No lo estraño; pero si V. trata de venderlo verá lo que le dan por él; y si lo empeña en el Monte de Piedad le harán el préstamo, teniendo en cuenta únicamente el valor de sus cajas.

—Adelante: murmuró Julio: y tomando el usurero la sortija, dijo:

—Este brillante valdrá tres mil reales, como si fueran un ochavo.

—Ese brillante ha costado quinientos duros: repuso el jóven con una sonrisa forzada.

—El valor del dinero aumenta y el de las piedras disminuye.

—Adelante.

—Estas dos cadenas mil reales valdrán ó poco menos.

—Esas dos cadenas han costado mil quinientos reales cada una.

—Pero V. conoce muy bien que en estas cosas las hecharas cuestan mucho.

—Adelante, adelante.

El usurero se detuvo un momento ; echó una mirada codiciosa á las alhajas , y murmuró , como si temiera cometer una irreparable imprudencia :

—¿Qué cantidad necesita V., caballero?

—Veamos lo que importan estas alhajas , segun la tasacion que V. ha hecho ; dijo Julio.

—Mil quinientos reales el reloj y mil las cadenas , son dos mil quinientos ; y tres mil la sortija son cinco mil quinientos reales ; si no he formado mal la cuenta.

—Bien está : necesito los cinco mil quinientos reales.

—Eso es imposible , caballero.

—¿Imposible murmuró Julio ? mordiéndose los lábios de ira.

—Absolutamente imposible. ¿Si proporcionára á V. los cinco mil quinientos reales , que garantía tendria el prestamista para cobrar sus intereses ?

—Tiene V. razon.

—Y como el menor interés que puede sacarse al dinero es un real por duro al mes , y durante un año tendrá V. guardadas sus prendas ; para garantir el sesenta por ciento anual , solo puedo proporcionar á V. , y eso porque quiero servirlo , tres mil reales.

Julio se mordió de nuevo los lábios , con mas despecho y mas violencia ; pero considerando que con aquella cantidad podria pasar medianamente

los dos meses que , quizás , le quedaban de vida, respondió con tranquilidad ó indiferencia:

—Recibiré los tres mil reales.

—Dije á V. que con mucha dificultad habia reunido las doce onzas, que entregué al señor don Tomás Castro y Cárdenas; y por lo tanto tengo que dirigirme á otro prestamista, que no vive lejos de aquí. Mi muger irá en un momento: si V. quiere, puede esperarla, y si no darse una vueltecita.

—Prefiero esperarla.

—Es lo mejor.

Don Lausdeo colocó las alhajas en el estuche y salió á la cocina. Julio oyó abrir y cerrar una puerta, que le pareció demasiado próxima para ser la de la buhardilla, y momentos despues volvió á presentarse don Lausdeo, frotándose mano con mano; clara señal, en un usurero, de haber terminado un buen negocio. Entre el jóven y don Lausdeo no podia entablarse buenamente conversacion de ningun género; pero el usurero queria dejar satisfecho á su cliente, y, recurriendo á la invencion, le contó dos ó tres historias de pérdidas considerables, que lo habian puesto en la humillante situacion de ser un agente de préstamos en vez de un prestamista verdadero. Julio procuraba distraerse para no oír las finjidas cuitas de don Lausdeo, y cuando percibió de nuevo abrir y cerrar una puerta, res-

piró con mas libertad ; seguro de que la presencia de la muger del usurero iba á sacarlo de aquel insufrible tormento. Don Lausdeo se levantó al punto , salió al momento á la cocina, y volvió trayendo en la mano un papel. Ocupó de nuevo su asiento ; desdobló con mucho cuidado el envoltorio, y derramó sobre la mesa, procurando que no sonáran al caer, algunas monedas de oro. Las empujó con sus flacos dedos hácia Julio, y le dijo con voz melosa :

—Entérese V., caballero.

—Bien estará : repuso Julio, empezando á guardar las monedas.

—El dinero es para contado. Mire V., ocho onzas de oro, tres monedas de á cuatro duros, una de dos, y medio duro resellado.

—Exactamente.

—Que suman...

—Dos mil ochocientos cincuenta reales.

—Cabalmente.

--Me parece que habíamos convenido en tres mil.

—Justo : pero ha sido preciso rebajar el cinco por ciento del primer mes y el cinco por ciento de mi corretaje. Ya vé V., no tengo otro modo de vivir, y los tiempos son tan fatales.

—Convenido, señor don Lausdeo : repuso Julio levantándose.

—Sabe V. que esta humilde buhardilla está á su disposicion.

—Mil gracias.

—Cualquiera cosa que á V. ocurra....

—Sé muy bien el favor de V.: y atravesando la mugrienta cocina, cruzó el umbral, acompañado de don Lausdeo, que quiso despedirlo hasta el primer peldaño de la escalera, y que, volviéndose á su nido, se apresuró á correr los cerrojos.

CAPITULO III.

LOS SESENTA DIAS.

LIERE Julio de la pesadilla que le habia atormentado hasta entonces, bajó la pendiente escalera de la casa de don Lausdeo con el ánimo mas tranquilo ; y su corazon se dilataba , como si acabáran de quitarle un peñasco que lo abrumára bajo su enorme gravedad. Se encaminó inmediatamente á su alojamiento ; pagó á su huésped adelantado hasta el nueve de mayo inclusive, y dividió el dinero restante en seis porciones iguales , imponiéndose la irredimible condicion de no gastar mas que una de ellas en cada periodo de diez dias. Presupuesto este buen arreglo económico , relegó á lo mas hondo de su alma las penas que lo atormentaban ; y , con el

rostro placentero , continuó siguiendo el torbellino de una sociedad que solo exige buenas y agradables apariencias.

»Los que habian creído, y con razon , que Julio amaba tiernamente á la muger no muy hermosa, no comprendian su jovialidad, nisabian esplicarse cómo no habia provocado al banquero. Es verdad que no veian arder la sangre de su corazon , como las entrañas de un volcan; no descubrian la mano de hierro , que , en forma de garra , se hundia en su cerebro enrojecido, ni sabian la terrible apuesta que entre los rivales mediaba. El jóven, con la frente altiva y el corazon despedazado ; con una sonrisa en los labios y una lágrima dentro del alma, desafiaba intrépidamente la mirada de Dorotea amenazadora y radiante , como la espada del Querube; no esquivaba nunca encontrarse con la muger no muy hermosa, y decia su arrogante silencio á cuantos conocian la historia de su amor. »Si me creéis vencido, os engañáis lastimosamente: he probado en tan brava lid el temple esquisito de mis armas: mirad mi frente, y no hallaréis en ella la negra sombra del dolor. ¿Quereis penetrar en lo mas oculto de mi alma? francas encontrareis sus puertas , penetrad hasta lo mas recóndito. ¿Qué veis en su fondo? un amor trocado en desprecio , para ella ; en amargura, para mí. No creais jamás que esta amargura es

»hiel, que lastima los labios durante un minuto:
 »no, no. Esta amargura es un veneno, que car-
 »come segundo por segundo: es la muerte; esa
 »muerte lenta que trae consigo la tranquila des-
 »esperacion. No creais, tampoco, que el des-
 »precio es indiferencia ó desden. No creais que
 »no he perdido nada, ó á lo menos, que yo creo
 »no haberlo perdido: no, no. Yo sé que he per-
 »dido muchísimo.... No he perdido una muger.
 »¿Qué es una muger en la vida? un dia de so-
 »mas en el invierno; una rosa mas en el estío.
 »He perdido una hermosa ilusion: he perdido
 »mi fé, mi creencia. En el fondo de mi despre-
 »cio, como en el fondo de mi amargura, está la
 »muerte: porque mi corazon me dice: *Ama*, y
 »mi cabeza me dice: *No debes amar*. Aqui teneis
 »de manifiesto el negro abismo de mi alma. ¿Me
 »direis, quizás, que estoy vencido? Es una lo-
 »cura imaginarlo: ¿Os causa vértigos asomaros
 »al borde del profundo abismo? Si os causa vér-
 »tigos, vosotros sereis los vencidos, yo no: por-
 »que yo pénéto en sus entrañas; examino sus
 »hondas cavernas; buseo antorchas, que me
 »manifiesten su horror; y vivo en su fondo jo-
 »vial, tranquilo, indiferente. ¿Quién de voso-
 »tros ha sospechado que padezco? ninguno. Pues
 »ahí teneis como yo triunfo. Lanzo á una socie-
 »dad estúpida mi cruel sarcasmo; y repite mis
 »carcajadas, y se burla como yo me burlo, y

» sigue la senda que la trazo, y la pierdo en un laberinto, y no conoce mi dolor.»

» Esta era la vida de Julio; la ha trazado en pocas palabras; pero cada una de ellas es un signo, grabado con hierro candente ó con flamíjero buril.

» La ajitada vida del banquero presentaba completamente el reverso de la medalla de la de Julio, fría, tranquila y aparentemente glacial. No perdía de vista un solo instante el capitalista la gran jugada; y desde que consintió en ella, dedicó toda su actividad, todos sus capitales é ingenio á salir triunfante de un negocio, en el cual podía perder á un tiempo vida y fortuna, sin esperanza de ganar nada; porque la existencia del jóven no era, por entonces, un obstáculo, que mereciera derribarse á costa de tantos sacrificios.

» Aunque estaban acostumbrados los jugadores y agentes de bolsa, á la actividad y osadía del afortunado banquero, las llevaba á tan alto punto en aquella ocasion, que todos se preguntaban el motivo; y pugnaban por adivinar el secreto de aquella jugada colosal: y tan colosal, que en los cuatro primeros dias siguientes al de la esplicacion entre Julio y su antagonista, habia comprado este, á distintos precios, superiores todos al treinta y uno, y á fecha de sesenta dias, cuatrocientos millones de treses. Esta

gran compra elevó los fondos á treinta y cuatro; y el banquero creyó un momento que habia ganado la partida.

» La atencion del capitalista, aunque profundamente ocupada en su gran jugada de bolsa, tenia que atender, y no poco, á los cuidados de su amor. Acostumbrado á mantener á sus mancebas, como á sus caballos, espléndidamente; y creyó, que en proporcionando á su amada un tren brillante, ricas joyas, tendria satisfechos sus deseos y cautiva su voluntad: pero se engañó completamente; encontrándose con una muger que no se parecia en lo mas leve á sus anteriores amigas.

» Principió la muger poco hermosa por presentarse como víctima de una pasion; por engrandecer el sacrificio de sus deberes, hecho en las aras de la pasion; por rechazar altivamente todo agasajo, y por no presentarse nunca como enteramente subyugada, sino como muger que lucha entre su deber y su amor. Este modo de conducirse, perfectísimamente hábil, obligaba al capitalista á dar una batalla diaria: de la cual frecuentemente salia vencido y muy pocas veces vencedor; quedando siempre su deseo vivo y mas arraigado su amor.

» Con las violentas emociones que acababa de experimentar al lado de aquella muger incomprendible, corria el banquero velozmente al edi-

ñicio de la bolsa, y si encontraba que el tres por ciento habia bajado un solo octavo, perdía su aplomo, hacia algunas compras al contado, y se afanaba mas y mas, hasta restablecer el equilibrio ó inclinar la balanza hácia el lado en que su vida y su fortuna pesaban contra otra vida y una heróica resolucion.

• Asi trascurrieron uno á uno los sesenta dias prefijados; y á las once de la mañana del dia diez de mayo, se encontraba el capitalista en la misma sala en que el diez de marzo recibió las proposiciones de Julio. Habia dicho á todos sus lacayos que no estaba en casa para nadie, excepto el jóven, y se paseaba á largos pasos; llevándose de vez en cuando ambas manos á la cabeza, con claras muestras de inquietud. A las once y media entró Julio, con el mismo traje que el diez de marzo; se acercó á una mesa; puso sobre ella las mismas pistolas que trajo sesenta dias antes; tomó asiento en una butaca; indicó otra al banquero, que se habia parado á su vista, y dijo:

—¿Tienes á mano el boletin de las cotizaciones de la bolsa en 9 de mayo?

• El banquero no respondió una sola palabra; tendió su mano hácia la mesa; tomó dos papeles impresos; y entregó uno de ellos á Julio, conservando el otro en su mano. El jóven paseó una mirada sobre el papel con la mayor tranqui-

lidad ; leyó treinta y uno y un dieziseisavo y dijo :

—He perdido : poniendo la mano sobre una de sus dos pistolas.

—No has perdido: murmuró el banquero, lanzando un gemido profundo.

• Julio miró entonces la fecha del boletín y vió que llevaba la del día ocho : el banquero le entregó entonces el que conservaba en su mano : lo examinó el joven con alguna más detención, leyó : *treinta y siete octavos*, y dejando sobre la mesa la pistola que había cojido momentos antes, dijo con frialdad :

—He ganado.

• No repuso una sola palabra el turbado capitalista ; se cubrió los ojos con las manos, como si un espectro sangriento se presentara ante su vista, y su afanosa respiración manifestaba claramente la horrible angustia que despedazaba su alma. Julio, con la mirada fija y la faz adusta, contemplaba el mudo dolor del banquero, y de vez en cuando sus labios se plegaban ligeramente con una sonrisa de desden. La humillación del capitalista, en vez de inspirarle compasión, lo irritaba ; y como no podía mostrarse piadoso ni quería ser cruel en su triunfo, se levantó, saludó al banquero en ademán de despida, y le señaló con la mano las pistolas, que le quedaban sobre la mesa.

» Esta indicacion, que era un recuerdo formidable, capaz de helar el corazon á un hombre mucho mas valiente que el banquero, produjo su efecto instantáneo, como el de una máquina eléctrica, y sacudiendo el capitalista su entumecimiento moral, murmuró con voz apagada:

—Julio.

—¿Qué quieres? le preguntó el jóven, deteniéndose y cruzando los brazos con la mayor indiferencia.

—Julio, yó no quiero morir: volvió á murmurar el banquero con mas angustia.

—Has perdido: repuso Julió secamente, sin abandonar su actitud.

—Sientate, Julio: murmuró por tercera vez el capitalista.

» El jóven se dejó caer en su butaca, sin pronunciar una palabra, y el banquero continuó:

—Sé que me has ganado la vida; pero jamás tendré valor para quitármela.

» Una sonrisa desdeñosa plegó de nuevo los encendidos lábios del jóven, y el capitalista prosiguió:

—Me tendrás, Julio, por cobarde; pero te juro que me inspira miedo la muerte.

» Julio se sonrió con mas desden: el banquero añadió con honda amargura:

—Perdóname, Julio, la vida; y en cambio impónme las condiciones mas penosas.

» Julio se desabrochó su frae azul , con la mayor tranquilidad; sacó del bolsillo del pecho una cartera de piel de Rusia , la abrió con lentitud; sacó de ella un papel doblado y dijo:

—No tienes que pedirme tu vida : eres dueño de ella , y puedes , por tanto , conservarla.....

—¡ Gracias , Julio ! exclamó el banquero ; arrojándose á los pies del jóven con la mas frenética alegría.

—Levántate , repuso Julio , con acento sombrío. Levántate.

» El banquero se levantó , como movido por un invisible resorte : Julio prosiguió :

—Este papel , que he sacado de mi cartera , dice así : *« Hoy diez de marzo de mil ochocientos..... he jugado mi vida contra la de Julio de.... él á que bajan y yo á que suben los títulos del tres por ciento. Si pierdo y no cumplo mi palabra , declaro que mi infamia es hija de una invencible cobardía. »* Sigue tu firma y nada añado á lo que dice este papel.

» El banquero vaciló un momento ; y haciendo un esfuerzo murmuró :

—Estoy pronto á confesarte que soy cobarde.

—¿ A confesármelo a mí solo : aquí entre cuatro paredes ? preguntó Julio con sarcasmo.

—A tí solo , Julio , á tí solo : repitió el banquero sin comprender el acento de su rival.

—A mi solo es poco : y ademas nada tendria

que agradecerte, porque acabas de confesármelo.

—¿Pues qué exiges, Julio; qué exiges? exclamó el banquero con mas angustia.

—Nada exijo: repuso el jóven con su glacial indiferencia.

—¿Me perdonas la vida? volvió á preguntar el banquero, concibiendo nueva esperanza.

—No: repuso Julio con frialdad.

—¿Quieres que me mate?

—Tampoco.

—¿Pues qué quieres, Julio, de mi?

—De tí, nada. Me contentaré con leer esta declaracion, firmada por tí, en todas las tertulias de la córte: con insertarla en todos los periódicos.....

—¡Julio!

—¿No quieres que la publique?

—No:

—Pues coje una de mis pistolas.

Julio pronunció estas palabras con acento ronco y sombrío; y tendió al mismo tiempo su diestra hácia las armas homicidas. Su ademan y su ronco acento aterraron al capitalista, que echó una lánguida mirada á la mesa, y estremeciéndose, como si las fatales armas fueran á dispararse por sí mismas, murmuró con mas abatimiento:

—Publica mi declaracion.

—Está bien, le respondió Julio con la mayor indiferencia. ¿A qué periódico está suscrita C....? (aquí Julió colocó el nombre de la muger no muy hermosa, como la llama Dorotea).

—¿Qué has dicho, Julio? preguntó el banquero, sintiendo un estraordinario escalofrio.

—¿Que á qué periódico está suscrita C...? repuso Julio con la mayor indiferencia.

—¿Por qué me haces esa pregunta? replicó el banquero agitado.

—Porque quiero que sea el primero que publique tu declaracion: dijo el jóven con su acostumbrada frialdad.

—¿Qué motivo tienes para elejir ese periódico con preferencia á otro cualquiera?

—Uno bastante poderoso, que hubieras adivinado ya si no estuvieras tan turbado.

—Habla, Julio.

—Voy á esplicártelo. Quiero que C..... no tarde mucho en conocer tu inmenso valor.

—¡Calla Julio! exclamó el banquero, revolviéndose en su butaca como una culebra mal herida.

—Nada mas natural. Publicándola en los periódicos, llegará á sus manos.....

—¡No la publiques, no la publiques! exclamó el banquero mas agitado: y añadió. Si esa fatal declaracion llegára á sus manos, me despreciaría... ¿No es verdad, Julio, que me despreciaría?

—Es verdad, le respondió el jóven, con su glacial indiferencia.

—¡ No la publiques; no la publiques! repitió el banquero varias veces.

—¿ Te matarás? le preguntó Julio, con una frialdad aterradora.

—Me mataré: repuso el banquero, con una voz que parecia salida de lo mas hondo de una tumba.

—Pues ahí te deajo mis pistolas: replicó Julio: levantándose y dirigiéndose hácia la puerta.

• A la movilidad extrema del capitalista, sucedió el quietismo de una estatua de mármol colocada sobre la losa de un sepulcro. Se replego sobre sí mismo, como una sierpe que estrecha sus anillos para presentar menos objeto al cazador que la persigue; cerró los ojos un momento, como si la luz le ofendiera; y los abrió des-pavorido, como si se encontrára al borde de un abismo, y fuera advertido del riesgo que difícilmente podria evitar. En el espacio de un minuto presentó todos los fenómenos que puede ofrecer un grandísimo amor á la vida y un temor inmenso á la muerte; y cuando Julio, llegado á la puerta, dirigió su mirada de despedida al capitalista, advirtió que lo llamaba con la mano, teniendo anudada la garganta hasta punto de no poder articular una palabra. Acudió Julio á la señal del confuso capitalista, y cuando

estuvo junto á él le indicó, tambien con la mano, que volviera á tomar asiento. El jóven se dejó caer sobre su butaca, y haciendo el banquero un gran esfuerzo, preguntó:

—¿Qué interés tienes en que yo me quite la vida?

—Ninguno: le respondió Julio al momento, sin dar muestras de compasion ni de disgusto.

—¿Pues entonces, por qué me pones en esta horrible disyuntiva?

—Porque has contraido esa pequeña deuda, y es preciso que me la pagues.

—Quisiera pagártela; pero no cuento con el valor que se necesita para ello.

—Publicaré tu declaracion, y de ese modo quedamos en paz.

—Tampoco cuento con la bastante cobardía para infamarme hasta ese punto.

—Pues entonces, no sé adivinar lo que quieres ni para qué me has detenido.

—Acabo de imaginar un medio, que puede conciliarlo todo.

—Sepamos: le respondió Julio, colocándose en buena actitud de escuchar.

—Antes de explicarte mi proyecto, me has de empeñar una palabra.

—¿Qué palabra?

—La de dejarme concluir, sin dar señales de impaciencia.

—¿Tales cosas piensas decirme? preguntó Julio con sarcasmo.

—Nada, que no sea natural y puesto en razon: pero, conociendo tu carácter, he querido obtener la garantía de tu palabra: repuso el banquero con dulzura.

—Te empeño mi palabra de escucharte tranquilamente.

—Pues atiende. Antes de hacer la horrible apuesta, que debe costarme la vida ó cubrirme de eterna infamia, te propuse una jugada natural; que gubiera sido cuantiosa, si hubieras convenido en ella. Supongo que nuestra jugada hubiera subido á la cantidad que han sumado todas las que he hecho en los últimos sesenta dias; en cuyo caso, y siendo igual la baja, hubiera tenido que abonarte quinientos mil duros de diferencia; los cuales están pagando hoy mis agentes á los que han jugado en contra mia. Ahora bien, retrocedamos al diez de marzo; supongamos que hicimos la jugada propuesta por mí, y que en vez de esa declaracion fatal posees una póliza en toda forma. Toda mi fortuna actual consiste en sesenta y cuatro millones de treses, que suman veinte millones efectivos. La mitad de mi fortuna equivale á la diferencia que hubiera tenido que abonarte: ¿quieres treinta y dos millones de treses por mi infausta declaracion?

—¿Has acabado? preguntó Julio con perfecta tranquilidad.

—He acabado: repuso el banquero, esperando con ansiedad la respuesta de su enemigo.

—No extraño que tases tu vida en diez millones de reales, no: pero la mia vale mucho mas.

—¿Qué quieres decirme con eso? preguntó el banquero azorado.

—Quiero decirte, que yo jugué vida contra vida; y no vida contra millones.

—¡Y eso es condenarme de nuevo á muerte! exclamó el banquero con horror.

—Oh á eterna infamia: repuso Julio con una sonrisa glacial.

—¡Julio, Julio! exclamó el banquero con acento desgarrador.

Julio no pronunció ni una palabra en respuesta á esta exclamacion dolorosa; pero manifestaban la inmovilidad de sus pupilas y los hondos surcos de su frente, que estaba entregado á profundas meditaciones. Reflexionaba, en primer lugar, que no era fácil picar el amor propio del banquero hasta punto de hacerlo atentar contra su vida; y veia tambien que este martirio, cuya causa debia quedar desconocida, era un castigo pasajero para la muger no muy hermosa; y, segun las teorías de Julio, un castigo leve y momentáneo para el mismo capitalista. Este raciocinio, formulado en dos ó tres segundos, bastó para

quo no se recreára en el próximo fin del banquero; y pasára á una segunda reflexion. Reduciáse esta á la satisfaccion que podria proporcionarle la difamacion del banquero, publicando su fatal escrito; y aunque un momento la consideraba el mas grande de los cástigos, reflexionaba al momento siguiente, que en sociedad se olvidan muy pronto las infamias; y que, prescindiendo la mayor parte del gran compromiso de honor, que entre los dos rivales mediaba, aplaudirian la sábia conducta del banquero. Hubiera podido detenerse en las ventajas personales que le traia la proposicion del capitalista; pero solo se ocupó de ella para realizar un pensamiento, que le habia asaltado de improviso y le parecia inmejorable. Bajo esta impresion dijo al banquero:

—Acabo de encontrar un medio de salvarte la vida, sin necesidad de publicar tu declaracion.

—¿Y me entregarás ese papel? preguntó el banquero con júbilo.

—Te lo entregaré: repuso el jóven con su glacial indiferencia.

—¿Aceptas la proposicion que acabo de hacer? te?

—La acepto; pero haciendo en ella algunas modificaciones.

—Julio, conoces el estado de mi fortuna, y que te ofrezco la mitad.

—Sin embargo, mi ambicion no queda satisfecha.

—¿Exijas toda mi fortuna? preguntó el banquero alarmado.

—Algo mas: le respondió el jóven con su impasibilidad siniestra.

—¿Cómo he de poder darte mas que poseo? volvió á preguntar el afligido capitalista.

—No podrás darme mas que posees, pero si puedes ofrecérmelo.

—Esplicáte de una vez, Julio; y termine asi mi agonía.

—Tienes razon. Hemos invertido dos horas en un negocio que debiamos haber despachado en dos minutos. Voy á esplicarte mi proyecto. En lugar de entregarme al contado los diez millones que me ofreciste, me vas á firmar pagarés por valor de cincuenta millones de reales, á seis meses fecha; y los canjcaremos á tu co-barde declaracion. ¿Te parece bien lo propuesto?

—Yo no tengo seguridad de poseer cincuenta millones, de hoy en seis meses.

—Está rota la conferencia, y cada cuál obrará á su antojo: repuso el jóven levantándose.

—Toma, Julio, los veinte millones que poseo, y déjame en paz.

—Veinte millones son treinta menos de los que he fijado.

—Pero son toda la fortuna de un hombre, que deslumbraba con su lujo.

—Son la mezquina fortuna de uno de los muchos banqueros que hacen alarde de la omnipotencia del oro; teniendo la nécia arrogancia de llamarlo el único poder.

—¿No te contentas con reducirme á la mas espantosa miseria?

—No.

—¿Quieres que te entregue tambien mis magníficos trenes, mis sobervios caballos de raza?

—No.

—¿Quieres mis muebles y mis joyas?

—No.

—¿Quieres mis vestidos?

—No.

—¿Qué quieres?

—Pagarés, por valor de cincuenta millones de reales, á seis meses fecha.

—Reflexiona, Julio, un solo instante.

—Estoy cansado de pensar: repuso el jóven, con una sonrisa sarcástica y aterradora.

—¿No hay otro medio de arreglar nuestras diferencias?

—No le hay.

—¿Insistes obstinadamente?

—¿Me has visto retroceder nunca?

—No, Julio: pero...

—¿Firmas ó no los pagarés?

—Quisiera...

—Responde categóricamente.

—Encuentro graves dificultades...

—¿Firmas?

—Julio...

—¿Sí ó no?

Pronunció Julio estas palabras con acento tan imponente, que el banquero murmuró:

—Sí.

—Pues apresúrate á firmar, que hemos invertido dos horas.

El capitalista tomó algunas hojas de papel, y, despues de anotar cantidades que sumaban dos millones y medio de duros, estampó su firma en todas ellas, con mas aliento y resolucion que habia manifestado hasta entonces. Luego que acabó su tarea, presentó á Julio los pagarés; este los puso en su cartera, y entregó al banquero la declaracion que le habia costado tantos sobresaltos y angustias, y por cuyo rescate acababa de dar cincuenta millones de reales.

—Estamos corrientes: dijo el jóven, despues de guardar su cartera.

—Corrientes: repitió el banquere, levantándose de su asiento, para despedir á su rival.

—Creo que esta pequeña diferencia no entibiará nuestra amistad: añadió el jóven, tomando el sombrero con su pasmosa sangre fria.

—Tienes mi fortuna en tus manos : repuso el banquero.

—En buenas manos has puesto tu fortuna : replicó Julio sonriéndose.

Los dos se estrecharon las manos , como si acabáran de almorzar en la mas perfecta armonía ; y se separaron cambiando sonrisas , que casi no parecian forzadas.

CAPITULO IV.

LA MISERIA.

TERMINADA la penosa y prolongada escena, que acabamos de referir, cruzó Julio el umbral de la habitacion del banquero, lanzando una recia carcajada, muy parecida á la de un loco, y que al mismo jóven hizo dudar del buen estado de su razon. Esta siniestra carcajada no era de desprecio hácia el hombre, que habia rebajado su dignidad primero, y puesto despues su fortuna á merced de un rival ofendido, que podia vejarlo y reducirlo á la mas espantosa miseria, por temor á una muerte inmediata; como si la vida mereciera el atroz tormento de vivir: era una sangrienta carcajada de cruel sarcasmo hácia sí mismo, porque él, que habia rechazado momentos antes una

fortuna de diez millones efectivos , y que llevaba en su cartera una obligacion de cincuenta millones de reales ; obligacion que , durante seis meses , debia estar pendiente sobre la cabeza del banquero , y transcurrido este plazo , podia herirlo y aniquilarlo : él , que habia empujado con el pié un monte de oro , y que veia otro en lontananza : él , que podia habitar un palacio , comprar trenes y adormecerse en la molilicie de una improvisada opulencia : él , que hubiera podido tomar asiento entre los soberbios magnates de la riqueza , salia del palacio de un rico sin una moneda en el bolsillo , y se encaminaba á su casa , en la cual le darian albergue algunos dias , pocos en número ; despues le reclamarian las cantidades estipuladas , y tendria , con el rostro inflamado de vergüenza y los ojos bajos , que decir. « *No puedo pagar mi pupilaje.* »

» Con este brillante panorama ante sus ojos inflamados , reia Julio , como un insensato ; y reia , porque queria engañar al mundo con sus sonoras carcajadas. »

El arlequin se interumpió , lo que no habia hecho desde que anudó el hilo de su historia ; y clavando en mí una mirada , que á través del antifaz brillaba como la del águila real :

—¿No es verdad , Nazario , me dijo , que el mundo es altamente estúpido , y que es muy fá-

cil engañarlo , con las mas falsas apariencias y las mas imbéciles palabras?

—No tengo muy buena opinion del buen juicio y discrecion del mundo; pero encuentro que tu conclusion puede ser muy aventurada. Ese mundo , que llamas estúpido , adivina no pocas veces nuestros mas ocultos pensamientos ; y cuando estamos mas persuadidos de su engaño y alucinacion , nos manifiesta que nosotros somos los únicamente ofuscados : respondí :

—Te engañas lastimosamente , Palma de Jura; repuso el máscara con una sonrisa glacial : y si no , vamos á la prueba. Cuando te ha engañado una mujer : no una mujer cualquiera , sino la mujer á quien has amado con un amor inespliable por su santidad y su violencia : la mujer que tú habias creído dotada de un alma de fuego y de un corazón de paloma : es decir, la inspiracion y la bondad : la mujer , por quien habias hecho y haciendo estabas los mas penosos sacrificios : la mujer que habia encontrado en tí , lo que muy rara vez se encuentra , amor , consecuencia y lealtad : la mujer que habias hecho tu ídolo , cuyos deseos adivinabas , cuyos caprichos procurabas satisfacer , cuya felicidad querias labrar con pérdida segura de la tuya , con riesgo inmediato de tu honor : la mujer juzgada por tí una víctima sacrificada ; cuya senda era indispensable cubrir de pétalos de rosa , para que olvidára

las espinas que habian pisado antes sus pies : la mujer que tú transformabas en una vírgen de Murillo , para ceñirla de aureolas : cuando te ha vendido esta mujer , tu corazon quedará roto , despedazadas tus entrañas , tu sangre ardiente , tu cerebro pronto á estallar á las sacudidas de la sangre y á las convulsiones del alma : pues bien , Nazario , en ese estado tan violento es fácil engañar al mundo .

El arlequin se habia explicado con estraordinaria animacion , y viéndolo tan empeñado en esta senda , quise conocer todo el fondo de su pensamiento , y respondí :

—Me parece casi imposible poder engañar en ese estado .

—Así parece á primera vista , pero te engañas lastimosamente , Nazario , y voy á la prueba . Si en ese estado de tortura , te encuentras un amigo en la calle , tiéndele la mano el primero : si te pregunta cómo estás , no temas responder que enfermo : si despues , porque conocia á la mujer que has adorado , te habla de ella ; puedes decir que ha tenido fin vuestro amor : pues como , al despedirte , le aprietes la mano con alguna efusion y remedes una sonrisa , se alejará diciendo . « Creia que estaba Nazario enamorado de Fulana ; pero , segun veo , era un ligero pasatiempo , que se ha disipado como el humo . » Si crees oportuno presentarte en una sociedad de con-

fianza, en la cual no ven con indiferencia tu estado y te creen de carácter festivo, es muy fácil que la engañes completamente. La fiebre brillará en tus ojos, con esa luz muy semejante á los fuegos fátuos que aparecen sobre las humildes sepulturas: este fósforo particular llamará la atención de todos y te preguntarán: «¿Qué tienes?» En vez de negar tu dolencia, responde con festivo acento: «Un pasmo, porque no es elegante »decir que tengo un costipado: jaqueca, porque »no es de buen tono decir que tengo dolor de »cabeza; y pasion de ánimo, porque no está en »uso confesar que tiene un hombre mal humor.» Y si añades una sonrisa desdeñosa, ó una seriedad estudiada, esclamarán á coro. «¡Qué buen »humor tiene Nazario!»

—Mucho exajeras, arlequin.

—Mas todavía. Si un hombre se ha atravesado en tu camino, y no puedes cambiar con él una bala ó medir un acero; porque circunstancias especiales te lo impiden, sopena de quedar en ridículo, sosteniendo un lance ruidoso por causa poco decorosa, y quieres probar á este hombre que no ha mortificado tu orgullo ni lacerado tu corazon; preséntate con faz serena; dile: «Que »no te ha cogido de improviso lo que acaba de »suceder: que consideraciones extraordinarias, »hijas solamente de un buen deseo y de un cálculo muy estudiado, te han hecho seguir tal ó

»cual línea de conducta: pero que tu corazón,
 »libre, no se ha interesado lo mas leve en la
 »la marcha de los sucesos:» y aunque tu cora-
 zón estalle, el hombre quedará engañado, y tú
 conservarás tu pena en lo mas profundo del alma.

—Alerquin, eso me parece exajerado.

—Aun hay mas. Si la mujer que te ha ofen-
 dido, tiene el valor ó la osadía de presentarse
 ante tus ojos derramando lágrimas finjidas,
 porque las lágrimas de las mujeres nunca suben
 del corazón; recíbela con faz tranquila, hasta
 alegre, si es necesario; no le hagas una sola
 pregunta; no la dirijas la mas leve reconvencion;
 no te manifiestes resentido; déjate besar en la
 frente; une tus labios á los suyos, si así lo
 exige: y aunque cada lágrima suya te queme un
 pedazo del alma; y aunque al contacto de sus
 labios te estremezcas, como un cadáver galvani-
 zado; y aunque desees morir, por no sufrir tan
 insoportables dolores, saldrá diciendo la mujer:
 «Yo creía causarle una fascinacion completa con
 »mis encantos; con los encantos que lo volvian
 »loco de amor: yo creía ablandarlo con mis lá-
 »grimas; con las lágrimas que él ha enjugado
 »tantas veces: yo creía enternecerlo con mis
 »suspiros; con los suspiros que han sido en tan-
 »tas ocasiones intérpretes de nuestro amor: yo
 »creía estremecerlo al dulce contacto de mis lá-
 »bios; de los labios que han exhalado tantas ve-

»ces el aliento que se confundia con su aliento: yo creia que su alma cobraria calor con el fuego de mis miradas; porque siempre encontré en mis ojos la vida, que prestaba vida á su ser: yo creia que, una vez á su lado, no tendria valor para dejarme; porque nunca me habia rechazado de su seno: yo creia que no se resignaria jamás á perderme; porque habia puesto en mí su esperanza: y sin embargo, ni mi belleza, ni mis lágrimas, ni mis suspiros, ni mis caricias, ni mis ojos, han vencido su indiferencia. ¿Será posible que este hombre no me haya amado nunca? No lo sé; pero es seguro que no me ama.» Y la mujer saldrá engañada; porque tú no podrás arrancar su imagen de tu memoria; porque tú no podrás romper la dura cadena de tus recuerdos: porque tú sentirás en el fondo del alma la oculta brasa de su amor.

Se habia espresada el arlequin con tanto fuego y amargura, que sus palabras habian ido produciendo en mi alma una sensacion harto penosa; y cuando acabó, le pregunté con abatimiento y dolor:

—¿Es tan fácil engañar al mundo en general, y á las personas particularmente interesadas en un suceso?

—Sí, Nazario: me respondió profundamente conmovido.

—¿De modo que, siguiendo tus conclusiones, el malvado deberá quedar siempre impune?

—Generalmente sucede así; aunque es necesario hacer una gran diferencia entre los hechos y las sensaciones. Los hechos pocas veces quedan ocultos; porque el público busca en ellos entretenimiento ó escándalo: la historia de las sensaciones, ó de los dolores morales, ocupa muy pocas páginas en el gran libro de las sociedades; porque á la sociedad poco importa que haya un infeliz mas en su seno, con tal que este infeliz no haga contagioso su dolor.

—¿Sabes, arlequin, que proseguimos una discusion harto grave para un baile de carnaval?

—Tienes mucha razon, Nazario: lo mejor es que continúe la historia de Julio.

—Es verdad: le respondi, lanzando un suspiro doloroso.

El arlequin meditó un momento, como para anudar el hilo de su larga historia; y añadió.

—, Cuando se encontró Julio solo en su habitacion, abrió lentamente su cartera, y examinó, riyendo siempre como un insensato, los pagarés que representaban una fortuna inmensa; y que, sin embargo, en sus manos no debian tener ningun valor. Los dobló con cierto desden, y despues de haberlos guardado entre algunos libros y papeles, se colocó resueltamente frente á frente de su situacion; queriendo conocerla á

fondo, para marchar con paso firme. Reconoció á primera vista, que el estado de sus negocios era sumamente precario; y se fijó en los únicos medios que podian proporcionarle pan, sin humillacion y sin vergüenza. Con alguna fé en su talento, quiso encontrar en él recursos para subsistir medianamente; y dirigió al punto sus miradas hácia las tres clases de hombres que podian llenar sus deseos. Eran estos, los directores de periódicos políticos y literarios, los empresarios de teatros, y los editores de libros. Inaugurarse en la república de las letras con un drama, es ciertamente inaugurarse de una manera brillantísima; pero al mismo tiempo que prueba fé ó arrogancia en el escritor, ofrece mil dificultades, muy dificiles de superar. Presentarse ante un editor con un nombre desconocido, es perder el tiempo y la paciencia, dos cosas que estimaba Julio muchísimo; y desechando, por lo tanto, estos remedios, que podriamos llamar heróicos, se dirigió á algunos directores de periódicos, que se llamaban amigos suyos; esperando encontrar un puesto en una ú otra redaccion. Esta empresa, aunque le parecia no difícil, empezó á ofrecerle dificultades desde los primeros momentos. La redaccion de los periódicos políticos estaba encargada á un número fijo de personas; número escesivo, atendiendo á las escasas utilidades que reportaban las empre-

sas; y además estaban asediados día y noche por una muchedumbre de personas singularmente comprometidas y muy idóneas para el caso. En los periódicos literarios escribían una porción de jóvenes, muy conocidos en la república de las letras; quedaban de un número para otro cien artículos; y aunque no tenían inconveniente á dar cabida, cuando fuera posible, á alguna que otra producción, no podría ser inmediatamente por las razones indicadas. De los directores de periódicos pasó Julio á los editores, provisto de alguna que otra carta, y entre secas repulsas y evasivas más ó menos corteses, acabó por recurrir á los empresarios de teatros; logrando sepultar un drama entre los papeles de un aplaudido director de escena.

»Todas estas solicitudes las había hecho Julio sin manifestar lo apurado de su situación; y como empeoraba esta de día en día y aquellas no daban ningún resultado, se decidió á hacer algunas ligeras indicaciones á las personas que conocían más sus servicios y más su mérito encomiaban, á fin de que le alcanzaran del gobierno una colocación decorosa; pero las más de estas personas finjían no comprender sus ligeras indicaciones; algunas, antes de dejarlo explicarse, se apresuraban á manifestar que estaban completamente desavenidas con los ministros; y todas decían en alta voz que estaban asediadas por

un centenar de pretendientes. El jóven acababa por arrepentirse de haber avanzado algunas palabras, y juraba morir mil veces antes que humillarse ante hombres hipócritas, y muchos de ellos desagradecidos y falsos.

»El prisma de la sociedad presentaba á Julio otros cambiantes, no siempre negros y aterradores. Algunas mugeres, las mugeres son como las frutas silvestres, hermosas entre las verdes ramas aunque amargas al paladar; algunas mugeres seguian viendo, en Julio, al jóven elegante, fino, de talento y codiciado; y aunque la derrota que habia sufrido en su lucha con el banquero habia apagado un tanto los fulgores de su brillantísima aureola, la habia soportado tan bien, que le concedian de buen grado los mismos honores que á un general que hace á presencia del enemigo una prudente retirada. En medio de esta sociedad se encontraba Julio algunas veces con la muger no muy hermosa; pero esta muger, que comenzaba á recibir los ricos presentes del espléndido capitalista, y que perdido su antiguo pudor hacia alarde de su deshonra, no se atrevia á cruzar su mirada con la fria y tranquila de Julio; y bajaba los ojos al suelo ante el formidable reproche de una solemne indiferencia. Otra muger parecia encargada de vengar á la no muy hermosa; y esta otra muger era la altiva Dorotea.

»Dorotea, como un génio maléfico, perseguía á Julio sin descanso: ella sola comprendía una parte de los sufrimientos del jóven; se gloriaba de haberlos causado; y su mirada, ardiente ó glacial, pero siempre fascinadora, se fijaba desapiadadamente en Julio; y como si no poseyera el jóven un secreto que podia humillarla y herirla, lo desafiaba crudamente con su singular osadía. A tan claras provocaciones respondia Julio algunas veces con una mirada, que decia: »Poseo un secreto, Dorotea;» pero á esta mirada, mas elocuente que un largo discurso, respondia la atrevida jóven con otra, que decia tambien: «Me has prometido guardar silencio; y »si hablas, Julio, te deshonoras.» Julio comprendia toda la fuerza de esta muda reconvencion, y se inclinaba ante la salvaje enerjia de aquella muger extraordinaria.

»Así transecurrieron dos meses. Para acudir á sus primeras necesidades, vendió Julio la mayor parte de sus vestidos, y los rigores del estío interrumpieron las reuniones, dando al jóven cómodo pretesto para separarse poco á poco de una sociedad, á la cual no podia asistir sin encontrar mas amargo el cáliz de sus privaciones, que iban creciendo dia por dia. Al tercer mes habia dejado Julio su antigua y cómoda habitacion, por una estrecha y miserable: al cuarto mes no pudo abonar á su huésped el pupilaje,

y tuvo que oír cada día una nueva reclamación, formulada primero con dulzura y consideración; presentada después desahucada y bruscamente. El quinto mes las reclamaciones de la huéspeda se duplicaron; la lavandera reclamó el importe de la ropa limpia; el barbero pidió también sus honorarios, y Julio tuvo que dejarse la barba, por no tener con qué pagar á su barbero. Al sexto mes, se puso el jóven una camisa por semana; pasó muchos días sin comer nada y otros muchos con un duro pedazo de pan. El hambre le turbaba la vista, le debilitaba el oído, le despedazaba las entrañas y le turbaba la razón. Huyendo las reconvenciones de su huéspeda, y teniendo que huir también la vista de sus numerosos amigos, se alejaba frecuentemente de la ciudad, y bajaba por los yermos campos, como un espectro; con el paso tardo y vacilante, como el de un enfermo, y con la fiebre de una penosa inanición. Rendido al cansancio, se recostaba en los altozanos, y allí esperaba en vano la muerte, que, desapiadada y perezosa, se arrastraba solo á sus pies.

»Horas después de anochecido, se dirigía Julio á su casa, completamente estenuado, y por un movimiento instintivo, cogía su cartera y examinaba los pagarés con una estúpida sonrisa. Bien sabía Julio que al día siguiente podía presentarse en la bolsa y negociar cualquiera de

ellos con un lijerísimo quebranto: bien sabia que si reclamaba al banquero una cantidad considerable la obtendria sin la mas leve dilacion: pero aquellos cincuenta millones no debian hacer la fortuna de su poseedor; debian ser en sus manos un instrumento de venganza. ¿ Pero cómo podria vengarse si sucumbia, como parecia natural, bajo el peso de su miseria? Este pensamiento reanimaba las fuerzas vitales de jóven. Se levantaba á la media noche de su duro lecho; corria á la cocina; buscaba los duros pedazos de pan que habian dejado los demas huéspedes, y se alimentaba con ellos, sin lanzar una sola queja; porque vivir era vengarse y estaba resuelto á vivir.

Para bien de la humanidad, el tiempo pasa con mas rapidez que puede desear un infeliz, y llegó el dia diez de noviembre, en el cual vencian los pagarés: Julio pidió á un huésped una navaja de afeitar, y se quitó la espesa barba, que á su pálida faz cubria: tomó de otro una cantidad de pomada, que arregló sus negros y largos cabellos: se vistió una camisa limpia, un pantalon negro, que se conservaba decente; un pañuelo del mismo color, un chaleco blanco, frac negro, y unos guantes, que habia reservado para este gran aniversario. Cojió su cartera, que contenia los pagarés; y reanimado por la fiebre, que lo destruia, y la perspectiva de su triunfo, se

dirigió con planta firme y frente altiva hácia la casa del banquero.

Por tercera vez atravesó el dintel de aquel elegante aposento, en el cual habían pasado dos escenas, harto dramáticas, en el transcurso de ocho meses; y encontró al banquero reclinado en la misma butaca que ocupó la última sesión. El rostro del capitalista manifestaba el desasosiego y la angustia, y en los seis meses había envejecido seis años; el rostro de Julio, pálido, flaco y trasparente, parecía ceñido de una magnífica aureola, y sus ojos, que debía cerrar muy en breve la helada mano de la muerte, brillaban con un fuego fascinador. Se adelantó con paso lento pero firme hasta una mesa, que estaba inmediata al banquero; abrió su cartera; sacó de ella los pagarés, y, sin proferir una palabra, los presentó al capitalista.

—No tengo: murmuró el banquero, con voz hueca y entrecortada.

—Ese: *No tengo*: es la bancarrota: repuso Julio, con la mayor indiferencia.

—La bancarrota: repitió, como pudiera hacerlo un eco, el capitalista.

—Nada más tenemos que hablar. Iré en busca de un escribano para que autorice la protesta: dijo el jóven, y se encaminó hácia la puerta con perfecta tranquilidad.

Estas palabras y la acción que las acompañó,

disiparon la especie de vértigo que turbaba la imaginacion del banquero ; y saltando de la butaca , como á impulso de un gran resorte , dijo á Julio :

—Espera un momento.

Retrocedió el jóven sin dudar un instante , y con su glacial indiferencia preguntó al banquero :

—¿Qué quieres?

—Que me escuches , antes de marchar : le respondió el capitalista.

—Habla.

—Han pasado , Julio , seis meses desde el diez de mayo , dia terrible , que no se borrará jamás de mi memoria , te lo juro . En estos seis meses he reunido toda la fuerza de voluntad , toda la cantidad de inteligencia que hubiera debido gastar en seis años de continuos cálculos y desesperados esfuerzos . He acometido las operaciones mas arriesgadas ; he abarcado los mas complicados proyectos ; he tomado á mi cargo las mas colosales empresas ; con el solo objeto de reunir los cincuenta millones , que están suspensos sobre mí , como un peñasco sostenido por una invencible cadena , cuya resistencia es imposible calcular . Esta aglomeracion de fuerzas y de actividad ; esta condensacion de inteligencia , han sido inútiles : mi fortuna es la misma que el diez de mayo : tómala , Julio , si la quieres , y no me pidas nada mas .

—Para tomar un millon de duros, no hubiera esperado seis meses; respondió el impasible joven.

—¡No sabes, Julio, cuánto he sufrido en esos seis eternos meses! Entregado á mis ocupaciones, oia una voz, nunca interrumpida, que me gritaba: «Estás debiendo cincuenta millones.» Reclinado en los mullidos almohadones de mis brillantes trenes, oia la misma voz, que pronunciaba las mismas palabras. Al entregarme á los éxtasis del amor, la voz fatídica tronaba y mis éxtasis concluian al momento de comenzar. Perseguido y acongojado, buscaba reposo en el sueño; pero la voz continuaba, y despertaba sobresaltado, y no conseguia dormir mas. He pasado seis meses, Julio, y he gastado en ellos seis años de vida, he condensado seis años tambien de dolor.

—Efectivamente has envejecido seis años: dijo Julio con sequedad. Y despues de haber tenido fijas sus miradas en el rostro del capitalista, le preguntó festivamente:

—¿Y en mi rostro han dejado los seis eternos meses algunas huellas?

—Estás pálido, como un cadáver; y flaco como un esqueleto. ¿Has padecido tú tambien?

—No. Esta palidez y esta flacura son efecto de haber gozado mucho, mucho.

—¿Te has entregado á los placeres sensuales, para olvidar? preguntó el banquero.

—Yo nada tengo que olvidar: repuso Julio con acento ronco y solemne.

Siguió á la réplica del jóven una larga pausa: el banquero no osaba romper el silencio, y Julio parecia entregado á profundas meditaciones ó á una completa distraccion. Habia inclinado la cabeza, lo que podia considerarse como síntoma de abatimiento, aunque verdaderamente lo era de debilidad; pero levantándola de improviso, miró al capitalista fijamente, y le dijo:

—Habia creido que terminariamos nuestros asuntos en pocos minutos, y se ha prolongado mucho tiempo nuestra conferencia: respóndeme categóricamente. ¿Me pagas ó no?

—Ya te he dicho que no poseo tan crecida suma: murmuró el banquero.

—Está bien: repuso Julio secamente.

—Pero si quieres, te pagaré sus intereses, y renovaré la obligacion.

Esta propuesta del banquero fijó un momento la atencion del jóven, que le preguntó:

—¿A cuánto ascienden los intereses que quieres pagarme?

—Cincuenta millones de reales, durante seis meses y al seis por ciento, reditúan un millon quinientos mil reales: cantidad que te entregaré en oro ó billetes de banco.

—Un millon quinientos mil reales, murmuraba Julio para sí. Con un millon quinientos mil

reales volveré yo á comer diariamente ; dormiré en un lecho mullido ; me afeitaré ; vestiré como vestia antes ; no tendré que huir el trato de las gentes ; casi seré rico , y , sobre todo , no oiré mas las reconvenciones de mi huésped. Por lo demas , el banquero queda en mi poder como antes ; y su peñasco , que se desploma , no dejará de amenazar su frente marchita y humillada.

A este raciocinio egoista , seguia otro ; mas noble y fundado ; patentizando que , si Julio recibia una cantidad cualquiera del banquero , dejaria de ser un hombre honrado , aunque inflexible en su venganza , para convertirse en un miserable estafador. Julio no habia vacilado nunca entre la muerte y la deshonra , y tomando pronto el partido que á su pundonor convenia , dijo en alta voz :

—Acepto en parte las proposiciones que me has hecho.

—Voy á mandar que me traigan aquí el millon quinientos mil reales : repuso el banquero , llevando la mano al cordon de la campanilla.

—Es inútil : interrumpió Julio. Solo exijo que me firmes nuevos pagarés , por valor de cincuenta y un millones quinientos mil reales , á seis meses fecha.

El banquero clavó su mirada en el pálido rostro del jóven , como preguntándole si era cierto lo que acababa de decirle ; no pudiendo dar cré-

dito á tan bizarro proceder , y temiendo ver destruidas su halagüeñas esperanzas. Julio inclinó en silencio la cabeza , corroborando con un signo lo que habia dicho de palabra : el banquero se apresuró á llenar y firmar pagarés por valor de cincuenta y un millones quinientos mil reales , el jóven arrojó los que poseía : tomó su nuevo y mas que mediano tesoro : y , sin pronunciar una palabra , se alejó del capitalista.

Cuando bajaba la escalera , llevaba Julio en su bolsillo una cantidad , que pocos hombres habrán llevado sobre sí : pero bajaba la escalera apoyándose en las paredes , porque el hambre le aniquilaba ; y si conseguia llegar á su mezquino alojamiento , tendria que oir las reconvenciones de su huésped.

Al pronunciar el arlequin el último período de su narracion , su voz era balbuciente y entrecortada ; y á través de la mascarilla , se percibia que algunas lágrimas brillaban sobre sus pupilas. Yo iba á preguntarle la causa de su silencio y afliccion ; pero un suceso inesperado llamó mi atencion hácia otro objeto. Por la habitacion inmediata , á la que nosotros ocupábamos , ví atravesar á Enrique Flores , con una máscara del brazo. La máscara llevaba en la mano su antifaz , pero pude conocerla , porque estaba vuelta de espaldas. Yo no habia visto á Enrique Flores desde la mañana del duelo : y al contrario , por

primera vez, en un baile de máscaras, llamaba mi atención saber á quién llevaba de pareja. Dudaba entre este último deseo y el de preguntar al arlequin, cuando volviendo su cabeza la pareja de Enrique Flores, se clavaron en mí los ojos de Maria, con una espresion singular. Al verla, del brazo de un hombre, se inflamó mi sangre por ensalmo; sentí la existencia de un amor, que hasta entonces habia sospechado únicamente; y, sin pensar en el arlequin, me lancé en pos de la pareja, con el frenesí de un amante agujoneado por los celos.

CAPITULO V.

MAS VALE LLEGAR A TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO.

DISPARADO, como una flecha, atravesé la habitación en que me hallaba; derribando á mi paso mesas, malparando sillas y empujando á cuantos tenían la desgracia de oponerme el mas leve obstáculo; pero no conseguí, á pesar de tan violenta rapidez, encontrar á Flores y á María en el aposento que cruzaban cuando yo dejé bruscamente la compañía del arlequin. Por desgracia mia, este aposento tenia dos salidas, y sin contar con la dificultad que la apiñada muchedumbre oponia á mis veloces pasos, me era imposible adivinar por cual de las dos salidas fatales habrían desaparecido Enrique y su encantadora pareja. Si en vez de hombre, el mas estúpido de

los animales , hubiera yo nacido perro, uno de los mas ágiles y listos, me hubiera puesto á ventear en ambas salidas ; y , con auxilio de mi olfato, hubiera acertado de seguro la direccion que habian tomado los objetos de mi inquietud : pero como no tengo la suerte de pertenecer á la noble raza canina , so pena de volverme á hablar con el arlequin, tuve que tomar al acaso una salida ; y seguí corriendo sin tino, hasta que hube visitado uno á uno todos los salones , gabinetes , salas y pasillos del palacio de *Ciudad-Bella*. Esta visita domiciliaria, escrupulosa y detenida , fué tan estéril como suelen serlo las que manda hacer el gobierno en las casas de los hábiles conspiradores ; y despues de haber corrido media hora , caí sin fuerzas sobre un divan ; maldiciendo al barbilampiño , y jurando matarlo de veras en cuanto lo tuviera á mano. Con estos proyectos homicidas , me mordía los lábios de ira ; cuando fijando mis miradas en una puerta , ví que atravesaba su umbral María , dando el brazo á su madre , la cual manifestaba gran cansancio. Luego que entraron en el salon , observé que buscaban asiento , sin conseguir hallarlo , y que se encaminaban hácia mí.

Aunque estaba muy resentido , por haberla visto con Flores , y tan cansado como resentido , creí que no podia un cumplido caballero rehusar su asiento á dos señoras ; y me apresuré á

levantarme luego que estuvieron junto á mí; diciéndolas, con una sonrisa social, ó, lo que es lo mismo, forzada:

—Me parece que están ustedes fatigadas, y que no rehusarán el asiento que tengo el gusto de ofrecerlas.

—Tambien me parece que está V. bastante cansado, y que cometeríamos un cruel despojo aprovechándonos de su oferta: repuso María con un acento que queria ser dulce, pero que era provocador.

—Los hombres, señora, estamos mas acostumbrados á soportar las fatigas del cuerpo y los dolores del espíritu: respondí, queriendo dár á mis palabras grandisima significacion.

—Hay mugeres, replicó María, que no se fatigan jamás, y que sufren, hasta morir, sin manifestar su dolor.

—Existirán esas mugeres, dijo la marquesa de Cartosama; (María era hija de los marqueses de este nombre) pero yo no tengo la fortuna de contarme en el número de esas mugeres: y, aprovechando la cortes ofeita de Palma de Jura, voy á despojarlo de su asiento; aunque muestre en ello esa crueldad de que has hablado poco antes.

La marquesa añadió la accion á la palabra, y María y yo quedamos de pié; porque mi asiento no permitia que las dos disfrutáran de él, ni la jóven parecia inclinada á sentarse.

—¿Está V. cansado, Nazário? me preguntó María, rompiendo el silencio que habíamos guardado hasta entonces.

—He tenido ocasion de manifestar, que los hombres soportamos bien las fatigas: repuse con una sonrisa.

—¿Quiere V. que demos una vuelta? volvió á preguntarme con su natural laconismo.

—Tendré en ello un vivo placer: la respondí, con una espresiva mirada.

—Volveremos por aquí, mamá: dijo á la marquesa; se apoyó en mi brazo fuertemente, como pudiera haberlo hecho una amante ó una amiga íntima, y empezamos á recorrer los estensos salones, que ya habia recorrido yo aquella noche en tan distintas compañías.

Ir al lado de una muger hermosa y no hablarla de amor, es prueba de una marmorea insensibilidad ó de una supina tontería; pero se esplica de las dos maneras mencionadas: ir al lado de una muger, á quien se ha dicho que se ama y cuya respuesta, un tanto ambigua, añade al incentivo de la duda el valor que dá la esperanza, y no reproducir la cuestion llevándola hasta el último término, pasaria de insensibilidad y tontería; y dificilmente podria esplicarse achacándolo á una rematada locura. Yo me hallaba en el último caso respecto á María; no osaba renovar la conversacion, que habíamos dejado pendien-

te, la noche anterior, en casa de la condesa de Jentosca, y, sin embargo, me encontraba en el uso de mi razon. ¿Qué extraño fenómeno era, pues, el que yo estaba realizando? Un fenómeno que puede esplicarse fácilmente, recordando que momentos antes, habia visto á María del brazo de Flores; que yo tenia fundados motivos de creer que la nécia provocacion del mancebo habia tenido por única causa unos celos, infundadísimos en aquella ocasion; y, por último, que á mi vez estaba yo celoso del impertinente Enriquito. A pesar de tantas razones conocí que, con una muger del temple de alma de María, iba á hacer un papel muy ridículo, dándola de amante enojado, antes de tener justos derechos; y forzando una sonrisita, lo que me vá siendo muy fácil desde que estoy en el Infierno, la dije:

—María ¿ha venido V. muy temprano á *Ciudad-Bella*?

—Palma de Jura, he venido bastante tarde: me respondió con la mayor indiferencia.

—No lo dudo; porque he buscado á V. con mucho afan sin tener el gusto de encontrarla.

—Aunque no he venido muy temprano, podia V. haberme encontrado dos horas antes á lo menos.

—Hace una hora que ví á V. por primera vez, hermosa María.

—El mismo tiempo hará que yo vi á V., Palma de Jura.

—¿Puedo saber en dónde me vió V.?

—Nada mas fácil. Vi á V. en el café, sentado á una mesa, con un máscara vestido de arlequin.

—Es muy cierto; y me vió V. precisamente cuando iba del brazo de Enrique Flores.

—Es verdad: repuso con la mayor indiferencia.

—De aquel mocito que compone charadas: insistí con marcada intencion.

—Y que recibe algunos pinchazos: me respondió en el mismo tono.

Esta respuesta me desconcertó momentáneamente; pero conociendo de antemano que me las habia con un formidable enemigo, procuré reponerme al momento; y soslayando la conversacion, para lo cual no necesitaba hacer alarde de una grandísima habilidad; porque María respondia siempre con la mayor indiferencia, repliqué:

—Me pareció que sostenian ustedes una conversacion bastante animada.

—Así, así.

—Conversacion de amor sin duda? pregunté maliciosamente.

—¿Es amigo de V. Enrique Flores? me preguntó á su vez María con la mayor formalidad.

Esta pregunta, que me pareció algo inconexa, me detuvo algunos momentos; pero como no queria perder ni una pulgada de terreno, y estaba bastante prevenido, respondí:

—Cuatro veces he visto á ese caballero en mi vida. La primera me ofreció su amistad y altos homenajes de respeto; pero tuve la mala suerte de enojarlo, sin haberlo intentado siquiera. La segunda, me ofendió inicuaamente; y aseguro á V. que tuve lástima de su locura. La tercera nos encontramos sobre el terreno; y, despues de haberme empeñado en no causarle el menor mal, tuve que contentarme con perdonarle la vida. La cuarta, ha sido esta noche; y si he de ser franco, debo decir que estoy inclinado á llevarlo al campo de veras.

Pronuncié las últimas palabras con tal acento de verdad, que Maria se estremeció ligeramente; y dando á su voz una inflexion mas dulce que la que habia usado hasta entonces, me preguntó:

—¿Por qué odia V. tan crüdamente á Enrique Flores?

—¿Me lo pregunta V. Maria? dije á mi vez con mas calor.

—Nada mas natural, Nazario: me respondió sencillamente.

—¿Ha olvidado V., por ventura, las palabras que la dije anoche en la sociedad de la condesa de Jentosca?

Los radiantes ojos de Maria se fijaron en mí con una obstinacion terrible, pero sus lábios no pronunciaron ni una sola frase. Resistí lo mejor que pude el magnetismo de aquella radiante mirada; y orgulloso con mi resistencia, como un cadete con la defensa de un puesto militar, añadí:

—Si ha olvidado V. las palabras que la dije anoche, repetiré ahora, una y mil veces, que la adoro.

—¡Palma de Jura! exclamó Maria interrumpiéndome, como si le pareciera imposible mi amor.

Yo estaba, y estoy, demasiado ébrio de passion, para retroceder un solo paso; y reuniendo toda la osadia que dan treinta años, y toda la fuerza de entusiasmo que da el amor, continué:

—Cuando me atreví á declarar á V., Maria, el ardiente amor que me consume, pronunció V. algunas palabras, que me hicieron concebir, señora, las mas risueñas esperanzas.

—Las recuerdo: dijo Maria; dejando caer sobre mí otra mirada mas magnética y penetrante.

—Dijo V., señora.... murmuré, completamente fascinado.

—Dije, me interrumpió, que miraria como la mayor felicidad ver á V. prendado de mí.

—Lo que yo interpreté, señora, como una acogida favorable; como una protesta de amor.

María me lanzó una nueva mirada , y despues de haberme examinado un minuto ; meció la cabeza suavemente , y mé dijo con dulce voz :

—Nazario , no puedo creer que V. me ama : y aun es mas , lo juzgo imposible.

—¡Imposible! ¿por qué , Maria ? la pregunté con entusiasmo.

—Porque es imposible, Palma de Jura : repuso con solemnidad.

—¿ No es V. hermosa , como un ángel ? la pregunté , teniendo que violentarme mucho para que no oyeran mis palábras los grupos que nos rodeaban.

—Soy bastante hermosa , Nazario ; ó á lo menos , paso por bella :

—¿ No tiene V. , Maria , un talento poco comun en las mugeres ?

—No soy touta , Palma de Jura : repuso con tranquilidad.

—¿ Sus maneras de V. no tienen una singular distincion ?

—Mis modales son aristocráticos : me respondió sencillamente.

—¿ Sus ojos de V. no están dotados de una singular fuerza magnética ?

—Muchos atribuyen á mis ojos esa poderosa virtud.

—¿ Y una muger , tan espléndidamente dotada , puede dudar un solo instante de que tiene

la facultad de inspirar ardientes pasiones á cuantos hombres la contemplan?

—Tiene V. razon, Palma de Jura. Yo soy hermosa, como un ángel: estoy dotada de un talento poco comun: mis modales son distinguidos, y poseen mis ojos una singular fuerza magnética. Pocas mugeres reunirán tanto número de ricas dotes: pocas mugeres podrán rivalizar conmigo: pocas mugeres merecerán ser ardientemente amadas como yo. No tengo motivo para dudar que V. me ame: y si me lo repite ahora lo creeré, Nazario, lo creeré.

La glosa que habia hecho Maria de mis anteriores preguntas, hubiera podido ser muy bien una broma de carnaval ó un cruel sarcasmo; pero la pronunció de un modo, y destellaron sus anchas pupilas de azabache de una manera tan particular, no dejaba lugar á la duda, y era indispensable creer, que presentaban sus mas ocultos pensamientos. Su entusiasmo hubiera animado á un hombre de duro pedernal; y yo, que no necesitaba estímulo tan poderoso, exclamé:

—¡Amo á V. con toda mi alma!

—Lo creo, Nazario, me respondió, con el mismo acento de verdad.

Guardamos silencio despues de esta declaracion solemne; el cual interrumpí diciendo:

—¿Podré esperar, hermosa Maria, que V. responda á mi amor?

—¿No tiene V., Palma de Jura, un talento reconocido?

Esta pregunta me recordó que vivía de vida prestada, y que María creía estar preguntando á mi homónimo. Me contristó profundamente no ser amado por quien soy, pero tuve que responder:

—Mis conciudadanos me conceden algunos talentos, señora.

—¿No tiene V., Palma de Jura, un valor probado en cien lances?

—Nunca retrocedo, señora, ante la espada de un contrario: repuse con mas energia, porque podia hablar en nombre propio, sin faltar en ello á la verdad.

—¿No ha sabido V. grangearse un lugar bastante distinguido en las mejores sociedades?

—Me honran mucho mas que merezco: respondí con sinceridad.

—¿No tiene V. un corazon grande, con inmensas pasiones: que lleva la amistad hasta el sacrificio y hasta el esterminio la venganza?

Yo no he sido nunca vengativo, pero como no sabia si mi homónimo poseeria en grado heróico y eminente esta perversa cualidad, la respondí inmediatamente:

—Mi corazon se nutre siempre de pasiones grandes, señora.

—Pues una muger, como yo, bien puede amar á un hombre, como V., Nazario.

—¡ Gracias, María ! exclamé al momento con un verdadero entusiasmo.

—Yo tambien doy á V. las gracias ; porque, lo confieso , me enorgullezco con su amor.

Durante nuestro anterior diálogo habiamos recorrido varios aposentos , sin parar en ello la atencion ; y , al terminarlo , nos encontrábamnos precisamente en nuestro punto de partida.

—¿ Se han paseado mucho ? nos preguntó la marquesa, en quien no habiamos reparado antes.

—Así , así ; repuso Maria , deteniéndose ante su mamá. Yo me apresuré á dirigir á la marquesa algunas frases lisonjeras , y la señora las pagó muy mal preguntando :

—¿ Te parece que nos marchemos , hija mia ?

—¿ Qué bora es ? preguntó la jóven con su habitual indiferencia.

—Las cinco : repuso la marquesa , despues de mirar su reloj.

—Pues nos marcharemos al instante.

La marquesa se levantó ; se apoyó en uno de mis brazos , que la ofrecí cariñosamente , y entre hija y madre atravesé los dos salones que nos separaban de la escalera. En el última de estos salones descubrí á Camilo , medio oculto tras una cortina de damasco ; y aunque lo saludé espresivamente , me contestó con un movimiento de cabeza , poco espresivo y cariñoso.

En el descanso de la escalera tropezamos con

el arlequin ; y , como si le hubiera herido una víbora , dió un salto atrás , que me causó grande estrañeza.

—¿ Conoce V: á ese arlequin ? me preguntó mi hermosa amante.

—No señora : la respondí con entera sinceridad.

—Ha hecho un movimiento tan brusco al tropezarse con nosotros.

—Tambien ha llamado mi atencion lo rápido de su movimiento.

—Será algun máscara que se entretiene en hacer ejercicios gimnásticos : observó la marquesa , con manifiesto buen humor y cierto airecillo de malicia.

—Será algun alumno del *Circo olímpico* : añadí , corroborando la indicacion de la marquesa.

En este momento noté un movimiento de repulsion en María , que me causó grande estrañeza ; me incliné hácia ella , me encontré que me miraba atentamente , y la pregunté :

—¿ Qué ha sucedido á V. , María ?

—He estado á punto de caer : me respondió tranquilamente.

Estas palabras podian ser muy bien la explicacion clara y sencilla de lo que acababa de suceder : pero como yo no habia notado vacilacion de ningun género , y la susceptibilidad de amante hace ver gigantes en donde no existen ni pig-

meos, me mortificó un incidente, que podia muy bien ser efecto de una mera casualidad. Bajamos, sin otro tropiezo, lo restante de la escalera, y acompañé á las dos señoras hasta el estribo de una elegante carretela, que las esperaba á la puerta. Subió la marquesa primero; y aprovechando la oportunidad, dije á María al darla la mano para que subiera al carruaje:

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana: me respondió con dulce y cariñoso acento.

—¿En dónde? volví á preguntarla, casi libre de mis anteriores sospechas.

—En casa de la condesa de Jentosca: me dijo con el mismo acento de bondad.

—¿A qué hora? insistí, no queriendo dejar nada al acaso.

—A las doce: repuso, montando con suma agilidad y gracia.

—No faltaré: la respondí, saludando para retirarme.

—¿Nos deja V., Palma de Jura? me dijo entonces la marquesa.

—Señora; murmuré, no sabiendo si debía aceptar aquella amistosa invitacion.

—Suba V., y lo dejaremos en su casa: dijo la madre de María, añadiendo despues: á no ser que tenga V. ocupaciones en el interior de *Ciudad-Bella*.

—Estas palabras, pronunciadas por la madre de la muger á quien uno ama, y á presencia de la misma muger, no admiten excusas; y yo, que no queria dar ningun pretesto á los rigores de María, me apresuré á montar, diciendo:

—No queria incomodar á Vds., y por ello solo renunciaba al nuevo favor que me dispensan; aunque firmemente decidido á no volver á los salones.

—En carruaje de cuatro asientos, pueden ir muy bien tres personas, sin incomodarse en lo mas leve: observó María con una sonrisa encantadora; capaz de enloquecer á un hombre menos enamorado que yo: y, dando la marquesa al lacayo las señas de mi habitacion, partió al trote la carretela.

Las dos señoras ocupaban, como es natural, el testero; y yo iba al vidrio. Las dimensiones de un carruaje no permiten que se observen las distancias convencionales, que exige toda sociedad culta, y mis rodillas y mis pies tenian que rozarse precisamente con las rodillas y los pies de alguna de las dos señoras. Reconocida esta necesidad, no habrá moralista severo que ose negarme el derecho de eleccion; y usando yo de este derecho, procuré que mis rodillas y las de María estuvieran siempre en contacto. La jóven no dió muestras de agradecerme esta eleccion; y quizás, no reparó en ella; tan conven-

cional es tambien , que en los carruajes se establezca un suave contacto de rodillas , como en la milicia el de codos.

La carretela atravesó en pocos minutos la corta distancia que media entre *Ciudad-Bella* y mi casa ; y , con mucho sentimiento mio , tuve que separarme de María ; contentándome con decirle :

—Hermosa María , hasta mañana.

CAPITULO VI.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

PARA cumplir concienzudamente los imprescindibles deberes de un buen escritor de viajes, debo estudiar y retratar con gran fidelidad y esmero las costumbres de los países que recorro; y como en vez de correr á escape tendido, estoy parado, como un obelisco, en la gran corte del Infierno, justo será que me detenga á describir su mas ruidosa fiesta; haciendo una especie de pausa en la narracion de mi historia. Pero no se crea que esta pausa perjudicará en lo mas mínimo á la unidad de accion; la fiesta está enlazada con mi historia; es una parte de ella, y no de las menos integrantes: es... lo que podrán ver mis lectores si no arrojan el libro á un lado.

A un cuarto de legua de Dramalla, algunas varas mas ó menos, algunos pies menos ó mas, hay un canal, que seria muy útil si tuviera agua en vez de cieno; pero que trayendo cieno en vez de agua no ofrece una verdadera utilidad. A las márgenes de este canal se estienden algunas praderas, cuya pobre vejetacion entristeceria á otros habitantes mas acostumbrados á la frondosidad del suelo que los de la estéril Dramalla.

A estas praderas infecundas concurre el primer miércoles de cuaresma toda la poblacion de la córte, á lo que llaman el *Entierro de la Sardinia*. Y ahora quisiera yo encontrar un erudito *ciceroni* que me esplicára por qué razon, causa ó motivo han destinado el primer dia de ayuno y abstinencia para la defuncion de un pez; cuando lo natural y lógico seria enterrar un pabo ó un novillo; significando el *Carnestolendas*, ó que está prohibido comer carnes hasta Pascua de Resurreccion.

Dejando esta cuestion á un lado, por mas importante que sea, comienzo á narrar lo que ví el triste, segun la Iglesia, y alegre, con arreglo á las costumbres de Dramalla, *miércoles de ceniza*.

A las tres en punto de la tarde estaba parada á mi puerta una carretela de arquiler, bastante elegante; merced á una sociedad de trasportes, que ha querido proporcionar á los que no tienen

las rentas necesarias para mantener carruaje propio , pero que cuenta con las precisas para pasar de vez en cuando sobre cuatro ruedas , los medios de hacerlo con algun decoro ; y á las tres y cuarto estaba instalado en mi carruaje , atravesando la *Floresta* , en la direccion del canal. Poco tiempo contaba yo de permanencia en el Infierno , y no habia presenciado hasta entonces ninguna escena que hubiera llamado mi atencion tanto como la que miraban mis ojos. La confusion de las setenta y dos lenguas , efectuada al pié de la torre de Babel , para que los hijos de Noé se dividieran y pobláran las diversas partes del mundo , era nada en comparacion de la confusion que yo observaba desde la *Floresta* al *Canal*. Confundíanse en el arrecife de los carruajes , pesados landós , sobrecargados de aristocráticos escudos , con los pintados calesines : tilburís y cabriolés lijeros , con omnibus de diez y seis asientos : carretelas de última moda , con coches del antiguo régimen : y carros triunfales cargados de máscaras , con carros fúnebres sobre los cuales descollaba un besugo de colosales dimensiones , emblema de la solemnidad á que asistia tan numerosa concurrencia. Los habitantes de estos trenes no se diferenciaban menos que los mismos trenes entre sí. Jóvenes hermosas y nobles , de elegantísimos modales ; jóvenes hermosas y plebeyas de modales sueltos y fran-

cos. Las primeras con trajes de seda y sombrerillos parisienses; las segundas con corpiños de terciopelo y rica mantilla de franja. Duquesas viejas y gazmoñas; lavanderas viejas y brujas, Aristócratas de cuarenta años, sentimentales y dengosás; plebeyas de cuarenta años, desvergonzadas y resueltas. Senadores y diputados con aire de vender proteccion; contrabandistas y toreros con airé de perdonar vidas. Currutacos de primera tijera, columpiándose sobre caballos extranjeros, de fea estampa y desairados movimientos; picadores y gente de pró, clavados sobre caballos infernales de hermosa estampa y de elásticos movimientos.

Si eran grandes las diferencias que se notaban entre los trenes, los caballos y las personas que en ellos iban, no eran menores las que presentaba la gente de á pie; masa compacta y que se movia como si recibiera un solo impulso; masa compuesta en su mayor parte de la clase media; la cual es la única que va á pie á estas funciones populares; porque la aristocracia y el pueblo, aunque ellos mismos se creen muy distantes, se tocan, como la cola y la cabeza de una sierpe medio enroscada; tienen las mismas aficiones, y concurren á las grandes fiestas populares con la misma especie de boato. Esta mancomunidad de instintos, en dos clases que parecen tan separadas, no sé si se esplicará bien diciendo que en

el íntimo y frecuente roce que tienen los grandes señores con sus cocheros y lacayos, y los cocheros y lacayos con sus señores, no será extraño que los grandes señores tomen algo de sus lacayos y cocheros, ni que los cocheros y lacayos tomen algo de los grandes señores: acercando un poco las castas, ó retrocediendo hasta Adán; que, según la Biblia, fué el primer padre de los grandes señores, sus lacayos y sus cocheros.

No sé si habré explicado bien las razones que militan en pro de la mencionada analogía, pero no puedo detenerme á aducir otras nuevas, porque tengo que presentarme en *la pradera del canal*.

Luego que llegué á la pradera, abandoné mi carruaje, y empecé á recorrer los grupos, con la bulliciosa alegría de un chico que logra escaparse del aula. No me cansaba de mirar los mil círculos de gentes del pueblo que, al rededor de una estrecha mesa ó sentados sobre la verde alfombra de húmedo césped, comían con buen apetito y buen humor; no economizando largas y frecuentes libaciones. Al aproximarme á estos banquetes, recibía las mas cordiales invitaciones; y leía, mas de una vez, en aquellas fisonomías, francas y espresivas á un tiempo, que ofrecían de buena voluntad, y que hubieran visto con placer aceptada su franca oferta.

Era tan variado el panorama, que el ojo mas ejercitado y seguro no podía atender á sus minuciosos detalles; y me sucedia con frecuencia, que por atender á varios objetos no atendia á ninguno, quedando sumido en una larga distraccion. Oí, en uno de estos instantes, una voz, que me pareció muy conocida; y un segundo despues conocí á Perico, que, con el sombrero en la mano, me saludaba humildemente.

—Buenas tardes, amigo Pedro: le dije al instante con la mayor amabilidad.

—Muy buenas tardes, señor don Nazario: me respondió, radiante el rostro de alegría.

—¿Has venido á enterrar la sardina? le pregunté festivamente.

—Sí señor, señor don Nazario: me respondió con el mismo aire placentero.

—¿Y en qué paraje le has cavado la sepultura? volví á preguntarle.

—Allí: repuso, tendiendo la mano hácia una tienda de campaña, formada de esteras.

—¿Has tomado allí tus cuarteles? insistí con la misma alegría.

—Sí señor. Aquella es la tienda de Rafael.

—¿Del tabernero de la calle de la Camorra? le pregunté; recordando el nombre de su taberna favorita.

—El mismo. Y si V., señor don Nazario, quisiera asomarse á la tienda encontraria gente

conocida y me haria V. un inestimable favor.

—No tengo ningun inconveniente: respondí á mi valiente ahijado.

Nos encaminamos á la tienda, que no distaba veinte pasos; y desde su puerta, ví á la señora Paca Confianzas, sentada á una mesa abundantemente servida, en compañía de una hermosa jóven; que reconocí al momento, por el retrato que me habia hecho de ella Perico.

—Ahí tiene V., señor don Nazario, á la señora Paca y á su hija Manuela, me dijo el baratero.

—¡Muy bien venido, señor don Nazario! esclamé la señora Paca, levantándose de su silla.

—Buenas tardes, señor don Nazario: añadió Manuela con seductora timidez.

—Me alegro mucho, respondí, de encontrar á Vds. reunidos.

—S. E. me dió permiso para que bajara al *Canal*: dijo Manuela con rubor.

—Y hemos tenido la desgracia de encontrar á esta honrada alhaja: añadió la señora Paca, haciendo una mueca á Perico, que indicaba poca confianza en las buenas prendas del mozo.

—¿Es verdad, señor don Nazario, me pregunto Pedro, como respondiendo á su suegra, que me ha prometido V. sériamente ser padrino de nuestra boda?

—Tengo empeñada mi palabra, y la cumpliré con la mayor formalidad:

—Está V. viendo, señora Paca, como el baratero no miente: dijo Perico con orgullo.

—Vamos, Pedro, no te incomodes: yo te tenía por peor cabeza: repuso la señora Paca.

—Mi cabeza no es nada buena, pero nunca suelto la lengua sin poder dar cuenta y razon.

La ruda franqueza de Perico, su fidelidad y recto modo de proceder, me entretenían y deleitaban; y de buen grado hubiera permanecido mas tiempo en tan agradable compañía, si no hubiera temido que mi presencia en un santuario de Baco llamára al cabo la atención de algunas personas conocidas. Aguijado de este temor, me despedí de las dos mugeres; Pedro me acompañó hasta larga distancia; y en el momento de separarnos, me dijo:

—Señor don Nazario, me habia olvidado de encargar á V., que no diga nada á la señora Paca del traje.

—¿De qué traje? pregunté á Perico, no teniendo ni el mas pequeño antecedente.

—Del traje de hermana de la caridad que llevó la señora marquesa del Bueu-Gusto, el domingo de carnaval á las máscaras de *Ciudad-Bella*.

—Bueno, bueno; dije para mí: ya sabemos que la hermanita de la caridad era S. E. la señora marquesa del Buen-Gusto. Y, alzando la voz, añadí:

—¿ Por qué me encargas que guarde el secreto de la señora Paca ?

—Porque yo averigué, por medio de Manuela, el traje de máscara que pensaba llevar su señora; aparentando una inocente curiosidad y sin decir que V. me habia confiado esta importante comision, y no querria quedar en descubierto.

—Tienes mucha razon, Perico: le respondi, muy satisfecho de haber adquirido casualmente tan precioso dato, relativo á la hermana de la caridad, cuyos descomunales pies habian llamado mi atencion, tanto, ó quizás mas que sus misteriosas palabras.

Me despedí definitivamente de Pedro, y continué mi largo paseo de observador con la misma curiosidad que lo habia empezado una hora antes. Varios caballeros y señoras me habian saludado, mas ó menos espresivamente, desde sus caballos ó sus trenes; pero ningun amigo pedestre habia tenido la humorada de presentarse en el *Canal*; y tan desairado me hallaba paseando solo, que decidí acercarme á mi carruaje y continuar recorriendo la pradera en tren de gran señor, ya que la habia cruzado una vez humilde y compasadamente.

—Marchaba firme en mi propósito, cuando me tocaron en la espalda; y volviendo al punto la cabeza, me encontré con el diputado, que me habia hecho nombrar dias antes á don Felix Ra

mirez , presidente de la comision de respuesta. Me alegré de tan buen encuentro , y le ofrecí mi carruaje ; que aceptó sin hacerse rogar. Continuamos nuestro paseo , haciendo , en nuestra cualidad de representantes del pais , varias observaciones sobre el estado moral y material del pueblo , cuando interrumpió nuestro discurso una oleada de gente , que se alineaba , haciendo calle. Llamó mi atencion este instantáneo movimiento , y pregunté á mi compañero , por si adivinaba ó descubria su causa :

—¿Sabe V. , por qué se detiene la gente ?

—Vendrá la reina : me respondió.

—Es verdad : repuse á mi vez , y procuramos alinearnos entre la compacta muchedumbre.

—Un minuto despues oí las récias pisadas de un caballo , que pisaba fogosamente ; y logrando asomar la cabeza , descubrí un hermoso caballo andaluz , de gran alzada y negra piel , que gallardamente marchaba , con toda la gracia de la escuela y todo el fuego de un potro cerril berberisco. Montaba al poderoso bruto un hombre de buena estatura , delgado , esbelto y elegantemente vestido. A primera vista parecia , que la tez del apuesto jinete era negra , como el azabache ; pero , observándolo mas de cerca , se conocia que traia puesto un antifaz perfectamente disimulado.

Se cansó el jinete , sin duda , de llamar tan-

to la atencion; y poniendo espuelas al caballo, atravesó á escape tendido la estrecha calle, que formaba la muchedumbre.

Por un moviento simultáneo, se rompieron las estrechas filas, transformándose en un estenso semi-círculo; para que todos disfrutáran con mas comodidad del espectáculo que ofrecia aquel arrogante corcél, que se dirigia á toda brida hácia el punto que ocupaban los carruajes; y aquel ginete, tan inmóvil como un centáuro. Mi compañero y yo seguíamos la misma direccion que el caballo, y apresuramos un poco el paso, con intento de ganar mi carretela, para descubrir desde ella las evoluciones del corcél.

Llegamos en pocos momentos, y llegamos precisamente en la ocasion mas oportuna. El diestro ginete y su magnífico caballo, habian cruzado con admirable rapidez las estrechas calles que formaban los alineados carruajes; y se adelantaban á la sazón por una, en cuyo extremo se veia una carretela ocupada por varias señoras, y al estribo un jóven cabalgando sobre un flaco caballo inglés. El jóven estaba, al parecer, en sabrosa y entretenida plática con una de las señoritas; y el caballo negro se adelantaba, aumentando minuto por minuto la rapidez de su carrera. Por imprevision del ginete del negro antifaz, ó por refinada malicia, chocó su poderosísimo caballo en el escuálido del jóven,

y caballo inglés y ginete rodaron , entre los unánimes aplausos de la entusiasmada muchedumbre , que no parecía aficionada á los isleños. El rudo choque no detuvo la veloz carrera del famoso corcél andaluz ; y el jóven del caballo inglés , levantó penosamente , súcio , corrido y magullado.

Mi compañero y yo aplaudimos , como los demás espectadores ; y este episodio , que debía tener algunas consècuencias para mí , quedo terminado con mengua de los corcéles de Inglaterra , y gloria de los poderosos caballos que nacen en mi hermosísimo pais.

Dí las órdenes á mi cochero , y tomamos á trote largo la vuelta á Dramalla ; pero antes de abandonar la estensa pradera se cruzaron mi càrruaje y el de mi adorada Maria.

— ¡ A los pies de V. ! esclamé con el entusiasmo de un amante.

— Hasta la noche : me respondió , con una graciosa sonrisa.

CAPITULO VII.

LA FORTUNA NO ES PARA QUIEN LA BUSCA SINO
PARA QUIEN DIOS SE LA DEPARA.

DESDE los bulliciosos salones de *Ciudad-Bella* me trasladé, queriendo enlazar dos bullicios, á la no menos bulliciosa *pradera del canal*; dejando entre las máscaras y el entierro un vacío, que ahora es la ocasion de llenar. La marquesa y su hermosa hija tuvieron la amabilidad de dejarme á la misma puerta de mi casa; y yo tuve muy buen cuidado de acostarme inmediatamente; pero en vez de dar á mi sueño una duracion indefinida, encargué que me despertáran á las doce; acosado por la pesadilla de tener que escribir sin falta la contestacion al discurso de la corona.

Despues de cinco horas de máscaras y de una

declaracion en forma, perfectamente recibida y favorablemente contestada, no es natural padecer insomnios, y yo me dormí profundamente; arrullado por los amores, y magnetizado por el recuerdo de las dulcísimas miradas que me habia lanzado Maria. A las doce y cinco minutos tuvo mi huésped la crueldad de interrumpirme un hermoso ensueño, y yo tuve el valor heroico de precipitarme del lecho; con los ojos fijos en una hermosa pluma blanca, que descollaba en el tintero, y el pensamiento en el discurso de S. M. al cual iba á contestar sin tardanza; si mis fuerzas no eran inferiores á mis ardentísimos deseos. Con tan buenos y firmes propósitos me dejé caer sobre un sillón, frente por frente de mi pupitre: y el primer objeto que descubrí fué un pliego sellado y cerrado, sobre el cual se leian mi nombre y apellidos. Me apoderé de él con premura: rompí el noma inmediatamente; y, en una papeletilla suelta, que estaba sobre un plieguecillo manuscrito, leí. «Adjunta encontrará V. la respuesta al discurso de la corona. — Su amigo y compañero: EL DIABLO.»

—Hola, hola, dije en alta voz, mi homónimo es hombre prevenido, y no quiere que comprometa su reputacion parlamentaria. Yo no he de vivir siempre en el Infierno, á no ser que Maria me retenga con sus encantos; y supuesto que el Nazario Palma de Jura de la córte ha de quedar

despues responsable, bueno es que él prepare la senda; no se la deje yo de modo que no pueda dar un solo paso.

Acabado este raciocinio, y queriendo coartarme yo mismo la facultad de hacerle enmiendas; doblé el discurso, sin leerlo; pedí el almuerzo; envié á buscar un carruaje; y, como he referido antes, tomé el camino del canal. A la vuelta de mi paseo, comí con mediano apetito; y cojiendo despues el discurso, me dirijí instantáneamente al congreso de diputados.

Mis seis compañeros habian probado en nuestra primera reunion su religiosa puntualidad, y se hallaban muy interesados en el éxito de la segunda, para que no se encontráran en sus puestos en el momento convenido. Yo no sabia nada mas que ellos del contenido del discurso; pero tomaba menos interés en la política del Infierno, y llegué el último. Mi-presencia produjo alguna sensacion, y el señor don Felix Ramirez, nombre que no olvidaré en toda mi vida, ocupó al punto la presidencia, y dimos principio á la sesion. Yo me encontraba naturalmente en el caso de inaugurarla, y despues de un breve discurso, saqué el manuscrito y leí:

SEÑORA:

•El congreso de diputados ha oido con profundo respeto las palabras que V. M. ha dirijido

á los representantes del país. El congreso de diputados conoce y aprecia, señora, los nobles y leales sentimientos que animan á V. M., y corresponde á estos sentimientos con los de lealtad é hidalguía.

• La política de los gobiernos se divide, en exterior ó internacional; y en interior ó administrativa. V. M. ha sometido á la aprobación de las córtes la política que el gobierno ha seguido y piensa seguir dentro y fuera de la nación. Cuando V. M. habla, el congreso de diputados escucha con sumo respeto, y medita, antes de atreverse á juzgar. Cuanto se presenta cubierto bajo la poderosa égida de la palabra real, señora, es invulnerable á los ojos del congreso de diputados: y, cuando no puede acordar una aprobación entera y franca, guarda reverente silencio; porque cree que la mejor y mas firme garantía del poder parlamentario es el respeto que profese á las reales prerogativas. Pero este respeto profundo no debe impedirle manifestar la política que considera mas conveniente al decoro de la corona y prosperidad del Imperio.

• Cree el congreso de diputados, que el Imperio debe mantener relaciones de paz y amistad con todas las naciones del orbe; pero tambien cree que estas naciones no deben mezclarse jamás en nuestra política interior; y que el gobierno de V. M. debe rechazar altamente toda

especie de intervencion ; porque la vida y el honor de los grandes pueblos consisten en su absoluta independencia.

» En cuanto á la política interior , el congreso de diputados podria formular su pensamiento en estas dos frases : *Legalidad en la gobernacion y en la administracion pureza* : pero como encier-
ran ideas sumamente complexas , no será inoportuno explicarlas. El congreso de diputados desea , que los ciudadanos esten en el legal y pleno goce de los derechos que les concede el código fundamental , mientras no traspasen el círculo de estos derechos. Desea , que las leyes tengan su accion espedita , franca y enérgica ; pero que sean siempre aplicadas con entera imparcialidad , y por los lejísimos jueces. Desea , que la autoridad gubernativa , siendo protectora y enérgica , procure adunar constantemente el órden y la libertad.

» El congreso de diputados no cree , señora , que la nacion mejor administrada es aquella , cuyos presupuestos presentan una suma menos cuantiosa ; pero sí creé que debe hacerse una notable distincion entre los gastos reproductivos , origen de la pública prosperidad , y aquellos de lujo ó inútiles , que no redundan en beneficio de los pueblos. Los primeros deben hacerse hasta donde sea necesario , usando siempre una inteligente economía : los segundos deben redu-

irse , en tanto que esta reduccion no dificulto la buena marcha administrativa.

»Estos son los deseos que animan al congreso de diputados , conformes en un todo á los de V. M., porque comprende que la prosperidad de los pueblos y la estabilidad de los tronos se encuentran íntimamente unidas , así como consiste la fuerza de todos los poderes en su cordial inteligencia.»

Acabé de leer el discurso , que habia tenido la precaucion de redactar mi prudente y discreto homónimo , y mis seis dignos compañeros no apartaban de mí los ojos, como si debiera continuar mi ya terminada tarea. Para sacarlos mudamente de aquella espectante ansiedad , dejé el discurso sobre la mesa , y me retiré algunos pasos. Comprendieron perfectamente mi pantomima ; y como una mitad de soldados se arrojan á una batería á la voz de su comandante , así se arrojaron todos seis sobre el lacónico discurso ; teniendo la suerte de cojerlo el señor don Felix Ramirez que , como presidente , se encontraba mas inmediato. Dueño de él , por derecho de *primi occupanti* ; lo fué leyendo línea por línea , con el mayor detenimiento ; y despues de haberlo leído , lo trasmitió á una de las manos que estaban tendidas hácia él : esta mano , despues de una tercera lectura , lo trasmitió á otra ; y así consecutivamente : mereciendo la conciensuda

obra de mi homónimo el honor de siete lecturas, una pública y seis parciales; muy detenidas todas ellas, y, lo que es mas extraño, efectuadas en el mas religioso silencio. De mano en mano volvió el discurso á las del señor presidente; y, no pareciéndole oportuno proceder á octava lectura, me dijo:

—Señor don Nazario Palma de Jura, ¿tendrá V. la bondad de esplicarnos la tendencia del breve discurso, que hemos tenido el gusto de oír?

—Señor presidente, repliqué; ese discurso es la respuesta al que pronunció S. M.

—Ya lo sabemos, señor Palma de Jura; y no podia ser otra cosa.

—Pues en ese caso, señor presidente, permítame V. le responda, que no comprendo su pregunta.

—La repetiré, señor secretario, con alguna mas claridad.

—Y yo responderé, señor presidente, con toda franqueza.

—¿Al redactar ese discurso, ha creído V. que el congreso de diputados reprueba la política del gabinete?

—¿Tan mal escrito está el discurso, que necesita una aclaracion de mi parté?

—¿Quizás está demasiado bien redactado; y esta circunstancia hace precisa la aclaracion.

Yo, que no habia leido el discurso hasta que tuve el honor de hacerlo en el seno de la comision, no podia humanamente dar las precisas aclaraciones que el señor presidente tenia el derecho de exigirme; y, sin embargo, estaba en la obligacion de hacerlo, so pena de quedar en ridículo ó de aparentar una conducta cautelosa é incomprensible. Colocado en tal compromiso, me armé de osadía, y pregunté al señor presidente con la mayor indiferencia:

—¿Ha parecido á V. el discurso ministerial?

—Por el contrario, respondió al momento, me ha parecido de oposicion.

—Y á mí, replicó uno de los diputados de la izquierda, me parece ministerial.

—Está V., sin duda, ofuscado; dijo el representante del pais, que habia disfrutado mi carruaje desde la pradera del canal hasta la puerta de su alojamiento, empeñándose una acalorada discusion; en la cual los diputados ministeriales sostenian, que el discurso era de violentísima oposicion; y los enemigos del ministerio replicaban, que era altamente ministerial.

Yo los dejé hablar cuanto quisieron, sin tomar parte en la contienda, hasta que el señor presidente ajitó repetidas veces la campanilla, y me dijo:

—Espero de V., señor secretario, que, como

hombre de honor declare , si considera ó no este discurso de oposicion.

La interpelacion del presidente me atacaba en mis últimos atricheramientos , y estaba á punto de sufrir una inevitable derrota ; pero en tan críticos momentos recordé el *audaces fortuna ju-beat* , tan vulgar de puro repetido ; y resolví dar la batalla sobre el terreno que acababan de presentarme.

—El discurso , dije , que he tenido el honor de leer , no debe ser considerado como un discurso de oposicion , ni mucho menos como una aprobacion explícita de la política que ha seguido y piensa seguir el gobierno de S. M.

—Me parece que esa respuesta no desvanece nuestras dudas : observó un diputado.

—Y á mí me parece , repuse , que no hay motivo de tenerlas. El discurso de contestacion á la corona es completamente la opinion del congreso.

—El congreso , me interrumpió un diputado ministerial , aprueba la política del gobierno.

—El congreso , repuso un individuo de la oposicion , condena esa errada política.

—Esa acalorada controversia , que ustedes sostienen , observé , prueba que el congreso no tiene una sola opinion : y que un discurso mas explícito , en cualquiera sentido , seria contrario á la opinion de una gran parte del congreso.

Cuando ustedes me hicieron el honor de encargarme la redaccion de este importante documento, consideré, en primer lugar, que iba á ser intérprete de las opiniones de seis individuos, nada conformes entre sí; y, en segundo, que estos seis individuos habian sido nombrados por doscientos, mas encontrados en ideas. Por estas razones he creido que debia redactar un discurso incierto, vago, elástico; mas supuesto que no he sabido llenar satisfactoriamente los deseos de mis dignísimos compañeros, retiro ahora mismo mi obra; suplicándoles encarecidamente que redacten otra mas capaz de satisfacer á los señores diputados.

Notaba yo que mis palabras iban haciendo alguna impresion en los señores diputados; no impresion de convencimiento, pero si impresion de interés. Los ministeriales veian, que efectivamente el discurso podia pasar, sin que fuera su aprobacion una cuestion de gabinete; lo que era poner el tiempo de su parte: y los mas ardientes adversarios del ministerio, veian, que el congreso no soltaba la menor prenda; quedando intacta la cuestion, para abordarla durante la discusion de los presupuestos ó en otro debate oportuno. Estas razones de interés, fueron apagando poco á poco el entusiasmo bélico que animaba á los opuestos campeones; y en vez de acudir á la fuerza, como lo habian hecho hasta

entonces , se inclinaron á la estratèjia ; dirijiendo la primera evolucion el señor don Felix Ramirez.

—He oido con el mayor placer , me dijo , señor secretario , las razones que ha tenido V. á bien aducir en defensa de la redaccion del discurso , y veo que merecen ser detenidamente examinadas. Empezaré por convenir en que el congreso está por mitad dividido ; y que al hablar , tomando su nombre , es preciso hacerlo de modo que ninguna de sus fracciones pueda darse por agraviada ni protestar con fundamento. Pero de esta misma division tomo yo armas , no para combatir la redaccion del documento que hemos tenido el gusto de oir , sino para indicar algunas modificaciones ; porque , aunque está escrito con sumo tacto , se inclina un poco á la oposicion como lo prueban estas palabras : « Cuanto se presenta cubierto bajo la poderosa egida de la palabra real , señora , es invulnerable á los ojos del congreso de diputados : y , cuando no puede acordar una aprobacion entera y franca , guarda reverente silencio. » Este periodo , y algunos otros que me seria fácil citar , prueban que el discurso se inclina , como he dicho antes , á la oposicion ; y me parece que ganaria mucho en imparcialidad suprimiendo el citado párrafo.

—Y yo , replicó un diputado de los mas hos-

tiles al gobierno, creo, por el contrario, que el discurso adolece de ministerialismo; y tambien citaré palabras que corroboren mi opinion. »Estos son los deseos que animan al congreso de diputados; conformes en un todo á los de V. M.» Esta conformidad de deseos es una aprobacion implícita de la conducta del gobierno, que reprueba la oposicion.

Algunos oradores mas fueron animando el debate; y como se acercaba la media noche, hora de mi cita con María, en casa de la condesa de Jentosca: cita, para mí, mucho mas importante que las tareas parlamentarias; juzgué oportuno terminar una discusion tan estéril como enfadosa, y, aprovechando el primer momento de calma, dije:

—He manifestado anteriormente, que no tengo el menor cariño á mi obra; y que la veré con mucho gusto condenada á muerte antes de ver la luz. Repito lo que tengo manifestado; pero tambien debo añadir, que no estoy dispuesto á variar una sola palabra; prefiriendo la muerte á cualquiera mutilacion. En este concepto, y atendiendo á la hora avanzada de la noche, suplico al señor presidente que tenga á bien cerrar la discusion; y á todos mis dignos compañeros que, dispensándome lo mal que he interpretado sus opiniones, desapruében el documento que motiva esta acalorada contienda.

Accedió el señor presidente á mi súplica , las dos fracciones de la comision se agruparon en distintos puntos ; para convenir en qué sentido deberian emitir sus votos , quedando yo solo é impassible ; tan poco interés me tomaba en el éxito de la votacion.

Invirtieron diez minutos mas en ponerse de acuerdo ; diez minutos que me parecieron diez siglos ; tanto me aguijaba el deseo de ver á la hermosa María : y al cabo de los diez minutos se procedió á la votacion. Yo esperaba que mi discurso seria desaprobado por unanimidad ; pero , contra todas mis esperanzas , sucedió precisamente lo contrario ; y mis seis dignos compañeros tuvieron la bondad de darle , despues de haberlo combatido con tanto encono , la mas cordial aprobacion. No me envaneció el buen suceso de una obra que , aunque presentada por mí , no era mia ; y mas modesto que muchos autores dramáticos , antes que me llamáran á la escena los bravos y palmadas del público , desaparecí ; volando en alas de mi amor , que me llevaban á todo vuelo , á la sociedad de la condesa , para ponerme á los pies de María.

CAPITULO VIII.

NO POR MUCHO MADRUGAR AMANECE MAS TEMPRANO.

MI ardiente deseo de encontrarme con la encantadora María, habia hecho que las horas me parecieran mas perezosas; y cuando entré en los salones de la condesa de Jentosca, ví con asombro que faltaba media hora larga para las doce, y que habia adelantado el momento de la entrevista treinta y tres minutos; treinta y tres minutos perdidos, porque María no se encontraba en el salon. Me afligió su ausencia, mucho mas que me habian aflijido los discursos de mis dignísimos compañeros; y como si me presentára por primera vez, dirijí mis inquietas miradas á todas partes; procurando fijarlas un momento sobre el rostro de algun amigo. La condesa habia

sido hasta entonces una amiga cariñosa y tierna; pero desde que se habia entregado á las operaciones de bolsa, contando siempre con las noticias que podia darla mi amistad, me iba siendo su sociedad un tanto indigesta; y ademas no se hallaba, momentáneamente sin duda, entre la noble concurrencia. En defecto de la condesa hubiera podido entablar conversacion con don Tadeo, que estaba aislado y pensativo; pero el *qui pro quo* del discurso me habia enajenado su amistad. Continué detenidamente mi verdadera revista de inspeccion, y ví, casi perdida entre los almohadones de un sofá, á la muger que habia llamado mi atencion en la tribuna del congreso de diputados, y que me habia contado en las máscaras la croniquilla escandalosa de Sofia Amaranto; en la cual, y usando sus propias palabras, habia representado yo el doliente papel de víctima. Al verla, dí un paso hácia el sofá; pero me detuve al momento; reflexionando que no agradaria mucho á María, cuando acudiera á nuestra cita, encontrarme en amena conversacion con una muger, si no tan hermosa como ella, particularmente elegante.

La narradora de la crónica observó mi doble movimiento, y con una lijera inclinacion me manifestó que podia acercarme á su lado. Obedecí maquinalmente, y un segundo despues me encontré inmediato á la elegantísima señora.

—¿No se sienta V., Palma de Jura? me dijo cariñosamente.

—Estaba V. tan distraída, la respondí, buscando una excusa, que temí interrumpir sus profundas meditaciones.

—Deseche V. todo temor. Las que V. ha creído profundísimas meditaciones no son otra cosa que hastio, y deberé agradecerle mucho el que se digne disiparlo.

Me pareció de muy mal tono no corresponder á esta galante invitación, y tomé asiento en el sofá, al lado de la maliciosa cronista. Como desde mi llegada al Infierno he pecado de enamorado, debo advertir que, cediendo á la invitación, no fué mi ánimo entregarme á nuevos galanteos; que tuve vivos remordimientos, aun antes de cometer el crimen; y que la imágen de María no se apartaba de mi mente y destellaba ante mis ojos. Mi interlocutora se levantó con el abanico los rizos, que daban sombra á sus mejillas, y añadió:

—¿Concurre V. todas las noches á la sociedad de la condesa?

—No señora, la respondí; pero vengo frecuentemente.

—¿De modo, que tendré el gusto de encontrar á V. muchas veces?

—Si V. sigue favoreciéndonos: la respondí sencillamente.

—Vendré algunas noches, Nazario.

—¿Algunas nada mas?

—Concurro, casi diariamente, á la reducida sociedad de la marquesa del Buen-Gusto.

—Señora sumamente amable: repuse con una sonrisa impertinente.

—No se burle V. de la marquesa: me respondió con otra sonrisa maliciosa.

—Mal puedo burlarme, llamándola sumamente amable.

—He sabido que han contado á V. algunas palabras de la marquesa....

—Y. prueban hasta la evidencia el buen concepto que merezco á dicha señora.

—No haga V. caso de los cuentos. Quizás habrán exajerado.

—V., que estaba presente á la sazón, podrá repetirme las palabras de la marquesa.

—¿Quién ha dicho á V. que estaba yo presente?

—Señora, un amigo de confianza, que no habrá tratado de engañarme.

—¿Diga V., Nazario, diga V. el nombre de ese buen amigo?

—Dispéñseme V., pero no debo pronunciarlo.

—¿Tan poco merezco?

—Señora....

—Desisto de mi petición.

—Sentiria mucho haber faltado....

—Nada, nada, Palma de Jura. V. es un hombre que no falta nunca.

—Y, sin embargo, la señora marquesa del Buen-Gusto me cree capaz de cometer una infamia horrible, por no batirme con un hombre.

—La señora marquesa del Buen-Gusto no cree á V. capaz de cometer ninguna infamia.

—Lo creerá, señora, cuando lo ha dicho en plena tertulia.

—Se dicen muchas cosas que no se creen; que no se imaginan siquiera.

—Obrar de ese modo, señora, es una verdadera infamia.

—¿No ha dicho V. nunca, Nazario, lo que no ha creído?

—Nunca: la respondí con enerjía, porque estaba muy indignado.

—Examine V. su conciencia: me dijo con una graciosa sonrisa.

—Mi conciencia no me remuerde: repliqué con formalidad.

—¿Ni en lo mas mínimo, Nazario?

—Ni en lo mas mínimo, señora.

—Me parece que V. no hace bien su exámen de conciencia.

—Podré equivocarme, señora; pero me parece lo contrario.

—Sometámonos á una prueba: me respondió festivamente.

—¿A qué prueba? la pregunté con curiosidad é impaciencia.

—A una muy sencilla, Nazario: añadió deleitándose en mi inquietud.

—¿Sí puedo saberla?... murmuré con acento algo desapacible.

—Nada más justo, amigo mio: y procuraré satisfacerlo.

—¿Pero la prueba?....

—Es que, se someta V. al exámen de conciencia, que yo crea oportuno dirigirle.

—Me someto.

—Pues en ese caso le dirigiré una pregunta: ¿Ha amado V. á cuantas mugeres se lo ha dicho?

Esta pregunta me colocó en un compromiso hartamente grave, porque yo mismo no recordaba á cuantas mugeres habia declarado mi amor, ni mucho menos si mi lengua habia sido siempre fiel intérprete de mis ocultos pensamientos. Vacilé durante un segundo; pero reflexionando que la menor vacilacion haria sospechosa mi respuesta, me apresuré á decir:

—Señora, no puedo asegurar que he amado verdaderamente á cuantas mugeres he declarado mi pasion; pero si estoy seguro de que en el momento de declararme tenia fé en la realidad de mi cariño.

—¡Qué declaracion tan horrible acaba V. de hacer, Nazario! exclamó la dama.

—¿Por qué? la pregunté, reconociendo la torpeza que acababa de cometer.

—Porque despues de esa declaracion, ninguna muger podrá confiar en su cariño.

La reconvencion de mi interlocutora era justa, y si me la hubiera hecho Maria hubiera temblado, como la hoja que sacude el fiero huracan; pero en lábios de aquella muger no me hizo impresion, y atendiendo á lo que mas me interesaba, soslayé enteramente la cuestion; llevándola al terreno que me convenia examinar.

—Me parece, dije sonriéndome, que nos olvidamos enteramente de la marquesa del Buen-Gusto.

—Es verdad: repuso, separando de nuevo los rizos, que flotaban sobre sus morenas megillas.

—¿Quiere V. explicarme, señora, ya que asegura formalmente la diferencia que existe entre las palabras y convicciones de la marquesa, por qué ha tenido la bondad de explicarse en términos que tan poco me favorecen?

—¿Qué quiere V. que yo le diga? Soy muy torpe, para atreverme á interpretar las intenciones de un muger tan hábil como la marquesa del Buen-Gusto.

—¿No podria V. hacer en mi obsequio un esfuerzo de imaginacion? volví á preguntarla; adoptando el tono malicioso que empezaba á usar mi discreta interlocutora.

—No me haga V. reir, amigo mio: repuso, conteniendo su hilaridad.

—Veo que no lograremos entendernos: dije, forzando una nueva sonrisa.

—Es muy posible que así sea: me respondió sencillamente.

—¿Tan empeñada está V. en no darme ni la mas leve esplicacion?

—Temería que V. se burlase de mi crasísima ignorancia.

—Deseche V. todo temor y.....

Un leve movimiento de la reticente señora me hizo suspender mi discurso, y, dirigiendo una mirada á la puerta de un gabinete, ví que estaban en ella, de pie y mirándonos con atencion y asombro, Mauricio Sanchez y la condesa de Jentosca.

El pasmo de estas dos personas me sorprendió un poco, y, como si quisiera contar el número de espectadores que habia tenido nuestra amistosa conferencia, paseé mi investigadora mirada por lo restante del salon; hasta que fijándola en su puerta, quedé inmóvil como una estatua, y tuve que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de angustia, que se escapaba de mis lábios.

Antes de llegarme á saludar á la cronista de las máscaras habia vacilado algun tiempo, porque temia que la hermosa hija de los marqueses

de Cartosama me sorprendiera en dulces coloquios con otra muger; y cuando mis ojos se fijaron en la puerta exterior del salon, se encontraron con los radiantes de Maria; que me miraban de hito en hito, con una confusa espresion de asombro, desden y amenaza.

CAPITULO IX.

QUIEN ES ELLA.

LA sorpresa que yo observaba en los rostros de la condesa de Jentosca, Mauricio Sanchez y Maria, segun la atencion con que todos tres nos miraban, ¡debia causar!a el encontrarme en animada conversacion con la elegante del congreso. Con esa facultad prodigiosa de resumir que tiene la imaginacion, cuando está fuertemente escitada, reuní en el breve tiempo de un minuto todos los acontecimientos y noticias que podian tener relacion con mi discreta interlocutora; é inmediatamente me convencí de que debia ser la célebre *Ella*, de quien me habia hablado tanto el banquero.

Las personas de sociedad ó de mundo, que son

las mismas , no deben sorprenderse jamás ; y si alguna vez se sorprenden hasta punto de que lo adviertan los demas , deben dominar su sorpresa , ocultándola bajo un exterior tranquilo y frio ; sin abandonar nunca la máscara de la conveniencia social. La noble marquesa de Jentosca comprendia muy bien estos deberes , para permitir que el asombro reinára en ella mucho tiempo ; y Maria tenia un temple de alma demasiado firme para sufrir el doble yugo de la admiracion y los celos. Sucedió , pues , que las dos damas se adelantaron con lentitud hasta el centro del salon ; se dieron las manos cordialmente , como si nada las hubiera detenido en sus respectivos dinteles ; y se dirigieron hácia el sofá. Mauricio Sanchez se quedó clavado en la puerta del gabinete , con los ojos fuera de las órbitas y los cabellos herizados , en tanto que mi maliciosa cronista se disponia graciosamente á salir al encuentro de las señoras : y yo abandoné mi asiento , para saludar á la condesa y dar excusas á la encantadora Maria.

Cuando se encontraron las tres damas , la primera que saludó fué la condesa de Jentosca , dando á mi interlocutora el nombre de Catalina. Este nombre vino á confirmar la opinion que yo habia formado poco antes ; y no me quedó la menor duda de que mi conocida del congreso , la máscara del dominó negro , *Ella* y Catalina,

eran una misma persona; y que esta persona atormentaba crudamente al enamorado banquero. Con el auxilio de estos datos me esplicé perfectísimamente la estraña conducta que habia observado, respecto á mí, Mauricio Sanchez, el dia que fuí á pedirle esplicaciones relativas á las palabras que habia pronunciado en mi agravio la señora marquesa del Buen-Gusto: juzgándola hija de los furiosos celos que Catalina no se descuidaba en fomentar; celos que podian recaer sobre mí como sobre otros ciento; pero que habrian encendido las palabras que pronunció en mi defensa Catalina, y fomentado la persuasion de que ella misma me habia contado lo acontecido en la sociedad de la marquesa.

Yo, que no tenia interés alguno en atormentar al banquero; que estaba bastante enamorado de la seductora Maria, para que no me hicieran impresion los hechizos de otra muger; y que estaba un tanto resentido de Catalina, por el mal rato que me habia dado en *Ciudad-Bella*, contándome con tan recargados y negros colores la crónica, usando en ella, con deliberada intencion, la mas punzante y acre ironía; decidí no volver á acercarme á esta muger, que se complacia en atormentar á Mauricio, y que en la única ocasion que habia tenido de mortificarme, lo habia hecho sin consideracion hácia mí y con deleite de su parte.

María tocó ligeramente la diestra que la presentó Catalina, y las tres damas se separaron: reclinándose Catalina de nuevo en los almohadones del sofá; dirigiéndose María hácia la anciana generala y la marquesa de Cartosama, que sostenian una animada conversacion; y llevándome la condesa á un confidente, algo apartado.

Conociendo el mucho interés que la condesa de Jentosca tomaba en la respuesta al discurso de la corona, y escarmentado de la conferencia que me habia obligado á mantener la noche anterior, la seguí con mortal angustia; y tuve que violentarme mucho para no lanzar un suspiro, cuando á su lado tomé asiento.

—Estoy muy contenta, amigo mio, me dijo la amable condesa, de ver que en dos años de ausencia no ha olvidado á sus buenos amigos, y que continúa favoreciéndonos.

—¿Adónde se encaminará este exordio tan lisonjero? me pregunté; y alzando la voz, respondí:

—Llevaba muy gratos recuerdos, para que se borrasen pronto de mi memoria.

—Amigo mio, hay hombres que todo lo olvidan al momento.

—Y mugeres, amable condesa; respondí en tono malicioso.

—Eso por sabido se calla, Nazario, que todas las mugeres olvidan.

Yo habia pretendido decir una agudeza ; pero la oportuna respuesta de la condesa de Jentosca me habia hecho decir una insulsa vulgaridad. Comprendí al momento mi derrota ; y, temiendo aumentarla con algun chiste impertinente, guardé religioso silencio. La condesa conoció al punto el sacrificio , y añadió con suma sencillez :

—La fatal memoria de las mugeres , que he reconocido ahora mismo , no escusa los frecuentes olvidos de los hombres. Y si no, Nazario, respóndame V. con franqueza. ¿ Durante su largo viaje no ha olvidado V. á ninguna de sus buenas amigas ?

—Me parece que no , condesa : repuse con formalidad , porque , á fuerza de engañar á muchos , iba acabando por persuadirme que mi homónimo y yo éramos una misma persona.

—Me atreveria á apostar que ha tenido V. algun olvido.

—Condesa , perderia V. sin duda alguna ; porque estoy seguro de lo contrario.

—Le parecerá á V. en globo que no se ha olvidado de nadie ; pero si yo le preguntára.....

—Pregúnteme V. cuanto guste : la respondí, deseando que terminára sus preguntas para presentar mis excusas á la encantadora Maria , que de vez en cuando me lanzaba una de sus miradas aterradoras y magnéticas.

—Supuesto que V. me autoriza, voy á dirigirle una sola.

—Reitero la autorizacion, y quedo esperando la pregunta.

—¿No ha olvidado V., durante su viaje, á Joaquina?

—¿A qué Joaquina? pregunté con la mayor curiosidad; porque no habia oido semejante nombre desde mi llegada al Infierno, y sospechaba que á él debia ir unida alguna curiosa aventura.

—Ve V., amigo Palma de Jura, como á la primera pregunta ha sido derrotado.

—Perdone V., amable condesa; pero como hay muchas Joaquinas, no es extraño que yo reclame alguna noticia mas, para saber de quién hablamos.

—Admitió la excusa; Nazario; por mas que sea un tanto especiosa. ¿Ha olvidado V., durante su largo viaje, á Joaquina de Villagracia?

La aclaracion de la condesa no me hizo adelantar un paso, porque el apellido y el nombre me eran absolutamente desconocidos; y como mi amor á Maria me alejaba de todo recuerdo, la respondí sin vacilar, procurando terminar pronto la conversacion:

—Efectivamente, condesa, no me acordaba de Joaquina.

—¿Luego he ganado nuestra apuesta, mi querido Palma de Jura?

—No señora; la respondí con muy marcada reticencia.

—¿Por qué no he ganado? me preguntó con alguna curiosidad.

—Porque la habia olvidado antes de abandonar la córte.

—¡Ya!

Este ¡*Ya!* simple monosílabo, tuvo para mí la misma fuerza que habia tenido: *Eso por sabido se calla*: y comprendí mi segunda derrota; pero esta segunda humillacion, lejos de hacerme mas humilde, exaltó mi bilis, y no queriendo confesarla, repuse:

—Aunque V. lo dude, condesa, acabo de decir la verdad.

—¿Está V. seguro, Nazario? me preguntó con una sonrisa burlona.

—Estoy muy seguro, condesa: la respondí con intencion.

—Supuesto que V. lo asegura, estoy obligada á creerlo; por mas estraño que parezca.

—¿Tan estraño parece á V. qué no me acuerde de Joaquina?

—Si he de hablar á V. con franqueza, me parece bastante estraño.

—¿Y en que se funda V., condesa? la pregunté, tomando mas interés en la discusion.

—Mire V., Nazario; de algunos años á esta parte se ha oido su nombre de V. unido á algunas aventuras ó historias, y ha sido V., por casualidad ó de intento, un personaje harto dramático. Durante su permanencia de V. en Dramalla, se sucedieron estos dramas con mas ó menos rapidez; dejando oscuros intermedios, que muchos querian penetrar, sin conseguirlo, á causa de sus densas sombras. Su ausencia, repentina y larga, rompió el último eslabon de estos dramas; y el público, que estaba acostumbrado á adivinar sus peripecias, adivinó, ó forjó por sí mismo el último eslabon, y en él grabó, junto al nombre de V., el nombre de Joaquina.

—El público ha soñado, amable condesa; y ha puesto sus ensueños en lugar de la realidad.

—Puede ser Nazario, puede ser; pero ha venido una circunstancia á confirmar la opinion del público: repuso la condesa, con su aplomo de muger de mundo.

—¿Y esa circunstancia sobrevino pocos dias despues de mi marcha?

—No, Palma de Jura: ha sobrevenido pocos dias despues de su vuelta.

—¿Quiere V. decirme, condesa, esa notable circunstancia?

—V. la sabe, amigo mio, lo mismo que yo, y con mucha mas exactitud.

—Aseguro á V. que nada sé, ó que á lo menos no recuerdo.....

—¡Palma, Palma! si continúa V. hablando en esos términos creeré, no solamente que es V. olvidadizo, sino que ha perdido completamente la memoria.

—Sentiria mucho que V. formara semejante opinion de mí.

—Me ha conducido V. á tal terreno, que considero necesario hacerle una nueva pregunta.

—Estiende la autorizacion: respondí con una sonrisa.

—¿Se ha olvidado V. tambien, Nazario, de la marquesa del Buen-Gusto?

Asi como el nombre de Joaquina no habia sonado una sola vez en mis oidos desde mi llegada al Infierno, el de la marquesa del Buen-Gusto se habia repetido en todos tonos, y me era sumamente familiar; aunque no tenia el honor de conocer personalmente á la señora que lo llevaba. Creí que seria mucho aventurar, decir que me habia olvidado tambien de la marquesa del Buen-Gusto; y respondí sin vacilar:

—No he olvidado un solo momento á la interesante marquesa.

—Lo dice V., Palma de Jura, con un acento tan marcado.

—No por cierto. Lo digo, como pudiera decir, hace una tarde deliciosa.

—Y sin embargo.....

—¿Qué, condesa?

—Nada, nada. Iba á decir precisamente que no tienen nada de estraño ese recuerdo y ese olvido.

—¿Quiere V. decirme por qué le parecen tan naturales?

—Porque la esperiencia me ha enseñado, que se olvidan con facilidad los objetos amados, pero nunca los aborrecidos.

Estas palabras de la condesa me revelaron que yo habia amado á Joaquina de Villagracia, lo que era para mí un secreto; y que odiaba á la marquesa del Buen-Gusto, lo que era exacto: pues aunque no la conocia personalmente, tenia motivos para no quererla muy bien. Aunque tenia yo esta conciencia, por si conseguia nuevas noticias, pregunté con la mayor tranquilidad:

—¿Creé V., condesa, que yo odio á la marquesa del Buen-Gusto?

—Lo sospecho, Palma de Jura: me respondió festivamente.

—¿Pero tiene V. algunas razones para creer en lo acendrado de mi odio? volví á preguntar sonriendo.

—Razones, no; pero sí algunas aprensiones. Y, ahora que lo recuerdo, ¿se divirtió V. anoche en *Ciudad-Bella*?

—Si he de hablar con toda franqueza, no pue-

do asegurar á V. que me divertí; pero sí que pasé la noche entretenido, ó, á lo menos, perfectamente ocupado.

—¿Encontró V. muchas personas conocidas? volvió á preguntarme la condesa, con el aire de insuficiencia que solia tomar de vez en cuando, y que la asentaba mejor que su ordinaria gravedad.

—Tuve la fortuna de encontrar varias personas conocidas.

—Serian hombres en su mayor parte; porque desgraciadamente no abundan allí las señoras.

—Sin embargo, aseguro á V. que encontré algunas muy notables.

—¿Conocidas mias, Palma de Jura? ¡Ay! perdone V., amigo mío, mi impertinente curiosidad.

—Nada mas natural, señora; y estoy pronto á satisfacerla. Encontré en los salones de *Ciudad-Bella*, á la marquesa de Cartosama y á su hermosa hija.

—Buen encuentro: murmuró la condesa, con una sonrisa que yo no me supe explicar.

—Y tambien tuve el gusto de hablar á la interesante Catalina.

—¿La conoció V.? me preguntó la noble condesa con mucho interés é inquietud.

—Si señora; la respondí con la mayor indiferencia.

—¿Me parece que iba disfrazada? volvió á

preguntarme la condesa, repuesta de su conmocion.

Yo no creí prudente revelarla que, despues de haberme contado una crónica escandalosa, habia tenido Catalina la desfachatez de levantarse el antifáz; y repuse con dudoso acento.

—Condesa, un buen observador penetra bajo la negra mascarilla.

—Y penetra con facilidad, si una larga conversacion lo pone en el caso de hacer conjeturas.

—Indudablemente, señora: algunas conversaciones son claras antorchas.

—Es verdad.

Entraron algunas señoras, y la condesa salió á su encuentro; pero antes me dijo:

—¿ Presumo que habrá V. presentado ya la contestacion al discurso de la corona ?

—No se equivoca V., condesa: repuse, dándome el parabien porque habia abordado la cuestion en el momento de separarnos; lo que me ahorra minuciosas esplicaciones é irrealizables exigencias.

—¿ Y está aprobado por la comision ? insistió deteniéndose.

—Aprobado; la respondí: inclinándola la cabeza en señal de doble asentimiento.

—¡ Infeliz ministro de hacienda ! murmuró; dejándome inmediatamente.

CAPITULO X.

EL CAIDO.

DURANTE mi conversacion con la condesa de Jentosca habian entrado en el salon un gran número de personas; María habia continuado conversando con su madre y la generala, y Mauricio ocupaba el asiento, que habia tenido yo una hora antes, al lado de su adorada Catalina.

Las preguntas de la condesa no me habian permitido ocuparme en observar á muchas personas; pero luego que me encontré solo, reparé este tiempo perdido, redoblando toda mi atencion. Como amante, fijé primero mis miradas en la encantadora María; y observé, no sin estrañeza, que estaba entregada á una profunda distraccion. Nunca habia notado en la hija de la

marquesa de Cartosama este síntoma de preocupación ó desaliento ; y me llamó mucho la atención ver apagados unos ojos , generalmente tan brillantes. Me parecía que esta postracion debia encerrar algun secreto , y me hacia , para adivinarlo , mil preguntas. ¿Será posible, murmuraba , que la hermosísima María esté enamorada, perdidamente enamorada , de mí , y que el haberme visto hablando con Catalina la haya causado horribles celos ? Esta idea me atormentaba mucho ; pero me alegraba en cierto modo , porque me vengaba del mal rato que me hizo pasar en *Ciudad-Bella*, cuando la ví en compañía del impertinente Enrique Flores. Por mas que halagara mi orgullo esta persuacion , no insistia en ella y , variándola , me atormentaba con esta segunda pregunta. ¿No es muy posible que María acabe ahora de separarse de Enrique Flores ; y que se esté saboreando con sus últimas frases de amor ? Esta sospecha me encendió la sangre en un segundo , y queriendo renunciar á ella ó con firmarla plenamente , me levanté con firme intento de acercarme á la encantadora María.

Al ir á dar el primer paso , se acercó á mí un jóven , de diez y nueve á veinte años , muy atildado , y que me habia dirijido el lente con particular impertinencia.

—Si no me equivoco , V. es don Nazario Palma de Jura : me preguntó.

—Efectivamente: le respondí, mirándolo de arriba abajo y despues con la mayor fijeza.

—Tenemos que hablar un momento: repuso con imperlinencia.

—Cuando V. guste, caballero: le repliqué del mismo modo.

—Si V. no tiene inconveniente, podemos hacerlo ahora mismo.

—Como V. guste: le respondí, y tomamos asiento en el mullido confidente.

Siguió un momento de silencio á mi aceptación, durante el cual procuré recordar inútilmente la fisonomía de mi interlocutor, por si lo habia visto alguna vez, hasta que me dijo:

—He estado en su casa de V. á las ocho y media de la noche.

—Salí media hora mas temprano: le respondí sencillamente.

—Y teniendo necesidad de ver á V. sin pérdida de tiempo, he venido á buscarlo y....

—Dispense V. un solo instante. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Al vizconde de Lirio-Verde: me respondió, pronunciando cadenciosamente su dictado.

—Prosiga V. vizconde: le dije con indiferencia ó desden.

—Yo tengo un amigo, que se llama el vizconde del Artamús.

—No conozco al señor vizconde: murmuré,

sin considerar que esta negacion podia comprometerme, en razon á mi situacion escepcional.

—¿Me parece que no es á V. completamente desconocido el vizconde del Artamús?

—Quizás lo habré visto alguna vez; pero al menos no lo recuerdo.

—Tambien es dudoso.

—¡Vizconde! exclamé con acento desapacible y arrogante.

—Soslayemos este incidente. El vizconde del Artamus pide á V. una satisfaccion.

—¿A mí? pregunté al impertinente mancebo con verdadera admiracion.

—A V., señor Palma de Jura: me respondió con cierto aplomo.

Yo estaba seguro, muy seguro, de no haber saludado al vizconde del Artamús; y, por lo tanto, de no haber tenido ocasion de hacerle ni el mas leve asomo de ofensa. Esta seguridad me ponia en el caso de recibir al embajador y la embajada con un soberano desden; pero me asaltó de pronto una idea que me hizo obrar con mas prudencia: considerando que el vizconde del Artamús podria ser muy bien un tercer amante de María; pues para mí era cosa cierta, que ningun hombre podia mirar á la hermosa hija de los marqueses de Cartosama, sin rendir el alma á sus pies. Esta reflexion me impidió que contestára una insolencia al vizconde de Lirio-

Verde , y le pregunté con perfecta tranquilidad:

—¿Quiere V. decirme por qué el vizconde del Artamus me pide una satisfaccion?

—Se la pide á V. por el insulto que ha recibido esta misma tarde : me respondió con indignacion y enerjía.

—Ahora tendrá V. la bondad de esplicarme el insulto en cuestion.

—Caballero , ¿tiene V. tan infiel memoria, que necesita una esplicacion de mi parte sobre un suceso tan reciente?

—No sé , vizconde , si tengo buena ó mala memoria ; pero puedo asegurar á V. que necesito la esplicacion.

—La tendrá V. , me respondió con singular impertinencia.

—Pues no la retarde V. , vizconde ; le dije bastante impaciente.

—¿V. ha bajado esta tarde á la pradera del Canal , señor Palma de Jura?

—Señor vizconde de Lirio-Verde , he bajado esta tarde á la pradera del Canal.

—Perfectamente. Tambien ha bajado esta tarde á la pradera del Canal , el vizconde del Artamus.

—No puedo decir lo contrario : le respondí sencillamente.

—¿Necesita V. , Palma de Jura , que prosiga mi esplicacion?

—Ahora mas que nunca , vizconde : pues de lo que V. acaba de contarme solo infiero , que el vizconde del Artamus y yo podemos estar al mismo tiempo en la pradera del *Canal*.

—Proseguiré. El vizconde del Artamus cabalgaba sobre un tordo inglés.

—Permítame V. , caballero. El vizconde del Artamus tiene muy mal gusto ; pues los caballos infernales son mas cómodos y gallardos que esos escuálidos ingleses.

—Palma de Jura , permítame V. le haga observar , que esa reflexion no es del caso.

—Prosiga V. , prosiga V. ; le respondí , porque su esplicacion me iba entreteniendo como una historia.

—El vizeconde del Artamus se acercó á hablar á unas señoras , que ocupaban una carretela....

—Y al empuje de un fogoso caballo andaluz , dieron en tierra el caballo inglés y su ginete? lo interrumpí , recordando el lance que tanto habia hecho reir á la concurrencia de la pradera del *Canal*.

—Exactamente , caballero : repuso el vizconde , mirándome con impertinencia.

—Prosiga V. señor vizeconde : añadí con glacial acento.

—Repetiné , señor Palma de Jura , las palabras que dije á V. momentos antes. El vizeconde del Artamús pide á V. una satisfaccion.

—¿Y me la pide, porque lo derribaron en la pradera del Canal? le pregunté con nueva sonrisa.

—Cabalmente: me respondió con desdeñosa sequedad.

—Pues digo á V., señor Lirio-Verde, que la petición del vizconde me parece una impertinencia.

—¿Por qué, señor Palma de Jura? me preguntó con mas frialdad que yo esperaba.

—Porque yo no tengo la culpa de que el vizconde del Artamús monte malísimos caballos ingleses.

—Pero si tiene V. la culpa de montar fogosos caballos andaluces.

—¿Yo? le pregunté con el mayor asombro del mundo.

—V. montaba el caballo negro que echó por tierra al del vizconde.

—¡El vizconde del Artamús se ha vuelto loco! eselamé dando una carcajada.

—¿Quiere V. decirme por qué ha perdido el juicio el vizconde?

—Porque no he montado tal caballo: le respondí sencillamente.

—Sé, que llevaba V. el rostro cubierto con un antifaz de seda negra; pero no creo que un hombre de honor se prevalga de esta circunstancia para insultar impunemente á un pundonoroso caballero.

—Señor vizconde de Lirio-Verde, tengo diez años mas que V., y la esperiencia me ha enseñado que el hombre se infama mintiendo, aunque la mentira sea un nuevo alarde de valor. He sostenido varios lances, que alejan de mí toda nota de cobardía, pero circunstancias imprevistas me han puesto al borde de adquirir nota de espadachin y pendenciero. Mi posicion no me permite fomentar esta reputacion; y, aunque siempre cuesta trabajo dar satisfacciones, autorizo á V. para que diga, de mi parte, al vizconde del Artamús, que no he contribuido directamente á su desgracia. Pudiendo añadir, que he bajado á la pradera del *Canal* en carretela; que he paseado á pié largo rato, y que me hallaba en compañía de un diputado, llamado Ortiz, cuando rodó con su caballo.

Aunque jóven y atolondrado, hicieron impresion mis palabras en el vizconde de Lirio-Verde, y me dijo:

—No puedo negar que me han hecho fuerza las razones que acaba V. de dirijirme; pero no me atrevo á finalizar esta cuestion sin oír antes la opinion de mi apadrinado.

—Esperaré á V. en mi casa mañana, hasta la una de la tarde; por si algo tiene que decirme.

—No será necesario, Palma de Jura. El vizconde está en el gabinete de la banca; le habla-

ré ahora mismo, y pasados pocos momentos tendrá V. la contestacion.

Se dirigió al gabinete el vizconde, y aunque ardía en deseos de saludar á la encantadora María, que en compañía de la marquesa y la generala habia entrado en el gabinete de la banca, tuve que privarme de este placer, para esperar la vuelta del vizconde de Lirio-Verde. Afortunadamente para mi amorosa impaciencia, no se hizo esperar mucho, y volvió acompañado de otro jóven, tan atildado como él y mucho más impertinente. Luego que llegó á mí me dijo:

—He creido oportuno, que se acerque á V. el señor vizconde del Artamús.

—No tengo el menor inconveniente en hablar á este caballero: le respondí con indiferencia.

—Habla, Artamús; dijo el uno al otro vizconde con frialdad.

—Me acaba de decir mi amigo, repuso Artamús, haciendo horribles contorsiones, y con voz chillona y atiplada, que ha respondido V. á su propuesta con innumerables excusas.

—He dicho á su amigo de V., que partia de un supuesto falso; porque bajé en coche al *Canal*, le repliqué:

—Son las mismas palabras que ha usado el vizconde de Lirio-Verde.

—Celebro en el alma que el vizconde tenga una memoria tan feliz.

—Pero concediendo que sea exacto lo que V. acaba de afirmar....

—Caballero, lo que yo digo es siempre cierto; sin que se me conceda nada.

—Bien: pero sin embargo tengo otra cosa que exigir.

—Se vá V. presentando, vizconde, muy exigente: murmuré con una risita sarcástica.

El vizeonde no comprendió toda la intencion de mi risa, y añadió con nècia petulancia.

—Si V. no era el ginete del antifaz negro, podrá revelarme su nombre.

—No puedo complacer á V., le respondí sencillamente.

—¿Ha empeñado V. al incivil máscara su palabra de no descubrirlo en ningun caso?

—No señor; pero tengo un inconveniente, casi tan formal como una palabra empeñada.

—¿Cuál es, caballero; cuál es? me preguntó con desentono.

—El de no saber quién era el ginete en cuestion: le respondí, procurando espresarme con extraordinaria frialdad; porque en mi repugnancia á dar escándalo, queria conjurarle á fuerza de moderacion.

—¿Se ha propuesto V. hacerme burla? me preguntó Artamús alzándose sobre las puntas de los pies.

—Me he propuesto decir la verdad : le respondí tranquilamente.

—¿Y se atreve V. á sostener, que no conoce al ginete del antifaz negro ? me preguntó mas iritado.

—Si señor ; me atrevo á sostenerlo , porque es la verdad , señor vizconde.

—Esto es una infamia : murmuró , golpeando el suelo con el pié.

—¿Qué ha dicho V. , caballero ? le pregunté un tanto ofendido de su mal sonante palabra.

—Que V. conoce perfectamente al máscara del antifaz.

—¿Y de qué infiere V. que yo conozco al ginete de la pradera del *Canal* ?

—De un indicio muy podoroso : me respondió alzando la voz :

—Sepamos , vizconde ; sepamos ese tan poderoso indicio.

—El ginete del antifaz negro , que osó atropellarme , montaba.....

—Un hermoso caballo andaluz : dije acabando su periodo.

—Y ese hermoso caballo andaluz pertenece á Nazario Palma de Jura.

No esperaba yo de ningun modo esta aclaracion del vizconde , y confieso que me causó grande sorpresa. Estaba muy acostumbrado á pagar las culpas de mi homónimo , ó quizás mis

propias torpezas , para que rehusára una vez la responsabilidad que me habia impuesto ; pero en este lance se complicaba mi situacion de una manera escepcional, porque yo realmente no sabia la procedencia de aquel caballo, ni si pertenecia en la actualidad á Nazario Palma de Jura.

Reflexioné, durante un segundo, á sangre fria; y queriendo adquirir nuevos datos , pregunté al vizconde :

—¿ Está V. seguro de que el máscara montaba un caballo de mi pertenencia ?

—Muy seguro : me respondió con la mayor formalidad.

—¿ Pero sabe V. que ese caballo no ha pasado á manos de otro dueño ?

El vizconde meditó un momento , y repuso mas sosegado :

—Solo puedo asegurar á V. , que le pertenecia cuando dejó la córte, y que no quiso enagenarlo.

—Pero en el transcurso de dos años , le respondí, he podido mudar de opinion.

—V. lo sabrá , Palma de Jura. El caballo de que nos ocupamos es el *Moro*.

—Aseguro á V. , señor vizconde , que , desde mi vuelta á Dramalla , no he montado ni visto al *Moro* ; que no he hablado de él á ningun amigo , ni puedo indicar su paradero.

—¿ Es posible que no haya V. pensado siquiera en un caballo tan hermoso ?

—Es mas que posible : es exacto. Al ausentarme, lo envié á mi administrador, encargándole que lo cuidára mucho; y desde mi llegada he tenido que atender á mil cosas, las cuales no me han dejado tiempo para ocuparme de un caballo.

—Dispense V., Palma de Jura, que lo haya molestado tanto, sin verdadero fundamento : me dijo el vizconde, columpiándose y atusándose una ligera sombra de mostacho.

—Está V. dispensado, vizconde : repuse, queriendo terminar el impertinente diálogo.

—Una palabra mas, *pro formula* : insistió el vizconde.

—Hable V. cuanto le parezca : le respondí, procurando aparecer amable.

—¿ Me dá V. su palabra de honor de que no conoce al ginete que me echó por tierra ?

—Doy á V. mi palabra de honor : le respondí con serenidad.

—Ahora una pequeña exigencia : insistió Artamús :

—Exija V. cuanto le plazca : repuse con una sonrisa que ocultaba mal mi impaciencia.

—¿ Se tomará V. la incomodidad de escribir á su administrador, preguntándole por el *Moro*, y procurando averiguar quién lo montaba la tarde del miércoles de ceniza ?

—Escribiré á mi administrador, preguntándole cuanto V. desea.

—Ahora voy á hacerle una confianza: añadió el vizconde.

—Estoy muy dispuesto á recibirla: le contesté mas impaciente.

—¿Sabe V. á quién hablaba yo cuando me derribó el caballo?

—Sé que hablaba V. á unas señoras, pero no pude conocerlas.

—Estaba hablando precisamente á Joaquina de Villagracia.

—Me parece bien: le respondí, recordando el nombre, por habérselo oído á la condesa.

—Voy á hacer á V. una súplica. ¿Ha tenido V. relaciones con Joaquina de Villagracia?

—No señor: repuse marcialmente, aunque la condesa me habia indicado lo contrario.

—Muchas gracias, por su franqueza. Tiene V. un amigo en el vizconde del Artamús.

—Y otro amigo en el vizconde de Lirio-Verde: añadió el segundo vizconde que no habia desplegado sus labios. Los dos jóvenes me tendieron sus diestras, que yo estreché, y desaparecieron del salon.

CAPITULO XI.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE.

CUANDO me ví enteramente libre de los dos jóvenes vizcondes , mi primer impulso fué entrar en el gabinete de la banca y hacer mil protestas á la encantadora Maria ; enumerándola los obstáculos que me habian impedido hasta entonces ponerme á sus pies. Sin embargo , logré reprimir un momento este justo y natural deseo ; y logré dominarlo por consejo de mi prudencia.

—Recapitulemos, dije para mí, antes de acercarme á Maria , lo que me ha pasado esta noche ; no sea que, si no me presento preparado, me envuelva con fundadas reconvenciones , y pierda el triste miércoles de ceniza, cuanto gané el alegre martes de carnaval. Para que mi recapitula-

cion dé los mejores resultados, debo guardar rigoso orden cronológico y empezar por mi conferencia con la amada de Mauricio Sanchez. La conversacion de Catalina me ha probado hasta la evidencia, que la marquesa del Buen-Gusto me tiene mala voluntad. Esta enemistad de la marquesa, puede perjudicarme y mucho; pero el que la marquesa me odie no es razon para que Maria se presente celosa y enojada: separo, pues, á la marquesa y me quedo con Catalina. ¿Podrá tener celos Maria de la adorada del banque-ro? Sus celos seran bien infundados; ¿pero quién puede asegurar que una muger no tendrá celos? No hay remedio: la llamada de Catalina me ha hecho el perjuicio mas enorme que puede hacer á hombre ninguno la llamada de una muger. Maria me sorprendió á su lado: Maria quedó muda de asombro: Maria debe estar celosa y enojada: Maria me reñirá terriblemente, y, lo que es mas triste, con razon. ¿Qué excusas daré yo á Maria? Las excusas que han dado siempre los amantes: protestas de amor; juramentos é imprecaciones contra la causa de su enojo. Dejemos á un lado á Catalina, y examinemos la conversacion que ha mediado entre la condesa de Jentosca y yo. Despues de haberme preguntado con cautelosa indiferencia lo que me habia pasado en el baile; hizo recaer la conversacion sobre la memoria, la ausencia, el olvido, y no

sé cuantas cosas mas ; acabando por apostar que habia olvidado , durante mi viaje , á Joaquina de Villagracia. ¿ Quién es Joaquina de Villagracia? Segun mis escasas noticias , debe ser una jóven guapa.... ¿Y quién me ha dicho que no es muger de cierta edad y fea? Lo que parece fuera de duda es que yo he querido algo á Joaquina y que ahora la quiere el vizconde del Artamús.... Pero no adelantemos fechas. ¿ El haber querido yo á Joaquina es una razon para que Maria me rechace? Cualquiera dirá que no lo es ; y ademas yo no conozco á la Villagracia , ni soy responsable de los amores que á mi homónimo se le haya antojado tener. Pero como yo no puedo confesar que no soy el Nazario Palma de Jura originario del Infierno , y las mugeres son tan quisquillosas , podrá sucederme muy bien que me pida cuenta de estos amorcillos añejos , y que no le guste ser reina de un corazon que ha tenido ya innumerables soberanas. Esta Joaquina me va á poner en un horrible compromiso , y tendré que agotar los tesoros de mi elocuencia , para probar á la hermosa hija de los marqueses de Cartosama , que ella es la sultana favorita de mi serrálico corazon. Tambien me dijo la condesa , que no habria olvidado á la marquesa del Buen-Gusto ; porque la profeso mortal odio. Esto es verdad ; pero el que yo profese mortal odio á la marquesa del Buen-Gusto no es motivo para

que se enoje Maria; antes bien deberá causarle verdadera satisfaccion. En cuanto á los preludios de duelo que han mediado entre los vizcondes y yo; se han fundado sobre uu supuesto falso; y Maria, que me ha visto esta tarde en carretela, sabe muy bien que mi inclinacion á Joaquina no ha podido inspirarme la idea de maltratar al vizconde del Artamús. Resulta, pues, de mi imparcial y minucioso exámen de conciencia, que todo mi conato debe reducirse á probar á Maria, que mi conversacion con Catalina fué involuntaria; y que han mentido al presentarme enomorado de Joaquina de Villagracia.

Cuando hube acabado mi largo exámen de conciencia, crucé el salon, que estaba desierto, y penetré en el gabinete de la banca. Mis anteriores reflexiones habian preparado mi espíritu á la meditacion, y al ver un crecido número de personas que rodeaba la mesa de tapete verde; entre las cuales se contaban algunas niñas de catorce á diez y seis años, niñas que no jugaban aun pero que sentian ya las vivas emociones del juego, me afligió el planter de buenas madres de familia que se presentaba ante mis ojos. Esta afliccion hubiera sido mas duradera y mas profunda, si no me hubiera preocupado la desconso- ladora idea de hallar enojada á Maria.

Antes de acercarme á mi amada, quise sor- prender en su rostro las sensaciones de su alma,

y, dando la vuelta á los jugadores, me coloqué frente á la generala, la marquesa de Cartosama y su hija. La generala fué la primera á descubrirme, y con una espresiva mirada me indicó, que podia colocar una silla entre ella y la encantadora Mária. Para admitir tan lisonjera proposicion, creí oportuno examinar primero el semblante de mi bien amada: no tardó esta en clavar en mí sus negros ojos; pero en vez de encontrarlos airados, me dirijieron una mirada de satisfaccion y ternura. Loco de alegría condescendí á una segunda invitacion de la anciana, y un segundo despues me hallaba sentado entre la generala y Maria.

—Gracias á Dios que ha llegado V. me dijo la anciana generala.

—Buenas noches, Palma de Jura: añadió la noble marquesa.

—Cuántos importunos han atormentado á V., Nazario: observó Maria con encantadora dulzura y bondad.

Respondí á la anciana generala con una sonrisa; á la marquesa con un respetuoso saludo, y dije á mi amada:

—Maria, cuánto he sufrido desde que entró V. en el salon.

—Lo creo, Nazario: me respondió con la mayor amabilidad. Seguramente ha tenido V. esta noche desgracia.

—No puede V. calcular, señora, lo inmenso de mis sufrimientos.

—Llegó V., sin duda, antes de las doce, creyendo encontrarme en el salon.

—Es verdad. Se me hacian las horas tan largas, que no pude dominar por mas tiempo mi impaciencia.

—Encontraria V. solo el salon, á no ser que estuviera en él Catalina.

—Exactamente: respondí, admirando la benevolencia de Maria.

—Al verlo entrar, estey muy segura que lo llamaria con una inclinacion de cabeza.

—Ni mas ni menos: repliqué, admirando cada vez mas el fino tacto y prudencia de la hermosísima Maria.

—Cuando llégó V. á saludarla, lo invitaria á tomar asiento; y si V. la dió algunas excusas insistiria.

—¿ Ha visto V. lo que ha pasado? pregunté á Maria sorprendido.

—No, por cierto; pero es fácil adivinar, y continuaré adivinando. En primer lugar hablaria á V. de *Ciudad-Bella*; porque anoche estuvo en las máscaras; espiada ó acompañada siempre de un mascarón de dominó negro, que era, como V. puede figurarse, el banquero Mauricio Sanchez.

—Los vi en *Ciudad-Bella*, y los conocí inmediatamente.

—Despues habrá contado á V. lo perdidamente enamorado que está por ella Mauricio Sanchez, y lo mucho que goza, haciéndole concebir celos tan furiosos como infundados.

El último periodo de las adivinaciones de Maria no estaba conforme á la verdad; pero calculé por un lado, que podia haber sido cuestion de tiempo; y por otro no me pareció conveniente contradecir á una muger que, en vez de acusarme enojada, daba á mi conferencia con Catalina la interpretacion mas favorable. Hice, sin embargo, una pausa, y la generala, que habia tenido la prudencia de no interrumpirnos, se aprovechó de ella; y con una dulzura propia del usurero que pide á un deudor insolvente intereses y capital, me dijo:

—Señor Palma de Jura, ¿quiere V. jugar una vaca?

—Señora, la respondí, preveo que vamos á perder esta noche cuanto juguemos.

—Aprension: me replicó la generala, empujando con sus flacos dedos, hácia mí, ocho napoleones.

Puesto en tan dura precision, saqué la misma cantidad y, reuniéndolas, las coloqué en el naipe mas inmediato.

—¿No quiere V. que lleve parte en esa apuesta? me preguntó Maria con una sonrisa encantadora.

—Estoy seguro de perder: la respondí festivamente.

—Y es V. tan egoísta, Nazario, que á nadie dá parte en sus pérdidas.

—La señora generala tiene la bondad de partirlas: y como si el banquero hubiera querido realizar inmediatamente mi prediccion, echó sobre el tapete una sota, y yo perdí un dos á la izquierda, contra las reglas de la cábala y las risueñas esperanzas de mi compañera de infortunio.

—Como me gustaba la sota: murmuró la anciana generala, ahogando un doliente suspiro.

—Dije á V. que íbamos á perder, y se ha cumplido mi pronostico.

—Como ha de ser, Palma de Jura; no siempre se está de buena suerte.

No queriendo pasar por mezquino, saqué cuanto dinero llevaba, que seria unos tres mil reales; y lo puse en dos ó tres cartas, que perdí sin intermision; alegrándome de una pérdida que me dejaba en la libertad de seguir sin obstáculos mi conversacion con Maria.

Como mis apuestas habian sido pocas y no pequeñas, en la primera talla que dejé de jugar, se apercibió de ello el banquero, y me dijo con espléndida cortesía.

—Puede V. disponer, caballero, de cuanto dinero hay en la banca.

—Muchas gracias : le respondí , resuelto á dedicar mi tiempo á la encantadora Maria.

—Toma , Nazario : me dijo entonces Mauricio Sanchez , arrojándome su cartera , henchida de billetes de banco.

—Muchas gracias : repuse tambien , devolviéndole la cartera.

Reiteró Mauricio sus instancias , y noté que mis repulsas le causaban una dolorosa impresion : sin embargo , no cedí á su ruego , y me dediqué enteramente á mi encantadora enamorada ; pero debo estampar aquí una observacion que hice entonces. Cuando tomé asiento entre la generala y Maria , noté que los rostros de Mauricio y Catalina habian tomado una ligera espresion de asombro ; y cuando Sanchez me ofreció con tan grandes instancias su cartera , observé que frunció Maria ligeramente el entrecejo , como causándole estrañeza las atenciones de Mauricio. En vano pretendí encontrar la clave de este logogrifo , y dije á mi amada :

—Por fin hemos salido de importunos : raza maldita y abundante.

—Nazario , voy á hacer á V. una pregunta , que es en el fondo una simpleza : me respondió con gran ternura.

—Pregunte V. cuanto le plazca : que muy en breve daré á V. respuestas claras y sencillas.

—¿En qué ha fundado V. su presagio de que perdería indudablemente?

—Lo he fundado, señora, en dos poderosas razones.

—¿Tendrá V. la bondad, Nazario, de explicármelas; con esa claridad y sencillez de que me habló V. hace poco?

—Es la primera, hermosa María, que un hombre tan acosado de importunos, como yo me he visto esta noche, no puede tener buena suerte, si cae en la tentación de jugar.

—¿Y la segunda? me preguntó, no dando importancia á la que acababa de explicarle.

—La segunda es un célebre adagio italiano, muy vulgar de puro sabido.

—¿Dice ese adagio?....

—*Disgraciato in juoco felice in amore.*

—He oído mas de una vez ese adagio: murmuró la jóven con una sonrisa encantadora.

—¿Puedo aplicármelo, María? la pregunté con embriaguez.

—V. lo sabrá, Palma de Jura: repuso con otra sonrisa mas amable.

—¿No quiere V. hacerme, María, con una palabra el mas dichoso de los hombres?

—No he de querer, á tan poco trabajo, labrar una felicidad tan grande. ¿Qué quiere V. que yo le diga?

—¿Me ama V., como yo la amo, con un amor puro y ardiente?

—¿No recuerda V. las palabras que pronuncié, el lunes en la noche, en este mismo sitio?

—Las recuerdo; y juro á V. que no se borrarán jamás de mi memoria.

—¿Recuerda V. las que le dije anoche en los salones de *Ciudad-Bella*?

—Soy acaso dueño de olvidarlas: respondí con exaltacion.

—Pues si las recuerda V., Nazario, no necesita preguntarme si le amo.

—Es tan dulce oír, de la muger á quien amamos, una nueva protesta de amor.

—Nazario, amo á V., cuanto yo soy capaz de amar: dijo Maria, con una voz que me estremeció de placer.

—¡Maria, Maria! exclamé loco de contento; y hubiera caído de rodillas, á no detenerme el temor de llamar ridículamente la atencion de las muchas personas que atentamente nos miraban.

Un corazon apasionado y satisfecho derrama tan inmensos torrentes de felicidad, que enajenan y no dan lugar al discurso: en dos palabras habia agotado todas las fuerzas de mi alma, y no encontraba voces bastante apasionadas para expresar mis sentimientos. Guardé silencio: Maria, tan conmovida como yo, me miraba dulcísima-mente; y el mudo lenguaje de los ojos nos ser-

via mejor que las frases. Tiró el banquero la última tälla, y á las tres de la madrugada tuvo fin aquella reunion, en la cual habia experimentado tantas y tan distintas sensaciones.

Cuando yo me acerqué á Maria, esperaba mantener con ella un acalorado debate de acriminaciones y excusas; pero contra mis tristes pronósticos habiamos tenido una escena de abandono, confianza y amor.

—¿Cuándo nos veremos, Maria? la pregunté en el momento de separarnos.

—Mañana tarde en la Floresta: me respondió, con inestimable ternura.

—Hasta mañana, hermosa mia: murmuré, mas enamorado que nunca.

—Palma de Jura, hasta mañana: murmuró á su vez, magnetizándome con una mirada singular.

CAPITULO XII.

DUDAS.

Dos veces me habia separado de María formando deliciosos sueños de felicidad y de amor ; pero al separarme la tercera era mi embriaguez tan completa, que no conservaba siquiera el privilegio de soñar. La historia de mi ardiente amor abrazaba un gran número de atractivos, porque habia seguido los trámites de esos amores extraordinarios, cuyo principio es el acaso, cuyo desenlace es un drama, cuya duracion no se calcula, y cuya vida está sembrada de interesantes peripecias. Yo ví á María, por primera vez, en un humilde parador ; no puede elegirse un encuentro mas impensado y casual. Ví al mismo tiempo á otra muger hermosa, que me sedujo

con la dulzura de sus encantos ; en tanto que los de María me hacían temblar porque no podía sufrir los destellos de sus abrasadores ojos , y la arrogancia de su porte me imponía como la altiva magestad de una reina , digna de serlo : resultando de esta entrevista , que me declaré rendido amante de Sofía , alejándome de María extraño é invencible terror.

Cuando la ví , por segunda vez en casa de don Fulgencio Soto , procuré dominar el pánico que había experimentado en el camino , y estuve bastante feliz en la esplicacion de un logogrifo , que tenía á María por objeto. Los resultados de esta adivinacion fueron una reconvencion de su parte y un duelo con Enrique Flores : pareciéndome la provocacion del mancebo una necedad , porque mi corazon pertenecía entonces á Sofía Amaranto , y en todo pensaba menos que en ser rendido amante de María. Ví algunas veces mas á la hija de los marqueses de Cartosama , y como mi corazon no latía ya por los encantos de Sofía , empezó á trocarse mi terror en una pasion bastante activa ; y una palabra de María , pronunciada , como si no hubiera sido dueña de callarla , decidió mi suerte , y me lanzó , sin temor al fuego , entre las llamas de su amor.

Este compendioso resumen de la historia de mis amores formé desde la casa de la condesa á mi alojamiento ; y como resultaba de él algo

de providencial y misterioso, me lanzaba con nuevo ardor en el volcan de mis amores; el alma altiva y satisfecha con la fé de una inmensa felicidad.

¡Qué hermoso es el mundo mirado por el prisma de una pasión! Sus nacarados horizontes reflejan una luz suave, que no lastima las pupilas: sus flores prestan al ambiente ricos aromas: mansas brisas gimen, túbias y perfumadas; y cantan tiernos ruiseñores, en flotantes nidos de jazmines, sentidas endechas de amor. El murmúrio del manso arroyo, que se desliza sobre el césped, semeja el blando arrullo de la tórtola enamorada: la cascada, que se despeña sobre duro lecho de rocas, tiene salvajes armonías, que repiten lejanos ecos; y el oscuro seno de las grutas ó los bosquecillos sombríos, convidan á grato reposo, porque vuelan los hermosos sueños bajo sus bóvedas sagradas. Por el prisma de la pasión, no se vé nunca lo pasado, se comprende mal lo presente; pero en cambio se descubre lo porvenir; siempre radiante, siempre hermoso. Yo creí estar enamorado de Sofia Amaranto, y me engañé lastimosamente: yo sentí un momento simpatía hácia Catalina, pero fué la ilusion de un dia: yo codicié el pequeño pié de aquella muger misteriosa, á quien no veo hace mucho tiempo; pero fué un capricho no mas: yo he creído, en mi vida pasada, amar á varias hermosuras; pero me

he engañado á mí mismo de una manera lastimosa : yo no habia amado nunca hasta que he conocido á María. ¡ Qué valen las demas mugeres á ella comparadas ! nada valen. He visto mugeres hermosas , muy hermosas ; pero han sido esas hermosuras vulgares , que agradan , como la Venus de Médicis , por su fria regularidad ; preciosas estatuas humanas , sin vida aunque con movimiento. ¿ Y compararé yo siquiera estas hermosuras vulgares á la hermosura de María ? pensarlo únicamente es sacrílega profanacion. María es hermosa , como las brillantes fantasías de los inmortales poetas : hermosa , con esa hermosura incorpórea de los ángeles y serafines : hermosa , como el sol , que oculta con sus brillantes resplandores una parte de su hermosura para que admiren la restante. María es el bello ideal que han tenido todos los génios para sus brillantes creaciones : para sus *Madonas* Rafael ; el Tasso para sus *Armidas* ; para sus *Concepciones* Murillo ; para sus *Lauras* el Petrarca , y Milton para su *Luzbel*. Todo lo ideal , todo lo grande , todo lo altamente poético , es aplicable á la hermosura de María. Ya se le ama , como á muger ; ya se le adora , como á virgen. Querer compararla , es pretender la realizacion de un delirio. Querer darse cuenta de hasta donde llega la pasion que inspirar puede , es fijar límites al espacio y á la eternidad duracion. No descuella entre las mu-

geres como la gigantesca palma sobre los enanos tomillos; brilla como un astro entre nubes; es una rosa fragante y fresca, que se mece en desierto y árido arenal. La imaginacion busca en vano imágenes que representen lo que solamente puede serlo por sí mismo: yo me pierdo, como si vagara por intrincado laberinto; y cuando me libero de sus confusas sinuosidades, exclamó con un frenesí que á nada puede compararse. «Amo á María, porque no tiene verdadera comparacion.»

Si hubiera de seguir pintando con sus verdaderos colores el ardiente amor que me abrasa, ocuparia en ello muchas páginas y quedaria intacta la cuestion: ahogo, pues, la voz de mis afectos y me dedico á la narracion de los sucesos, porque, aunque locamente enamorado, bien conozco que á nadie interesa mi amor.

Desde mi llegada al Infierno, habia unido á mis cariños femeniles un afecto puro y permanente, y profesaba á Perez de Silva la mas tierna y franca amistad. Rodeado de seres estraños, que me atacaban sin piedad, habia encontrado en el director del INFERNAL la efusion de un amigo sincero, dispuesto á sacrificarse por mí; y cuando me abrumaban mas las persecuciones y disgustos encontraba á su lado el reposo, que necesitaba mi alma despues de mucho combatir. Me habia acostumbrado á pasar una parte del dia

con él, y, desde el martes de carnaval hasta el primer jueves de cuaresma, habian transcurrido cuarenta y ocho horas sin habernos visto ni hablado. Mis deberes parlamentarios y mis ocupaciones de amante no me habian permitido ir á buscarlo el lúgubre miércoles de ceniza, pero el jueves por la mañana, antes de acudir al congreso, me dirigí á la redaccion y lo encontré en su gabinete.

Estaba completamente recostado en una cómoda butaca, y dando la espalda á la puerta, de modo que pude contemplarlo á mi sabor antes que notára mi presencia. Su rostro que, desde mi llegada al Infierno, habia contemplado siempre alegre, estaba pálido y sombrío, y sus fruncidas cejas le daban marcada espresion de disgusto. Todos los periódicos de Dramalla y un crecido número de cartas estaban sobre un velador, y se adivinaba fácilmente que Camilo habia mandado ponerlos allí, con intento de examinarlos, pero que no los habia tocado siquiera. La postracion que en él notaba me interesó profundamente, y queriendo saber sus penas, para tomar parte y consolarlo, lo saludé con una pregunta:

—¿Qué tienes, Camilo? le dije adelantándome hácia él.

Se estremeció Perez de Silva al oír mi voz, é incorporándose de pronto, clavó en mí una mi-

rada, cuya espresion sarcástica y fiera á la vez no sabia como interpretar. Esta mirada fué veloz como la luz de los relámpagos, y aquel rostro, sobre el cual habia visto marcada la profunda huella del dolor, quedó de improviso impasible; como si le hubieran adaptado una fria máscara de hierro.

—Siéntate, Nazario: me dijo, señalándome una butaca.

—Permíteme, Perez de Silva, que te repita mi pregunta: le respondí.

—¿Qué pregunta? murmuró, aparentando la mas perfecta tranquilidad.

—La que te hice, en vez de saludo, cuando entré en este gabinete.

—Te aseguro que no la recuerdo: repuso, tomando un habano y alargándome la petaca para que imitára su ejemplo.

—¿Qué tienes, Camilo? te pregunté, y te hago la misma pregunta.

—Nada tengo, Palma de Jura: me respondió, afectando siempre una glacial indiferencia.

—Estás pálido como un cadáver: insistí con creciente interés.

—Es posible; porque no he pasado buena noche: repuso con una sonrisa forzada.

—Tambien me parece que noto en tu rostro huellas de profunda tristeza.

—Te equivocas lastimosamente: me dijo, y

se miró al espejo, como si quisiera asegurarse de que no desmentía el semblante lo que aseguraban sus labios.

—Mira, Camilo, respeto mucho los secretos de mis mas íntimos amigos...:

—Yo tambien los respeto mucho, Nazario: me respondió con una sonrisa sardónica inesplicable.

—Permíteme que continúe: insistí bastante alarmado.

—Dispénsame que te haya interrumpido: repuso con otra sonrisa mas sarcástica.

—Respeto mucho, como he dicho, los secretos de mis mas íntimos amigos; pero no puedo reducirme á ignorar la causa de las penas que te martirizan, Camilo.

—Sabes, Nazario, que traes hoy un deliciosísimo humor.

—Te aseguro que no tiene nada de envidiable, y de delicioso mucho menos.

—Pues en ese caso te domina una aprension bastante estraña.

—No es aprension: dije, ofendido del tono de Perez de Silva.

—¿Querrás convencerme, quizás, de que me lastiman crudas penas?

—No tengo la nécia persuacion de querer medir la intensidad de tus dolores; pero si me atrevo á asegurar su existencia, añadiendo que cuentan de fecha algunos dias.

—Esto vá siendo entretenido ; y bien merece que continuemos la diversion : replicó Camilo, soltando una estrepitosa carcajada , que él quiso hacer sumamente festiva y á mi me pareció muy triste.

—No creo , Camilo , que mis palabras sean de gran entretenimiento: dije con bastante amargura.

—¿Desde cuándo has notado en mí esos sinmas de dolor? me preguntò, desentendiéndose de mi queja.

—Desde el martes de carnaval: le respondí, sin vacilar, y alegrándome mucho de que entráramos en la cuestion.

Camilo clavó en mí una mirada fria, y al mismo tiempo indagadora , frunció lijeramente los labios , y añadió:

—Has tomado tanto interés por mi salud , que habras seguido dia por dia los progresos de mi no leve enfermedad.

—Los he seguido dia por dia , y aun hora por hora: repuse , mas compadecido de su angustia que de su desden enojado.

—Ya que te ocupas de mi dolencia ¿ quieres que hagamos su diagnóstico ? me preguntó con cruel sarcasmo.

—Puedo reducirlo, Perez de Silva , á tan pocas palabras , que no te cansarás de oirlo ni yo de formularlo bien.

—Sepamos, Nazario, sepamos. Si llevas tu amabilidad hasta un extremo, que apenas me atrevo á exigir.

—Comienzo. El domingo de carnaval concurrimos juntos á *Ciudad Bella*, y permanecimos reunidos hasta que diferentes máscaras se apoderaron de nosotros. Cuando nos separamos, estabas alegre y decidor; te ví un momento, dando el brazo á la hermana de la caridad, y no volvimos á reunirnos. El lunes lo pasé durmiendo, y en su noche acudí al congreso de diputados; por cuya razon no pude verte. Vine el martes, y te encontré casi tan triste como hoy; pero con humor desigual, que sufría modificaciones frecuentes. Hablamos mucho de las máscaras, y nos referimos varios lances, que despertaron casi todos nuestra curiosidad; produciéndonos algunos de ellos una alarma que, segun veo, va justificando la experiencia. No quisiste acompañarme á *Ciudad Bella*, manifestándome que regularmente no irias; y nos separamos, yo por lo menos, poseidos de una verdadera inquietud. Te busqué, durante la noche, con sumo cuidado entre las máscaras; y en el momento de abandonar aquellos salones, animados con la embriaguez del baile, música y licores, te ví, en el alfeizar de una ventana y medio oculto tras una cortina de damasco, tan pálido como lo estas ahora; é imponente, como un espectro sobre su sepulcro.

Camilo lanzó una ronca carcajada , que me estremeció , como si hubiera recibido una descarga eléctrica , y dijo:

—¿ Es verdad , Nazario , que bajo el alfeizar de aquella ventana , debí parecer la acusadora sombra de Nino ?

—No comprendo , le respondí en tono de reconvencion , la causa de esa hilaridad tan notable y estraña.

—Nazario , te has empeñado en hacerme creer que estoy triste , y yo te respondo con una explosion de..... alegría.

—Pues te confieso francamente que la explosion de tu alegría produce en mí un efecto tan triste y tan.....

—Prosigue , Nazario , el diagnóstico de mi enfermedad ; pues seria lástima que lo cortara este incidente.

Dirijí á Camilo una mirada muy semejante á las que él me dirigia de vez en cuando , y continué mi diagnóstico.

— No pude detenerme entonces ni verte ayer. Hoy te encontré pálido , triste y abatido : á mi vista se operó en ti una reacion extraordinaria ; y tu semblante y tus palabras han conservado una cruel espresion de sarcasmo , que no me sé explicar , Camilo ; que profundamente me lastima y , en algun momento , me enoja.

—¿Has acabado ya, Nazario, el diagnóstico de mi dolencia? me preguntó Perez de Silva con su frio sarcasmo.

—Lo he terminado: respondí; y sentí que toda la sangre se iba agolpando á mi cerebro con extraordinaria rapidez.

—Pues ya que conoces mi dolencia, acaba tu papel de médico recetándola las oportunas medicinas.

—¡Sangrías! exclamé; no pudiendo reprimir mas la indignacion que me causaba la cruel ironía de Camilo.

—No has pensado mal, Palma de Jura; las sangrías podrian hacerme gran provecho; curarme quizás.

Miré á Camilo con una espresion tan sarcástica como la suya; y adoptando el mismo tono, le respondí:

—Los remedios heróicos curan radicalmente las mas graves enfermedades, cuando tienen una inmediata aplicacion.

Camilo me miró á su vez; comprendiendo perfectamente el sentido de mis palabras; y dominando un raptó de ira, que destellaba en todas sus facciones, me replicó, haciendo alarde de perfecta tranquilidad:

—Nadie desea tanto la salud como el enfermo; juzga, pues, si estaré por la inmediata aplicacion de la sangría.

—Yo que he sido el médico, Camilo, no seré quien las retarde un día: repuse con reconcentrado furor.

—Pues yo, que soy el pobre doliente, estoy decidido á aplazarlas: me respondió con verdadera tranquilidad.

—Y será muy largo ese plazo? le pregunté, comprendiendo cada vez menos la conducta de mi antiguo amigo; pero tan indignado de ella, que deseaba realmente probar la heróica y costosa medicina.

—¿ Es hoy jueves? me preguntó á su vez, habiendo cambiado el sarcasmo en perfecta tranquilidad é indiferencia.

—Hoy es jueves: le respondí, estudiando, espresado, la brevedad de mis respuestas como medio de provocacion.

—El jueves proximo te escribiré; y regularmente nos entenderemos, como dos hombres que se conocen mucho.

—Hasta el jueves proximo, Camilo: le respondí tomando el sombrero y saludándolo en ademan de despedida.

—Hasta el jueves proximo, Nazario: repitió Camilo sonriéndose y acompañándome hasta el dintel.

Estreché muy ligeramente la mano que me presentó Perez de Silva, y salí dejando aplazado un desafio con el único que me habia

tratado como amigo desde mi llegada al Infierno; y confundido entre mil dudas, porque no podía adivinar los ocultos móviles de la conducta de Camilo.

CAPITULO XIII.

EL SALUDO.

Al enojo que me habia causado la estraña conducta de Camilo siguió, como era natural, e disgusto de haberme indispuerto con amigo tan obsequioso; y maldije mas de una vez el momento en que pisé la fatal córte del Inzerno. Estaba seguro, muy seguro, de no haber dado á Perez de Silva el mas leve motivo de queja; pero sabia si mi homónimo lo habria ofendido gravemente, ni mucho menos si sus encubiertos enemigos, que me habian hecho guerra tan encarnizada y desleal, habrian tramado algun complot, del cual deberiamos ser tristes' victimas. Mas de una vez detuve el paso, para volverme á la redaccion y pedir á Perez de Silva, de rodi-

:

llas si era necesario, terminantes esplicaciones; pero el orgullo por un lado y por otro la dificultad de esplicarle satisfactoriamente una conducta, que mi posicion hacia harto estraña, me hicieron proseguir mi camino, con la desesperacion de un reo que va siguiendo el del cadalso.

Entré en el salon de conferencias profundamente distraido; y, como redactor del proyecto del discurso de contestacion á la corona, tuve que contestar á un gran número de preguntas impertinentes, y que sufrir cien observaciones repetidas é interesadas. Los diputados de ambos matices de la oposicion me reconvenian ágríamente, porque no habia condenado de un modo enérgico y terminante la política del gobierno; y los diputados ministeriales estrañaban que, un hombre tan amante del órden como yo, no aprobára esplicitamente la conducta de los ministros. Yo contestaba á unos y otros con la misma fórmula, reducida á estas pocas frases: « El documento, que he redactado, es un proyecto y nada mas: Vds. pueden presentar cuantas enmiendas juzguen oportunas, y, si mis dignos compañeros de comision no las rechazan, no seré yo quien las combata, ni en el seno de la comision ni en la tribuna del congreso: consiguiendo con esta réplica hacerme tantos enemigos como diputados me hablaban.

Cansado de la monotonía de esta intermina-

ble polémica , procuré perderme entre las sombras de los mas ocultos pasillos ; pero estaba empuñada la suerte en perseguirme á todas partes, y me encontré de manos á boca con el señor ministro de hacienda, que llegaba en aquel momento.

—¿Cómo por aquí, señor Palma de Jura ? me dijo con festivo tono.

—Estoy cansado, le respondí, del bullicio de los salones.

—Nunca hubiera podido imaginar que abandonára los salones el verdadero rey de la fiesta.

—He abdicado mi autoridad : le respondí, procurando participar de su buen humor.

—Aquí, para entre los dos, Palma de Jura, ¿por qué me asustó V. antes de ayer, cuando tuve el gusto de verlo ?

—No recuerdo, señor ministro, haber tenido la intencion que V. supone he realizado.

—¿Y aquella sonrisa con que me pagó V. la que yo le habia dirigido en estos mismos corredores ?

—Fue pagarle á V. su sonrisa en la misma moneda.

—Es verdad. Pero confieso á V. francamente, que, cuando he leído su proyecto de contestacion al discurso de la corona, he experimentado una sorpresa extraordinaria.

—¿De qué ha nacido esa sorpresa ? le pregunté festivamente.

—De que esperaba encontrar un documento de furibunda oposicion, y he visto lo contrario.

—¿Está V. satisfecho de la redaccion del discurso? volví á preguntarle.

—Lo estoy: me respondió con la mayor formalidad.

—Tengo que dar á V., señor ministro, un millon de gracias.

—¿Por qué? me preguntó un tanto admirado de mis palabras.

—Porque es V. la única persona que ha quedado completamente satisfecha de su redaccion.

—¿Habla V. con formalidad? volvió á preguntarme.

—Me parece que no es ocasion de andar en bromas; le respondí bastante sério.

—Palma de Jura, la mayor parte de los diputados ministeriales no entienden gran cosa de nuestros juegos parlamentarios, y perjudican á la misma causa que defienden.

—Me parece que los señores de la oposicion no se encuentran mas adelantados.

—Allá se van, allá se van: me respondió; y añadió, tendiéndome la mano.

—Estoy muy seguro de que V. y yo acabaremos por entendernos.

—En asuntos palamentarios lo dudo mucho, señor ministro.

—*Guta cavat lapidem, nom sémel nisi semper*

cadendo: me respondió, encaminándose hacia el salon de conferencias.

—Este hombre vale algo; dije para mí: y acordándome de la cita de mi hermosa y amada Maria, empecé á bajar las escaleras del congreso.

Al llegar al primer descanso tuve otro encuentro, tan inesperado como el del ministro de Hacienda; pues me cerró el paso Catalina. Venia vestida como siempre, es decir, con suma elegancia; y noté en su rostro una espresion, efecto sin la menor duda de dos sentimientos distintos, que no habia observado hasta entonces, y que no pude interpretar, aunque fijé en ello mi atencion.

—¿Cómo está V., Palma de Jura? me preguntó con ese abandono que ostentan las mugeres de cierta edad.

—A los pies de V., Catalina: la respondí sencillamente. ¿Y V. está buena?

—Muy buena. Gracias: me respondió, indicándome con una mirada que no habia acabado nuestro coloquio.

—¿Sube V. á la tribuna reservada? la pregunté, por no guardar triste silencio.

—Voy á la tribuna, Nazario. ¿Pero cómo abandona V. tan pronto el congreso?

—Tengo mucho que hacer, señora: la respondí, procurando abreviar nuestro diálogo.

—¿Ha dado á V. alguna cita Maria Cartosama? me preguntó con un descaro singular.

—Señora.... murmuré, no sabiendo que contestar á una pregunta tan directa.

—No creo, Palma de Jura que trate V. ahora de negarme su amor á la encantadora Maria.

—Tampoco puedo confesarlo..... tartamudeé bien torpemente.

—Para ser prudente en palabras es preciso haberlo sido antes en obras.

—No comprendo á V., Catalina.

—Cuantos concurren á la sociedad de la Jentosea han notado los síntomas de esa pasion.

—Los que creen adivinarlo todo, se engañan con mas facilidad.

—Prescindamos de juegos de palabras. ¿Ama V. realmente á Maria?

—¿Tiene V. encargo de hacerme esa pregunta? repliqué, pagando descaro con descaro.

—¿Quién habia de haberme confiado tan espinosa comision?

—No lo adivino, Catalina; y la mejor prueba es que pregunto.

—Mire V., Nazario; yo no creo que V. ame á Maria Cartosama.

—V. es muy dueña de creer lo que tenga por conveniente: la respondí

—Pero sí creo, sin meterme á adivinar las causas, que V. galantea á la arrogante jóven.

—V. es muy dueña de creer lo que tenga por conveniente: repetí con indiferencia.

—¡Creo V., Nazario, que, si continúa en intimidad con la Cartosama, tendrá bastante imperio sobre sí para no dejarse dominar por sus encantos y reducir su amor á un convencional galanteo?

—Creo, Catalina, que he cumplido veinte y cinco años: la respondí con grosería.

—Bien sé, Palma de Jura, que no necesita V. tutor: pero como las mugeres somos mas diestras y terribles en las lides de amor que los hombres, quiero hacer á V. una advertencia. Si quiere V. amar de veras á Maria, y está decido á arrostrar las consecuencias de su amor, amela V. cuanto le plazca; pero si quiere reducirse á un pasatiempo, huya V. de ella, porque está al borde de un volcan que muy pronto arrojará llamas.

Catalina añadió á sus palabras una inclinación de cabeza, y se dirijió á la tribuna.

Desde el congreso á la Floresta me repetí un millon de veces las palabras de Catalina; y como habian conocido en Maria, desde el momento que la ví por primera vez, el poder de fascinacion de que me habia hablado la elegante amada del banquero, empecé á sentirme agoviado bajo el peso de su inevitable dominio.

Cuanto mas raciocinaba, mas estraña me parecia la donducta de Catalina; pues habia abor-

dado una cuestion , que tocan siempre las mugeres con el mas esquisito tacto , de una manera bastante brusca , y aun podria llamarse incivil. Esta rudeza no podia ser efecto de impremeditacion , porque mugeres como la amada de Mauricio meditan mucho antes de hablar ; y debia creerla calculada con tanta mas razon , cuanto que en *Ciudad-Bella* y en los salones de la condesa de Jentosca habia hecho alarde de ruda y picante franqueza. Inferí de esto y de mis propias esperiencias , que Maria era una amante harto temible ; pero como yo la amaba de veras y Catalina me habia dicho que no era posible sostener con ella , por mucho tiempo , un inocente galanteo , me tranquilizé , considerando la misma firmeza de mi amor.

Llegué á la Floresta contento , aunque media hora antes que los mas aficionados á disfrutar de sus delicias ; y alimentándome de lisonjeras esperanzas , dejé transcurrir los minutos sin calcular su duracion.

A las tres y media empezaron á bajar muchos carruajes , y á las cuatro estaba el paseo en el cenit de su esplendor. El circulo de mis relaciones , ó á lo menos de mis conocimientos , se ha extendido mucho en las tres ó cuatro semanas que llevo de permanencia en el Infierno ; y ya se contarme á mi mismo las crónicas pertenecientes á las personas mas notables. A la segun-

da vuelta que dí, me crucé con Enrique Flores, que habia bajado á la Floresta diez minutos despues que yo; síntoma para mí seguro de que esperaba, como yo, ver en ella á la incomparable Maria.

Desde el mártes de Carnaval, la vista del jóven me causaba una impresion desagradable; y su presencia en el paseo aumentó mi enojo hasta punto, que no pude menos de dirijirle una mirada insolente y provocadora. Yo sabia que Flores me odiaba tanto ó mas que yo á él, y esperaba que contestase á mi mirada con otra mas fiera y arrogante; pero noté, con estrañeza, que bajó los ojos al suelo, aunque le ví morderse el lábio con reconcentrado furor. Proseguimos nuestro paseo, y observé que Flores evitaba cruzarse conmigo, y que, disminuyendo las distancias, acabó por seguir paseando á dos ó tres pasos trás de mí. Adiviné inmediatamente el objeto de esta maniobra; que debia serlo poder apreciar perfectamente qué especie de saludo mediaba entre Maria y yo, cuando llegáramos á encontrarnos. Sorprendida la idea del jóven, era natural que yo tratára de imponerle la penitencia en el pecado, y me decidí á ejecutarlo en el momento conveniente.

Esperaba que la hermosa Maria se presentaria en carretela, y por lo tanto mi atencion estaba fija en el arrecife de los carruajes, cuyo número

se aumentaba instantáneamente. Vi á Camilo Perez de Silva, perezosamente reclinado en los almohadones del suyo, tan pálido como lo dejé tres horas antes, pero sus pupilas jiraban con extraordinaria rapidéz, como si buscáran un objeto. Cuando nos cruzamos, me inclinó ligeramente la cabeza; y noté que temblaban sus lábios con una sardónica sonrisa. A corta distancia de la carretela de Camilo venia la de la condesa de Jentoseca; y esta amabilísima señora tuvo la bondad de saludarme con su cortesano agasajo. A la carretela de la condesa seguia una, verdaderamente magnífica, y en ella venian Julia y Rosa; las dos amigas que encontré en casa de la condesa de Jentoseca, y cuyas biografias me habia hecho comiendo Camilo. A los estribos del carruaje cabalgaban dos estranjeros en escuálidos caballos ingleses; los cuales me hicieron recordar el lance de la pradera del Canal, y suspirar por su inmediata repeticion. Julia y Rosa me saludaron de la manera mas afectuosa, y yo contesté sus saludos, procurando reprimir la sonrisa que á mis labios traian sus historias. Siguió marchando la interminable procesion de trenes mas ó menos ricos, y llegó la vez al de Catalina, tan magnífico como el de Rosa, que habia pasado poco antes. Iba la amada del banquero sola y reclinada; haciendo alarde de su aparente dejadez, que ocultaba un mundo de

voluptuosidad. Inmediatamente detrás venia el banquero , en un elegante tilburi ; y á Mauricio Sanchez seguia don Fulgencio Soto , acompañado de toda su amable familia. Catalina me saludó con un ligero movimiento de su ramo de frescas lilas , flores que amaba con estremo , como hemos podido observar , y una mirada entre suplicante y cariñosa. Mauricio fué mas espresivo en su saludo ; aunque noté , como me habia sucedido otras veces , que mi presencia le causaba una dolorosa impresion ; y la familia del ex-ministro me saludó con aquella cordialidad que no deja lugar á dudas , y es señal clara de la mejor inteligencia. En pos venia del ex-ministro el finchado Toribio Ruiz , que encerraba algo de portugués ó de extranjero ; y como tenia la fortuna de no haberlo tratado , pasó sin que cambiáramos saludo : pero en cambio los dirijió á una jóven alta , delgada , rálida y bella que paseaba delante de mí , y á una señora mas madura , gruesita y bastante linda , que inmediatamente me seguia. Parecia la suerte empeñada en reunir á todos mis amigos , y en pos de Toribio venian los dos ministros coexistentes , don Alejo Astorga y don Buenaventura Perez Crespo. No se contentó don Alejo con saludarme cortesmente ; mandó parar su carruaje , y me ofreció un asiento en él , que yo no acepté , escusándome con mi cita.

En el tiempo que estuve parado , para rehusar

la invitacion de don Alejo, se me adelantó Enrique Flores algunos pasos; pero esta posicion avanzada no debia cuadrar á sus intentos, porque se detuvo inmediatamente, so pretexto de encender un habano, y volvió á cerrar mi retaguardia, como lo habia hecho hasta entonces. Si hubiera retardado un minuto esta estratéjica maniobra, no hubiera podido conseguir el objeto que se proponia; porque la marquesa de Cartosama y su hermosa hija se presentaron en una elegante carretela, momentos despues de haber terminado Enrique Flores su evolucion.

Me habia parecido siempre Maria la muger mas bella del Infierno, pero esta tarde la realidad superaba, con mucho, á la mas radiante ilusion. Vestia un traje de raso negro, sin adornos de ninguna especie, y un sencillo velo de blonda: traje enteramente de verano, que permitia usar lo apacible y túbio de la tarde; particularmente si, como Maria lo habia hecho, se llevaba al respaldo del carruaje una linda visita de arminos, para cuando cayera el sol. Los negres rizos de la jóven flotaban sobre sus mejillas, mas sonrosadas que de ordinario; y sus pupilas de azabache despedian aquel brillo deslumbrador que me habia ofuscado tantas veces.

La conducta de Enrique Flores aumentaba mucho el interés de un encuentro que nunca me hubiera sido indiferente; y era lo cierto que

dos rivales íbamos á librar batalla, disputándonos un saludo mas espresivo y cariñoso. No se si tendria Flores esperanzas de salir vencedor; pero lo que si puedo asegurar es, que yo contaba con el triunfo hasta punto de no lanzarme á disputarlo, sino de esperar que él viniera, para que fuera mas completo. En esta disposicion de ánimo llegué á igualarme con Maria, retozando sobre mis lábios una sonrisa cariñosa y fijos mis ojos en sus ojos para no perder la espresion de su intensa y significativa mirada. No sé si comprendió Maria los temores y las esperanzas que Flores y yo podiamos abrigar, y la secreta intencion de Enrique; pero lo que si sé es que, en el momento de cruzarse conmigo, saludó de un modo tan estraño y tan natural al mismo tiempo, que no supe como interpretar la doble espresion de su saludo.

Se vinieron á mi memoria aquellos dos versos de EL MAESTRO DE ALEJANDRO « *Eran con vos las mudanzas y las sonrisas con él:* » porque creí efectivamente, que, dirijiéndome el saludo, habia querido decir á Enrique: « Mi saludo es el cumplimiento de un deber social, para con Nazario; para contigo, es una dulce muestra de amor. » Pero como esta interpretacion heria mi orgullo, y no era seguro que yo viera distintamente los objetos por el turbio prisma de los celos, quise ver si en el saludo que naturalmente

dirijiria á Flores, podia encontrar la clave de este logogrifo, y me volví con rapidez. Maria no inclinó siquiéra la cabeza, y yo me encontré frente á frente de mi escarmentado rival. He dicho otra vez, que cuando me batí con Flores no quise arrancarle la vida, pero que desde que me hallaba perdidamente enamorado de la viajera de ojos negros sentia hácia él una verdadera aversion. Me quedé mirándolo de la manera mas provocativa y audaz, como si le pidiera cuenta de su conducta y aun de sus propios sentimientos: respondió á mi mirada con otra tan provocativa y arrogante; pero de improviso bajó los ojos; se mordió los lábios, hasta teñirlos con su sangre; asomó una lágrima á sus parpados, y prosiguió su marcha con reconcentrado furor.

Esta escena la presenció la dama del pié pequeníssimo, cuyo carruaje venia en pos de la carretela de María.

CAPITULO XIV.

MJRMURACIONES.

EL inesplicable saludo de la encantadora Maria, la conducta de Enrique Flores y la presencia de la dama del pié pequeño, eran suficientes motivos para darme mucho en qué pensar ; y ; como si no fueran bastantes, podia reunir á ellos la muda escena que acababa de tener lugar entre Enrique Flores y yo: escena que no habia pasado desapercibida, y en la cual aparecia yo de mas relieve, porque la muda provocacion habia salido de mi parte ; interrumpiendo mi camino de una manera harto brusca é inesperada. Me abochorné de mi conducta, y, si no me hubieran detenido dobles lazos de amor y celos, hubiera dejado el paseo ;

pero no atreviéndome á hacerlo , quise disimular mi contra marcha , y empecé á buscar un asiento; lo que no era fácil conseguir á hora de tanta concurrencia.

Sin embargo , no quiso la suerte mostrarse conmigo cruel , y á los tres ó cuatro minutos de afanes tomé posesion de una silla , que si no ofrecia grandes seguridades de no dar en tierra conmigo , me prometia dejarme soterrado entre el polvo que atesoraba.

Al tomar asiento , no creí que elegia una especie de campo de batalla , pero me engañaba muchísimo , y me veo obligado á describir mi posicion , respecto á los ejércitos beligerantes.

Estaban sentadas á mi derecha dos señoras de la mas alta aristocracia ; pero tan antigúas las dos como sus añejos pergaminos. Yo no sé si habrian sido hermosas , porque entre los sesenta y setenta muy rara vez se descubren los restos de las pasadas hermosuras ; pero en cambio puedo asegurar que habrian sido en suma coquetas , porque , á pesar de sus sesenta y cinco años , tenian pretensiones y vestian con estremada afectacion. Sentadas estaban á mi izquierda dos niñas de diez y seis años , vestidas con suma sencillez y tan frescas como dos rosas en una alborada de abril. Eran lindas , como dos ángeles , y aunque mi corazon , prendado de los encantos de María , no podia recibir en su seno una nueva pasion , sen-

ti hácia las jóvenes un cariño casi paternal. A espaldas de las dos señoras, y sentados espaldas con espaldas, se hallaban dos jóvenes imberbes, muy presumidos y atildados; y á espaldas de las hermosas niñas dos ancianos, providencial colocacion, que probaba la inestabilidad de las glorias humanas, presentando los graves contrastes de la edad. Estas ocho sillas formaban una especie de semicírculo, ó mas bien herradura, en cuyo centro estaba colocado yo; pegada mi espalda á las espaldas de los hombres, y un poco detras de las señoras; posicion que me permitia oír cuanto hablaban, sin llamar mucho la atencion. Las primeras palabras que oí me interesaron vivamente; y aprovechando la facilidad que poseo de atender, y aun seguir, tres ó cuatro conversaciones al mismo tiempo, me decidí á no perder palabra y lo conseguí fácilmente. Aunque las cuatro conversaciones eran simultáneas, prefiero, para la mejor inteligencia, colocarlas unas tras otras; y perdónenme los que crean que con esto les niego la facilidad de que yo me encuentro dotado. Las primeras palabras que oí las dirigia una de las dos encopetadas damas á su amiga, y eran las siguientes:

—Nada mas cierto que lo que acabo de contarte, relativo á Palma de Jura y sus amores.

—¿Y estas segura de ello, duquesa? preguntó la segunda dama.

—Tan segura, como que me lo ha contado esta mañana la condesa de Jentosca.

—¿Ha estado á verte la condesa?

—No; pero yo, que tenia interés en hablarla, he estado en su casa.

—Me parece que vas intimando muchísimo con la condesa de Jentosca.

—No; pero me ha obligado á ir á buscarla don Nazario Palma de Jura.

—¿Tienes tú tambien algo que ver que ese famoso caballero?

—Si y no.

—Si no te esplicas mas claramente, no te comprenderé, duquesa.

—Voy á esplicarme. No conozco personalmente á ese jóven, de quien tanto se ocupa el mundo elegante, y por mí no me hubiera tomado el trabajo de ir á hablar de él á la condesa; pero, segun me han informado, ha tenido que hacer con mi nieto.

—¿Con cual de ellos?

—Con el vizconde del Artamus.

—¿Y por qué.

—Por unos amorcillos.

—¿Galantean los dos á una misma?

—A lo menos, lo creyó así mi nietecito.

—¿A quién galantea tu vizconde?

—A Joaquina de Villagracia.

—No es fea esa chica.

—Pero es pobre.

—Lo que es buena boda no puede llamarse.

—Ya lo creo.

—¿Y en qué ha quedado la desavenencia del vizconde con Palma de Jura?

—En que Palma de Jura ha dado á mi nieto las mas humildes satisfacciones.

Iba á responder á la duquesa , pero conociendo que debia aprovechar las noticias que pudieran proporcionarme las simultáneas conversaciones , dominé mi enojo , y poniendo mas atencion , procuré no perder palabra. La segunda dama repuso:

—Me han sorprendido tus razones; porque Nazario tiene fama de valiente y de espadachin.

—Segun parece , tiene fama de muchas cosas que no es.

—Prosigue , duquesa , prosigüe.

—Desde la casa de la condesa de Jentosca me encaminé á la de la marquesa del Buen-Gusto. Como tú sabes , yo he criado á la marquesa , y la quiero como á una hija. Entramos en conversacion íntima , y la conté circunstanciadamente la travesura de mi nietecillo Artamus. Me escuchó con suma atencion ; manifestándome despues que le causaba grande estrañeza la conducta de Nazario Palma de Jura.

—Precisamente debia admirarse la marquesa; porque ese jóven tiene gran fama de valiente.

—Te has empeñado en proclamar el valor de ese mozalverte.

—Tú misma acabas de decirme que la marquesa del Buen-Gusto estrañó mucho.....

—Déjame hablar, y sabras de que procedia su estrañeza.

—Eso es otra cosa; habla, duquesa, y te escucharé con la mas religiosa atencion.

—Yo creí, como tú que la marquesa participaba de la opinion general respecto al valor de Palma de Jura, y la hice algunas observaciones en este sentido; pero ella se sonrió con una especie de desden, y me dió, estas son sus palabras: «Es una vulgaridad creer, que Nazario
» Palma de Jura tiene valor; pero estraño mucho
» su conducta, porque se aviene mal con su nécio
» orgullo y calculada cobardia» Estrañé este modo de discurrir; la pedí al momento esplicaciones; y sin hacerse de rogar, me dijo: «Nada diré á V. de la primera temporada que Palma de
» Jura vivió en nuestra corte, dejando este periodo de su vida oculto entre las sombras que lo
» rodearon casi siempre; pero sí hablaré á V. de
» su vuelta. Su primera hazaña fué enamorar á una
» petardista provinciana, que venia en busca de
» un destino para su esposo; y la pretendiente se
» se dió tal arte, que á los tres dias marchó de
» la corte, llevando el destino que deseaba, y dejando á Palma de Jura completamente chasquea-

do. La segunda hazaña de Nazario presenta un carácter mas grave. Jugando una noche en casa de la condesa de Jentosca, hizo yo no sé cuantas trampas; y con ellas ganó el dinero á un jóvencito muy bizarro y pundonoroso, llamado Enrique Flores. Enrique no creyó oportuno dejarse robar impunemente, y descubrió, en plena sociedad, la torpe conducta de Nazario. Una ofensa de tal especie, y hecha tan en publico, no podia sufrirla Palma de Jura sin deshonrarse completamente, y encargó á su amigo Perez de Silva que arreglara una farza de duelo, en la cual todas las ventajas estarian de su parte, porque Nazario es tan diestro como cobarde. El resultado correspondió perfectamente á sus bien combinados planes. Enrique, que no habia manejado nunca un florete, recibió una peligrosa herida en el brazo derecho, y Palma de Jura se presentó en las sociedades con los fueros de vencedor; pero estos fueros no debian durarle mucho tiempo. Al dia siguiente, se encontró, en la sala de armas de M. Botonazo, con Crisanto. Crisanto tiene malas dotes, pero atesora una especie de quiijotismo que, si no generosidad, prueba un extraordinario valor. Habia oido contar el desafio de Enrique Flores y Nazario, y, como hombre de probados brios, no podia llevar en paciencia que un consumado espada-chin hubiera abusado de sus ventajas de una

» manera tan indigna. Con los mas fútiles pretes-
 » tos trabó discusion con Palma de Jura, acabando
 » por hacerle un reto, que Nazario aceptó con
 » ruda altivez.»

—Todo cuanto me estas contando, observó la íntima amiga de la duquesa, confirma la opinion general, y en nada mengua el acreditado valor de Nazario Palma de Jura.

—Te has empeñado, amiga mia, en interrumpirme á cada palabra, y si persistes en tu empeño no acabaré nunca: repuso la anciana duquesa con claras señales de impaciencia.

—Continúa, duquesa, continúa, que no desplegaré mis labios.

—Veremos si tienes palabra: la marquesa prosiguió así: «Perez de Silva, que estaba presente, » arregló las condiciones de este duelo, que debía efectuarse á pistola; y á la madrugada siguiente se encontraban Palma de Jura y su padrino en la venta de los Espíritus.»

—¿Qué mas podia esperarse de Nazario! exclamó la dama, que hablaba siempre en mi favor.

—¿No me ofreciste guardar silencio? dijo la duquesa enojada.

—Perdona, duquesa, y continúa: repuso su amiga dulcemente.

—Solo diré cuatro palabras. Crisanto no acudió á la cita.

—Pues en ese caso, Crisanto fué quien obró como un cobarde.

—Crisanto no acudió á la cita, porque le era imposible acudir.

—¿Pues qué le habia sucedido que le impidiera presentarse?

—Al volver á su casa aquella noche, se apoderaron de él cuatro hombres.

—Va tomando tu narracion el sabor de un cuento oriental.

—Se apoderaron de él cuatro hombres; lo metieron en una silla de postas.....

—¿Y á todo escape, salieron con él de Dramalla? preguntó mi defensora.

—Cabalmente; repuso la duquesa con acento y gesto teatral.

—¿Quién te ha dado los últimos curiosos detalles?

—No te he dicho que me lo ha contado toda la marquesa.

—Sabes, duquesa, que tu ahijada conoce muy á fondo los asuntos de Nazario Palma de Jura.

—¿Eres capaz de sospechar de la virtud de la marquesa? preguntó la anciana sonriéndose.

—Nada menos; pero repito que se manifiesta minuciosamente enterada.

—No tanto como tú la crees; y tengo en qué apoyar esta opinion.

—Sepamos, duquesa, sepamos; y no piques mi curiosidad con calculadas reticencias.

—Queriendo pagar á mi ahijada sus noticias con otras nuevas, la dije, que Nazario Palma de Jura hacia la corte rendidamente á la hija de los marqueses de Cartosama.

—¿Y qué?

—La marquesa no sabia ni una sola palabra de estos amores.

—¿Es posible!

—Solo te puedo asegurar, que manifestó grande estrañeza.

—¿Creyó, quizas, que la aristocrática María no podia unir su suerte á la de un hombre que no pusiera en sus tarjetas un grande escudo con varios veros y cuarteles?

—No hizo la menor observacion; y se contentó con decirme: «Han engañado á V. señora.»

—Puede ser que te hayan engañado, y que tu ahijada tenga poderosas razones....

La llegada de un nuevo personaje interumpió la conversacion de las dos ancianas señoras; pero antes de hablar algunas palabras relativas al nuevo personaje, creo indispensable referir el diálogo de los dos jóvenes; uno de los cuales decia á su compañero:

—Mira, Luis, per mas aferrado que estés á tus opiniones debes dar crédito á lo que acabo de decirte.

—Te repito, querido Eduardo, que estás soñando ó punto menos.

—Y yo insistiré cincuenta veces en que María de Cartosama contrae matrimonio antes de un mes.

—¿ Con quien me has dicho ?

—Con quien te he dicho.

—¿ Por quién lo sabes ?

—Por él mismo.

—Pues te ha engañado, como á un negro.

—¿ Y en qué fundas, Luis, tu opinion ?

—La fundo en que Maria de Cartosama está en relaciones con otro.

—Con quién.

—Con Nazario Palma de Jura.

—¿ Con el que dió al pobre Enrique Flores una buena leccion de esgrima ?

—El mismo.

—No lo creo.

—¿ Por qué ?

—Porque Nazario hace la corte á una dama de alto coturnó.

—¿ Soltera ?

—Casada.

—¿ Qué tiene que ver lo uno con lo otro ?

—Tiene que ver cuando se piensa en quién es la mujer casada.

—Supuesto que estás bien enterado, tendrás la bondad de decirme cómo se llama esa mujer.

—No quiero pasar por maldiciente, y debo guardar el secreto.

—Entre los dos estará mucho mejor guardado; porque tendrá dos carceleros en vez de uno solo.

—No me entrego, por mas asaltos que me des ni por mas bombas que me arrojes.

—Si rehusas rendirte á discrecion, capitula con las mas honrosas condiciones.

—Capitularé si me concedes todos los honores de guerra.

—Te concedo que, en vez de pronunciar el nombre de la dama en cuestion, me digas el de su marido.

—La condicion me parece muy onerosa, y la rechazo altivamente.

—Si no quieres pronunciar el nombre del pacientísimo marido, dime á quién se parece por detrás.

—Acabas de ponerte en razon y capítulo sin mas rodeos.

—Reitero de nuevo mi pregunta. ¿A quién se parece por detrás el marido de la señora?

—Se parece....

Eduardo no pudo acabar su periodo, porque la llegada del personaje que interrumpió la animada conversacion de las dos ancianas señoras, hizo lo mismo con el diálogo de los jóvenes. Y antes de nombrar á este personaje, es justo referir cómo se esplicaban las niñas.

—¿Lo conoces tú personalmente? preguntaba la una á la otra.

—No, hija mia; pero he oido hablar de él á muchas personas: le respondió la interrogada.

—¿Y ese gran número de personas como se esplican, hija mia?

—Dicen que es rico, generoso, valiente, jóven, discreto y de una figura agradable y simpática.

—Pues el retrato no puede ser mas lisonjero, amiga mia.

—Y deberá ser muy parecido, porque añaden que todas las mugeres están locas de amor por él.

—No lo dudo: dijo la niña suspirando, con una espresion lastimera.

—¿Y tú no has oido decir nada acerca de un hombre que tanto llama la atencion?

—Sí; he oido decir que es bastante rico y espléndido: que escribe muy bien: que se distingue por su finura y su talento: que tiene, como tú has dicho antes, una figura muy simpática: pero....

—¿Por qué no prosigues, hija mia, haciendo su hermoso retrato?

—Porque entre tantas perfecciones tendré que poner un lunar.

—¿Te han dicho que es tuerto ó tartamudo? preguntó la niña alarmada.

—No; pero me han dicho que es otra cosa mucho peor : respondió con formalidad.

—¿ Te han dicho que es zambo ?

—No.

—¿ Jorobado ?

—Tampoco.

—¿ Bizco. ?

—Mucho menos,

—¿ Pues qué te han dicho ?

—Me han dicho que es un *seductor*.

La una niña acentuó fuertemente su última palabra, y la otra quedó pensativa y taciturna, queriendo adivinar la significacion de una palabra desconocida, para ella; y que, segun habia dicho su amiga, era peor que ser tuerto, tartamudo ó zambo. No encontrando la explicacion de este intrincado logogrifo, que una jóven de dos años mas hubiera descifrado al momento, y deseando satisfacer su curiosidad, desvaneciendo su ignorancia, preguntó:

—Dime, amiga mia, ¿ qué quiere decir *seductor* ?

—Yo no sé explicártelo, hija mia; pero me han dicho que es una cualidad muy mala.

—¿ Y no te han dado explicaciones ?

—Sí; dijeron que era *seductor* y *libertino*.

—¿ Cómo, cómo dijeron ?

—*Libertino*.

—¿ Y qué significa esa palabra ?

—Otra cualidad tan mala como la anterior, si no es la misma.

—*Seducitor*....

—*Libertino*....

—Es preciso, hija mia, que busquemos el significado de esas palabras.

—Si yo no temiera equivocarme, te diria algunas conjeturas....

—Dímelas, dímelas.

—Me parece que *seductor* es el que sabe hacer que le quieran muchas mugeres.

—¿De verás?

—Sí.

—¿Y *libertino*?

—Yo no sé si será lo mismo, pero es una cosa parecida.

—Pues si no tiene Palma de Jura otro defecto que saber hacerse amar de todo el mundo, es el mas perfecto de los hombres. ¿Y quién te ha dicho esas palabras de *libertino* y *seductor*?

—Las he sorprendido.

—¿De qué modo?

—Estaba yo en casa de mi prima Joaquina, y entró á visitarla la señora marquesa del Buen-Gusto.

—Conozco mucho á la marquesa. Es una señora muy amable y no menos linda.

—Es verdad: Yo estaba bordando un tapiz; mi prima salió á recibir á la marquesa, y se sen-

taron algo distantes del bastidor; pero no tanto que no pudiera ya oír lo que hablaban, fijando mucho la atención. La marquesa hizo recaer la conversacion sobre Palma de Jura; y, despues de haber hablado mucho, pronunció indignada las palabras de *seductor* y *libertino*. Mi prima....

Cortó la palabra á la niña la llegada del personaje, de quien hablaré despues de copiar sílaba por sílaba la conversacion de los ancianos. El mas encopetado y grave, preguntaba á su compañera:

—¿Ha leído V. el proyecto de contestacion al discurso de la corona?

—Me hallaba en la tribuna diplomática cuando se leyó en el congreso.

—¿Y qué le ha parecido á V.?

—Me ha parecido un documento escrito con grandísima habilidad.

—Pues si he de emitir mi opinion, diré á V. que me ha parecido muy pálido.

—Esa palidez, que V. ha notado, es el principal mérito del discurso.

—Confieso á V. ingénuamente que me ha parecido su defecto capital.

—Porque V. no sabe quizás la historia de la redaccion del discurso.

—Debo publicar mi ignorancia: no sé una palabra de esa historia.

—Por eso juzgamos los dos de una manera tan distinta la redaccion del documento.

—¿V. conoce perfectamente los detalles de esa interesante y secreta historia?

—Aseguro á V., amigo mio, que me tengo por muy bien enterado.

—¿Y tiene V. inconveniente en trasmitirme sus noticias?

—No me han encargado el secreto, y puedo hacer de ellas el uso que me parezca inconveniente.

—Pues insisto en mi pretension, esperándolas con ansiedad.

—V. sabe que Palma de Jura ha manifestado, desde que es hombre público, cierta independencia de carácter y puritanismo de doctrinas, que lo han colocado generalmente en las filas de la oposicion.

—Todos hemos reconocido la independencia de su carácter y la rectitud de sus principios.

—Esa independencia y esa aparente rectitud eran una máscara.

—¿Cómo?

—Espere V., y se convencerá de lo que acabo de decir. Como diputado de la oposicion, aunque de oposicion templada y racional, fué nombrado miembro de la comision de respuesta al discurso de la corona; y, bajo este mismo concepto, se le encargó la redaccion del documento.

—Pues me parece que ha llenado perfectamente su comision; y veo que tenia V. muchísima razon en decirme, que el mayor mérito del discurso consiste en su estremada palidez.

—En su estremada palidez consiste; pero V. no sabe que esa palidez se la ha dado el oro.

—¿Cómo?

—El miércoles estuvo el ministro de Hacienda en casa de Nazario Palma de Jura.

—¿Y qué?

—El ministro hizo entender al jóven diputado, que un discurso de oposicion no convenia á los intereses ministeriales. Palma de Jura acojió con indiferencia las pretensiones del ministro.

—Una prueba mas de la rectitud de sus principios y carácter.

—Viendo el ministro que sus razones no hacian impresiones en Nazario, puso el dedo en otro resorte.

—Era muy natural que el interés de un individuo de la oposicion estuviera en contra del interés de los ministros.

—El de hacienda lo reconoció así y, para adunar sus intereses, ofreció al virtuoso é independiente diputado.....

—¿Una cartera de secretario del despacho?

—Una cartera de banquero.

—No comprendo.....

—Pues es muy fácil de comprender. Entonces

don Alejo Astorga le ofreció cuatro ó seis millones de treses.

—¿Palma de Jura los rehusaria con indignacion y altivez?

—Lo mismo hubiera yo creído; pero lejos de manifestarse indignado, acojió con una sonrisa la proposicion.

—¡Imposible! Y lá mejor prueba de ello es, que el proyecto de contestacion no es realmente ministerial.

—Eso consiste en que Palma de Jura queria atender á dos negocios. Antes que le hablara el ministro, le habia ofrecido Mauricio Sanchez la misma ó mayor cantidad, porque redactara un discurso bastante hostil al ministerio; y creyendo el jóven diputado que, á fuerza de habilidad, podria hacerse dueño de ambas sumas ha redactado el documento que tanto llama la atencion.

—Estoy aturdido de oír lo que acaba V. de contarme. ¡Qué venalidad, qué impudencia!

—Pues no tenga V. la menor duda. Acaba de contármelo todo la señora marquesa del Buen-Gusto.

—Quién sabe si habrán engañado á la marquesa.

—Tiene demasiado talento para dejarse engañar fácilmente; y ademas es íntima amiga de don Alejo Astorga y del banquero Mauricio Sanchez.

—Digo á V. que los jóvenes de la época tienen mas codicia que los viejos.

—Y hacen alarde de desprendimiento é hidalguia.

—Pues la conducta de Nazario merece un severo castigo.

—Ya comienza á tenerlo.

—¿Cómo?

—Ni Mauricio Sanchez ni el ministro están satisfechos de la redaccion del discurso.

—¿Y se niegan, quizas, á entregarle la cantidad estipulada?

—Exactamente.

—Me alegro en el alma.

—Y yo tambien.

La llegada del personaje interrumpe la conversacion de los políticos, como habia interrumpido las de las ancianas, niñas y jóvenes; rompiendo el lienzo de aquel cuadro de perpétua murmuracion.

CAPITULO XV.

EL NUEVO PERSONAGE.

ANTES de pintar la impresion que hicieron las primeras palabras del recién llegado en las cuatro parejas que con tanta maledicencia se habian ocupado de mi, gracias á los calumniosos informes que la marquesa del Buen-Gusto les habia ido suministrando; justo será hacer su retrato á grandes rasgos de pincel. Era el recién llegado un hombre de cuarenta y cinco años escasos, buena estatura, medianamente grueso, y de un rostro franco, que adunaba la inteligencia y la bondad. Su vestido se componia de gaban gris, pantalon negro, corbata y chaleco de mismo color, y un sombrero que, sin ser completamente de moda, no tenia nada de ridículo. La manera de llevar su traje era desenbarazada y marcial, sin

pretensiones de elegancia, ni ese ridículo embarazo que domina á los que quieren colocarse en una esfera superior.

A las palabras de este hombre, los rostros de las hermosas niñas se pusieron como amapolas de encarnados; los dos jóvencitos se levantaron de sus sillas; los dos ancianos cambiaron entre sí una mirada de sorpresa; la duquesa me echó sus lentes con el mayor desenfado del mundo, y su compañera lanzó una estrepitosa carcajada. Estos diferentes efectos los habia producido una sola causa, las palabras del recién llegado; y estas palabras no podian ser [mas inofensivas, como que se habia reducido á decir, despues de tenderme ambas manos con franca efusion:

—Bien venido, Palma de Jura.

Nada mas sencillo, para él, que este cariñoso saludo; pero nada mas alarmante para las maldicientes parejas, que se habian entregado sin reserva á calumniosas murmuraciones, no creyendo que los escuchaba el mismo á quien á desapiadamente ofendian. La alegría que brillaba en el rostro del recién llegado, y el sincero afecto que se apresuraba á demostrarme, alejaron de mí el enojo que me habian causado las perfidas maquinaciones de la marquesa del Buen-Gusto; y no queriendo aparecer ingrato, me levanté inmediatamente y estreché las manos que me presentaba, diciendo:

—Cuanto me alegro, amigo mio, de que nos hayamos encontrado.

—Pensaba haber ido á su casa de V.; pero no me lo han permitido mis continuas ocupaciones.

Yo tambien hubiera hecho lo mismo sin los enfadosos asuntos que, desde mi llegada á la corte, incesantemente me rodean: repuse; y notando que me observaban las parejas, añadí:

—Si á V. le parece, daremos unas cuantas vueltas.

—Como V. quiera, amigo mio: me replicó, singularmente satisfecho.

Durante nuestro breve diálogo, la duquesa siguió mirándome con provocativa pertinacia; y al hacer yo ademán de marcharme, dijo á su amiga:

—Sabes que Nazario Palma de Jura no es mala figura, y que parece hombre bastante distinguido.

La otra dama se sonrió, y mirando yo á la duquesa con el mas arrogante descaro, dije:

—Señora, Nazario Palma de Jura es hombre de justificado pundonor, é incapaz, por lo tanto, de imaginar siquiera ninguna de las bajezas que le acrimina la señora marquesa del Buen-Gusto. Esta señora está enteramente equivocada: las señoras que la dan crédito se engañan tambien; y los hombres, que sostienen lo que la

marquesa les ha dicho, mienten como unos miserables.

Estas palabras produjeron honda impresion en mis detractores, y solamente la duquesa conservó bastante sangre fria para responderme con su impertinencia y descaro:

—Aseguro á V., Palma de Jura, que habla como un libro:

No creí prudente empeñar mas larga discusion con la impertinente duquesa; y despues de hacerla un saludo, que me contestó sin vacilar, me alejé, dando el brazo á mí amigo.

Este encuentro, para mi agradable, porque no he visto nada tan simpático como la fisonomia del recién llegado; este encuentro me colocaba en una de aquellas posiciones embarazosas, que tantas veces me habian aflijido desde mi llegada al Infierno. Yo queria mostrarme con él lo mas obsequioso y afable; pero mi supina ignorancia no me permitia proceder con el franco desembarazo que siempre va unido á una verdadera amistad. En la imposibilidad absoluta de referirme á lo pasado, por ignorarlo de todo punto, me decidí á hablarle de lo presente; explicándole la conducta que acababa de usar con la anciana duquesa y demas parejas detractoras.

—¿Habrá V. estrañado, le dije, la escena que inocentemente ha prevocado?

—Confieso que no sabia cómo explicarme las

contestaciones que han mediado entre V. y aquella señora; pero me confundo mucho mas al oír que yo hé dado márgen á ellas.

Pronunció mi amigo estas palabras con tan íntimo sentimiento, que me apresuré á responderle :

—No crea V. que me ha hecho daño alguno, contribuyendo al desenlace del drama, verdaderamente extraordinario, que se representaba cuando V. llegó á saludarme.

—¿Pero dígame V., por Dios, de qué modo he contribuido al desenlace de ese drama? me preguntó con ansiedad.

—De una manera muy sencilla. Pronunciando allí mi apellido.

—¿Pues no sabían las dos señoras que se encontraba V. allí?

—No sabían que me encontraba allí ni las dos señoras, ni las dos niñas, ni los dos jóvenes, ni los dos ancianos.

—¿Es posible?

—Y lo mas gracioso consiste en que las cuatro parejas hablaban de mi al mismo tiempo.

—Y, por las palabras que V. dirijió á aquella señora, debo inferir que murmuraban.

—Del modo mas desenfrenado y sangriento: le respondí con una sonrisa hartó amarga.

—¿Y su maledicencia se fundaba en acriminaciones de la marquesa del Buen-Gusto?

—En negras calumnias , inventadas por esa muger detestable.

—¿Esa muger tiene valor para calumniar á V. infamemente?

—Si señor : esa muger se ha propuesto man- cillar mi honra , y trabaja en ello sin descanso.

—¡Palma de Jura , todo corazon noble y ge- neroso recibe la misma recompensa!

—Pero los mismos que lastiman á los corazo- nes honrados suelen encontrar su castigo ; por- que cuando recurren á ellos hallan agotadas las fuentes de su noble generosidad.

—No , Palma de Jura : las generaciones se dividen en dos razas , noble y desgraciada la una , feliz y perversa la otra. La primera siempre está dispuesta al sacrificio , y es la víctima : la segunda siempre se halla pronta á la ejecucion , y es el verdugo. Los desengaños no hacen mella en los corazones honrados ; los beneficios tam- poco la hacen en los corazones perversos. Estoy muy lejos de ese mundo falaz y brillante , que en este momento nos rodea : lo he visto siempre muy de lejos ; y puedo decir que V. ha sido el prisma interpuesto entre esa sociedad y yo. No debo ocuparme de ese mundo , y mucho menos cuando hablo con una persona que lo conoce mas á fondo ; pero sí puedo asegurar que en ese mundo , como en todos , la víctima siempre será víctima , el verdugo siempre verdugo.

—Aseguro á V., amigo mio, que daré ofensa por ofensa y serán horribles mis venganzas.

—Calle V., señor Palma de Jura. ¿ V. volver daño por daño ? ¿ V. vengarse ?

—Yo volveré daño por daño, yo me vengaré crudamente.

—V. volverá bien por mal: V. no se vengará en ningun caso.

—¿ De qué lo infiere V. ?

—Lo infiero de que continuará V. siempre siendo lo que ha sido hasta hoy.

—A tal punto llegan las ofensas; y cuando una persona insiste....

—Insiste, las mas de las veces, porque cuenta con la impunidad.

—Pues yo aseguro á la marquesa del Buen-Gusto, que, si son ruidosos sus ataques, será mas ruidosa mi venganza; y, sobre todo, mas inevitable y segura.

—A la marquesa le continuará sucediendo lo mismo que le ha sucedido hasta hoy.

—¿ Y qué le ha sucedido ? pregunté con el deseo de adquirir datos y la timidez de mi posicion singular.

—¿ Me permite V. que le responda con la franqueza de la verdadera amistad ?

—Hablándome con esa franqueza colmará V. todos mis deseos.

—Pues bien: la marquesa, que es muger de

talento y mundo, ha abusado siempre de V. de la manera mas indigna; porque con ese fatal instinto, que es el talento de las mugeres, ha conocido que un hombre de los sentimientos que V. atesora, padece, sufre y quiere vengarse abrumando á sus enemigos bajo el peso de su inmensa generosidad.

—Aseguro á V., amigo mio, que mucho se equivoca si cuenta con la impunidad.

—Lo mismo me ha repetido V. cien veces; y lo cierto es que hasta ahora ha quedado impune.

—Porque no habia llegado, quizas, el momento de la venganza.

—V. ha podido vengarse de la marquesa del Buen-Gusto en cualquiera ocasion.

—¿De qué modo?

—¿No lo sabe V., Palma de Jura, mejor que yo un millon de veces?

—¿Pero?.....

Al insistir en mis preguntas recordé la falsa posicion en que me hallaba colocado, y me interrumpí bruscamente; viniendo en mi auxilio tan leal amigo, que, creyendo adivinar lo restante de mi pregunta, añadió:

—Va V. á decirme lo que siempre: «Un hombre de honor necesita buscar medios honrosos de vengarse; porque hasta en la venganza mas sangrienta debe resaltar la hidalguia.»

—Y V. no me podrá negar la justicia de ese raciocinio.

—No: pero diré á V., Palma de Jura, que *so-
lo vive el leal lo que quiere el traidor.*

—¿Pero V., colocado en mi posicion, procedería de otra manera?

—Esa pregunta no tiene que ver con la cuestion; por mas que aparezca á ella unida.

—Sin embargo, me alegraría mucho de merecer á V. una respuesta categórica.

—Con mi respuesta nada ganaria la cuestion

—Insisto en mi pregunta. ¿Colocado V. en mi posicion, procedería de otra manera?

—Obligado á responder, digo: que procedería como V. procede.

—Esa respuesta viene á confirmar el raciocinio que V. condenaba.

—Mi respuesta prueba una cosa, Palma de Jura, y nada mas.

—¿Qué prueba?

—Qué yo pertenezco tambien á la infeliz raza de las victimas.

Pronunció mi amigo estas palabras con tanta amargura que, olv idándome de la marquesa del Buen-Gusto y del interés que tenia en descubrir algunos secretos, me entregué á profundas meditaciones; y como mi compañero de paseo estaba tanto ó mas afectado que yo, dimos una

vuelta sin saludar á los que nos encontrábamos al paso ni dirijirnos la palabra.

—De repente se paró mi amigo, y señalándome á Mauricio Sanchez, que iba en su tilbury al gran trote de una magnífica yegua inglesa, me dijo:

—Tambien ha dicho V. mil veces, que queria vengarse de ese hombre; y hasta ahora no ha sentido los duros efectos de esa preparada venganza.

—¡Quiero yo vengarme de Mauricio! exclamé en un momento de expansion.

—No lo digo; murmuró mi amigo: hasta ha olvidado V. su antiguo deseo de venganza.

Y como si hubiera agotado la indignacion, que le producía el imperio de la raza perversa y feliz sobre la noble y desgraciada, añadió en apacible tono y con aire de bondad:

—Amigo mio, las victimas nos vengamos de los verdugos como los perrillos falderos de los mastines y lebreles, ladrándoles á gran distancia. He aconsejado á V. que sea un Nerón y soy un S. Lorenzo: no haga V. caso de mis consejos; sea lo menos victima que pueda, pero no trueque V. jamás el haz de leña por la formidable cuchilla.

—¿Se marcha V. ya? le pregunté notando su ademan de cordial despedida.

—Sí señor. Mis ocupaciones no me permiten

faltar mas tiempo de mi casa: cuando tenga un momento desocupado iré á ver á V., Palma de Jura.

—No retarde V. su visita; aunque yo procuraré ganarle por la mano.

Mi nuevo amigo se alejó, y yo quedé prendado de su carácter hondadoso y de la rectitud de su juicio; pero sintiendo con toda el alma no saber su nombre ni poder inmediatamente estrechar amistad con el segundo hombre que me inspiraba simpatía desde mi llegada al Infierno.

CAPITULO XVI.

ENIGMAS Y CONFUSION.

LA calumniosa maledicencia de mis detractores primero; la conversacion de mi buen amigo despues, y por último las reflexiones á que dieron márgen varias palabras de mi honrado interlocutor, me hicieron olvidar el objeto de mi llegada á la Floresta; y caminaba entre el bullicio, como pudiera hacerlo en la mas tranquila soledad. Tenia muchísimos motivós para creer que la marquesa del Buen-Gusto me profesaba mortal ódio; pero ni sabia el fundamento de su pérfida enemistad, ni mucho menos los recursos de que podia echar mano para reducirla al silencio y realizar una estrepitosa venganza. Seguros debian ser, no obstante, y poderosas las razones

que para tomarla militaban , cuando mi amigo, hombre bondadoso y de la raza de las víctimas, me habia reprendido ágríamente mi intempestiva generosidad é hidalguía. Estas repetidas ofensas de una parte, y generosidades de otra, pertenecian indudablemente á la historia de mi homónimo; y, para mí, la pérfida marquesa continuaba siendo un enigma, que aumentaba momento á momento mis dudas y mi confusion.

Otro enigma más intrincado empezaba á ofrecerme Mauricio; pues yo me habia explicado su conducta, en nuestra primera entrevista, creyéndola hija de los celos que, segun pública voz y fama, le trastornaban la razon; y, segun las palabras de mi amigo, no solamente poseia yo los medios de tomar venganza de Mauricio, si no que me deleitaba con la idea de tomarla cumplida y segura; dilatándola porque no me atrevia á pasar de la infeliz raza de las víctimas á la perversa de los verdugos. Este enigma no me mortificaba tanto como el anterior, porque, desde mi llegada al Infierno, no me habia hecho Mauricio Sanchez ninguna ofensa, debiendo ser las anteriores de cuenta y riesgo de mi homónimo; en tanto que la infame marquesa del Buen-Gusto, á quien no habia visto ni una sola vez, se encarnizaba en contra mia de una manera formidable.

La actividad de mi cerebro se habia comuni-

cado á mis pies , y sumido en mis reflexiones continuaba paseando sin reparar que anocheceia y que el paseo estaba desierto y sombrío. La soledad y las tinieblas se adunaban bien con mi disposicion de ánimo ; y lejos de apresurarme á volver á la poblacion , resolví dar un nuevo paseo , deleitándome en contemplar la pálida luz del crepúsculo , casi perdida tras las neblinas del ocaso. Al cruzar una calle de árboles , noté que me seguia un hombre , embozado en una ancha capa , y momentos despues pasó su brazo por el mio , diciéndome con jovialidad.

—¿Cómo lo ha pasado V., amigo mio , desde que nos vimos la última vez?

Al oir la voz del embozado no pude contener un grito de alegría , porque el que me hablaba era mi homónimo , y llegaba á tiempo de aclarar los mas intrincados enigmas.

—Veo , amigo mio , añadió sonriéndose . que me recibe V. con muestras de una verdadera alegría.

—Tengo poderosas razones para alegrarme: le respondí , hablando con toda ingenuidad.

—Pues ya que tenemos la fortuna de poder hablar sin testigos , dígame V. esas poderosas razones.

—En primer lugar , estoy cansado de pasar á los ojos de todo el mundo por lo que realmente no soy.

—Eso no es estraño , amigo mio : cada hombre pasa á los ojos de los demas por lo que aparenta , no por lo que es .

—Pero á lo menos esos hombres pueden preguntar y responder á los que hablan de acontecimientos antiguos , relativos á sus personas , con conocimiento de causa .

—Tiene V. razon : esos hombres tienen la ventaja de ruborizarse ante los que conocen , y ellos saben que los conocen , muchos pormenores de sus vidas , en tanto que V. no se ruboriza ante nadie .

—Pero en cambio me está persiguiendo la calumnia , y no puedo desvanecerla .

—¿Calumnian á V. , amigo mio? me preguntó con suma frialdad .

—Si señor . Me calumnian de la manera mas infame . Existe una muger , que me ha jurado guerra á muerte ; que se ha propuesto mancillar mi reputacion ; que me aborrece y me calumnia .

—¿Una sola muger ha declarado á V. esa guerra á muerte?

—Que yo sepa , á lo menos una , pero que vale por diez mil .

—¿Cómo se llama esa muger? me preguntó sin conmoverse....

—Se llama la marquesa del Buen-Gusto : le respondí con impaciencia .

—No me parece mal: murmuró con glacial acento.

—¿Quién es esa muger? insistí con mas ansiedad y enerjía.

—¿No acaba V. de decirme ahora que es la marquesa del Buen-Gusto?

—No es eso lo que yo pregunto: repuse ofendido é impaciente.

—Eso es otra cosa. Sepamos lo que V. pregunta y me apresuraré á responderle.

—Deseo saber qué motivos tiene la marquesa para perseguirme de tal modo.

—No creo que tenga ningun motivo justo ni honroso.

—¿Pero V., sospecha las causas de ese ódio mortal é enexorable?

—Permítame V. que, en vez de responderle, le haga una pregunta.

—Pregúnteme V. quanto le plazca; pero que no tarden las preguntas.

—¿Entre las doce tarjetas que entregué á V. la noche de nuestra llegada, no se encontraba una con el título de la marquesa y las señas de su alojamiento?

—Recuerdo perfectísimamente que me entregó V. la tarjeta á que se refiere.

—¿Ha hecho V. algunas visitas á la marquesa del Buen-Gusto?

—He pensado en ello; pero el cúmulo de su-

cesos que se ha desplomado sobre mí me ha impedido.....

—No prosiga V.; pues ya tenemos la esplicacion del enojo de la marquesa.

—¿Y en qué consiste? le pregunté, loco de contento porque iba aclarar un enigma.

—En lo mas sencillo del mundo. La señora marquesa del Buen-Gusto ha sido íntima amiga de V...

—¡Si no la conozco ni de vista! exclamé con ademan teatral.

—Cuando yo llame á una persona íntima amiga ó enemiga de V., quiero decir que lo ha sido mia.

—Ya comprendo. Como V. y yo somos una misma persona.....

—Debemos tener los mismos odios y amistades: pero vamos á lo que importa. La señora marquesa del Buen-Gusto ha sido íntima amiga de V.; y como tal esperaba que V. la ofreciera sus respetos momentos despues de su llegada. V. no creyó conveniente anudar estas íntimas relaciones; y la marquesa, que no sufre con paciencia ningun desaire, ha tomado esa ruin venganza.

—Pero es el caso, amigo mio, que la marquesa del Buen-Gusto me ha hecho, y cuando digo á mí quiero decir á V., varias malas pasadas, antes de emprender mi largo viaje; de las cuales

no me he vengado por un exceso de honradez y generosidad , poco merecida y mal pagada.

—¿ Cómo ha sabido V. lo que acaba de referirme ? me preguntó mi homónimo ocultando mal su sorpresa.

—De una manera muy sencilla ; le respondí con afectada indiferencia.

—Esas noticias solamente un hombre puede habérselas dado á V.

—Pues cabalmente ese único hombre ha tenido la bondad de dárme las.

—¿ Cuando ? me preguntó mi homónimo con vivo interés.

—Esta tarde: le respondí , afectando siempre la mas glacial indiferencia.

—¿ En dónde ? volvió á preguntarme con mas interés y ansiedad.

—En la Floresta : repuse , guardando mi fingida impassibilidad.

—¿ Y de qué manera recibió V. á ese hombre honrado y generoso ?

—Con la mayor benevolencia, yaun puedo decir con un verdadero cariño ; porque lo calificué á primera vista, como acaba V. de definirlo , honrado , franco y generoso.

—¡ Gracias , gracias , amigo mio ! exclamó mi homónimo estrechando entre sus dos manos mi diestra , con una efusion fraternal, y añadió despues conmovido:

—Si hubiera V. recibido á ese hombre con una política afectada ó una indiferencia glacial, me hubiera V. hecho un daño inmenso; porque ese hombre se creeria con derecho á llamarme ingrato, y ya preferiria los mas insufribles tormentos á una reconvencion de sus lábios.

—¿Quién es ese hombre? le pregunté profundamente conmovido.

—Ese hombre es mi mejor amigo: á ese hombre le debo la vida: respondió con solemne acento.

—¿Pero quién es, cómo se llama? volví á preguntarle.

Mi homónimo iba á pronunciar una palabra; pero se detuvo un momento y dijo despues:

—Algún dia sabrá V. quién es ese hombre, pero no ha sonado la hora.

—Estoy cansado, murmuré, de andar entre tupidas sombras.

—Ocupémonos de la marquesa: repuso mi homónimo, cambiando la conversacion.

—¿Qué secretos posee V. capaces de anonadar á la marquesa? le pregunté resueltamente.

—Muchísimos: me respondió con perfecta tranquilidad.

—Inícieme V. en todos ellos: insistí con ardiente deseo de venganza.

—Es imposible: me respondió, con su acostumbrada sangre fria.

—¿Es imposible? murmuré manifiestamente enojado.

—Es imposible, y voy á presentar á V. una disyuntiva que no tiene contradiccion, y es la siguiente. O V. es hombre de honor ó no. Si lo primero, no hará uso de los secretos que yo le confie; si lo segundo, no debo confiárselos; y es la natural consecuencia que estoy obligado á guardar el mas religioso silencio.

La disyuntiva de mi homónimo no tenia réplica, y despues de haber meditado algunos instantes, repuse:

—¿Con que debo continuar siendo juguete de la marquesa del Buen-Gusto?

—Nada menos: y aunque no crea prudente revelar á V. algunos secretos, le daré consejos importantes.

—Mi posicion es muy comprometida, y espero con ánsia los consejos.

—Visite V., mañana sin falta, á la marquesa del Buen-Gusto.

—¿Pero cómo he de presentarme ante una señora á quien no he hablado nunca y cuya enemistad?...

—Ingéniese V. como pueda, y no hablemos mas de la marquesa del Buen-Gusto. ¿De quién mas quiere V. decirme?

—Quiero hablar á V. del banquero Mauricio Sanchez.

—¿Tiene V. negocios pendientes con el espléndido capitalista?

—Parece que en tiempos pasados me hizo alguna mala pasada, y que yo me he propuesto tomar cruda venganza.

—Ahora que me habla V. del banquero. Si no acudo á tiempo iba V. á hacer una solemne tontería.

—Habré cometido muchísimas desde que estoy en el Infierno.

—Me parece que iba V. á redactar un discurso de encarnizada oposicion.

—Es verdad. Tengo algunas quejas del señor ministro de Hacienda, y queria vengarme crudamente de S. E...

—Quería V. vengarse del ministro, haciendo que Mauricio Sanchez ganára veinte y cinco ó treinta millones.

—¿Y, realizada mi venganza, qué me importaban las grandes ventajas de Mauricio?

—¿No ha dicho V., hace un momento, que queria vengarse crudamente del opulento capitalista?

—Sí, pero es conveniente que hagamos una diferencia. El Nazario Palma de Jura, que quiere vengarse de Mauricio es V., y el Nazario Palma de Jura, que quiere vengarse del ministro soy yo.

—Por eso me tomé el trabajo de redactar un

proyecto de contestacion al discurso de la corona, que favoreciera mis intentos, ó por lo menos, que no los perjudicára mucho.

—¿Y resulta que en esta cuestion no opinamos del mismo modo?

—En esta cuestion ó cuestiones, V. se vengará como pueda del ministro y yo me las habré con el banquero.

—Me conformo. ¿Qué conducta debo observar respecto á Catalina?

—La que V. tenga por conveniente. Bajo la inteligencia que todas darán el mismo resultado.

Guardé un instante de silencio y mi homónimo prosiguió.

—¿Tiene V. que hacerme mas preguntas ó que pedirme mas consejos?

—Me han dejado tan poco satisfecho sus respuestas de V., que no pienso hacerle mas preguntas.

—En ese caso se van á trocar los papeles: dijo mi homónimo sonriéndose.

—¿Por qué? me apresuré á preguntarle con acento no muy apacible.

—Porque ahora voy á dirigir á V. algunas preguntas muy sencillas.

—Estoy dispuesto á contestarlas con mas ó menos latitud; segun me parezca conveniente.

—Es muy justo; y hago mi primera pregunta.

¿Cómo á hecho V. las amistades con María Cartosama ?

—Nunca he reñido con María : le respondí sencillamente.

—Pero he reñido yo ; y como V. y yo somos uno mismo , resulta que habrá V. tenido que hacer las amistades con María ; cuando ha intimado sus relaciones hasta punto de darla el brazo en *Ciudad-Bella*.

—¿Tambien V. sabe que la dí mi brazo en las máscaras ?

—No he de saberlo ; si llamaron ustedes la atencion de la numerosa concurrencia.

—¿Quiere V. decirme por qué llamamos tanto la atencion ?

—Es muy sencillo. Casi todos los concurrentes sabian que entre Nazario Palma de Jura y María Cartosama reinaba una marcada enemistad, y esa pública reconciliacion los sorprendió agradablemente.

—¿Y entre Nazario Palma de Jura y María Cartosama mediaban justos motivos de enemistad ?

—Pregúnteselo V. á María , que lo sabe lo mismo que yo , con sus mas pequeñas circunstancias.

—María me creerá al corriente de ellas y por lo tanto no querrá decirme...

—Me parece que ha hecho V. muy mal en intimar con esa jóven.

—¿Por qué? le pregunté bastante alarmado y confuso.

—Porque la intimidad entre jóvenes de distintos sexos suele ser muy comprometida.

—¿Y V. cree que mi intimidad con María se halla en ese caso?

—Yo tengo ciertas convicciones que creo necesario ocultar: y como hago todo lo que creo conveniente, las oculto.

Me ofendió un tanto esta respuesta, y me irritaba vivamente que, en vez de aclararme dos enigmas, me dejara envuelto mi homónimo entre los misterios de cuatro. Procuré en vano dominar mi mal humor, y temiendo manifestarlo con palabras duras, guardé silencio, hasta que me dijo mi homónimo:

—Se va haciendo tarde; V. no ha comido, y hemos terminado, según parece, nuestra conversacion.

—No señor, repuse, acordándome de un suceso que habia enteramente olvidado.

—Pues me parece conveniente que no perdamos mucho tiempo.

—Comienzo. ¿Sabe V. si el miércoles de ceniza bajó á la *pradera del Canal* un caballo de mi pertenencia?

—¿Montado por un ginete que ocultaba el rostro bajo una máscara de seda?

—Y que maltrató horriblemente al vizconde del Artamus.

—Efectivamente, pertenece á V. ese hermosísimo caballo.

—Lo siento en el alma: murmuré con acento de grave disgusto

—¿Por qué? me preguntó con mas interés y ansiedad que habia manifestado nunca.

—Porque anoche me pidió una satisfaccion el vizconde del Artamus.

—¿Y V. qué hizo? volvió á preguntarme con creciente ansiedad.

—Dársela: repuse, un tanto alarmado y confuso.

—¿Espada en mano? insistió mi homónimo con energia.

—No señor: murmuré, leyendo en el rostro de mi homónimo las diferentes sensaciones que sufría.

—¿Pues cómo? me preguntó por cuarta vez con mas inquietud.

—Le aseguré, palabra de honor, que yo no montaba el caballo.

—¡Y mintió V. villanamente! exclamó mi homónimo furioso.

—¡Caballero! exclamé á mi vez, no pudiendo reprimir mi enojo.

—Mintió V., porque yo montaba al caballo, y V. y yo somos uno mismo.

—Es verdad: repuse comprendiendo la fuerza de tal argumento.

—¿Y sería V. capaz, añadió mi homónimo, de decir que no sabía quién montaba el caballo.

—Exactamente: fueron mis palahras; y tuve que contenerme mucho para no asegurar que el caballo no me había pertenecido nunca ni lo había visto en toda mi vida.

—Hubiera V. acabado entonces su obra de un modo digno del principio. ¿El vizconde se dió por satisfecho con tan mal hadad as excusas?

—Aparentó que se rendia con dificultad; y para hacerlo me impuso una condicion.

—¿Cuál?

—Que escribiría á mi administrador, preguntándole quién había montado mi caballo.

—Condicion que V. aceptó sin vacilar: repuso mi homónimo.

—La acepté: y entonces el vizconde del Artamus me dijo en confianza que estaba perdidamente enamorado de Joaquina de Villagracia, hermosa y entendida jóven.

—Lo sé.

—Preguntándome á renglon seguido, si era cierto que yo la obsequiaba tambien.

—¿Y V. que respondió?

—La verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Que no la obsequio.

—V. ha mentado, porque yo la quiero, y de veras. Pero no hablemos mas del caso, ya que ha

obrado V. en este negocio con una torpeza inaudita, que yo procuraré enmendar. Tenga V. la bondad, amigo mio, de dirigirse ahora á su casa, y no saldrá de ella ni recibirá á nadie hasta mañana á las tres y media de la tarde, hora en que podrá hacer una visita á la marquesa del Buen-Gusto.

Condescendí con la exigencia del mi homónimo; el cual añadió al despedirnos.

—Sobre el pupitre encontrará V. una carta.

CAPITULO XVII.

ESPLICACION DE UN ENIGMA.

LA inoportuna reclusion que acababa de imponerme mi homónimo, me contrariaba horriblemente por varias razones; y la principal porque, á pesar de sus reticencias respecto á Maria Cartosama, mi ardiente pasión hácia la jóven no me permitia pasar una noche sin verla, y mucho menos sin averiguar el significado de aquel saludo tan espresivo como ambiguo. Sin embargo, reflexioné que me era forzoso cumplir sus órdenes ó sus deseos; y me encaminé hácia mi casa, pensando en la carta que, segun la advertencia del Diablo, debia encontrar sobre mi pupitre.

Luego que llegué á mi aposento, dí orden de

que me negáran á todo el mundo ; cojí la carta, que me habian anunciado ; noté que habian violentado su oblea ; rompi el nema , y leí lo siguiente :

»Nazario : te manifesté en mi anterior , que habia descubierto la guarida de nuestro hombre y tomado las precauciones necesarias para que no burlára mi diligencia. Preparado todo , amigo mio , de la manera conveniente , corrí en su busca , y , sin andarme con rodeos , le manifesté lisa y llanamente el motivo de mi visita. Oyó mis palabras dando muestras de asombro , por mas que quiso aparentar indiferencia ; pero recobrando su audácia , me respondió del modo mas descarado é insolente. Lo dejé hablar cuanto tiempo quiso ; y despues de manifestarle , sin fruto , que tenia en mi mano publicar el punto de su residencia , comencé á leerle párrafo por párrafo tu carta , estudiando cuidadosamente el efecto que en él pro lucian sus graves y numerosos cargos. Esta lectura y la del documento que me acompañabas domaron su nécia arrogancia ; y despues de intentar en vano varios medios de capitulacion , tuvo que entregarse á merced de su victorioso enemigo. Con arroglo á tus instrucciones lo tengo puesto á buen recaudo , habiendo cuidado de salvar todas aquellas apariencias que podrian impedir algun dia el buen logro de tus intentos. Me apresuro á participarte

esta fausta nueva, y espero me escribas otras instrucciones para obrar con arreglo á ellas, ya que he tenido la fortuna de complacerte y ayudarte. Tu amigo afectisimo :

Isidoro.

Por la letra y firma conocí que aquella carta estaba escrita por el que me habia dirigido otra sobre el mismo asunto; y recordando que la oblea de la primera habia sido tambien violentada, conjeturé que aquella correspondencia iba á parar á manos de mi homónimo antes de llegar á las mias. Esta precaucion ó este acaso nada tenia de particular, atendiendo á que mi homónimo debia tener muchos asuntos importantes que tratar con personas á quienes yo no conocia; pero lo que me llamaba la atencion era el por qué me remitia despues aquellas cartas, cuyo significado no comprendia yo, ni era posible adivinára. Me conformé con ignorar aquel misterio, y despues de encerrar la carta en compañía de la anterior, pedí la sopa, dedicando la mitad de mi pensamiento á María, á quien deseaba y no podia ver aquella noche; y la mitad restante á la pérfida y vengativa marquesa del Buen-Gusto, á quien deseaba y esperaba ver al dia siguiente.

La ofuscacion de mi cerebro, en el cual se mezclaban y confundian las mas singulares ideas,

perjudicó mucho á mi apetito ; y aunque mi huésped se esmeró en servirme un rico *puré* de lentejas , al cual soy muy aficionado , tomé de él muy pocas cucharadas ; no haciendo mejor los honores á lo restante de la comida , y contentándome con probar los mas apetitosos postros.

Siguió á la comida el café , y , con el habano en la boca , me entregué mas resueltamente á profundas meditaciones , ó mas bien á tristes fantasías. El primer objeto de ellas fué la seductora y hermosa hija de los marqueses de Cartosama ; pero en vez de representármela enamorada y cariñosa , la veia altiva y enojada ; sus ojos chispeantes de ira , hinchadas las venas de su frente , y por un contraste singular , retozando en sus lábios una sonrisa desdeñosa. En unos momentos queria revelarme contra el magnetismo de su poderosa mirada , pero eran vanos mis esfuerzos , y tenia que bajar los ojos triste , vencido y humillado : en otros momentos queria desafiarse su glacial desden , pero despues de agotar mis fuerzas lanzaba un doliente suspiro. Cansado de luchar en vano , acudia al mas humilde ruego ; pero el corazon de Maria , tan duro como el pedernal , no se ablandaba con mi queja ; y era mas glacial su sonrisa y su desden mas humillante. Como figura , en segundo término , de un lienzo , cuyo lugar privilegiado ocupaba mi cruel amada , se presentaba Enrique Flores ; no

abatido, airado y celoso, como lo habia visto aquella tarde, sino altivo, alegre y satisfecho, irradiando su rostro destellos de suprema felicidad. Es verdad que la hermosa María lo miraba con tanto amor como á mí desden; con tanta dulzura como á mí enojo; con una sonrisa tan cariñosa como sarcástica era la mia. En tercer término se dibujaban algunas cabezas de hombres, casi perdidas entre las sombras; y aunque no podia distinguir bien sus facciones estaba seguro que reconocia algunas de ellas. Este era el cuadro de los celos, dibujado sobre el negro fondo de una imaginacion desarreglada.

Cuando dejaban de perseguirme estos fantasmas, empezaba á forjarme otro, al cual daba yo mismo el colorido y proporciones; porque este fantasma era la marquesa, mi irreconciliable enemiga.

Yo habia visto á la noble dama una sola vez, y aun podria decir que ninguna; porque habiéndola visto el domingo de carnaval vestida de máscara, nada podia decir de su rostro, que habia conservado cubierto, y poquísimo de su talle, que desfiguraba el disfraz. Sin embargo, una circunstancia me hubiera hecho reconocer á la marquesa entre mil mugeres, y eran aquellos pies enormes que tanto me habian llamado la atencion. Contaba, pues, únicamente con el pedestal de la estatua; y como habia oido decir aquella tarde á las dos niñas que la marquesa

era muy linda, forinaba una especie de mónstruo con pies de barro y rostro de oro rutilante. Este contraste avivaba mi curiosidad, y sumido en brava mar de confusiones, esperaba con impaciencia la llegada del dia siguiente:

Me acosté temprano, dormí mal, y me levanté bastante tarde. Pedí un carruaje, para las tres y media en punto, y estuve esperando esta hora con extraordinaria impaciencia. De vez en cuando, entraba mi huésped a decirme que habian preguntado por mí; pero que, fiel á su consigna, me negaba rotundamente: lo que no scia sentar bien á muchos de los que me buscaban.

A las tres estaba vestido en completo traje de visita; á las tres y media llegó el carruaje, y quince minutos despues subia la escalera de la marquesa del Buen-Gusto; habiendo preguntado al portero si estaba en casa S. E. Entregué una tarjeta á un criado, y momentos despues me condujo á un salon ricamente amueblado; en el cual me salió al encuentro, en vez de la marquesa, un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, de rostro vulgar, mediana estatura y perfectamente nutrido, ¡a que no deformemente grueso. Este hombre me dió un estrecho abrazo, y conduciéndome al sofá, me dijo con franca alegría:

—Cuánto me alegro, amigo mio, de ver á V. por nuestra córte.

—Yo tambien me alegro muchísimo: le respondí con embarazo.

—¿V. habrá estrañado, quizás, que no haya ido á hacerle visita?

—No señor. V. no tiene necesidad de hacerme cumplidos.

—Sin embargo, no hubiera dejado de hacerla, á haberme encontrado en la córte cuando V. llegó.

—¿Tambien V. ha hecho su viaje? le pregunté, procurando adaptarme á sus francos modales.

—Un viaje no; pero he visitado estos dias algunas de mis propiedades.

—Es V. un propietario inteligente, que procura aumentar sus rentas.

—Mi padre fué sumamente pródigo, y, como tal, muy descuidado.

—¿Y V. procura reparar las brechas que abrió en su fortuna su señor padre de V.?

—Ya he conseguido repararlas: y puedo vivir con holgura. Pero V. no puede figurarse con cuánto gusto recibí de manos del criado la tarjeta que tuvo V. la bondad de entregarle.

—¿Recibió V. la tarjeta que yo habia entregado al lacayo?

—Me encontraba afortunadamente en el cuarto de mi señora.

—Ha sido una gran fortuna para mi que se encontrára V. en el cuarto de la marquesa.

—Efectivamente lo ha sido; porque mi mujer iba á vestirse y hubiera V. tenido que esperarla.

—Y ya ve V. qué diferencia tan grande existe entre esperar solo ó en tan agradable compañía.

—Propuse á la marquesa que lo recibiera en su cuarto...

—¿Y tuvo la crueldad de negarse? pregunté con una sonrisa.

—Se escusó; y es necesario confesar que con razon, diciéndome que no estaba vestida.

—Es una razón poderosa. Los misterios del tocador pertenecen á los maridos.

—Es un privilegio esclusivo, que pagamos bastante caro.

El aplomo con que el marqués aseguraba lo esclusivo del privilegio, me hizo temer que mi homónimo hubiera disfrutado de él algun tiempo, confirmándome mas en esta idea lo obsequioso que se manifestaba conmigo; pues todo el mundo sabe ya, que el mejor amigo de un marido es aquel que comparte los privilegios esclusivos. Estas conjeturas empezaron á ponerme de mal humor, porque mi posicion respecto á la marquesa era bastante embarazosa, sin necesidad de añadirla pasados disgustos y recuerdos. Preocupado con esta idea, guardé silencio, hasta que el amable marqués tuvo la bondad de interrumpirlo, diciéndome:

—Ya que hemos hablado de privilegios exclusivos ¿cuándo se casa V., Nazario?

Esta pregunta tan sencilla, me llamó mucho la atención, y queriendo esquivar una respuesta categórica, dije al marqués, afectando una maliciosa sonrisa:

—Los hombres como V., márquès, se casan cuando se apasionan, los hombres como yo lo hacen cuando les permiten hacerlo el estado de sus negocios, no siempre próspero ni aun mediano.

—Oyendo á V., cualquiera diria que se encuentra en graves apuros.

—En graves apuros no, marqués; pero tampoco muy boyante.

—Y sin embargo....

—¿Qué?

—Ya tenemos aquí á mi esposa; repuso el marqués interrumpiendo la conversacion comenzada.

Me levanté inmediatamente para saludar á mi enemiga; pero cuánta seria mi sorpresa reconociendo en la marquesa del Buen-Gusto á la dama del pié pequeño, que me habia visitado la mañana siguiente á mi llegada, con quien habia tenido tan desapacibles diálogos, y á quien debia no haber alcanzado los favores de la hermosa Sofia Amaranto.


UN VIAJE
AL INFIERNO.

UN VIAJE AL INFIERNO.

NOVELA ORIGINAL.

POR

D. Juan de Ariza.



TOMO IV.

MADRID: — 1848.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARIA ALONSO.

Salon del Prado, número 8.

UN VIAJE AL INFIERNO.

CAPITULO I.

LA MARQUESA DEL BUEN-GUSTO.

LA presencia de la marquesa me sorprendió terriblemente, y me alegré mucho de estar acompañado de su esposo; porque así no nos era posible entrar de lleno en la cuestión, y tenía tiempo para tranquilizarme un tanto. Mi antigua amada se presentó con el mayor desembarazo, y tendiéndome su pequeña mano, me dijo:

—Muy buenas tardes, Palma de Jura.

• —Estoy á los pies de V., marquesa: tartamu-

deé, estrechando la mano que me presentó mi irreconciliable enemiga.

Tomó la marquesa el asiento, que la ofreciamos en el sofá, quedando entre su esposo y yo, y dijo un momento despues, dirijiéndome una mirada que significaba: «Hablo en estos términos porque está presente mi esposo.»

—Nos vemos tan de tarde en tarde, que debo preguntar á V. si está bueno.

—Muy bueno, señora; respondí con mas tranquilidad y aplomo; añadiendo: ¿y V. está buena, marquesa?

—Perfectamente, amigo mio. Dias pasados me sentí un poco enferma.

—Como que me diste un gran susto: interrumpió el marqués.

—Pero gracias á heróicas medicinas, añadió la dama, me encuentro enteramente restablecida.

—Pues yo creia, dijo el marqués, que no te habias medicinado.

La marquesa no respondió á esta observacion de su esposo, y dirijiéndose á mí dijo:

—Segun parece, las ocupaciones parlamentarias no permiten á V. visitar á sus buenos y antiguos amigos.

—Efectivamente, señora, respondí, lanzándola á mi vez una significativa mirada, tengo varias ocupaciones.

—Pero á lo menos, observó el marqués, *ya que sea V. tardío sea cierto*; y nos hará el favor de acompañarnos á comer.

—Aceptaría con mucho gusto una invitación que me honra, pero....

—No invente V. excusas y condescienda á nuestro ruego: dijo la marquesa, acentuando mucho sus palabras.

—Y no será V. tan poco galante, que se riegue á las súplicas de mi esposa: dijo el marqués festivamente.

—Muy poderosas son las súplicas, murmuré un tanto vacilante; pero....

—Lo quiero: murmuró á mi oído la marquesa; y alzando la voz añadió:

—Es asunto decididamente arreglado. Nuestro amigo Palma de Jura nos acompañará á comer.

—¿Tiene V. algo que pedir contra tan justa y motivada decisión? me preguntó el marqués riendo.

—Nada tengo que reclamar, respondí. La acato, agradezco y daré exacto cumplimiento con el mayor gusto.

—Es muy amable nuestro amigo: dijo la marquesa con una sonrisa glacial.

—No tanto como V., marquesa: repuse, devolviéndola su sonrisa.

—V. sabe, Palma de Jura, que lo he tratado siempre con cariñosa intimidad, y quiero seguir

observando la misma conducta : en prueba de ello dejo á V. con mi bella esposa , y voy á escribir unas cartas : dijo el marqués dándome la mano y levantándose de su asiento con rostro alegre y cariñoso.

—Agradezco á V., le respondí, esa muestra de confianza.

—Entreténganse Vds. hablando hasta la hora de ir á la mesa , en cuyo campo me hallarán: añadió el marqués festivamente ; y estrechándome de nuevo la mano me dejó al lado de su esposa.

No habia apresurado ni detenido la marquesa el natural curso de los sucesos ; y con la misma sangre fria que habia entablado, á presencia de su buen esposo , conversaciones que parecían indiferentes y, sin embargo que, ocultaban un doble sentido, parecia dispuesta á empezar una discusion séria y grave ; en la cual debiamos presentarnos sin precauciones ni misterios. Luego que salió su marido , guardó silencio un breve rato, como cediéndome el honor de inaugurar la conferencia ; pero viendo que no empezaba, me dijo :

—¿ Quiere V. decirme , caballero , á qué debo el honor de su inesperada visita ?

—Señora.... tartamudeé , turbado de su brusca pregunta ; y la marquesa prosiguió con la misma frialdad.

—Porque á pesar de las íntimas relaciones de que ha hecho mencion mi marido, me parece que esta visita....

—No será hija de una tierna y dulce amistad: interrumpí, queriendo mostrarme agresor y enérgico.

—Exactamente, Palma de Jura: repuso la marquesa con su permanente sangre fria.

—Nos hemos comprendido, señora. Esta visita tiene un objeto....

—Que tendrá V. la condescendencia de espliarme: me interrumpió tranquilamente.

—Precisamente me pide V. lo que deseo con toda el alma: la respondí, procurando aparecer tranquilo y burlon.

—Nada mas bello y agradable que esta conformidad de gustos. ¿Vá V. á empezar á espliarme el objeto de su visita?

—Dice V. muy bien que voy á empezar; porque tengo mucho que decirle, y será larga nuestra conferencia.

La marquesa consultó la muestra de un rico reloj de sobre mesa, y me dijo con su imperturbable sangre fria.

—Son las cuatro y media; nos sirven la sopa á las seis, y por lo tanto tenemos á nuestra disposicion noventa minutos.

—Los aprovecharé, señora: respondí con acento breve.

—Decíamos.... murmuró la marquesa, poniendo sobre una banqueta de damasco su pié breve y muy bien calzado.

—Decíamos, repuse, que el domingo de carnaval fui á las máscaras de *Ciudad-Bella*.

La marquesa hizo un movimiento bastante brusco; pero reponiéndose al instante, me respondió tranquilamente:

—Los hombres suelen concurrir á esos bailes; pero las señoras huyen de ellos, porque no son de muy buen tono.

—Sin embargo, algunas señoras quebrantan esta regla de buena sociedad, y asisten á ellos disfrazadas.

La marquesa hizo un movimiento mas brusco; pero á él se siguió una reacción mas tranquila, y dijo:

—Por mas que V. diga, pocas señoras concurren á esos grandes bailes.

—No pretendo fijar el número; pero es cierto que algunas señoras tuvieron la bondad de hablarme.

—¿Algunas señoras ó algunas máscaras? me preguntó con descarada impertinencia.

—Algunas máscaras, que me parecieron señoras, respondí: y una de ellas me dijo palabras....

—¿Cuál? ¿Una que llevaba dominó negro, con unas mangas colosales?

—No, marquesa. Esa máscara que V. menciona era Catalina; su amiga de V.; la amiga de Mauricio Sanchez.

Un tercer movimiento de asombro hizo la marquesa; pero dominándolo, como lo había hecho con las anteriores, repuso con mas aplomo y aparente tranquilidad:

—En ese caso se referirá V. á la máscara del capuchon verde.

—Tampoco; la respondí, cobrando aliento á medida que se acercaba el desenlace.

—¿Parece que no conoció V. á la dama del capuchon de terciopelo? me preguntó con particular ironía:

—La conocí perfectamente: la contésté en el mismo tono.

—Mucho vacila V., Nazario, para pronunciar aquí su nombre.

—Pudiera nombrarla al momento; pero me contentaré con decir á V., que ha sido íntima amiga de Catalina; y su consejera en una ocasión, que posiblemente recuerdan.

—Es verdad: repuso la marquesa, frunciendo un tanto su entrecejo; y añadió con imponderable osadía:

—Puede ser que V. se refiera á una hermana de la caridad...

—Precisamente; de la hermana de la caridad quiero ocuparme, por ahora.

—¿Y qué puedo yo decir á V. respecto á esa ingeniosa máscara?

—Puede V. esplicarme, señora, el sentido de sus palabras.

—Si V. tuviera la bondad de referirme algunas de ellas.

—He venido con ese intento; y dejando la mayor parte de las que se dignó dirijirme, aunque fueron bastante significativas, me contentaré con la esplicacion de las siguientes: «¿No estás siendo ahora mismo juguete de dos mugeres orgullosas?»

—¿Y un hombre de tanto talento como V. viene á pedirme esplicacion de unas palabras tan sencillas?

—No sé si merezco, señora, la lisonjera calificacion que de mí ha hecho; pero sí puedo asegurar que necesito esplicaciones.

—Si V. las quiere, voy á dárselas. Amigo mío, esas palabras quieren decir, que dos mugeres orgullosas están jugando con V.

—¿Y la hermana de la caridad es una de las dos mugeres? pregunté con mas sarcasmo y enerjía.

—No diré que no: me respondió con un aplomo singular.

—¿Y la hermana de la caridad, señora, es la marquesa del Buen-Gusto? volví á preguntar impaciente.

—¿Quién á dicho á V. que yo llevaba el vestido en cuestion, Nazario? me preguntó con un aplomo que me aterró.

—Esos son misterios de tocador: la respondí mas sarcástico y enojado

—Son misterios, que procuraré descubrir, y tengo esperanza de lograrlo.

—Quizás no, señora. Los intrigantes suelen quedar presos en las redes que tienden: dije con enojo.

—Nazario, si no renuncia V. á ese aire melodramático, me obligará á pedir la sopa, y acabará mas pronto nuestra entretenida conferencia: me respondió con extraordinaria frialdad.

La indiferencia que la marquesa sentia realmente, ó que aparentaba á lo menos á las mil maravillas, aumentaba mi indignacion; pero conociendo que únicamente serviria para ponerme muy en ridículo, reprimí lo mejor que pude mi soberbia, y con furor reconcentrado y falsa sonrisa repuse:

—Seria para mí una desgracia acortar nuestra conferencia, porque tengo mucho que decirle.

—Pero se entiende, amigo mio, que daremos por terminado el episodio de las máscaras: me respondió tranquilamente.

—Del que hemos hablado, si señora; pero quedan algunos mas.

—Y es muy justo que lo tratemos por su orden. Pregunte V. Palma de Jura.

—¿Quiere V. hablarme de las amenazas, dirigidas á mí, que hizo aquella noche á Camilo Perez de Silva?

—Aquellas amenazas se reducian á manifestarle los proyectos que las dos mujeres orgullosas piensan realizar.

—¿De modo que V. formá magníficos planes de asesinato?

—No señor. Es la otra la que ha atentado varias veces á la vida de V.: mis planes son de difamación y deshonra.

—Planes dignos de V., marquesa. ¿Quiere V. decirme para qué condujo á Perez de Silva al gabinete en que yo hablaba con el arlequin, despues de haberlo hecho con la máscara del capuchon de terciopelo verde?

—Para que Camilo viera á V. hablando con una mujer bastante hermosa, discreta, gailarda é intrigante.

—¿Y qué se proponia V., señora, presentándome en espectáculo á mi amigo?

—Planes de mujer, Palma de Jura; que no suelen salir fallidos y que no quiero revelar, por razones que yo me sé.

—No pretendo, la respondí, procurando conservar la calma que habia logrado aparentar, penetrar los profundos arcanos que V. guarda cui-

dadosamente; y abandonando esas venganzas, poco nobles, pediré á V. cuenta de otras, que no puedo dejar pasar sin su oportuno correctivo.

—Hable V., Nazario, hable V.; pues le aseguro que me encanta lo cortesano de su lenguaje.

—V. sabe, señora marquesa, que un espadachin me provocó en la sala de armas de M. Bottonazo.

—Lo sé; y conmigo lo sabe tambien toda la corte, porque fué muy público el reto.

—V. sabrá tambien, señora, que me presenté en el terreno...

—Y que no acadió su enemigo de V. Lo sé, como toda la corte.

—Pero lo que no ha dicho toda la corte es, que no se presentó mi antagonista porque yo lo alejé de Dramalla.

—Eso no lo ha dicho la corte; pero lo he dicho yo, Nazario; y va cundiendo la noticia.

—¿Y me cree V. capaz, señora, de cometer esa cobarde villania? la pregunté, reprimiendo mal mi furor.

—No señor: repuso la marquesa con la mas glacial indiferencia.

—¿Y si no me cree V. capaz de cometer tal villania, por qué ha osado acusarme de ella?

—Porque, como he dicho á V. antes, mis planes son de difamacion y deshonra.

—¡ Es V., marquesa, una infame! exclamé con violento enojo.

—Palma de Jura ¿ quiere V. que pida la sopa? me dijo sin manifestarse ofendida.

Me mortificó crudamente la imposibilidad de la marquesa y procuré recobrar mi aplomo, para no seguir la discucion con desventaja. Me tranquilicé lo mejor que pude, y repuse con una sonrisa desdeñosa :

—Considero inútil hablará V. de otra calumnia, digna hermana de la anterior.

—¿ La que se refiere á la redaccion del discurso de la corona? me preguntó sencillamente.

—La que se refiere á la redaccion del discurso de la corona: la respondí, usando sus mismas palabras.

—Como habrá V. notado, amigo mio, es una doble calumnia.

—Si: la una se refiere á mi contrato con el ministro; y la otra á uno anterior con Mauricio Sanchez.

—Es verdad. Confiese V., amigo mio, que voy realizando mis planes de difamacion y deshounra, mucho mejor que la otra mujer los de muerte. Las dos somos enemigas irreconciliables; pero yo obro con más habilidad.

—La mujer que quiere matarme, obra con nobleza, señora, y no me atrevo á acriminarla.

—¿Y será V. tan mal amigo, que ose acriminar á la que desea deshonrarlo?

—A la que desea deshonrarme, la desprecio profundamente: respondí levantándome de mi asiento.

—¿Se va V., Nazarío? me dijo con voz cariñosa y suave.

—Me marchó, señora: respondí con acento brusco y resuelto.

—¿Ha olvidado V. la palabra, que ha dado á mi esposo, de acompañarnos á comer?

—No la he olvidado; pero tendría que violentarme mucho para cumplirla, y no quiero hacerme violencia.

—¿Y cómo se explicará mi esposo esta extraña resolución?

—Que se lá explique como quiera: repuse cogiendo el sombrero.

—¿Ha viajado V. por la Siberia? me preguntó tranquilamente.

—¿Por qué, señora? la pregunté á mi vez, sin disfrazar mi mal humor.

—Porque ha traído V. unos modales mas propios de osos y javalíes que de personas cortesanas.

—Los osos y javalíes, señora, despedazan pero no calumnian.

—Hágame V. el gusto de sentarse, porque no puedo permitir que V. se marche sin acompañarnos á comer.

—¿Y si yo insisto? la pregunté sin abandonar mi actitud.

—Se marchará V., qué remedio: pero faltará á lo que se debe á sí mismo.

Mi resolución de marcharme era firme; pero reflexioné un momento que podría achacarla la marquesa á temor de sostener algun tiempo mas la discucion en que nos habiamos empeñado; y resintiéndose mi orgullo, dejé mi sombrero, y ocupé el asiento que acababa de abandonar.

—Veo, Palma de Jura, que al fin ha triunfado el hombre de mundo: dijo la marquesa sonriéndose.

—Ha triunfado el hombre de mundo: la respondí con sequedad.

—Y como falta aun una hora para que nos sirvan la comida, la haremos mas corta discutiendo. Pregúnteme V.

—He dado fin á mis preguntas, y con poco fruto, marquesa.

—Pues yo casi estoy persuadida de que tiene V. algo que preguntarme.

—¿Sobre qué? la pregunté efectivamente con alguna curiosidad.

—Sobre una hermosa pretendiente, que se llama Sofia Amaranto.

—Sé, marquesa, perfectamente los pormenores de su historia.

—¿Con los nombres de los actores y parajes de las escenas?

—Con sus mas pequeños perfiles y brillantes decoraciones

—¿Y quién le ha dado á V., Nazario, esos minuciosos detalles? me preguntó con ansiedad.

—¿Quién me dijo que la hermana de la caridad y la marquesa del Buen-Gusto eran una misma persona?

—Esa noticia, Palma de Jura, correspondia á los misterios de tocador, como V. ha dicho poco antes: pero la otra....

—La otra pertenecerá á otros misterios: respondí con suma frialdad.

El rostro de mi antigua amada se cubrió de un vivo carmin, y con voz confusa y balbuciente, me dijo:

—Quiero saber el nombre de la persona que ha dado á V. esos detalles.

—Permítame V. que lo calle: la respondí tranquilamente.

—No oye V. que quiero saberlo: añadió trémula de ira.

—Y yo, señora, he contraido el compromiso de callarlo: repuse con tranquilidad.

—Quiero saberlo y lo sabré: insistió con creciente ira y cojiéndome por el brazo, como si quisiera obligarme.

Su impotente saña promovió en mí la hilaridad;

y conteniéndola con sumo trabajo , la dije friamente :

—Marquesa , decia V. hace poco , que yo he viajado por la Sibéria , y que he traído los modales de los osos y javalies ; pero su conducta de V. me está probando que en nuestra corte no se desconocen los modales de los habitantes de Siberia.

Dejó la marquesa mi brazo , mordiéndose los lábios de ira , hasta enrojecerlos en su sangre ; y reprimiendo el huracan , que dentro de su alma rujía , trajo á sus lábios una sonrisa , siniestra de puro forzada , y me respondió :

—Creí , Palma de Jura , que no habian transcurrido dos años.

Al pronunciar estas palabras , empujó con su lindo pié la banquetilla de damasco ; se reclinó en un extremo del sofá ; apoyó su frente en una mano , tan blanca como el alabastro , y tan pequeña y torneada como su enano pié ; ahogó un suspiro entre sus lábios carmesíes , y en una actitud seductora se quedó inmóvil y en silencio.

A pesar de los cuarenta años que la maldeciente Catalina adjudicaba á la marquesa , ó esta no tenia los ocho lustros ó los ocultaba tan bien que representaba dos menos ; cuestion difícil de zanjar sin recurrir al cura párroco y pedirle una legal fé de bautismo : no la resolveré por tanto , pero sí puedo declarar que , con treinta ó cua-

renta años, la marquesa estaba interesante en su estudiada posicion; incitándome particularmente aquel pequeño pié, apoyado sobre la banqueta de damasco. Sin embargo, mi amor á Maria y los muchos resentimientos que contra la marquesa abrigaba alejaron de mí todo deseo de inmediata reconciliacion; y, sin dar respuesta á mi antigua amada, me recliné en otro extremo del sofá, con provocativa indiferencia.

La marquesa habia calculado que su actitud debia cambiar nuestra reyerta en satisfacciones y paces; pero mi glacial y desdeñoso aplomo la indicó que habia errado el plan, y haciendo un brusco movimiento, se incorporó completamente; separó con su linda mano algunos rizos, que cubrian parte de su rostro, y me dijo con resolucion y entereza:

—He confesado francamente que he forjado infames calumnias; pero hechos posteriores han probado que algunas de mis acusaciones, si no eran verdad podian serlo.

Este nuevo ataque de la marquesa me sorprendió un solo momento; y la respondí con frialdad.

—¿Qué acusaciones, señora mia, ha confirmado la esperiencia?

—Las de cobardía, caballero: me replicó resueltamente.

—¿Y quién se ha encargado de probar que soy un cobarde, señora?

—Un muchacho de veinte años. El vizconde del Artamus.

Como esta acusacion tenia alguna apariencia de verdad, se me agolpó la sangre al rostro; agité mis miembros una convulsion espantosa, y exclamé:

— ¡Señora, el vizconde del Artamús no probará jamás que!...

No pude proseguir, porque me interrumpió la llegada de la anciana duquesa que con tan cínicó descaró se habia espresado en la Floresta.

CAPITULO II.

SORPRESA.

La llegada de la duquesa podia complicar mas y mas mi situacion, de suyo falsa ; pero por lo pronto me era útil, porque interrumpia bruscamente una discusión embarazosa. La anciana entró con paso rápido, y en su semblante se leia una confusa mezcla de enojo, emoción y despecho. Mi antigua amada se adelantó al punto á recibirla, y notando su agitacion, la preguntó cariñosamente:

—¿Qué trae V., señora, qué trae V., que viene trémula y descompuesta?

—¡Traigo, que Palma de Jura es un monstruo! exclamó la anciana duquesa.

—Alguna barrabasada de mi homónimo: dije

para mí, no muy tranquilo, vislumbrando la tempestad.

—Calle V., señora, calla V.: dijo la marquesa, no tan bajo que yo no pudiera percibirlo distintamente.

—¿Por qué he de callar? preguntó la duquesa, que no había reparado en mí.

—Porque nos escucha un caballero: añadió la marquesa en el mismo tono.

—No importa. Yo estoy decidida á maldecir á Palma de Jura á la faz del mundo, y ese caballero será el primer testigo de la guerra que le declaro: dijo la anciana, buscando sus lentes para mirarme.

—Pero es el caso que este caballero... murmuró mas bajo la marquesa.

—¿Quién es? la interrumpió la anciana sin bajar la voz.

—Don Nazario Palma de Jura: añadió entonces mi antigua amada.

—¡Mejor! exclamó la anciana duquesa; y adelantándose hácia mí, añadió:

—Repito, caballero, que es V. un mónstruo abominable.

—Señora, respondí, procurando no perder un momento la necesaria sangre fria, he tenido el honor de ver á V. una sola vez en la Floresta, y me parece que no la he faltado en lo mas mínimo.

—¿Y lo que ha hecho V. desde que nos vimos hasta ahora? me preguntó fuera de sí.

—¿Qué diablura habrá hecho mi homónimo? me pregunté: pero como guardar silencio era confesarme vencido, reuní la posible osadía, y añadí en alta voz:

—Repito, señora, que no creo haberla faltado al respeto.

—¿Pero qué ha pasado, señora? preguntó la noble marquesa.

—Que lo cuente este caballero: repuso la anciana indignada.

Yo no tenía el menor antecedente de los sucesos que causaban el enojo de la duquesa, encontrándome naturalmente en la imposibilidad absoluta de pronunciar una palabra referente á ellos; por lo tanto, y á todo riesgo, me contenté con replicar solemne y decididamente:

—La señora duquesa, que parece bien enterada, puede contar cuanto le plazca; porque yo no moveré mis labios.

—Hable V., señora, hable V.: insistió la marquesa, con creciente curiosidad.

—Hablaré; repuso la anciana; y lanzándome una mirada rencorosa, añadió dirigiéndose á la marquesa:

—Antes de referir lo que este caballero ha hecho, debo decirte dos palabras:

—Hable V. , señora , hable V. : murmuró la marquesa , tan alarmada como yo.

—Te acordarás que hablamos ayer de unas esplicaciones , que habian mediado la noche anterior entre mi nieto , el vizconde del Artamús , y don Nazario Palma de Jura.

—Recuerdo , señora , que hablamos ayer tarde de é llo.

—Pues bien , cuando salí de aquí me dirijí á casa de mi antigua compañera de colegio , la baronesa de las Flores , y juntas , en mi carruaje , nos bajamos á la Floresta. Despues de haber dado un paseo , nos sentamos en las sucias é infames sillas , que son mengua de una corte civilizada ; y en vez de ocuparnos de otra cosa , hablamos de la aventura del vizconde , y de lo que tú me habias contado referente á este caballero.

— ¡ Señora ! exclamó la marquesa , aparentando que las palabras de la anciana la comprometian.

—Me espreso así , porque este caballero , que estaba sentado á nuestra espalda , oyó perfectamente la conversacion que teniamos , sin que sospecháramos siquiera que podia estar en la Floresta.

— ¿ Y cómo supieron Vds. que estaba allí Palma de Jura ?

—Del modo mas inesperado y casual. Se lle-

gó un amigo suyo á saludarlo, lo nombró, y entonces conocimos que viviamos muy descuidadas con el enemigo á la espalda. Tú sabes que yo no me desanimo fácilmente; y en vez de aparecer turbada, o sobrecojida á lo menos, eché mis lentes con descaro á este caballero; ganando el conocerlo personalmente, ya que tanto habia oido hablar de él, bueno y malo. Palma de Jura se levantó, y mirándome con tanto aplomo como yo lo miraba á él, dijo: «Las señoras que dán crédito á las calumnias de la marquesa del Buen-Gusto se engañan, y los hombres que las sostienen mienten.»

—¿Eso dijo V. en alta voz? me preguntó mi antigua amada.

—Si señora: la respondí con la mayor indiferencia.

—Habia yo de engañarte, hija mia: observó la anciana duquesa.

—No hubiera creido posible semejante escándalo: añadió la marquesa, turbada ó aparentando estarlo.

—No lo estrañe V., dije friamente: son costumbres de la Siberia.

Siguió un momento de silencio á mis duras palabras, durante el cual nos miramos unos á otros con descaro é impertinencia; hasta que dirijiéndose á la anciana, que habia dulcificado un tanto su enojo, dijo la marquesa.

—Señora, no interrumpa V. su narracion, si está en ánimo de seguirla.

—Terminados los preliminares, repuso al instante la duquesa, voy á referir detalladamente los hechos. A las doce en punto de la noche se presentó este caballero en los salones de la condesa de Jentosca, en los cuales há dado ya mas de un escandalo; y despues de haber saludado á la condesa, tomó asiento en un sillón distante del círculo de las personas que componian la sociedad; en cuyo número se contaban mi nieto Artamus y el vizconde de Lirio-Verde. Con la maestria de un consumado actor, siguió el Sr. Palma de Jura varias conversaciones en voz alta; y aprovechando uno de aquellos intermedios de silencio, tan frecuentes en las sociedades, se dirigió á mi nieto, diciéndole:—Recuerdo, vizconde, que me hizo V. anoche un encargo y quiero darle la respuesta.—No recuerdo... murmuró mi nieto, creyendo de malísimo tono seguir en público una cuestion que se habia empezado en secreto; pero este caballero siguió, con una sangre fria admirable.—Me encargó que preguntara á mi administrador quién montaba ayer mi caballo *Moro*, cuando derribó á V. en la *pradera del canal*; y he recibido su respuesta.—Es verdad que hice á V. ese encargo: murmuró segunda vez mi nieto, queriendo aplazar la cuestion; pero insistió Palma de Jura, del modo siguiente.—Y es muy natural que

V. deseé saber al instante lo que me ha contestado.—Si V. quiere, repuso el vizconde, me acercaré...—No es necesario. Todas las personas que nos oyen son amigos nuestros; y me parece que estas señoras desearán saber el desenlace de un acontecimiento que ha tenido demasiada publicidad.—Cuenta V., Nazario, cuenta V.... gritaron á coro cien voces; y este caballero prosiguió:—Mi administrador me ha contestado que, el miércoles de ceniza en la tarde, montaba á mi caballo *Moro* un criado mio...—Y ese criado tuvo la torpeza de derribarme: dijo el vizconde.—No señor: ese criado tuvo la malicia de dar en tierra con V.: le respondió ese caballero.—En ese caso, insistió mi nieto, es necesario que arroje V. á ese criado de su servicio.—Es imposible: repuso con la mayor frialdad Palma de Jura.—¿Por qué es imposible? preguntó Artamús enojado.—Porque yo he dado márgen á la malicia del criado: le respondió Palma de Jura, sin alterarse en lo mas mínimo.—¿De qué modo? volvió á preguntarle el vizconde.—Del modo siguiente: Hablábamos uno de estos dias de los muchos impertinentes y presumidos jóvenes que, para tedio de las señoras y mengua del hombre, pululan en nuestra malhadada corte. Como abundan tanto, citaron gran número de nombres propios, y yo dije que la flor y nata de esos jovencitos imberbes, ridículos y fastidiosos,

era el vizconde del Artamús. — ¡Caballero! exclamó mi nieto. — Tenga V. un poco de paciencia! El criado en cuestion, que es muy listo y aficionado á complacerme, oyó mis palabras, y proporcionándosele en la *pradera del Canal* la ocasion de poner á V. en ridículo, la aprovechó de la manera que saben ya estas señoras y señores. Las palabras de Palma de Jura fueron acojidas con aplausos, y el vizconde, ciego de ira, le dijo: — Pido á V., al momento, una sangrienta satisfaccion. — La tendrá V., repuso Nazario con admirable sangre fria. — ¿Tenga V. la bondad de decirme, si me cuenta en el número de esos jovencitos ridículos? preguntó á Palma el vizconde de Lirio-Verde. — Si señor: le respondió este caballero con la mayor indiferencia; y dirigiéndose á los concurrentes, añadió: — ¿Hay algun otro aficionado? Ninguno respondió á su reto, y dijo entonces al banquero Mauricio Sanchez: — Busca un amigo que te acompañe, y entiéndete con los que nombren estos caballeros; bajo la inteligencia de que mañana á las diez en punto iré á tu casa, para que media hora despues nos encontremos en el paraje que designen estos señores. Pronunciadas estas palabras con aplomo é indiferencia, se levantó, saludó particularmente á la condesa de Jentosca, y en general á todos sus tertulianos, y abandonó la sociedad, que habia convertido en palenque: siendo

lo singular que nadie osó condenar su conducta.

La duquesa se interrumpió, y la marquesa y yo esperábamos con impaciencia el desenlace de aquel drama; del cual me creían héroe, no habiendo tomado parte alguna ni conocido sus detalles.

La anciana pretendió, á fuer de historiadora, poner notas á su narracion, y me preguntó con enojo:

—¿Le parece á V., Palma de Jura, noble y delicada la conducta que tuvo anoche en casa de la condesa de Jentosca?

Afortunadamente habia sido yo, en la noche del miércoles, el héroe verdadero de la aventura de Artamus, y me encontraba en posicion de responder con conocimiento de causa, por lo cual dije á la duquesa:

—Señora, antes de anoche fuí prudente, y tanto V. como la marquesa tuvieron la bondad de ir publicando mi fabulosa cobardía. Yo tengo en mucho la opinion de mis amigos y deseo que esten satisfechos de mi. V., señora, a quien no tenia el honor de conocer, y la marquesa, que me ha honrado con su amistad, habian caído en un error, harto lamentable, que yo debia desvanecer; y como me se presentaba un medio natural y fácil, me apresuré á ponerlo en práctica, y según parece con buen éxito.

—Tenga V. la bondad, señora, de contarme el duelo: dijo la marquesa, deseando, lo mismo que yo, ver su desenlace.

—A eso voy. Nada diré de los arreglos preliminares que mediaron entre los padrinos de los vizcondes y los del señor Palma de Jura, lo primero porque no hacen al caso, y lo segundo porque nada me han dicho de ellos: pero lo cierto es, que á las diez y media de la mañana se encontraban competidores y padrinos en una cañada inmediata á la *Venta de los espíritus*. Los padrinos habian dispuesto, á petición de mi vizconde, que el primer duelo fuera á sable, entre Artamus y este caballero; y efectivamente así fué. Yo no sabré contarte, hija mia, los pormenores de este lance, porque no entiendo ni una palabra de cuchilladas y mandobles; pero sí puedo asegurarte, porque lo he visto con mis ojos, que ha puesto á mi nieto hecho una lástima.

—¿De cuchilladas y reveses? preguntó la marquesa, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—No, de cuchilladas no, de palos. Mi pobre nieto está cubierto de contusiones, pero no ha recibido ni una sola herida: repuso la anciana duquesa, dirigiéndome una rencorosa mirada.

—La marquesa se descubrió el rostro, y mirándome con insolencia, dijo á media voz:

—Un hombre tan diestro en las armas, no prueba valor maltratando á un niño que no las maneja.

—No digas eso: mi vizconde tira al sable como muy pocos: repuso la anciana.

—V. no sabe hasta donde llega la destreza de este caballero: añadió mi antigua y rencorosa amada.

—Pero V. si sabe, señora, que eligió las armas el vizconde: la respondí, sin perder mi tranquilidad.

—Y sobre todo, observó la duquesa al momento, aun tengo que contar dos lances.

—¿Dos lances mas? preguntó la marquesa; y lo mismo hubiera hecho yo, á no haber logrado contenerme.

—Dos lances mas; repuso la anciana. ¿No te dije que el vizconde de Lirio-Verde?....

—Pero ese es un lance, señora: y V. ha dicho dos lances mas.

—Te contaré el de Lirio-Verde, y despues hablaremos del otro. Lirio-Verde, reconociendo la superioridad de este caballero en las armas, pidió que su lance fuera á pistola y de la manera siguiente. Los padrinos de ambos cargarían una de dos pistolas iguales y las cubrirían con un pañuelo. Cada uno de los contendientes tomarían á la suerte una pistola, y, apoyándolas sobre sus pechos, las dispararían á un tiempo mismo. A ins-

tancia de este caballero , eligió pistola el vizconde; tomo Palma la que quedaba, las apoyaron sobre los corazones de sus enemigos respectivos, uno de los padrinos dió las tres palmadas convenidas.....

—¡Y murió el vizconde! exclamó la marquesa con horrible angustia.

Yo participé de sus temores , porque aunque estaba muy seguro de no haber cometido el homicidio no me agradaba tener que sufrir sus consecuencias; y deseaba, con tanta ansiedad como mi antigua amada , que la duquesa prosiguiera su narracion. Comprendió la anciana al momento toda la inquietud de su ahijada; pues era imposible que se apercibiera de la mia sin conocer el secreto de mi existencia en el Infierno, y se apresuró á decir con tranquilidad.

—Serénate , querida mia; porque el vizconde de Lirio-Verde está vivo.

—¡Qué milagro, señora, qué milagro! ¡Dispararse tan cerca y no ser la herida inmediatamente mortal! exclamó de nuevo la marquesa, acatando los altos juicios de una incomprendible Providencia.

—El vizconde esta vivo y sano: repuso la duquesa; gozándose en las frecuentes peripécias de su drama, y agradeciéndome en cierto modo que la dejara apresurarlas ó detenerlas como mejor le parecia.

—¿Pues cómo fué ello? preguntó mi antigua amada mas tranquila y con creciente curiosidad.

—De una manera muy sencilla. A la tercera palmada del padrino disparó el vizconde de Lirio-Verde, conservando Palma de Jura su pistola armada, como antes: y como dió la casualidad de que Nazario tuviera en su mano la pistola cargada, no resultó la menor desgracia de un duelo que presagiaba una muerte segura.

—¿Y por qué no disparó Nazario? preguntó de nuevo la marquesa.

—Te referiré las palabras que respondió el mismo á sus testigos, cuando le hicieron la pregunta que acabas de hacerme: «Señores, dijo, el vizconde de Lirio-Verde no me ha hecho ni la mas leve ofensa, y yo no tengo ningun interés en matarlo. Llegado el momento solemne habia de suceder una de dos cosas, ó la pistola del vizconde estaba cargada, en cuyo caso era inevitable mi muerte, ó estaba vacia, y en esta última hipótesis no tenia nada que temer. Si mi pistola estaba descargada, con disparar no le ofendia; y si estaba cargada, como lo está indudablemente, porque estas pistolas no faltan, no disparando me reservaba tener el consuelo de perdonar la vida á un hombre.» Pronunció Nazario estas palabras con la mayor tranquilidad; alzó el brazo pausadamente; apun-

tó á una vara de mimbre, que entre otras muchas descollaba, y la dividió de un balazo.

La marquesa me dirigió una mirada inesplicable, confusa mezcla de admiracion, despecho y ternura; yo bajé los ojos, ruborizándome de recibir elogios que realmente no merecia, y la duquesa prosiguió:

—Ese rasgo de generosidad, que yo misma aplaudo y admiro, hace resaltar á mis ojos la crueldad de este caballero, respecto á mi pobre vizconde, á quien ha puesto hecho un cónclave de cardenales.

No creí oportuno dar excusas ni dirigir recriminaciones, y guardé profundo silencio; pero la marquesa, que anhelaba saber todas las peripecias de aquel drama, verdaderamente romántico, preguntó:

—¿Quiere V., señora, referirme cómo sucedió el tercer lance?

—A eso voy: respondió la anciana; pero al mismo tiempo entró el marqués, gritando alegremente:

—Ahora acaban de dar las seis y nos ván á servir la sopa:

—¡Las seis ya! exclamó la duquesa, levantándose de su asiento en ademan de despedida.

—¿No come V., señora, con nosotros? la preguntó el marqués.

—No, hijo mio: me está esperando la baro-

nesa de las Flores: repuso la anciana duquesa.

—Tenga V. la bondad, señora, de acompañarnos: insistió con mucho interés mi antigua amada.

—Sí ha dicho que la están esperando: observó el marqués. ¿Haria cumplido para quedarse con nosotros?

—Tiene razon: repuso la anciana: y, dirijiéndose á mí, añadió:

—Beso á V. la mano, caballero.

—A los pies de V., señora duquesa: la respondí, inclinándome respetuosamente y dirijiéndola una sonrisa.

La duquesa no quiso alejarse sin examinar-me á su sabor, me echó los lentes, y dijo al oido de la marquesa:

—Aunque ha zurrado á mi vizconde, te confieso que no me disgusta este mozo.

—¿Y la historia del tercer lance? dijo la marquesa á media voz.

—Que te la cuente de sobre mesa: repuso la anciana, en el mismo tono confidencial.

La marquesa me preguntó con una mirada, si estaba dispuesto á cumplir lo que la duquesa creia muy natural y muy sencillo, y leyendo sin duda en mi rostro una repulsa anticipada, dijo á la anciana:

—Su modestia no lo permitirá, quizás, condescender á mi deseo.

—Si es tan modesto, yo te la contaré mañana con sus mas pequeños detalles.

—¿Y habré de pasar una noche de invencible curiosidad?

—No puedo detenerme, hija mia : dijo la duquesa secamente, y , tomando el brazo del marqués, salió del salon , dejando á la marquesa entregada á las mas opuestas conjeturas.

CAPITULO III.

FINEZAS CCNTRA DESVIOS.

LA relacion de la duquesa habia hecho una impresion profunda en el ánimo de mi antigua amada; impresion que manifestaba su rostro, y que ella no pretendia disimular. Era indudable que mi homónimo se habia conducido muy bien en su segundo desafio; pero aunque un hombre valiente y generoso impresiona siempre á las mujeres, esta impresion se disminuye cuando se tiene la certeza de estas cualidades; y aunque la marquesa calumniaba á Nazario, no dudaba ni podia dudar de su valor; porque mi conducta en el Infierno no habia pecado de cobarde. Otra causa, enteramente desconocida para mí, debia haber producido aquella instantánea

reaccion, pero ni podia adivinarla ni á preguntarla me atrevia. Muy pocos minutos bastaron para que volviera en sí la marquesa de su arrobamiento, y dominando alguna impresion dolorosa, que la atormentaba, me dijo con imponderable dulzura:

—¿Me contará V., amigo mio, el final de la interesantísima historia que ha amenizado la duquesa?

Encerraba esta sola pregunta tanta ternura y humildad que, si no hubiera estado yo tan ignorante como mi antigua amada, difícilmente hubiera podido negarme; pero para ser inflexible no hay nada mejor que encontrarse en la absoluta imposibilidad de condescender, y por lo tanto respondí:

—Ya hemos perdido bastante tiempo, ocupándonos de un negocio que no merece los honores de la sesion.

—Aseguro á V., amigo mio, que me interesa vivamente: me respondió con mas interés y ternura.

—¿Teme V., señora, que esta historia destruya sus absurdas fábulas? la pregunté con tono brusco.

—No lo temo, Nazario, no: antes me alegro de que esos sucesos hayan venido á confundirme: respondió:

—No doy crédito á esa alegría: pues mucho

mejor que alegrarse de la vindicacion es no propalar la calumnia.

—Si V. comprendiera, Nazario, lo que me impulsaba á calumniarlo, me compadeceria en vez de odiarme.

—Y la compadézco á V., señora; porque el mayor castigo del réprobo es el récuerdo de su crimen: dije brutalmente.

—¡Nazario! exclamó la marquesa, alzando las manos hacia mí en ademan de humilde súplica.

—¿Y qué, señora? murmuré, queriendo vencer lo embarazoso de mi situacion á fuerza de insolencia.

—¿No comprende V., amigo mio, hasta dónde pueden llevar los celos á una muger altiva y enanorada?

—Señora, repuse con frialdad, el marqués nos estará esperando.

—Tiene V. razon, Palma de Jura: replicó la marquesa, y la ví enjugarse una lágrima.

Nos adelantamos hácia el comedor; pero antes de dejar el salon me dijo la marquesa:

—Amigo mio: el marqués estrañará mucho que no me lleve V. del brazo.

—Tiene V. razon: respondí, ofreciéndola el brazo al momento.

Mi antigua amada se apoyó en él, con aquella especie de abandono que tiene una dulce voluptuosidad; y yo quise vengar, entre otras ofensas,

una que me hizo la noche que me condujo en su berlina á presenciar la entrada de Sofia Amaranto en casa de la Tunasiga , diciéndola :

—Se apoya V. sobre mi brazo con tanto abandono, marquesa, que ciertamente me lastima.

La marquesa retiró su brazo , hasta punto de rozar el mio con las suaves yemas de sus dedos, y dirijiéndome una sonrisa tan espresiva como amarga , murmuró resignada y triste :

—Me he apoyado en él tantas veces con este abandono , Nazario.

—Pero esta noche , señora , me mortifica lo que otras veces...

—¡ Está V. herido por ventura ! exclamó la marquesa , dejando mi brazo enteramente.

—Tranquilcese V. , marquesa ; no tengo la menor lesion.

—Cuénteme V. , por lo que mas ame , la historia de ese tercer duelo.

—Ya he dicho á V. que hemos perdido mucho tiempo en las dos primeras.

—Se lo ruego á V. de rodillas ; insistió casi prosternándose.

—Señora , el marqués estrañará mucho que no vaya V. de mi brazo . la dije por toda respuesta.

—Tiene V. razon : me respondió , cambiando exactamente las palabras que nos habiamos dirijido antes ; y , apoyándose de nuevo en mi brazo penetramos en el comedor.

Aunque nuestra conversacion habia presentado varias fases, como no nos habiamos entregado á ella con deleite, sucedió que invertimos muy poco tiempo en nuestras réplicas, y entramos en el comedor momentos despues que el marqués. El esposo de mi antigua amada tenia un carácter delicioso y un inmejorable cocinero, de manera que nos sirvieron una delicada comida, y reinó en ella la mas dulce cordialidad. La marquesa y yo nos encontramos en una situacion harto penosa; pero como la presencia de su esposo nos obligaba á disimular, sucedió que, á fuerza de finjir, logramos sostener un exterior bastante agradable; aunque siempre que se presentaba una oportunidad cualquiera estremaba mi antigua amada sus finezas, á las cuales correspondia yo con los mas insolentes desvios.

Entre el humo de los manjares y el refrigerante vapor de varios vinos regalados, volvió á presentarse ante mis ojos la hermosa imágen de María, mas terriblemente poética que la habia contemplado nunca en mis amorosos en sueños. No sé por qué sus grandes ojos despedian una luz mas viva, ofreciendo grande contraste con las miradas melancólicas y abatidas que de vez en cuando me dirigia mi antigua amada; no sé por qué cimbreaba su talle delicado, esbelto y flexible con mas gallardía que otras veces; buscando tambien comparacion con el de la marquesa me-

nos delicado y esbelto; y no sé por qué creía oír la voz de María, mas metálica y vibrante; presentando tambien su contraste á la voz dulce y apagada de la marquesa del Buen-Gusto. En una palabra, no sé por qué se armaba la sombra de María de sus seductores encantos, para combatir y triunfar de la sensacion que pudiera hacerme el humilde arrepentimiento de aquella marquesa, que dias y horas hantes habia encontrado orgullosa, discreta y osada; hasta punto de atemorizarme y vencerme.

Comimos con bastante pausa, y cuando dejamos la mesa, para ir á tomar el café, eran las ocho de la noche. El marqués que, estimulado con mi competencia, habia bebido un poco mas de lo ordinario, estaba de un humor magnífico; y sin faltar en lo mas mínimo á las conveniencias sociales ni al respeto que su esposa le merecia, estuvo sumamente alegre y decidor; hablando sin cesar hasta las nueve; hora en que creí conveniente despedirme.

—Esperaba, dijo la marquesa, consultándome con una mirada, que llevaria V. su condescendencia y bondad hásta el punto de amenizarnos esta noche nuestra reducida sociedad.

—Me es de todo punto imposible: la respondí con la frialdad que habia adoptado por recurso; y con la cual me iba familiarizando tanto, que habia dejado de ser fingida y se iba haciendo natural.

—Yo tambien esperaba , amigo mio , que tendria V. la bondad de terciar en mi partida de tresillo : dijo el marqués.

—Lo siento en el alma , marqués ; pero no puedo detenerme : le respondí de una manera afectuosa , que contrastaba grandemente con la frialdad que habia usado momentos antes.

—Me olvidaba , dijo la marquesa con ironía , que tendrá V. que visitar á la hermosa María Cartosama.

--Yo tambien me olvidaba de ello : repuso el marqués alegremente ; y añadió , despues de una pausa :

—Tiene V. buen gusto , amigo mio. María Cartosama es una de las jóvenes mas hermosas de nuestra corte , y tiene un talento extraordinario. Yo me acuerdo cuando era muy niña.... y tú te acordarás tambien.... (añadió , dirigiéndose á la marquesa). De esto habrá lo menos quince años. Yo me acuerdo , cuando era muy niña , que hablaba con una discrecion harto superior á su edad , y que ya todos presagiaban la brillantez de su talento. Repito á V. , amigo mio , que ha hecho una magnífica eleccion. Pero aqui para entre los tres ; ¿ cuándo se realiza la boda ?

Los párpados de la marquesa se iban inflamando poco á poco , y sobrecargando de lágrimas ; yo , lejos de tener piedad de su dolor , é impulsado por una fuerza desconocida , dije con la mayor frialdad :

—No negaré á V., amigo mio, que merezco algunas distinciones á la hermosa María Cartosama; pero no puedo envanecerme hasta punto de presentar como decidida nuestra boda.

—¿Y se casaria V. con ella? me preguntó mi antigua amada, con un fuego que había contenido hasta entonces.

—Y por qué no: observó el marqués. ¿No me he casado yo contigo?

—Señora, añadí yo, el marqués ha contestado á V. en mi nombre, lo mismo que yo hubiera dicho.

La breve respuesta del marqués y mi confirmacion hicieron honda sensacion en la marquesa; y yo, aprovechando un intervalo de silencio, me despedí segunda vez. El esposo de mi antigua amada se levantó al punto á despedirme; y aprovechando esta un momento favorable, me dijo:

—Mañana á las doce iré á ver á V. á su casa.

Quise responder á la marquesa, pero me fué imposible hacerlo sin llamar la atencion de su esposo, y tuve que dejarla sumida en sus dudas y su esperanza.

CAPITULO IV.

LAS GENTES HABLANDO NO SE ENTIENDEN.

ABANDONE muy satisfecho á mi antigua amada, reflexionando que la suerte me había protegido hasta punto de haber salido sumamente airoso de mi entrevista con la marquesa, y aun completamente vengado: pero lo que no podía explicarme satisfactoriamente era el cambio que se había efectuado en mi antigua amada; cuya osadía se había trocado en humildad y su cruel sarcasmo en ternura. Conocí al fin que no me era fácil comprender los estraños fenómenos del corazón de la marquesa, y dejando al tiempo el cuidado de irlos aclarando uno por uno, me puse á pensar de qué manera pasaria la noche, deseando y temiendo encontrarme con la encantadora María.

A las dos mitades, de mi vida real y la que me habia prestado mi homónimo, habia puesto este un nuevo paréntesis, que me embarazaba no poco. Sin embargo, la anciana duquesa me habia hecho un singular servicio, refiriéndome la conducta que habia observado yo en casa de la condesa de Jentosca y los detalles de mis dos primeros desafios: de modo que para presentarme con entero desembarazo ante mis amigos, solo me faltaban saber los pormenores del tercero; pues era claro para mi que mi homónimo habia empleado sus veinte horas en dejar bien puesto su honor. Vacilé un momento, para decidir hácia donde debia encaminarme; pero como mis relaciones no eran numerosas, me dirigí á la sociedad del ex-ministro, en la cual generalmente hallaba mas cordialidad y expansion; cautivándome mucho el talento del dueño de la casa y la amabilidad de su familia.

Encontré al señor don Fulgencio soñoliento y solo, como la primera noche que tuve el gusto de conocerlo; y tambien, como aquella noche, rompí su sopor saludándolo.

—Muy bien venido, amigo mio; doy á V. mi mas cordial enhorabuena: me dijo, tendiéndome la mano.

—Muchas gracias, señor don Fulgencio: le respondí, estrañando que la noticia de mis dueños hubiera llegado tan pronto á los oidos del ex-

ministro ; y sintiendo adquirir la fama de consumado espadachin.

—Se conoce bien , que se ha propuesto V. ganar en breve tiempo el terreno que habia perdido en sus dos años de viaje.

—La casualidad , señor don Fulgencio, suele ir mas lejos que lo que nosotros deseamos.

—Yo creo poco en la casualidad; y no creo que V. espere de ella lo que le conviene y sabe realizar.

—¿Será el señor don Fulgencio Soto , á pesar de sus sesenta años, enamorado y duelista? me pregunté; y alzando la voz añadí , no sin confusion y embarazo:

—Aseguro á V., que no siempre hago lo que quiero ni de la manera que me place.

—Efectivamente , podia V. haberse presentado con mas decision.

—Doy á V. mi palabra de honor de que no dudé un solo instante.

—No diré yo que V. dudadase , pero era el momento oportuno de acometer con mas fiereza.

—Este hombre no solamente es enamorado y duelista sino atrocemente sanguinario: dije para mí; y pensando un poco la respuesta, contesté al ex-ministro :

—Cuando se defiende buena causa , debo estar unida al valor que vence la generosidad que perdona.

—Hay enemigos con los cuales no se debe ser generoso.

—Mis enemigos eran tan débiles, que debían ser tratados por lo mismo con entera generosidad.

—¡Débiles! ó V. no los conoce ó los trata con ironía: dijo el ex-ministro impaciente.

—Los conozco muy bien; y hoy mismo he tenido ocasion de apreciarlos.

—¿Y no ha encontrado V. en alguno de ellos, el mas repugnante cinismo y una descarada osadía?

—Don Fulgencio habla precisamente de mi tercer lance, y yo no sé de él ni una palabra: murmuré, y alzando la voz añadí:

—No negaré, señor don Fulgencio, que alguno de mis enemigos no merezca un escarmiento proporcionado á su cinismo y osadía; pero los demas tienen bastante con una correccion de escolares?

—¿No comprende V., Palma de Jura, que los paliativos alcanzan á todos cuando á uno se aplican?

—En verdad que no lo comprendo: repuse, causándome estrañeza la observacion del ex-ministro.

—¿De modo que V. se ha presentado en el palenque á hacer vistosos escarceos?

—Me he presentado á pelear sin temor, pero tambien sin ira.

—¿Y al cruzar las armas no llevaba V. un objeto determinado?

—Como V. comprenderá muy bien, tuve que dejar una gran parte en manos de la casualidad ó la fortuna.

—De ese modo, Palma de Jura, no cumplirá V. su mision.

—¿Si pensará don Fulgencio Soto que es mi mision estermiar al género humano? pensé, y despues de una breve pausa; añadí en alta voz, y con alguna solemnidad:

—¿Tendrá V. la bondad de decirme cuál es mi sagrada mision?

—No tengo el menor inconveniente. Su talento de V., ó la casualidad, á quien V. tributa culto, lo han puesto en posicion de hacer la felicidad de su país.

—¡España, España, yo te haré feliz aunque no quieras! exclamé en lo mas íntimo de mi alma, creyendo que me hallaba en mi patria: pero recordando al momento que me encontraba en la hermosa corte del Infierno, apagué mi entusiasmo patriótico y pregunté, casi con indiferencia, al ex-ministro:

—¿De qué manera he podido yo hacer la felicidad de mi país?

—Hiriendo de muerte al ministerio: me respondió, agitando su diestra, como si fuera á ejecutar lo que decia.

—No hay duda, murmuré, que me he batido, en mi tercer lance, con el señor ministro de hacienda: y añadí:

—¿Pero aunque hubiera herido de muerte al señor ministro de hacienda, no quedaban sus compañeros?

—¿Y sus compañeros son invulnerables, como Aquiles?

—Pero aunque no sean invulnerables ¿los tenía también entre mis manos?

—Sí señor: tenía V. campo para haberlos batido en brecha.

—Pero estaban todos presentes? pregunté admirando el fuego bélico del ex-ministro.

—¿Para qué quería V. sus personas, teniendo sus actos?

Esta pregunta me hizo conocer que las gentes hablando no se entienden; pues como se entienden es preguntando, y me dirigí á don Fulgencio con mas franqueza, preguntándole:

—Perdone V., señor don Fulgencio. ¿Tendrá V. la bondad de decirme de qué me está hablando?

—Del discurso que ha pronunciado V. esta tarde en el congreso: me respondió.

—Pues yo hablaba á V. precisamente de tres duelos que he sostenido esta mañana en la *venta de los Espíritus*.

—¡ Hombre, hombre! se ha propuesto V. aca-

bar el género humano! exclamó admirado don Fulgencio.

—No señor: pero se han empeñado las gentes en poner á prueba mi paciencia.

—¿Y esos duelos han sido por causas políticas, por cuestiones parlamentarias?

—No señor. Dos de ellos han tenido origen en una mala inteligencia, en una cuestión de sociedad.

—Pero queda uno, y quizás ese tenga mas graves fundamentos.

—Lo que es el tercero..., pero me interesa mucho mas que mis duelos saber la opinion de V. respecto al discurso que he tenido el honor de pronunciar en el congreso.

—Ya he dicho á V., amigo mio, que ha raciocinado con sana lógica; que ha estado siempre en el terreno de los buenos principios y presentado las mas luminosas teorías; pero ha faltado á su discurso una circunstancia esencialísima, y ha sido el cotejo entre las medidas adoptadas por el ministerio y las sanas doctrinas que ha presentado V. como base de toda buena administracion.

—Confiese á V., señor don Fulgencio, que no me he atrevido á entrar de lleno en la cuestion, porque los distintos matices que forman la oposicion del congreso no ofrecen garantías de una amalgama duradera.

—Participo tambien , amigo mio , de tan natural desconfianza ; pero pesa sobre el pais una calamidad tan grande con el actual ministerio , que lo primero es derribarlo y sobrevenga lo que quiera .

—¿Su oposicion de V. , segun veo , es perseverante y activa ?

—Enérgica , como mi carácter , y perseverante como la paciencia de un anciano .

—¿Los ministros verán en V. un formidable antagonista ?

—No sé lo que piensan de mí , porque ni los veo ni los oigo .

Se abrió la mampára del salon ; y , como si viniera á desmentir al ex-ministro , se presentó don Alejo Astorga , con su acostumbrada sonrisa , glacial , sarcástica y burlona .

—Muy buenas noches , señor don Fulgencio : dijo el ministro acercándose á la chimenea .

— ¡ Muy buenas noches , señor don Alejo ! exclamó el ex-ministro , levantándose con mas prontitud que le permitian sus dolencias y dando un paso hácia el recien llegado .

—¿Ha descansado V. , Palma de Jura ? me preguntó Astorga ; tendiéndome la mano , despues de haber estrechado cordialmente la que le presentó el ex-ministro .

—No me canso tan fácilmente : respondí á S. E. , con la arrogancia de un triunfador romano .

—Es necesario, amigo mio; añadió el exministro, dirigiéndose á su compañero, hacer una raya en el agua, como vulgarmente se dice, por que viene V. á visitarnos.

—Y vengo, respondió don Alejo, con su cuenta y razon.

—¿Traen á V. negocios de estado? preguntó don Fulgencio, adoptando el tono festivo del ministro.

—No me traen negocios de estado, pero sí de secretaría.

—Va V. picando, amigo mio, mi curiosidad con esos negocios.

—Pero quedará satisfecha. Esta mañana me pidió V., en mi secretaría, el cuarto ascenso que he tenido el gusto de conceder á su hijo de V., en el transcurso de cuatro meses, y aquí tiene V. su nombramiento: dijo el ministro, entregando un papel á su implacable antagonista.

—No esperaba menos de V.: repuso el exministro, alabando la diligencia del hombre á quien habia llamado en cien ocasiones *una inmensa calamidad*.

Despues de tan finos obsequios continuaron dándose muestras de la mas cordial amistad, en tanto que yo me entregaba á las reflexiones que me inspiraba su conducta. Estaba yo muy persuadido de que aquellas dos grandes lumbreras de la administracion infernal se aborrecian y

despreciaban tan sinceramente como me habia dicho poco antes el señor Don Fulgencio Sotó, y veia, sin embargo, que no solamente eran cariñosas y espresivas sus exterioridades, sino que tambien se apresuraban á servirse; como lo probaban los cuatro ascensos que en el breve plazo de tres meses habia tenido el hijo de don Fulgencio Soto. Colocado en este terreno, conocí que los ex-ministros y ministros del Infierno eran los perros grandes de la fábula, que se ladran y no se muerden: que los caidós no se desdeñan de pedir á sus sucesores cuanto los conviene: que los encumbrados consideran á los que pueden sucederlos: que todos procuran distribuirse los manjares del gran banquete; sentados los unos á la mesa y vagando de pié los otros: finalmente, que como los aereonáutas, todos se van preparando magnifico paracaídas de goma elástica, que, sin permitir sientan el golpe, los encumbren un tanto, teniéndolos medio en el aire.

Así discurría yo, no muy conforme con las costumbres seudo políticas del Infierno, cuando la voz del señor ministro de hacienda interrumpió mis reflexiones, diciéndome:

—¿Está V. pensando, Palma de Jura, algun discurso para mañana?

—No señor, le respondí con cequedad, porque me habian puesto de mal humor mis reflexiones.

—Cuando V. entró, dijo el ex-ministro dirijiéndose á don Alejo, hablábamos precisamente del discurso que ha pronunciado hoy en el congreso nuestro amigo Palma de Jura.

—¿Y qué le ha parecido á V. ? preguntó á don Fulgencio el señor ministro de hacienda.

—V. sabe que yo no adulo ni á la oposicion ni al poder; pero debo confesar que me ha parecido un discurso altamente parlamentario. Sanas doctrinas , presentadas con sencillez y claridad: locucion fácil y castiza: orden en la emision de las ideas : buena lógica en los argumentos: galanura y brio en la diction: rotundidad en los periodos: en una palabra, ha pronunciado nuestro amigo un discurso tan parlamentario como académico. Y luego nada de recriminaciones odiosas; nada de comparaciones intempestivas; nada de esa fraseologia ridícula, que traducida al idioma de la razon quiere decir: «Lo que haces no es bueno porque tú lo haces: déjame que yo haga lo mismo y será admirable.» Nada de oposicion sistemática y personal. Ha dicho, esto es lo conveniente y justo , segun mi conciencia: estos son los buenos principios: apoyaré á quien los ponga en práctica, combatiré á quien los conculque; sin acordarme de su nombre, sin tener en cuenta su matiz.

La perorata del ex-ministro me tenia en brasas, notando la contradiccion que existia entre sus

palabras de ahora y sus palabras de nuestra pasada discusion; contradiccion que esplicaba perfectamente la presencia del señor don Alejo Astorga. Este debia estar muy acostumbrado al lenguaje de don Fulgencio, porque retozaba en sus lábios una sonrisita sardónica; y cuando acabó el ex-ministro, repuso con mas seriedad:

—Soy el primero á reconocer el gran mérito del discurso y las cualidades que adornan al que lo ha pronunciado; pero debo aconsejarle: «Que jamas combata sin intento de tener parte en el botin.»

Iba á responder al ministro, pero me lo impidió la mampara, abriéndose de par en par.

CAPITULO V.

TIRIOS Y TROYANOS.

AL ruido que hizo la mampara volvió la cabeza instantáneamente, y se encontraron mis miradas con las miradas de María, que cruzaba entonces el umbral. Con la inquietud de todo amante, quise leer en la ancha pupila de sus ojos las sensaciones de su alma; pero mi pretension no tuvo ningun resultado, porque las hallé mudas é impasibles. Esta rápida investigacion duró un segundo na la mas; presentándose en pos de María la marquesa de Cartosama, mi señora doña Margarita, su hija Adelaida, algunas otras señoritas, y tres ó cuatro caballeros, mas ó menos conocidos mios, pero que hacian hácia mí alarde de antigua y probada amistad.

:

La presencia de tantas personas , y los numerosos saludos á ella consigüientes , interrumpieron nuestra discusion parlamentaria ; y yo , que no me interesaba mucho en la política del Infierno ni esperaba medrar con ella , dejé al ministro y el ex-ministro la tarea de arreglar el pais en teoría y desarreglarlo en la práctica , comun achaque de ministros ; y me confundí en el ancho círculo que empezaban á formar ya las señoritas y alguno que otro caballero ; pues las mamás , con ese esquisito tacto social que las distingue , formaron grupo aparte ; comprendiendo que , si deben tener los cien ojos de Argos , no necesitan los oídos ; y dos caballeros pretendientes creyeron que convenia mas á sus pretensiones hacer la córte al señor ministro de hacienda , astro luminoso que brillaba en su cenit ; y al señor ex-ministro , astro eclipsado , pero que podia brillar en breve ; que no quemar inútiles perfumes á las plantas de unas beldades , cuya mejor dote consistia en el talento y la hermosura .

Adelaida , que me profesaba una sincera y tierna amistad , me llamó á su lado , como de costumbre tenia ; y lo mismo que la primera noche que tuve el gusto de presentarme en tan íntima sociedad , quedé sentado á la derecha de Adelaida y á la izquierda de la seductora María . He dicho , respecto á esta última , que la habia

encontrado impasible , y yo tenia algunos motivos para no presentarme amable, pues no olvidaba la mirada y saludo, verdaderamente de dos fases, que me habia dirigido en la Floresta. Me contenté, pues, con saludarla particularmente; y me dispuse á seguir las conversaciones que la casualidad, mi diosa favorita, fuera presentando á su gusto.

Al formar este firme propósito, no habia yo contado con un hecho que debia dejar poco que hacer á la casualidad, y que me recordó Adelaida con su acostumbrada finura, diciendo:

—Pido á la reunion que me dé un voto de confianza, pues necesito hablar en su nombre.

—¿Para qué, señora, para qué? preguntamos todos á la par.

—Si digo para qué, señores, me darán una autorizacion, pero no un voto de confianza.

—Preséntenos V. un retrato de lo que hacer pretende, aunque sea del tamaño de un grano de trigo, y yo seré el primero á concederle ese voto de confianza: la respondí festivamente.

—Pero es el caso, amigo mio, que V. no puede dar su voto: repuso Adelaida sonriéndose.

—No sabia yo que en nuestro circulo hay personas privilegiadas, en cuyo número me cuento.

—Pues sépalo V., Palma de Jura. Y ya que ha pedido V. un retrato, por mas diminuto que sea, se lo daré de cuerpo entero. Pido un voto

de confianza para residenciar y proceder contra don Nazario Palma de Jura, que está presente.

—Concedido: respondieron todos con la mas festiva algazara.

—¿Qué es ello? preguntó don Fulgencio; pues auaque entregado á la política, no se desdeñaba de tomar parte en las alegres discusiones que entablaba la juventud de su pequeña sociedad.

—Que acaban de concederme, por unanimidad, un voto de confianza, para proceder contra don Nazario Palma de Jura: respondió Adelaida con la solemnidad de un juez.

—¿Y V. se conforma, Palmita, con la decision de la asamblea? me preguntó el señor don Fulgencio.

—¿Y de qué modo puedo esquivar su decision? le pregunté á mi vez, finjiendo la angustia de un reo.

—De uno muy sencillo, y que no debia haberse escapado á la penetracion de V.

—flumíneme V., señor don Fulgencio; porque este repentino ataque me ha dejado sin aliento para la defensa; y confieso paladinamente que necesito los consejos de un experimentado defensor.

—Pues conteste V. á Adelaida, que es diputado del pais, y que no puede ser encausado sin autorizacion del congreso.

—¡V. me ha salvado! exclamé con trájico acen-
to y ademan.

—¡V. me ha perdido! exclamó Adelaida, imi-
tándome perfectamente.

—No tanto como V. cree, señora: observó el
ministro de hacienda, tomando parte en el debate.

—Ilumineme V, señor de Astorga: dijo Ade-
laida reanimada con tan poderoso auxiliar.

—Cuando la salud del estado lo exige, se pres-
cinde de vanas fórmulas: añadió el ministro de
hacienda.

—¡Es verdad! esclamaron á coro mis nume-
rosos enemigos; yo quise escudarme con la ley;
pero tuve que sucumbir bajo la lójica del núme-
ro, que es la ley de las mayorías y tambien la de
los cañones.

Sometido al duro tribunal, del cual iba á ser
Adelaida juez y fiscal al mismo tiempo, incliné
la frente y esperé la acusacion con el temor que
siempre acompaña al inocente. Adelaida dijo:

—Señores, don Nazario Palma de Jura, dipu-
tado á cortes, publicista y distinguido literato,
llegó á Dramalla, despues de dos años de ausencia,
y en el breve plazo de un mes ha sostenido va-
rios lances, llamados de honor. Esta conducta,
mas propia de un calaverilla, sin oficio ni bene-
ficio, posicion ni representación, que de un hom-
bre de talento, cordura y arraigo, merece una
pena proporcionada á lo tremendo del delito: y

teniendo en cuenta la ansiedad que debe sufrir esta respetable asamblea, y en uso del voto de confianza que ha tenido á bien concederme, condeno al señor don Nazario Palma de Jura, diputado á cortes, publicista y distinguido literato, á que nos cuente, con sus mas pequeños detalles, el cómo se han llevado á efecto los dos lances que ha sostenido esta mañana.

—; Corroboramos la sentencia ! exclamaron tumultuariamente y con algazára.

—Aunque corroboro la sentencia, dijo un caballero que estaba sentado á la derecha de María, me atreveré á hacer una observacion, que posiblemente merecerá la aprobacion de la asamblea.

—Si atenúa la pena en lo mas leve, me opongo á ella: dijo Adelaida, usando sus fueros de juez.

—Lejos de atenuarla, repuso el caballero, la hace mas penosa.

—En ese caso, puede V. decir cuanto le plazca: observó mi amiga, tratándome con extraordinario rigor.

—El señor don Nazario Palma de Jura, añadió el caballero, se ha batido, esta mañana; con tres enemigos; y no encuentro razon alguna para dispensarle los pormenores de su tercer duelo.

No habia llegado mi tercer lance á noticia de las señoras y, particularmente María, se mani-

festaron sorprendidas con esta inesperada revelacion , que debia multiplicar las peripécias del relato. Precisamente mi tercer duelo era lo que me impedia cumplir la cruel sentencia de Adelaida , porque no sabia de él una palabra : y la inoportuna revelacion del caballero , hecha quizás con la mejor fé del mundo , me ponía en el mas grave compromiso. La sorpresa de las señoras se desvaneció desgraciadamente , para dar entrada á una curiosidad mas viva , y Adelaida , dejando á un lado el tono alegre y malicioso que habia usado momentos antes , me dijo con solemnidad :

—¿Tendrá V. la bondad , Palma de Jura , de contarnos los pormenores de esos tres aciagos desafíos ?

—Señora , repuse turbado , ustedes sabrán los pormenores de los dos duelos que me encontré anoche en casa de la condesa de Jentosca , y este caballero se equivoca , adjudicándome un tercero.

—Su modestia de V. le impide confirmar lo que he enunciado ; pero no dirá que me equivoco , cuando sepa que he comido hoy en casa de Mauricio Sanchez , y que nos ha referido , de sobremesa , minuciosamente los pormenores de los tres duelos , que ha sostenido V. con valor y serenidad.

—Cuente V. , Nazario ; insistió Adelaida , siendo eco de los deseos que todas las demas perso-

nas manifestaron en seguida : participando de la general inquietud el ministro y mi buen amigo, don Fulgencio.

Yo no sabia como negarme, ni me era dado corresponder á lo que todos me pedian y hubiera dado veinte años de vida por haber pasado la noche jugando al tresillo con el franco marqués del Buen-Gusto. Atolondrado é indeciso, como si acabára de recibir un golpe en el cráneo ó fuera á tomar una irrevocable determinacion, guardaba silencio; y los demas, que no querian perder mis primeras palabras, estaban mudos hasta punto que formaba una especie de sordo murmullo la emision de nuestros alientos. Comprendí que me era imposible prolongar una situacion tan angustiosa; y, haciendo un esfuerzo, como si intentára empujar una pirámide, tartamudeé estas palabras:

—Tengo que pedir á todos ustedes un favor, y estoy seguro de alcanzarlo.

—¿Qué quiere V. Palma de Jura? me preguntó mi señora doña Margarita, con su acostumbrada bondad.

—Este caballero; repuse, señalando al que había dado la noticia de mi tercer duelo; ha oido á Mauricio Sanchez, mi padrino, los pormenores de los tres combates. Un testigo observa con mas sangre fria, y si este caballero tiene la bondad de referirnos las palabras que ha oido al banquero,

quizás yo mismo conoceré algunos pormenores, que no habrán llamado mi atención.

—La súplica no puede ser mas justa; dijo el ex-ministro.

—No tengo el menor inconveniente en referir las palabras de Mauricio Sanchez, siempre que el señor Palma de Jura se comprometa á rectificar las equivocaciones que yo padezca: repuso el caballero.

—Doy á V. mi palabra, añadió, de rectificar cuantas inexactitudes advierta.

Los dos ó tres grupos formaron un solo círculo; el caballero ocupó un lugar preferente, y contó los detalles de mis desafíos con los dos vizcondes, como los habia contado la duquesa en casa de mi antigua amada. En el movimiento de las pupilas y el leve temblor de los labios, se conocia instantáneamente quiénes estaban al corriente de lo sucedido en la *venta de los Espíritus* y quienes no; pero cuando se uniformaron todas las fisonomías fué, cuando el caballero anunció que iba á contar el tercer lance.

—Puesto el vizconde del Artamus en su carretela.... dijo el caballero; pero se interrumpió bruscamente al ruido que hizo la mampára, y la marquesa del Buen-Gusto se adelantó pausadamente.

No brillaba en su frente altiva aquella especie de destello que revelaba su osadía, y en las pocas

horas que habian transcurrido desde que tomamos café juntos, habia experimentado su rostro una singular transformacion. Cuando se presentó en el dintél estaba sumamente pálida; echó una ójeada sobre el círculo que formábamos, y se tiñeron sus mejillas de un vivo carmin; temblando sus lábios y dilatándose sus pupilas. A la vista de la noble dama, se levantaron las señoras, resultando alguna confusion. La marquesa estrechó primero la mano de mi señora doña Margarita; despues la de la marquesa de Cartosama; en seguida la del ex-ministro, y finalmente la de Adelaida: colocándose de manera que esta hubo de cederla su asiento; y, con mucho sentimiento mio, quedé sentado entre la marquesa y María.

Restablecido de nuevo el órden, que habia turbado la llegada de la marquesa, dijo esta procurando tranquilizarse:

—Me parece que mi presencia ha interrumpido alguna conversacion animada, y ruego á Vds. que continúe.

—Este caballero, repuso Adelaida con su acostumbrado donaire, estaba acabando de contar-nos la historia de los tres desafíos que ha sostenido esta mañana nuestro amigo Palma de Jura.

—¿Y este caballero, preguntó la marquesa, vá muy adelantado en la narracion de los sucesos?

—Ya empezaba á referirnos los pormenores del tercero: dijo María con voz metálica.

—Pues si este caballero tiene la bondad de continuar le quedaré muy agradecida: observó la marquesa.

—¿Sabe V., señora, los detalles de los dos primeros desafíos? preguntó Adelaida.

—Esta tarde, y estando en casa Palma de Jura, que ha tenido la bondad de acompañarnos á comer, entró mi tia, la duquesa de la Diadema, y me contó los pormenores de los dos primeros combates: repuso la marquesa, conociendo yo que daba aquellos pormenores para manifestar á la reunion, que Palma de Jura habia pasado parte de la tarde en su casa.

Las palabras de la marquesa hirieron un tanto á María; la cual me dirigió una de aquellas terribles miradas que estremecian todo mi ser: yo quise vengarla y vengarme al momento, y diriji á la marquesa del Buen-Gusto una mirada desdeñosa; al mismo tiempo que la orgullosa hija de los marqueses de Cartosama la preguntaba con sarcasmo:

—¿Y nuestro amigo Palma de Jura contaria á V. de sobremesa los pormenores del tercero?

Yo no sé si mi desdeñosa mirada ó la pregunta de María produjeron honda turbacion en la marquesa; pero debiérase á una ú otra causa, respondió tartamudeando:

—No me ha contado Palma de Jura los pormenores de su tercer duelo.

Brillaron los ojos de María, viendo satisfecho su orgullo, y me dirigió una sonrisa llena de gratitud y amor. Yo se lo agradecí en el alma, y casi olvidé el saludo de dudoso carácter que tan malos ratos me había dado, despertando en mí terribles y violentos celos.

—Pues en ese caso, dijo Adelaida, contestando á la marquesa del Buen-Gusto, este caballero puede continuar su interrumpida narracion.

—¡Que continúe, que continúe! exclamaron todos á la vez, y el caballero prosiguió:

—Despues que pusieron al vizconde del Artamus en su carretela, Palma de Jura rogó á Lirio-Verde y á sus padrinos que no abandonáran el campo; y dirijiéndose al que había sido su segundo testigo, le dijo con perfecta tranquilidad: »Nosotros dos tenemos una cuenta atrasada, y »dificilmente encontraremos una ocasion mas »oportuna de ajustarla. Mauricio Sanchez y el »vizconde de Lirio-Verde serán mis padrinos: »don Tadeo Gomez y don Enrique Flores, que »lo han sido de los dos vizcondes, lo serán »de V., y ya que hemos echado la mañana á perros saldremos de una vez de lances.»

—¿Quién era, preguntó Adelaida, el caballero á quien Palma de Jura recordaba un lance pendiente?

—Quisiera dar, repuso el caballero, á este drama todo el interés que en sí tiene; y, si ustedes me lo permiten, no pronunciaré el nombre de este nuevo personaje, hasta que lo crea conveniente.

—¡Muy bien pensado, muy bien pensado! exclamaron todos, y el caballero prosiguió:

—No agradaba mucho al retado terminar un lance, suspenso por circunstancias imprevistas; pero colocado en tan crítica posición, se conformó con la propuesta; debiendo batirse á pistola, á veinte pasos de distancia y disparando al mismo tiempo: condiciones que estaban ajustadas de antemano. Procedieron, pues, los padrinos á cargar las pistolas; las entregaron á los combatientes; se pusieron estos á los veinte pasos convenidos; se midieron, durante un segundo; uno de los padrinos dió tres palmadas, y las dos balas se cruzaron, oyéndose una sola detonación.

El narrador hizo una pausa, para calcular el efecto que estaba produciendo en su auditorio; pero la impaciencia de algunos no se avenía con estas páusas y el ex-ministro preguntó:

—¿Y qué se hicieron esas balas?

—La del contrario de este caballero, repuso el narrador, señalándome, pasó el sombrero de Palma de Jura, siendo milagroso que no le atravesára el cráneo: la de este caballero penetró en

el costado de su antagonista, que cayó en el suelo sin aliento.

— ¡Cayó muerto! preguntaron todos con angustia.

— Cayó moribundo: repuso el narrador con profunda solemnidad.

— ¡El nombre, el nombre del herido! preguntaron al mismo tiempo María y la marquesa del Buen-Gusto, formándolas las demás personas una especie de coro.

— Crisanto: dijo el narrador, acentuando mucho la palabra.

— ¡Crisanto! exclamaron al mismo tiempo María Cartosama y la marquesa del Buen-Gusto.

— ¡Crisanto! repitió el auditorio en diferentes diapasones.

— Crisanto: murmuré yo mismo, porque recordé que Crisanto me había provocado en la sala de armas de M. Botonazo; y que había desaparecido de repente, haciendo dudar de mi valor.

Me había propuesto estudiar detenidamente las impresiones que las palabras del narrador fueran haciendo en cada uno de los circunstantes; pero como el número de estos era considerable y yo estaba tan impresionado como el que mas, me fué imposible cumplir mi intento; pero sí puedo asegurar que á las exclamaciones siguió un silencio de cinco ó seis minutos, hasta que

lo rompió el ex-ministro, preguntando al complacientē narrador.

—¿Y se sabe si ha fallecido ese malvado de Crisanto?

—A las nueve y media vivía: repuso el caballero, que parecía completísimamente enterado de cuanto tenía relacion con los tres duelos de mi homónimo.

—Ese tercer lance ha sido horrible: observó doña Margarita.

—Pero necesario: respondió el caballero, con algun asombro de las damas.

—¿Y por qué ha sido necesario? preguntó doña Margarita; no comprendiendo la necesidad de que los hombres se destruyan, por causas mas ó menos graves y justificadas.

—Señora, he dicho que era necesario, porque Vds. recordarán que Crisanto provocó temerariamente á este caballero en la sala de armas M. Botonazo; y que su desaparicion dió motivo á infames hablillas, poco favorables al honor de Palma de Jura.

El rostro de la marquesa del Buen-Gusto tomó las tintas escarlatas de la amopola; brilló en los ojos de María una mirada de placer, y preguntó el señor ministro de hacienda:

—¿Y por qué buscó Mauricio Sanchez, para segundo testigo de Palma de Jura, á un hombre que era su enemigo personal? ¿y cómo supo el

paraje en que se encontraba retirado algunos dias antes?

—Responderé á V. inmediatamente con las razones que nos ha dado Mauricio Sanchez, cuando le hemos dirigido las preguntas que V. acaba de hacerme. Dice que, desde el dia de la desaparicion de Crisanto, habia hécho Palma de Jura las mas esquisitas diligencias para descubrir su paradero; lo que consiguió finalmente, gracias á la actividad de un amigo. Que habiendo llegado á la corte el antagonista de este caballero ayer tarde, y deseando Palma de Jura llevar á cabo los tres duelos, habia creido oportuno Sanchez arreglar las cosas de modo, que con la mayor facilidad y el menor ruido quedaran cumplidos los deseos de su apadrinado; probando al mismo tiempo que Palma de Jura no temia la intervencion de un encarnizado enemigo: repuso el narrador.

—Peregrinas son las razones, pero admisibles: observó en ministro de hacienda.

—Y para que todo sea peregrino en este último duelo, hay una circunstancia mas: añadió el caballero.

—¿Cuál es? preguntaron varias personas con creciente curiosidad.

—Así que se vió en tierra Crisanto, y entre las dolorosas convulsiones de una verdadera agonía, llamó á Nazario con voz débil; y luego que lo tu-

vo á su lado, le entregó un pliego, encargándole que lo leyera...

—¿Qué contenía el pliego? preguntaron María y la marquesa, interrumpiendo al narrador.

—Este caballero únicamente podrá satisfacer nuestra comun curiosidad, porque lo leyó para sí: repuso el cronista, señalándome como á la única persona iniciada en aquel misterio.

Ni la marquesa ni María se atrevieron á reiterarme la pregunta, pero las miradas de todos se fijaron en mí, como si quisieran leer en mis ojos el contenido del papel. Yo no tenía la menor noticia; pero comprendí instantáneamente que iba á caer sobre mí una granizada de preguntas, y considerando que el mejor modo de esquivarlas era una mentira oportuna y pronta, recurri á la invencion y la osadía, que me iban siendo familiares desde mi entrada en el Infierno, y dije con tono solemne:

—Señores, el pliego que me confió el infortunado Crisanto contenía su última voluntad.

—¿Y esa última voluntad era?... me preguntó María Cartosama, interumpiéndose á sí misma.

—Esa última voluntad, señora, es un secreto que no me es dado revelar: la respondí cariñosamente.

Estas palabras terminaron la historia de mis tres desafíos: á continuacion de ella vinieron al-

gunas reflexiones morales, y por último empezamos á hablar de mil cosas indiferentes.

Mi colocacion entre María y la marquesa del Buen-Gusto era sumamente embarazosa; haciéndola mas insoportable el empeño que ambas ponian en abrumarme bajo el peso de bien marcadas distinciones. Yo no temia ser desdeñoso y hasta impolítico con la marquesa, pero no me convenia aparecer demasiado amable con María; lo uno porque pensaba estimular su amor lastimando un poco su orgullo, y lo otro porque queria vengar los malos ratos que me habia hecho pasar su salud. Imaginé en varias ocasiones abandonar mi asiento; pero esto no era fácil, porque formando, como sucedia á la sazón, un solo círculo, no habia pretesto ni aun lugar en que colocarme. El único medio que me quedaba era abandonar la reunion, pero temia que la marquesa se levantára al mismo tiempo; obligándome á acompañarla ó á dar un verdadero escándalo: y tambien ofrecia sus peligros el permanecer como hasta entonces; porque mi antigua amada era muy capaz de levantarse, invitándome á que la acompañára, en cuyo caso tendria que condescender ó que dar un escándalo todavía mayor. Pero sin duda la fortuna se habia empeñado en protegerme; pues se levantó don Alejo, y despues de haberse despedido del ex-ministro y las señoras, me dijo con alegre familiaridad:

—Palma de Jura ¿quiere V. que lo lleve en coche hasta su casa?

—Con mucho gusto: le respondí; y aprovechando tan oportuna invitacion, que me reconcilió realmente con el señor ministro de hacienda, abandoné la sociedad; no dejando nada satisfechas ni á la marquesa del Buen-Gusto ni á la encantadora María.

CAPITULO VI.

POR COMER FUERA DE CASA.

EN cumplimiento de su oferta me condujo el señor ministro hasta la puerta de mi casa, llamándome mucho la atención que no me dirigiera en todo el camino ni una palabra que tuviera la mas pequeña relación con la política militante, ni observaciones de ninguna especie referentes á mis pasados desafíos. Sin embargo, nuestra conversación fué sostenida y animada, hablando de mil cosas indiferentes, la mayor parte de ellas desconocidas para mí; y nos separamos los mejores amigos del mundo, en apariencia por lo menos; porque desde que entré en la corte estaba viviendo de apariencias.

Salió á recibirme mi huésped, y despues de

haberme dado quejas porque habia comido fuera de casa , precisamente el dia en que me tenia preparada una apetitosa comida , prosiguió :

—Señor don Nazario , desde las cuatro de la tarde ha sido esta casa un jubileo , y particularmente desde las seis hasta las ocho. Yo no puedo decir á V. cuántas personas han venido.—¿Está en casa el señor Palma de Jura ? preguntaba uno.—No señor : le respondia yo inmediatamente.—Pues tome V. esta tarjeta , y que no se olvide de entregársela : me decia. — No me olvidaré , caballero : le contestaba y llamaba otro.—¿Está en casa el señor don Nazario Palma de Jura?—No señor.—Pues no se olvide V. de decirle que ha estado aquí don Fulano de Tal.—Está muy bien. En seguida venia un tercero.—¿Está en casa don Nazario Palma de Jura?—No señor. — Pues hágame V. el favor de darme un tintero y papel , para dejar escrito mi nombre. Le daba el tintero , y venia otro y otro y ciento. Los unos dejaban tarjetas , y ahí tiene V. sobre esa consola treinta ó cuarenta : los otros escribian sus nombres , y ahí tiene V. una estensa lista ; y los otros los confiaban á mi memoria ; pero como son tantos no recuerdo mas que el del primero , que se llamaba don Luciano.

—¿Don Luciano de qué? la pregunté por si conocia su apellido.

—Se contentó con decir su nombre. Ya vé V. ;

señor don Nazario , cuántas visitas se ha perdido ; cuántos amigos no han tenido el gusto de verlo ; cuántos negocios pueden haberse retrasado ; y todo por comer V. fuera de casa : dijo mi huésped en tono de reconvencion.

Mientras hablaba doña Tomasa, habia echado yo una ojeada sobre la lista y recorrido algunas tarjetas ; pero como no encontrára en ella ningun nombre verdaderamente conocido, repuse:

—De cuántos importunos, señora, me he librado por haber comido fuera de casa.

Debió hacer profunda impresion en mi huésped esta observacion , porque dejando sus lúgubres lamentaciones, entró en mi gabinete y salió con un grueso pliego en la mano. Como siempre que recibia escritos encerraban algun misterio, me apresuré á romper el nena ; y encontré una carta compuesta de tres plieguecillos, y en su última página mi firma; quiero decir la de mi homónimo. Reflexioné que la lectura de aquella carta iba á durar mas de lo que debia estar de pié doña Tomasa, y la despedí; encargándola que me negára á cualquiera señora que viniera á buscarme al dia siguiente: acordándome de que la marquesa del Buen-Gusto me habia anunciado una visita, que no pensaba recibir. Apenas se marchó mi huésped, empecé á leer la estensa carta de mi homónimo ; encontrando en ella una minuciosa relacion de los sucesos, conforme en

un todo á la que habian hecho la Duquesa de la Diadema y el complaciente narrador de la sociedad del ex-ministro. Pero ademas de esta narracion , contenia noticias importantes , que eran el final de la carta y estaban concebidas en estos términos ; pues copió sus mismas palabras , que son las siguientes :

» Despues de haber escrito una reseña verídica
 » y circunstanciada de los hechos , voy á mani-
 » festarle por qué se encontró Crisanto en Dra-
 » malla á tiempo de poder servirme de padrino
 » primero , y de antagonista despues ; esplica-
 » ciones que leerá V. con tanto mas gusto cuanto
 » que no debia estar tranquilo desde la estraña
 » desaparicion de este funesto personaje.

» V. debió admirarse mucho de su conducta ;
 » pero yo , que pude adquirir algunos datos rela-
 » tivos á su vida pasada , lejos de admirarme la
 » comprendí perfectamente ; y fijé toda mi aten-
 » cion en buscar los medios de desvanecer algun-
 » dia las calumnias que iban á inventarse contra
 » mí. Valiéndome de hábiles agentes , averigué
 » en primer lugar de donde habia salido y en qué
 » direccion la silla de postas que lo alejaba de
 » Dramalla , y un comisionado bastante diestro
 » fué recorriendo las paradas y preguntando á
 » los zagales , hasta que averiguó el lugar en que
 » la silla habia parado ; volviéndose sin el viaje-
 » ro. Tan interesante noticia fué para mí una viva

• antorcha , y acordándome de un antiguo ami-
 • go , llamado Isidoro , del cual ha recibido V.
 • dos cartas , le remití mis instrucciones ; rogán-
 • dolo encarecidamente que procurára averiguar
 • el paradero de Crisanto. El asídúo afan de mi
 • amigo dió los mejores resultados ; y sabiendo
 • la residencia de su antagonista de V. , remití á
 • Isidoro los documentos que menciona en su
 • segunda carta , los cuales consistian en algunas
 • letras de cambio falsificadas por Crisanto ; en
 • una verídica reseña de varias acciones vergon-
 • zosas que habia cometido , y que no han tenido
 • hasta hoy la publicidad que merecen ; y últi-
 • mamente una muy formal amenaza de dar á luz
 • tan importantes documentos si inmediatamente
 • no se presentaba en la córte. Conoció Crisanto
 • que podia aniquilarlo completamente á los ojos
 • de la sociedad (no porque la sociedad ignore
 • la mayor parte de sus infamias , sino porque
 • viéndolas de relieve tendria miedo de aparecer
 • cómplice en ellas) y llegó á Dramalla en la oca-
 • sion mas oportuna ; proporcionándome los me-
 • dios de herir de un solo golpe *á la muger que*
 • *ha pretendido asesinarme y á la que trabaja con*
 • *empeño pensando labrar mi deshonra.*

• Ya conoce V. los pormenores y antecedentes
 • de mis tres duelos , que me he apresurado á
 • consignar en este escrito ; despues de haber
 • pronunciado en la tribuna del congreso un

» discurso bastante hábil ; verdadera segunda
 » parte del que redacté como respuesta al de la
 » corona ; el cual , á despecho de la oposicion y
 » los ministeriales , pasará tal cual yo lo escribí ;
 » porque queriendo los unos mas y menos los
 » otros se conformarán con lo existente y queda-
 » rán agradecidos. Yo tengo magníficos proyectos,
 » que no me atrevo á encomendarle, porque no me
 » inspira gran confianza su habilidad parlamenta-
 » ria ; aunque no se ha conducido mal y ha mentido
 » bien desde que vive en nuestra corte : pero co-
 » mo , segun parece , está casi enamorado de la
 » hermosa María Cartosama , y los enamorados
 » son tan descuidados como estúpidos ; prefiero
 » suspender algun tiempo la ejecucion de mis
 » vastos planes , á permitir que los trastornen las
 » miradas de una mujer. Si la situacion se compli-
 » ca , si las circunstancias apremian , tendré que
 » salir al palenque , y V. elegirá entre retirarse á
 » su provincia ó hacer la vida retirada que yo es-
 » toy haciendo , para que V. se entregue sin tem-
 » or á sus inocentes galanteos.

» Aproveche V. , amigo mio , el tiempo lo me-
 » jor que pueda , y apure hasta el fondo la copa
 » de los cortesanos placeres , por si se encuentra
 » en la precision de no dejárselos saborear su
 » homónimo. »

Asi terminaba la carta , y despues de haberla
 leído , dije para mí :

—Si hubiera venido á comer y leído este importante documento antes de ir á la sociedad del ex-miembro, mi conversacion con don Fulgencio hubiera estado exenta de cien enojosos *quis pro quos*, y hasta hubiera podido hablarle con aplomo y desembarazo de mi discurso y sus tendencias. Despues de leída esta estensa carta no hubiera temblado al oír la cruel sentencia de Adelaida, ni escuchado con ansiedad el circunstanciado relato del complaciente caballero. Mucha razon tiene mi huésped en decir, que pueden sobrevenir catástrofes por comer fuera de casa. Pero en la carta de mi homónimo encuentro alguna que otra idea con la cual no estoy muy conforme. En primer lugar, no tiene fé en mi habilidad parlamentaria; y esta opinion es tan infundada como injusta. ¿No he sabido yo hacerme nombrar, primero individuo, despues secretario, y por último redactor de la comision de respuesta; teniendo el talento de escribir el principio de una carta amorosa, en vez del discurso, para engañar á don Tadeo Gomez, y la desidia de no proseguir escribiendo para presentar despues el documento que habia redactado mi homónimo. En segundo lugar, imagina que si la situacion se complica ó las circunstancias apremian, tendré que elegir entre retirarme á mi pais ó hacer una vida misteriosa. Este arreglo no me acomoda, y no me acomoda precisamente

por la misma razon que alega , cuando dice : *Pe-
ro como, segun parece, está casi enamorado de la
hermosa María Cartosama , y los enamorados son
tan descuidados como estúpidos* . . . Pues por lo mis-
mo que estoy, no casi, sino enteramente enamora-
do de la hermosa María Cartosama ; y como los
enamorados, aunque descuidados y estúpidos, tie-
nen mucho gusto en vivir junto al ídolo de sus amo-
res; no me conviene retirarme á mi pais ni hacer
vida oscura , sino estar en disposicion de tribu-
tar mis adoraciones á la encantadora María. Y
como , aunque he comido fuera de casa , estoy
ya perfectísimamente enterado de los proyectos
de mi homónimo , que quiere manejar me como
si fuera un maniquí , me prepararé a desbaratar-
los ; pues por secundar sus combinaciones polí-
ticas, no renunciaré, no digo al amor , pero tam-
poco á una mirada de María ; y si mi homónimo
osa declarame la guerra , batallaré valientemente
hasta triunfar ó perecer.

Dije , me desnudé , me acosté y despues me
dormí. Hice una cosa mas que César.

CAPITULO VII.

CONSECUENCIAS DE UN MISTERIO DE TOCADOR.

PASÓ el sabado sin novedad, ó á lo menos sin novedad que merezca ser referida. A las once de su mañana estuvo á verme una señora, á quien mi huésped no recibió en cumplimientos de mis órdenes, y que debia ser la noble marquesa del Buen-Gusto: leí el elocuente discurso que mi homónimo habia pronunciado el dia antes, y ahogando el grito de mi vanidad ofendida, confesé paladinamente que el Diabolo entendia mucho mejor que yo los achaques parlamentarios. Leí tambien las contestaciones que habian dado algunos oradores célebres; el espíritu de la sesion que daban todos los periódicos; articulo de fondo al cual dan el nombre de *espíritu de la sesion* debiendo darle el de *espíritu de partido*; especie de

folletin politico, en el cual, como en el literario, inclina su balanza la justicia al lado de particulares intereses, y alguna vez al de la amistad. Despues de haber visto de qué modo juzgaban los distintos partidos la peroracion de mi homónimo, me encaminé al congreso de diputados para oír el pro y el contra de cuanto mandaba el gobierno: aconteciendo con frecuencia que era tan fundada la censura como la alabanza imparcial. Ví en la tribuna á Catalina, que me miraba con pertinacia; y abandoné el salon, no envidiando á mi homónimo los laureles parlamentarios y políticos que estaba dispuesto á cojer. Hacia una tarde extraordinariamente fria, y no intenté bajar á la Floresta; comí en mi casa, con satisfacion de mi huésped; fuí al café de la Disputa, y oí la llamada crítica que hacian seis críticos de oficio de un drama representado la noche antes, al cual difícilmente concedian una versificacion mediana; sin embargo de que los seis habian asistido á una lectura, que hizo de él su autor antes de ponerlo en escena, y habian fallado, *nemine discrepanti*, que el drama era el *nomplus ultra* literario. Esta singular contradiccion entre lo pasado y lo presente kizo nacer en mí el deseo de conocer la obra en cuestion, é invité á uno de mis amigos, cuyo nombre no he podido saber y que tampoco habia visto el drama, á que me acompañara al teatro. Tuvo la bondad de admitir mi pro-

puesta, y media hora despues nos encontrábamos instalados en nuestras cómodas butacas. Comenzó la representacion, y fuí notando que los críticos habian olvidado el argumento, pues uno de ojos grandes y amortiguados, palabras pèrfidas y melosas, piel de oveja y corazon de sapo, habia dicho muy formalmente «que don Mende, uno de los personajes del drama, daba una estocada al marqués» forman lo sobre la estocada de don Mendo un castillo de inculpaciones; y ví que el tal don Mendo no decia nunca *esta espada es mia*, y que el castillo estaba fundado en el aire. Llamé sobre esto la atencion de mi amigo, y despues de lanzar una carcajada me dijo:

—Durante tu viaje, Nazario has olvidado completamente nuestras costumbres y los hábitos del crítico de EL REY DE ARMAS. Este llamado literato, se ha ido labrando poco á poco, con la constancia de una hormiga y la bajeza de un reptil, una reputacioncita literaria, aunque prendida con alfileres; y embutido en el cuarto bajo del periódico, como una tortuga en su concha, saca de vez en cuando la cabeza y muerde á los que cree bastante débiles para no volverle el mordizco; teniendo la vileza de ser dócil instrumento de hombres que le arrojan unas piltrafas, para comprar así el derecho de tratarlo como á un esclavo. Por lo demas, ni tiene talento para juzgar las produc-

ciones que critica, sin acordarse de que cuantas salen de su pluma, además de ser mezquinas parodias, ó pasan desapercibidas ó son estrepitosamente silbadas: ni fija en ellas su atención, porque á fuerza de quemar incienso en sus revistas de Dramalla á la condesa de M..... á la duquesa de A... ó á la marquesita de T..... ha conseguido introducirse en los círculos aristocráticos; y en vez de atender á la representación, mariposea de palco en palco, dejando en unos las flores que oyó decir en otro, y consignando después hechos tan exactos como la estocada de don Mendo.

—; Ese hombre es un miserable! exclamé con exaltación.

— Es un reptil inmundo, que vivirá á fuerza de arrastrarse hasta que encuentre quien lo pise.

Desde el coliseo me dirigí á la sociedad de la condesa de Jentosca, á la cual no concurríó María; retirándome después á mi casa, con lo que dejo referido lo que no es digno de referencia; y paso á contar lo que me sucedió el domingo, empezando por la visita que recibí á las once de su mañana.

Almorzaba tranquilamente cuando oí pasos de muchas personas en el corredor, y momentos después ví entrar á mi ahijado Perico Travieso, la señora Paca Confianzas y su hija Manuela. Me saludaron todos tres con el mayor respeto, y,

sentándose á instancias mías, me dijo la señora Paca:

—Hemos venido á ver á V., señor don Nazario, mi hija y yo, por consejo y ruego de Perico.

—No creía que para venir Vds. á verme necesitaban consejo de nadie: la respondí con jovialidad.

—Pero es el caso, señor don Nazario, que ha sucedido á mi Manuela una cosa bastante grave.

—¿La ha cojido Pedro en amorosas pláticas con otro amante?

—No señor. Ni Perico merece ni mi hija es capaz de tales partidas.

—Pues sepamos el grave motivo de esta inesperada visita.

—S. E., la señora marquesa del Buen-Gusto, ha despedido á mi Manuela de su servicio.

—¿Y cuándo ha tenido lugar esa despedida? pregunté á la jóven.

—Esta mañana: me respondió bajando los ojos con modestia.

—¿Y qué te dijo la marquesa? volví á preguntarla, adivinando el motivo de esta resolución.

—Únicamente estas palabras: «Manuela, puedes marcharte cuando quieras, porque no necesito tus servicios.»

—La marquesa, dije para mí, no quiere que yo averigüe mas los secretos de su tocador: y alzando la voz añadí, dirijiéndome á la señora Pa-

ca Confianzas, que parecia muy afectada de este contratiempo.

—¿Y qué tiene V. que decirme, respecto á la despedida de Manuela?

—Yo quisiera, señor don Nazario, que se interesara V. con S. E. para que volviera á recibirla : me respondió.

—Y yo digo, señor don Nazario, añadió Perico con extraordinaria enerjia, que cuando uno tiene la conciencia de no haber faltado á su deber, no debe humillarse ni ante una marquesa ni ante un rey.

—Opino como tú, Perico: repuse, encantado de su altivez.

—¿Pero en dónde encontrará mi hija otra casa como la que acaba de perder? observó la madre de Manuela.

—En ninguna parte, señora; replicó Pedro con firmeza. He dicho á V. esta mañana, y lo repito ante el señor don Nazario, que Manuela no volverá á servir jamás; que quiero casarme con ella, y que yo sabré cumplir fielmente los deberes de un buen casado,

—Y yo te pregunto, Perico; ¿con qué cuentas para mantener tus obligaciones?

—Señora, cuento con dos brazos capaces de cavar la tierra: y no me avergüenzo de decirlo, cuento tambien con la proteccion del señor don Nazario, que ha sido y será mi padrino.

—Cuenta con ella : le respondí profundamente conmovido.

—Lo está V. viendo, señora Paca; don Nazario y yo hemos nacido el uno para el otro; él para ser mi protector, yo para ser su protegido; él para mandarme como á un esclavo, yo para callar y obedecerle.

—¿Cuándo quieres que se realice tu casamiento ? le pregunté.

—Lo mas pronto, señor don Nazario: me respondió sencillamente.

—¿Quedarás, Perico, satisfecho si se efectúa pasado mañana ?

—Me volveré loco de alegría; pues seré pasado mañana el hombre mas feliz del mundo.

—¡Pasado mañana no ! exclamó la señora Paca Confianzas.

—¿Y por qué no ? preguntamos al mismo tiempo Manuela, Pedro y yo.

—Porque es martes y dice el proverbio: *En martes ni echas lluecas, ni urdas tela ni hija cases.*

—Es verdad: repuso Perico, abundando en la preocupacion de su suegra.

—Es verdad: repitió Manuela, tan alarmada como su madre; y yo dije alzando los hombros:

—Lo dejaremos para el jueves; y así tendremos dos dias mas para hacer los preparativos.

Aprobaron todos mi idea, y yo añadí dando á mis palabras cierto énfasis:

—Como padrino, quiero cuidar del esplendor de esta gran fiesta, y entre Perico y yo arreglamos sus pormenores; lo demas queda á mi cargo, y me parece que cumpliré mi obligacion.

—Lo que V. haga, señor don Nazario, estará bien hecho: repuso la señora Paca Confianzas.

Nos dimos mútuos parabienes, y arreglados algunos puntos de aquellas sencillas capitulaciones, se despidieron de mí todos singularmente satisfechos.

Luego que salieron las mujeres, retrocedió Perico hasta mi silla, y me dijo con alegría:

—Ahora sí, señor don Nazario, que estoy completamente satisfecho.

—Mucho me alegro de contribuir á la inmediata realizacion de tu casamiento: le respondí.

—Señor don Nazario, ahora no se trata de mi boda, por mas que me cause contento.

—¿Pues de qué se trata, Perico? le pregunté, no adivinando el motivo de su alegría.

—Se trata de que antes de ayer fué V. todo un hombre; mucho mas que un hombre, don Nazario.

—Se batió el cobre medianamente: le respondí, recordando los tres desafios de mi homónimo.

—Ahora si que estoy satisfecho. No se habla en la corte de otra cosa que de esos tres ruidosos lances; y no habrá quien se atreva á poner en duda el valor de mi padrino don Nazario.

—Y si hay quien lo ponga, aquí estoy yo: repuse, queriendo entusiasmarlo con un nuevo alarde.

—Lo mismo digo yo á las gentes de mi jaez, cuando viene á cuento.

—Antes que te vayas, Perico, quiero decirte dos palabras.

—Hable V., señor don Nazario, y yo haré cuanto V. me mande.

—¿Tú estás decidido á casarte con la hija de la señora Paca Confianzas?

—¿Si no estuviera decidido hubiera venido aquí con ella?

—¿Y tú la quieres, como un hombre honrado debe querer á su mujer?

—La quiero con toda mi alma: como queria á mi pobre madre.

—Pues bien, Perico; para ser un marido honrado es necesario que renuncies á tus costumbres de baratero.

Perico me miró fijamente durante un minuto, y despues me dijo con solemnidad:

—Señor don Nazario, aunque he vivido treinta años muy mal y de mala manera, sé bien que el hombre que se casa debe cumplir religiosamente sus obligaciones: que primero se debe á su mujer, y despues se debe á sus hijos. Yo he jugado mi vida cien veces sin temor ni remordimientos, porque era únicamente mia; pero des-

de el jueves en adelante pertenecerá á mi mujer, y perderla seria robársela..... Desde el jueves en adelante no será Perico barátero.

—Muy bien dicho, Pedro, muy bien dicho. Ahora ven conmigo.

Entré con Perico en el gabinete; abrí un cajon de la cómoda, en el cual tenia todo el oro, plata y billetes que habia ganado en la sociedad de la condesa de Jentosca; y señalándoselo con la mano, le dije:

—Vas á establecerte, y quiero que vivas sin apuros: toma de ahí la cantidad que necesites.

Perico contempló un momento aquella considerable suma; me miró despues fijamente, como si estudiara la espresión de mi rostro, para preguntarme despues con tranquilidad:

—¿No recuerda V., señor don Nazario, los tres mil reales que tengo en poder de José?

—Recuerdo que me hablaste de ellos la primera noche que nos vimos en la taberna: le respondí.

—¿Recordará V. tambien, quizas, que aquellos tres mil reales eran para mí un depósito?

—Recuerdo que, en vez de haberlos gastado poco á poco, has vivido con sus intereses.

—Porque, como dije á V. aquella noche, estaba en ánimo de devolvérselos.

—¡ Perico !

—No se enfade V. señor don Nazario: los tres

mil reales en cuestion serán la dote de Manuela.

Me sorprendió agradablemente el proceder del baratero , y respondí :

—Con tres mil reales no podrás vivir, no digo bien , pero ni medianamente tampoco.

—¿ Soy yo acaso algun caballero que debo vivir de mis rentas? me preguntó en tono festivo.

—No Pedro ; pero tampoco quiero que vivas completamente en la miseria.

—No hablemos mas de esto por ahora. V. pagará, como padrino, todos los gastos de la boda, y dará en dote á mi mujer los tres mil reales mencionados; ni un ochavo mas ni un real menos. Si alguna vez, señor don Nazario, estoy enfermo y no tiene pan mi familia, recurriré á V. con tanta confianza como acude un hijo á su padre, y V. me auxiliará como los hace un padre á su hijo; pero mientras llega este caso no quiero abusar, y no abusaré.

El baratero me saludó respetuosamente; y fué á reunirse con las dos mujeres, dejándome tan sorprendido y admirado como lo exigia su noble y estraño proceder.

CAPITULO VIII.

EL BAILE DE PIÑATA.

Mi posicion en el Infierno se complicaba cada dia , y aunque en cierto modo ensanchaba el círculo de mis relaciones , sobrevenian mil incidentes que me reducian de vez en cuando á un aislamiento insoportable. En el parador de diligencias habia entablado relaciones con cinco personas: Sofia Amaranto , hábil y taimada pretendiente , que me habia finjido cariño mientras creyó poder esplotar mis relaciones en la córte, dejándome cuando encontró mas fácil modo de medrar. don Bruno Gonzalez, polizon , que me habia dado un buen aviso , quizás con malas intenciones: don Alejo Gomez , diputado de movimiento , que habia pretendido esplotarme , y

que se habia enojado conmigo , tomando á burla una sencilla distraccion : María Cartosama y su madre ; á la primera de las cuales habia mirado con temor , para enamorarme despues , como realmente merecia . De todas estas relaciones no conservaba á la sazón mas que las de María Cartosama y su madre ; pero como no las visitaba ni habia de pasar el dia con ellas , esceptuando muy pocas horas , sucedia que mis relaciones de mesa-redonda eran mucho para ocupar mi imaginacion inflamada , pero muy poco para hacerme breves las horas que lentamente se arrastraban .

Llegado á la corte , encontré en la sociedad del ex-ministro la mas halagüena acogida ; pero la misma intimidación con que me trataban en ella me hacia vivir en un continuo sobresalto ; porque temia á cada momento que me dirijieran preguntas á las cuales me fuera imposible responder : y ademas estas relaciones , que me proporcionaban solaz durante algunas horas de la noche , no interrumpian el aislamiento que experimentaba todo el dia . Me visitó , tierna y amante la señora del pié pequeño ; reñí con ella crudamente , porque me era imposible estar en paz con una amante á quien no podia mencionar la historia de nuestros amores ; y cuando la reconocí en la marquesa del Buen-Gusto , aumenté mis rudos desdenes , y alejé yo mismo los medios de tierna reconciliación . Mi amistad con

Perez de Silva me proporcionó un *ciceroni*, tan amable como entendido, que me acompañaba á todas partes; pero desde la fatal noche del domingo de *Carnaval* nuestra amistad se habia entibiado, sin poder yo adivinar la causa; y nos encontrábamnos á punto de medir acero con acero. Mi primera visita á Mauricio, me habia hecho comprender que nuestras relaciones, aunque un tanto íntimas, no dejaban de ser embarazosas; y á los demas hombres que habia hablado lo habia hecho superficialmente, casi siempre sin conocerlos, y mas de una vez para reñir: de modo que á los veinte dias de permanencia me encontrába sin un amigo á quien dirigir mis miradas y mas aislado que el primero.

Por confesion de la marquesa del Buen-Gusto sabia, que ofendida de mi desden se habia propuesto deshonrarme, en tanto que otra muger, mas sangrientamente vengativa, trabajaba con incansable afan contra mí; la cual no se daría por satisfecha hasta que me diera la muerte. A este cuadro podia añadir las incomprensibles conferencias que habian mediado entre Catalina y yo; la historia de la máscara del capuchon verde; los cuentos del travieso arlequin, y algunos perfiles, que completaban mi posicion en la capital del Infierno á las doce de la mañana de un claro domingo de Piñata, que prometia una noche de primavera y una numerosa reunion en

los salones de Ciudad-Bella; parte atraída por el incentivo de la rifa y parte por el del placer coreográfico que en ellos debían disfrutar.

Tanto me ocupé de mi aislamiento, que, como si hubiera naufragado para ser nuevo Robinson en una comarca desierta, me aflijí profundamente; y no sabiendo, ni queriendo saber siquiera, á donde dirigir mis pasos, me dejé caer en una butaca, apoyé mi frente en las manos y decidí no salir de casa hasta la media noche; hora en que pensaba asistir al último baile de Ciudad-Bella.

Esta firme resolución debía aumentar naturalmente mi profunda melancolía, y hacerme pasar uno de aquellos días de imaginarias aflicciones, en los cuales se muere soñando para vivir después durmiendo: fenómeno moral que con frecuencia presenta el espíritu del hombre.

Desde las doce hasta las dos permanecí bajo el glacial influjo de mi doloroso sopor, sin que nada lo interrumpiera; pero á las dos entró mi huésped, trayendo en su mano derecha un hermoso ramo de lilas, en todo igual al que me habían regalado el martes; y en su mano izquierda una carta del mismo color que las flores; cuyo delicado perfume embalsamó la habitación. El color lila del papel me hubiera indicado al momento la procedencia del billete; pero, como si no fuera bastante, venía el fresco ramo de lilas

á atestiguar que flores y billete eran un recuerdo de la elegante Catalina.

Tomé la carta sin curiosidad ni impaciencia, como si supiera de antemano su contenido, y antes de abrirla, pregunté á mi huésped que estaba aspirando suavemente el blando aroma de las lilas.

—¿Quién ha traído ese ramo de flores y esta carta?

—La misma muger que trajo el martes otro hermoso ramo de lilas.

—¿Y qué ha dicho á V. esa muger, al entregarla estos objetos?

—Ni una palabra, señor don Nazario; me entregó la carta y las flores, y se alejó, sin responder á mis preguntas, que se reducian á saber de parte de quién venia esto.

—Ponga V., señora, las flores en un vaso de porcelana; dije á mi huésped: esta se apresuró á cumplir mis órdenes, mientras yo rompía el noma del billete y leia:

«Nazario, empiezo á escribir estas líneas y, aunque estoy decidida á hablar, no sé qué decir ni de qué manera explicarme. ¿Esta confusión que experimento es hija de una inteligencia limitada, que comprende mal, define peor y produce penosamente? No, amigo mio. Aunque el decirlo yo parezca imperdonable vanidad y desmesurada presuncion, soy muger de

» bastante talento ; veo claro en todas las cues-
 » tiones ; comparo con facilidad ; y mis juicios
 » generalmente son prontos , fundados y exactos.
 » ¿ Por qué no me sucede ahora lo que siempre
 » me ha sucedido ? ¿ Soy tan tímida que no me
 » atreva á presentar mis sentimientos tales cuales
 » son ? no , Nazario. Nunca he presumido de
 » osada ; pero me siento con valor para hacer
 » grandes sacrificios. Si la suerte me presentára
 » una de aquellas ocasiones en las cuales el he-
 » roismo puede brillar en su cenit con el esplendor
 » de mil soles , no me faltaria noble aliento
 » para el sacrificio ó la victoria ; porque tendria
 » la dulce esperanza de disipar enteramente las
 » sombras de pasados dias á la luz de este me-
 » teoro inmenso , fúlgido , extraordinario. V. no-
 » tará en mi lenguaje una especie de orientalismo,
 » una singular confusion. No crea V. , ni un solo
 » momento , que lo uso á drede ; que quiero en-
 » volver mis ideas en un manto negro y tupido ;
 » se engañaria V. si así pensara. La verdad es ;
 » que ellas se agolpan á mi mente en un notable
 » desconcierto ; que en vano pretendo separarlas ;
 » coordinarlas y definir las : se empujan , se es-
 » trechan , se apartan y , como brujas en dia de
 » sábado , forman una danza grotesca , que ya
 » apresuran ya retardan sin concierto alguno ni
 » compáz. ¿ Recuerda V. , amigo mio , una época
 » bastante lejana , que aparece como un ensueño

ya pasado entre los vapores de otro ensueño?
 Yo deseo poder dar un carácter á aquella época
 y no lo consigo. Quanto sucedió en ella fué
 tan vago, tan inesperado, tan poco lógico. Ce-
 dió la pasión al capricho, á la vanidad el or-
 gullo, el espíritu á la materia. V., que estará
 prevenido contra la época y contra mí, no po-
 drá figurarse nunca aquel caos; no dará influjo
 ni poder á la fatalidad luchando contra el alma
 y el corazón: y, sin embargo, si V. lograra
 desimpresionarse un momento, veria como yo
 la impía mano de una fatalidad terrible; verte-
 ría, como vierto yo, una lágrima de despecho,
 y tendria profunda compasión de las víctimas;
 porque realmente hubo víctimas sin verdugos,
 Sin verdugos no: existió uno precavido, frio é
 implacable. En aquella época, y algun tiempo
 despues mucho mas, cuando la pasión y la ra-
 zón fueron recobrando su imperio, que por un
 extraño fenómeno ambas lo perdieron á la vez;
 me preguntaba yo qué causas habian trazado la
 conducta del verdugo frio é implacable, sin
 conseguir adivinarlas; pero hoy se ván descu-
 briendo por sí mismas, y es imposible imaginar
 mas constancia, astusia y prevision. ¡ Ha triun-
 fado, Nazario, ha triunfado! y como su crimen
 no es crimen; como V. puede considerarlo una
 inestimable virtud, prefiero maldecir su nom-
 bre en silencio á denunciarlo; porque temo

que á mi denuncia acompañe su absolucion.
 He redactado un estenso párrafo y no sé lo
 que he dicho en él; esto no es extraño, lo que
 sí debe causar suma extrañeza es que siga mo-
 viendo la pluma sin saber lo que quiero decir...
 y aun sin saber lo que deseo... .

Yo he sido en otras ocasiones sumamente
 presuntuosa; yo he dicho una vez y otra y mil:
Tengo una cabeza de hierro que por nada se debi-
lita: pues ahora confieso, amigo mio, lo infun-
 dado de mi presuncion. Mi pobre cabeza está
 débil, enferma, casi extraviada: el hierro se ha
 fundido al calor de algunas ideas mas ardientes
 que los betunes de un volcan. ¡Cómo me enga-
 ñaba y mentia!... Es verdad que V. habia hecho,
 antes de marcharse á viajar, lo bastante para he-
 rir mi orgullo: es verdad que V. ha dicho, des-
 pues de su vuelta á la corte, mucho mas de lo
 necesario para enloquecerme y matarme..... Sí,
 Nazario, por mas que digan yo no soy una mujer
 abyecta, tan degradada como creen, tan infame
 como propalan. Yo he podido sacrificar un dia la
 pasion al capricho, el orgullo á la vanidad, el es-
 píritu á la materia; pero al dia siguiente han
 triunfado decididamente el espíritu, la pasion y
 el orgullo; elevándose á mayor altura, haciéndose
 se mas poderosos.

Reconozco, aunque con sentimiento, que hay
 mujeres mas osadas que yo, pero mas ambicio-

»sa ninguna. Hay quien baldona mi codicia, pero se engaña, si no es que pretende engañar. »Prefiero una alfombra de Persia á una humilde »estera de junco; pero prefiero á la mullida alfombra las doradas gradas de un trono. ¡Pobre »loca! ¡Como deliro!.... ¿Qué tengo yo que ver »con los tronos?... Nada tengo que ver con »nada....

»Amigo mio, desde el miércoles de ceniza estoy sufriendo, y digo sufrir porque callo, una »fiebre lenta y penosa. Como muy poco.... esto »no importa.... duermo muy mal.... esto me »hace un daño espantoso; porque pensar y no »dormir es pensar dos veces, Nazario.... ¿Qué »me habia yo propuesto al dirigirle este billete, »que vá siendo demasiado largo?... O no me »habia propuesto nada ó he olvidado ya mi propósito.... ¿Debo romper lo que llevo escrito y »contentarme con remitirle un hermoso ramo de »lilas, flores melancólicas como yo?... Seria el »partido mas prudente; pero la muger y la prudencia están reñidas.... ¿Qué verá Nazario en »mi carta? el desconcierto de mis ideas: tambien tienen su poética hermosura el desorden y »la confusion.... El mundo, con todas sus bellezas, salió del caos: á la voz de un ser omnipotente rompió la luz sus negras cárceles de »sombras: quizá Nazario adivinará lo que no ha »sabido decir

CATALINA.

»P. D. Esta noche se verificará el baile de »*Piñata* en los salones de *Ciudad-Bella*: el mismo objeto que me ha llevado á los dos bailes »anteriores me llevará á este: mi disfraz será un »dominó de raso negro.»

Leí segunda vez el billete de Catalina; reflexioné detenidamente sobre cada una de sus frases; y saqué, como legítima consecuencia, que la amada de Mauricio Sanchez podia muy bien haber perdido la razon, pero que yo no comprendia la mayor parte de su escrito: y queriendo mostrarme generoso la deseé un completo alivio, sin tomar gran parte en sus penas; pues si habia de volverse loco de amor, preferia conceder este lauro á la hermosa María Cartosama.

Encerré el billete en mi pupitre; volví á sumerjirme en mi hastío; comí á las seis; me vestí á las once, y á las doce en punto pisé las alfombras de *Ciudad-Bella*.

—Temprano has venido, Nazario: me gritó un máscara á mi espalda.

Volví inmediatamente la cabeza, y me encontré con el arlequin; al cual respondí con dos versos de un drama moderno.

—*Cansado estoy de cansarme y aburrido de aburrirme.*

—¿Y, segun eso, vienes á que te acabe de contar la historia de Julio?

—No te has engañado, arlequin. Vengo decidido á oír su historia.

—Si no tienes inconveniente, nos sentaremos en el gabinete del domingo.

—Guia hácia donde quieras; pues estoy dispuesto á seguirte.

El máscara me cojió del brazo; entramos en el gabinete; nos sentamos en un divan, y despues de reflexionar un momento anudó su entretenida historia, de la manera que veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO IX.

LA PROVIDENCIA.

Cuando bajaba la escalera del banquero, dijo el arlequin, se apoyaba Júlio en sus paredes, porque el hambre lo aniquilaba; y tuvo que hacer grandes esfuerzos para llegar hasta la calle, tanta era su creciente debilidad. Reanimado por el ambiente, dió algunos pasos, sin saber hácia qué punto caminaba: empezó de nuevo á sentir los agudos dolores del hambre, que le carcomia las entrañas: un ruido sordo retumbaba en el interior de su cráneo, prolongándose como un grito lanzado bajo una bóveda sepulcral: una especie de grespon negro se interpuso entre sus ojos y los objetos que estaban á su alrededor: temblaron sus rodillas: apoyó sus manos en el muro,

cerró los ojos, y cayó sobre el pavimento, como si acabara de herirlo un rayo: quedando sin fuerza ni razon. La caída de Júlio y su desmayo llamaron la atención de cuantas personas cruzaban por aquel paraje; y pocos momentos despues estaba rodeado de un gran número de curiosos, que lo miraban; creyéndolo muerto los unos y procurando averiguar los otros el motivo de su desmayo: pero sin prestarle socorros ni dar muestras de verdadera compasion. Un hombre muerto ó moribundo, rodeado de una muchedumbre de curiosos, que lo miran con ojos mas ávidos que compasivos, ofrece grande analogía con un javalí ó tigre exánime, rodeado de perros que ansian hacer presa, pero que ladran desde lejos temiendo el colmillo y la garra. En honra de la humanidad estas escenas no se prolongan, y Julio no podia estar en espectáculo indefinidamente, sin que llamase la atención de los agentes de la autoridad ó de algun individuo mas caritativo que los otros. Sucedió lo último: un hombre de mediana edad y dulce aspecto rompió el círculo, se acercó á Júlio, le puso su diestra sobre el corazón, que latia perezosamente, y cerciorado de que vivia lo hizo conducir á su casa, que estaba muy poco distante. Este hombre bueno y generoso tenia por nombre don Luciano.

La familia del bien-hechor recibió al pobre moribundo con la mayor humanidad; y momentos

despues los débiles miembros de Júlio reposaban sobre un lecho limpio y mullido, que sin ostentar ningun lujo ofrecia grande comodidad. Don Luciano examinó inmediatamente y con la mayor escrupolosidad todos los síntomas que iba presentando el desmayado, y no tardó mucho en convencerse de que era victima de una dolorosa inanicion. Seguro de que no se engañaba, mandó que trajeran un caldo, y al mismo tiempo aplicó á la nariz de Júlio un pomo de sales, que poco á poco lo fueron volviendo á la vida. Cuando abrió los ojos el enfermo, tocaban sus lábios el caldo, que bebió sin poder darse cuenta de lo que le estaba pasando; pero luego que el alimento reanimó un poco sus espíritus paseó su languida mirada en torno suyo, vió muebles que no habia visto nunca, y á un hombre de pié á quien tampoco conocia. El despertarse de los letargos es siempre penoso, triste y lento: se agolpan cien y cien ideas confusas, distintas y encontradas: empujan las unas á las otras sin permitirles desarrollarse, y confundiendo lo pasado, lo presente y lo porvenir, forman un estraño embrion sin proporciones ni colores. Júlio necesitó algun tiempo para recobrar el uso de la voz, y su primera pregunta fué la que hacen todos los que vuelven en sí.

—¿En dónde estoy? dijo con voz débil, balbuciente y profunda.

—Está V., repuso don Luciano con dulzura, en la habitacion de un amigo; que será la suya por ahora.

»Júlio dilató sus pupilas; las fijó en su bondadoso bien-hechor, y murmuró pausadamente:

—Yo he tenido muchos amigos, pero no recuerdo haber contado á V. en su número.

—No importa. Todos los hombres son amigos; ó mejor dicho, son hermanos: dijo su huésped con bondad.

»Júlio se sonrió, como dudando de la verdad de aquel aserto, y añadió despues:

—¿Quién me ha traído aquí, cuándo, cómo y por qué razon?

—Se desmayó V., muy cerca de mi casa; yo tuve la fortuna de llegar, casi al mismo tiempo; conocí que necesitaba V. auxilios, y no pudiendo proporcionárselos en la calle, lo he conducido á este aposento, en donde estará algo mas cómodo.

—Muchas gracias, amigo mio: murmuró el enfermo, tendiendo su diestra á don Luciano.

El bien-hechor guardó silencio y Júlio intentó levantarse; pero sus miembros parecian clavados al lecho.

—¿Qué hace V. amigo mio, que hace V.? preguntó don Luciano, notando los vanos esfuerzos del doliente.

—Me parece que estoy algo mejor, y no quie-

ro abusar de la hospitalidad que V. se digna dispensarme.

—Es imposible que V. abandone ahora el lecho, ni posiblemente en todo el día.

—Y sin embargo es de todo punto indispensable: repuso Júlio, reiterando sus vanos esfuerzos.

—¿V. no conoce que está enfermo de gravedad, y que yo no puedo permitir?.....

—¿Es V. médico, por ventura? preguntó el enfermo con mas ansiedad que placer.

—No soy médico; pero sé algo de muchas cosas que no soy.

Júlio miró fijamente á don Luciano, meditó un momento, y murmuró:

—Es imposible que yo permanezca aquí mas tiempo.

—Si esta V. inquieto, caballero, porque se alarme su familia, iré avisarla y.....

—No tengo familia: murmuró Júlio, y una ancha lágrima bañó sus pupilas cristalizadas.

Lanzó don Luciano una mirada en derredor; y despues de haberse cerciorado de que nadie le oia dijo:

—Yo no tengo ningun derecho á la confianza de una persona que me habla por primera vez en su vida, pero hay ocasiones en las cuales debe prescindirse de una delicadeza escesiva, sopena de no hacer el bien que es harto fácil realizar. Si V. me hubiera tratado algun tiempo, no le diria

ni una palabra respecto á mi carácter, dejándolo en plena libertad de estudiarlo, para formar despues la opinion que tuviera por conveniente; pero como nos encontramos en una situacion escepcional sin habernos hablado nunca, diré á V. unas cúantas palabras; las únicamente indispensables para que me trate desde ahora como yo deseo ser tratado. Yo soy un hombre que he sufrido trabajos, escaseces y penas; sin que haya cambiado mi carácter, franco, sencillo y generoso.

—Yo tambien he sufrido mucho: repuso el enfermo, poniéndose la mano sobre el corazon.

—Y sufre V. en este momento: observó subienhechor con una sonrisa harto amarga.

»Julio no respondió ni una palabra, y continuó don Luciano:

—Yo no pretendo conocer la estension de sus padecimientos, ni las causas que los motivan; los secretos del infeliz son sagrados para quien conoce la desgracia; pero una circunstancia me hace no prescindir enteramente de los misterios que adivino, y esta circunstancia es, amigo mio, que V. pretende suicidarse de la manera mas cruel.

—¿Quién ha dicho á V. que yo pretendo suicidarme? preguntó Julio.

—Me lo han dicho los pocos conocimientos médicos que poseo.

—¿Y conoce V. por ellos? preguntó de nuevo el enfermo.

—Que es V. víctima de una dolorosa inanición, la más terrible imaginable.

»Julio se cubrió el rostro con las manos, sintiendo en el alma que un hombre acabara de sorprenderle el secreto que guardaba con tanto afán, y su bienhechor añadió:

—Bien sé, caballero, y lo sé por propia experiencia, que hay dolores casi insufribles; penas que no caben en el alma; desengaños que matan la esperanza. Bien sé que cuando el hombre sufre mucho mira la vida con horror y la muerte con complacencia; pero aunque la primera sea un mal y la última un bien, ningún hombre debe acortarse su carrera; porque los hombres, como los astros, tienen señaladas sus órbitas y deben cumplir sus destinos, cruzando los espacios inmensos, que se reparte la humanidad.

»El enfermo lanzó un suspiro, y una nueva lágrima surcó sus pálidas mejillas.

—V. no debe, V. no puede suicidarse: insistió con fuerza don Luciano.

—¡Yo no atento contra mi vida! exclamó Julio en un momento de expansión.

—¿Querrá V. negarme que no ha comido en muchos días?

—Mentiría, si tal intentára, y yo no miento, caballero.

—¿Luego ha pretendido V. dejarse morir de inanición?

—Repito que no he pretendido quitarme la vida de ese modo.

—¿Pues no acaba V. de confesarme que no ha comido en muchos días?

—Sí señor: pero el hombre puede morir de hambre por no querer tomar alimento ó por no tener ningun alimento que tomar: dijo Julio solemnemente.

—¡Todo lo comprendo, amigo mio! exclamó el hombre generoso, cubriéndose el rostro con las manos y lanzando un gemido de profunda desesperacion.

—No me compadezca V., caballero: repuso el enfermo, levantándose sobre el codo; y añadió:

—Esto no puede durar mucho: algunas horas mas de agonía, y despues la paz de la muerte.

—¡Imposible, amigo mio; imposible! exclamó de nuevo el bienhechor.

—Tenga V. la bondad de ayudarme á levantar.... Confieso que me ván faltando las fuerzas, pero necesito levantarme y salir de aquí pronto; pronto. Estamos hoy á 10 de mayo, en lo mas risueño, en mitad de la florida primavera. El sol vivifica, las aves regalan melodiosos conciertos, el ambiente es tÍbio, las flores brindan regalados aromas, y las plantas su fresca alfom-

bra de esmeralda. Yo quiero morir reclinado sobre un florido banco de césped; pondré mi cabeza entre las ramas de un rosal; las brisas acariciarán mis cabellos; un rayo de sol dorará mi frente, ciñéndola de una magnífica aureola; cantará en un árbol vecino el ruiseñor enamorado, y se perderá mi último suspiro en el murmurio de una fuente. Ayúdeme V. á levantarme, caballero.

«Júlio hizo un esfuerzo desesperado, y volvió á perder los sentidos. Su huésped reiteró los mismos auxilios que le habia prestado poco antes; y cuando el enfermo pudo hablar, le rogó encarecidamente que no intentára levantarse, á lo menos durante el dia. Condescendió Júlio, aunque con pena, á los ruegos de su bien hechor, y al dia siguiente se encontraba mas vigoroso y animado. Las atenciones y cuidados de don Luciano y su familia impresionaron al enfermo, y al dia siguiente contó á su huésped los pormenores de su vida, sin ocultarle lo mas mínimo; pero encargándole al mismo tiempo el secreto mas inviolable y mas profundo. Oyó su bien hechor la historia sin asombro, pero con grandísimo dolor y disgusto. Desde aquel momento el enfermo no rehusó ni recibió con pena las ofertas ni los servicios del hombre honrado y generoso: pasó en su albergue hospitalario algunos días, hasta que recobró algun tanto sus per-

didadas fuerzas; y aunque volvió á habitar su antiguo y pobre alojamiento, no dejó de sentarse á la mesa del hombre que con su talento y su trabajo ganaba apenas lo preciso para vivir; él, que no hubiera aceptado un solo día los suntuosísimos banquetes de los opulentos magnates.

«Aunque comprendía muy bien Júlio la generosa delicadeza y franca buena voluntad de su bienhechor, no podía resignarse á continuar siéndole gravoso, y mas de una vez iban á sazonar sus lágrimas los manjares que tocaban despues sus lábios. Vuelto, no sin bastante lentitud, de su anonadamiento, pensó en proporcionarse los medios de ganar una subsistencia mas ó menos acomodada; pero sus afanes se perdian entre las mil dificultades que iban brotando por do quier.

«Paseaba un dia, mas preocupado y aflijido que otras veces, cuando sintió una palmada sobre el hombro; volvió la cabeza al momento y se encontró con un amigo literato.

—¿En donde te has metido, Júlio? le preguntó su antiguo amigo, recordando que no lo habia visto en mucho tiempo.

—He estado enfermo algunos meses: repuso Júlio, disimulando la verdad.

—¿Y qué es de tu vida? ¿qué te haces ¿en qué te ocupas?

—Paso las horas escribiendo y estudiando para escribir

—¿Y qué escribes, novelas, dramas, poesías líricas, estudios históricos?...

—De casi todo lo que has dicho. Hoy he terminado unos estudios históricos, relativos á uno de nuestros mas ilustres monarcas; gran capitán y gran político.

—¿Y estás decidido á publicarlos, ó los has escrito para tí?

—Me alegraría mucho, amigo mio, de que tuvieran publicidad.

—Cuenta con ello. Llévamelos á casa esta tarde y lo demas corre de mi cuenta.

—¿Pero tú tienes algun medio de dar á mi trabajo la publicidad que deseo?

—¿No sabes que soy director de LA CONFUSION, periódico de literatura, ciencias y artes?

—No lo sabia hasta este momento, y me congratulo por ello.

—En LA CONFUSION escriben, Julio, nuestros mas ilustres literatos.

—¿Y vas á poner mi oscuro nombre entre esos nombres tan ilustres?

—¡Calla, calla! Nada de modestia; la modestia es el mas feo vicio que puede tener un escritor. Cuando uno tiene muchos amigos que lo alaben, es decir, una reputacion, puede ahorrarse el trabajo de entonar himnos en propia

alabanza ; pero cuando empieza su carrera si no es el primero á alabarse muy poco debe prosperar. Cuando me lleves los estudios , acompañados de una nota , en la cual los encomies singularmente ; yo la pondré como de mi propia cosecha ; escribiendo debajo de ella esta cifra : N. de la R. : y como aparecerá tu nombre á la par de los llamados ilustres ; el número próximo ó el siguiente , podré poner entre las noticias este párrafo : *El ilustre escritor , don Julio de.... está terminando un drama , titulado....* lo que tú quieras que se titule ; y si no te conviene que sea drama , será comedia , tragedia , novela , poema , devocionario , cancionero , lo que mas pueda producirte : *del cual tenemos las mas ventajosas noticias ; tú tendras cuidado de dármelas , porque de otro modo seria mentir sin que ganára mas tu reputacion literaria : y felicitamos á la empresa del coliseo de....* aquí el nombre del coliseo ; pues aunque no haya pensado en tu obra lo estimularán los elogios , y si no , no faltará quien piense en ella : *augurando que esta interesante produccion proporcionará gloria á su autor , vivas emociones al público y grandes entradas á la empresa.*

•Júlio, que conocia muy someramente el charlatanismo literario, se quedó mirando á su amigo sin responderle ni una palabra, y temiendo que el director de LA CONFUSION hubiera querido

burlarse. Este creyó que la timidez de novel autor embargaba la voz á Júlio, y se contentó con decirle:

—Esta tarde, á las seis en punto, te espero en casa: exigiéndote formalmente que me lleses el manuscrito.

•Se despidieron los amigos, despues de estrecharse las manos; el director de LA CONFUSION muy contento porque iba á poner los cimientos de una reputacion literaria, y Júlio sumamente triste, porque sus pasadas desgracias no le permitian vislumbrar un horizonte menos negro.

•Imaginó primeramente no concurrir aquella tarde á la entrevista; pero reflexionando despues que no podia prolongar mucho su triste y precaria situacion, se presentó á la hora indicada en casa del que debia servirle de padrino en sus primeras armas literarias, con el manuscrito mencionado.

—Te esperaba, Júlio: le dijo el director de LA CONFUSION, luego que vió al jóven en su estancia.

—Aquí tienes los estudios históricos de que hablamos esta mañana: le respondió el jóven, presentándole el manuscrito que debia influir poderosamente en su destino.

—Muy bien: repuso el literato hojeándolo. Me parece que hará dos artículos de regulares di-

menciones; y el asunto es de alta importancia. ¿Has traído la nota que te dije?

—No, amigo mio: replicó Júlio sonrojándose y bajando al suelo los ojos.

—Pues ahí tienes pluma y papel; siéntate y escribela.

—Perdona; pero nunca tendré la osadía de escribir propias alabanzas.

—Tu modestia me da un trabajo que no esperaba; pero, como prueba de amistad, lo emprenderé inmediatamente, porque quiero que el primer artículo salga el jueves próximo.

• Y tomando la pluma que habia señalado á su amigo, escribió en muy pocos momentos un pomposo elogio de las páginas que no habia leído, y que no lo merecian quizás.

• Como lo habia ofrecido á Julio, se publicó el primer artículo el jueves inmediato y el segundo salió al siguiente. Pocos dias despues recibió el autor parabienes de algunos escritores, que hasta aquel momento no lo habian contado en su número, y doscientos reales que, con arreglo á la tarifa del periódico, valian los artículos en cuestion. Estaba dado el primer paso; con alguna fé, mucha osadía y un buen padrino, podia marchar con rapidez por la áspera senda literaria. Fé tenia Julio en su talento, á pesar de las graves penas que habian desgarrado su alma; y aunque le faltaba la osadía, rico patrimonio de los né-

cios, contaba con el padrinazgo del director de LA CONFUSION, que hacia punto de honra sacar airoso á su neófito literario. Publicó Julio nuevos artículos, históricos y graves los unos, de costumbres y lijeros los otros: adelantando dia por dia con gloria y provecho á la vez.

• Animado, aunque no envanecido, decidió publicar una novela histórica, que habia escrito muchos meses antes; su amigo la anunció con los mas pomposos elogios en LA CONFUSION; todos los periódicos copiaron el parcial anuncio, é inmediatamente un editor buscó con afan el manuscrito, que hubiera despreciado un dia antes. El éxito de esta novela fué muy útil para el editor y muy honroso para Julio: en pocos dias se agotó una edicion considerable, y, por una feliz casualidad, no eran inmerecidos los elogios que prematuramente le habia tributado LA CONFUSION.

• Despues de éxito tan feliz, y usando la farsa de un anuncio, largo y pomposo, no debia encontrar Julio inconvenientes para publicar su segunda novela; y así sucedió exactamente. Los suscritores á la primera lo fueron tambien á la segunda; entonaron todos los periódicos himnos en loor del jóven novelista, que prometia enriquecer en breve este ramo, harto descuidado, de la literatura infernal; y Julio, despues de haber escrito y publicado su tercera novela, llevó

su talento al teatro, y el público consagró á sus sienes una corona de laurel. Desde que cayó Julio exánime á la puerta de don Luciano hasta que ciñó los laureles escénicos habian transcurrido cinco meses.

CAPÍTULO X.

LA CASUALIDAD.

Los adelantos literarios que hacia Júlio con portentosa rapidez, gracias á la decidida proteccion que le dispensaba su amigo, influian poderosamente en su bien estar material y modificaban su carácter. Respecto á lo primero dejó de ser gravoso á su honrado y noble protector, buscó un alojamiento mas cómodo, y volvió á vestir con su acostumbrada elegancia. Respecto á lo segundo, es necesario marcar bien las diferencias que existian entre su vida del momento y su vida de anteriores épocas; diferencias que se perciben fácilmente deteniéndose á hacer estas reflexiones. Júlio habia vivido, de veinte á veinte y cuatro años, entregado completamente á los desórdenes;

sin comprender que cada hora desminuia su patrimonio, y que no podria durar mucho tiempo tan singular disipacion. Durante este largo período habia sido un jóven imprudente, arrebatado y pendenciero; tan pronto á ofender á un enemigo como á sacrificar su vida en defensa de la amistad. Sus sensaciones eran rápidas y violentas; meditaba poco, y sus palabras, fiel espresion de sus sentimientos, iban, como la flecha al blanco, sin buscar inútiles rodeos. Corria, como el caballo berberisco, buscando mas luz y mas aire: y cuando descubrió el hondo seno del abismo no pudo detener su carrera y se arrojó sin vacilar. Un tanto aturdido del golpe, procuró reunir los mezquinos restos de su perdido patrimonio; y como un náufrago recoge los despojos de la rota nave, que llevan las olas á la playa, sin poder con ellos formar una barquilla en que proseguir su viaje, y se contenta con construir una miserable barraca que lo resguarde de la lluvia; pretendió aprovechar las reliquias de su fortuna, para realizar hermosos sueños de gloria, poder y ambicion. Desde su llegada á la córte, vivió combatido y dudoso entre el temor y la esperanza. Las relaciones que adquiria le halagaban un solo instante para atormentarlo despues: se impresionaba difícilmente; pero sus impresiones eran mas permanentes y profundas: vivia en el fausto y la molicie; pero veia á corta distancia la mas

espantosa miseria. Cayó en ella con el corazón despedazado por el tósigo de los celos, y aguijado por el deseo de tomar venganza: huyó de la sociedad, que no comprendía sus dolores y que hubiera visto con desprecio su postración y su miseria: permaneció imponente y temible á los ojos del hombre á quien se habia propuesto vencer y humillar: luchó valiente contra los horrores del hambre, hasta que acudió la providencia en socorro del que iba á morir con resignación y altivez. Después de tantos sufrimientos debia impresionarlo de una manera singular su feliz cambio de fortuna; y, como una planta marchita que vuelve á la vida reanimada por una lluvia de verano y recobra su antigua lozanía, su frescura y rico perfume. A los ocho meses de haber dejado sus relaciones, se encontraba Julio en disposición de anudarlas; pero como le habian ocasionado dias de amargura y desaliento, noches de insómnia y mas de un triste desencañó, juzgó prudente permanecer casi en su anterior aislamiento; dejando que sonára su nombre, de vez en cuando, bajo las aristocráticas bóvedas que lo habian repetido otras veces; y que su sombra, coronada con los laureles de poeta, se presentara furtivamente ante los ojos de la muger no muy hermosa, que lo habia sacrificado al oro del capitalista opulento.

• Otros dos objetos llamaban no poco la aten-

cion de Julio, ó mejor dicho, aparecian en el cristal de su memoria: estos dos objetos eran Teodoro, que le escribia de vez en cuando, sin haber sospechado un solo instante lo apurado de su situacion; y Dorotea, á quien no habia visto en el transcurso de muchos meses. El recuerdo de su tierno amigo le causaba una verdadera alegría, congratulándose de haberlo salvado; pero la imágen de Dorotea se presentaba ante sus ojos amenazadora y terrible. La proximidad de su miseria avivaba en Julio el deseo de disfrutar algunos goces, y se entregaba á los placeres sin entusiasmo; procurando en ellos pasar el tiempo y olvidar. Ni verdaderamente triste ni completamente satisfecho, vagaba una noche de octubre, recorriendo calles al acaso sin objeto ni direccion. Al entrar en una de las principales encontró á una muger cubierta con un pañolon y una gran mantilla, cuyo velo la ocultaba el rostro; y por mera curiosidad se propuso averiguar hácia qué punto caminaba. La encubierta dama notó al momento que la seguian, y no conviniéndole sin duda que averiguáran su paradero, empezó á recorrer varias calles; procurando desorientar á su obstinado perseguidor. Cansada de vueltas y rodeos, penetró en una lotería; y Julio, queriendo aprovechar la ocasion de verla á mejor luz y mas cerca, penetró tambien, despues de haber vaci-

lado un momento. La tapada pidió un billete, y el jóven, que no podia disculpar su entrada de otro modo, pidió el número inmediato al que habia tomado la señora. La dama arrojó sobre el mostrador una moneda de trescientos veinte reales, valor del billete, y desapareció al momento: Julio se apresuró á pagar el suyo, pero cuando salió á la calle no pudo descubrir á la dama.

«El mal éxito de su porfia no atormentó á Julio realmente; pero lo que sí le contrariaba era haber malgastado en el billete una cantidad muy superior á su fortuna; reflexionando que este gasto debia originarle un gran número de privaciones. Renegó un poco de la tapada, pero considerando al fin que sus denuestos no le devolverian el oro que habia puesto en manos del lotero, se resignó con su nueva perdida; encerró el billete en su cartera; procuró olvidar que habia jugado, y continuó su laboriosa vida, sin que á turbársela viniera ningun incidente notable. Transcurrieron algunos dias, y llegó el diez de noviembre, que debia proporcionar á Julio una nueva entrevista con el esplendido banquero. A las doce de la mañana subió alegremente la escalera que seis meses antes habia bajado moribundo; y con faz risueña penetró en la misma sala que otras veces. El capitalista estaba en ella, y salió al encuentro del jóven, con la turbacion en el rostro y la inquietud dentro del alma.

—¿Cómo estas? le preguntó Júlío con la mayor indiferencia.

—Un tanto enfermo: repuso el banquero, y decía en ello la verdad.

—Lo siento. Pero ocupemos dos sillones, junto á esta mesa, para tratar nuestros negocios.

«Los dos rivales se sentaron; Júlío sacó su cartera de piel de Rúsia; la abrió como si fuera á sacar una tarjeta de visita; cojió los pagarés del capitalista; los examinó y dijo:

—Si no tienes mala memoria, recordarás que estos pagarés suman la considerable cantidad de cincuenta y un millones quinientos mil reales de vellón.

—Lo sé muy bien, Julio, lo sé: repuso el banquero aterrado.

—Tambien recordarás que llevan la fecha 10 de mayo, y que cumplen hoy 10 de noviembre.

—Sé que los dí á seis meses fecha y que hoy cumplen.

—Pues tendrás la bondad de dar tus órdenes para que me sean satisfechos.

—No puedo darlas: murmuró el banquero turbado.

—Mala paga tienes: dijo Julio con la mayor indiferencia.

—Mira, Julio, te entregaré cuanto poseo; pero no está en mi mano reunir....

—Economiza Jeremiadas, y hablemos como

deben hablar dos hombres de negocios. ¿Puedes pagarme, hoy día 10 de noviembre, los cincuenta y un millones quinientos mil reales de vellón que estos pagarés representan.... ¿Respóndeme categóricamente?

—No: murmuró el banquero, cubriéndose el rostro con las manos.

—No hagas mojigangas de muger, y respóndeme á lo que te pregunte.

—Pregúntame, Julio, lo que quieras. Bien sabes que estoy en tu poder.

—¿A cuánto ascienden los legítimos intereses de los cincuenta y un millones quinientos mil reales, en los seis meses transcurridos?

—A un millon quinientos cuarenta y cinco mil reales de vellón: repuso el banquero reanimándose y sin vacilar un segundo, lo que hacia honor á su aritmética.

—¿Y ese millon quinientos cuarenta y cinco mil reales, unido á los cincuenta y un millones quinientos mil reales, suma la cantidad de?.....

—Cincuenta y tres millones cuarenta y cinco mil reales de vellón: imterumpió el capitalista:

—Fírmame nuevos pagarés por esa cantidad y á seis meses fecha: dijo Júlio con frio desden.

•El banquero se apresuró á realizar la orden de Júlio; este guardó los nuevos pagarés, despues de haber inutilizado los otros, y se despidió del capitalista diciéndole:

—Te visitaré algunas veces, pero no te turbes á mi vista; porque estos pagarés no cumplen hasta el 10 del próximo mayo.'

«Al bajar Júlio la escalera, llevaba en la mano un papel, que habia encontrado en su cartera al guardar los nuevos pagarés y desdoblaba lentamente. Con este papel en la mano cruzo la calle, parándose junto á la puerta de una oficina pública, sobre la cual estaba una especie de cartelón. El jóven leyó una cifra que en el cartelón estaba escrita; miró de nuevo el papel que llevaba en la mano, y dificilmente reprimió un grito de alegría. La cifra que estaba en el cartel era la del número que habia ganado el primer premio de la loteria, y la misma cifra estaba impresa en el papel que repasaba, y era el billete que habia tomado algunos dias antes por conocer á la tapada. ¡Júlio acababa de ganar un MILLON!

«Esta inesperada fortuna hubiera, quizas, vuelto loco aun hombre menos avezado á los cáprichos de la suerte; pero no dejó de causar una impresion bastante viva en el alma de nuestro héroe. Temió manifestar su alegría si en aquel momento realizaba tan considerable cantidad, y dejó pasar algunos dias; en los cuales arregló el plan de vida que su imprevista mediania le permitia regularizar. Se proporcionó un alojamiento mas cómodo, y queriendo invertir sus fondos de manera que pudiera contar en todo caso con una

renta suficiente para vivir sin estrecheces, contrató una hermosa heredad, á pocas leguas de la corte, en ochocientos mil reales; heredad, que destinando á mejorarla cien mil mas, podia producir una renta de sesenta mil reales cada un año. Arreglados juiciosamente todos estos preliminares, se presentó Júlio al lotero, que ya estrañaba la tardanza del afortunado jugador, y le reclamó la cantidad que habia ganado. El lotero se la entregó en buenos billetes de banco; recibió un considerable ágasajo y dijo á Júlio:

—Caballero, despucs de dar á V. las gracias por el agasajo que me hace, tengo que hablarle de un asunto.

—Estoy á las órdenes de V.: repuso el jóven con la mayor indiferencia.

—El 10 de noviembre, dia en que se verificó el sorteo que le ha sido á V. tan favorable, vino una señora á este despacho; y despucs de exijirme palabra de que cumpliria su deseo, me entregó una carta.

—No adivino qué pueda tener yo que ver con la carta de esa señora.

—Mucho; porque la carta venia dirigida á V. mismo: repuso el lotero con calma.

—¿V. me conoce? exclamó Júlio, no sabiendo cómo esplicarse tan estraordinaria coincidencia.

—No señor; pero estoy seguro que la carta viene dirigida á V., caballero.

—No comprendo una sola palabra de cuanto V. me está diciendo.

—Procuraré hacerme comprender, y de una manera harto fácil.

«El lotero abrió un cajon del mostrador, sacó una carta y la puso en manos de Júlio, diciéndole:

—Lea V. el sobre, caballero; y verá que nome falta la razon.

«Cojió el jóven la carta con suma avidéz, y leyó: *«Para el jugador afortunado, que há ganado el premio principal.»* Convencido de que la carta le pertenecia de derecho, dió las gracias al oficioso y buen lotero, rompió el nema y leyó para sí:

«La tapada, que proporcionó á V. ocasion de fomentar su patrimonio, desea hablar á V. un momento, y espera que satisfará sus deseos. Para conseguirlo, suplica á V. que se dirija á la calle del Rio, número 50, cuarto bajo. Una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años recibirá á V., y á la pregunta que le haga conteste LAURA y nada mas. Sea V. discreto y obedezca sus instrucciones, si tiene en algo la buena amistad de.

LA TAPADA.

Terminó Júlio la lectura, repitió las gracias al lotero, y cargado con sus billetes, se marchó á su casa; pensando en la misteriosa tapada, á quien debia en cierta manera la reposicion de

su fortuna. Consagró las primeras horas al arreglo de sus negocios, y creyendo un deber sagrado el acudir á la cita de su dama duende, se encaminó á la estraviada calle del Rio; entró en el número 50; dió dos ó tres golpes á la puerta; porque no tenia campanilla, y no tardó mucho en presentarse una mujer de cuarenta y cinco años cumplidos.

—¿A quién busca V., caballero? le preguntó la castellana de aquel encantado castillo.

—Laura: dijo Julio, guardando exactamente su consigna.

—A las ocho en punto de la noche puede V. volver, caballero.

—No faltaré: repuso el jóven, y se retiró; examinando el rostro de su interlocutora, que nada tenia de siniestro, y por el contrario revelaba una franqueza natural.»

Se interrumpió de pronto el arlequin; y, levantándose bruscamente, se acercó á un grupo de máscaras; compuesto de cuatro ó seis mugeres y dos ó tres hombres, disfrazados con dominós negros, que llegó á la puerta del gabinete. Desde el principio de nuestra larga conferencia, noté que una máscara, envuelta en su dominó de raso negro, me contemplaba fijamente, sentada en un extremo del divan; y en el momento que me abandonó el arlequin se acercó á mí rápidamente. No necesité que me hablára para re-

conocer á la elegante Catalina ; y si hubiera tenido el mas leve temor de engañarme , me lo hubieran desvanecido sus primeras palabras.

—¿Has recibido , amigo mio , una carta que te escribí ? me preguntó con el mas cariñoso acento.

—La he recibido : respondí con desdeñosa indiferencia.

—¿Y has venido al baile esta noche , porque yo te invitaba á ello ?

—No , máscara. He venido , porque tenia que hablar , como has visto , con ese travieso arlequin.

—¡ Cuán larga , Nazario , me ha parecido su interminable conferencia !

—Has dicho muy bien interminable ; porque creo que tendremos que hablar todo lo que queda de noche.

—¿Y no me concederás , amigo mio , media hora no mas de conferencia ?

—Estoy enteramente á las órdenes del arlequin ; y nada puedo asegurarte.

—¿Has leído mi carta , Nazario ? volvió á preguntarme Catalina con mas ternura y humildad.

—Te he dicho que la recibí , y ahora añado que la he leído : repuse en tono indiferente.

—¿Es verdad , Nazario , que cuando escribe una muger , como yo lo he hecho , ha perdido algo su razon ?

—He notado alguna incoherencia en los periodos de tu carta.

—¿Es verdad, Nazario, que te amo de una manera digna de inspirar compasion?

—No sé de qué modo me amas, ni aun si me amas de modo alguno.

—Cómo te vengas de un momento de preocupacion y extravio.

—Perdona, máscara; yo no me vengo, ni recuerdo que tenga nada que vengar.

—Cómo me desprecias, Nazario, de la manera mas cruel.

—Ni me vengo ni te desprecio: pero el arlequin se apróxima....

—Y quieres que te deje solo. ¿No es esto, amigo mio, no es esto?

—Sí, máscara. Tengo que hablarle; y, como te he dicho poco antes, estoy á sus órdenes.

—Bien, Nazario. Aunque me desprecies, vengándote, te repetiré que te amo.

—Y yo máscara, te repito, que ni te desprecio ni me vengo.

Se alejó la elegante máscara, ahogando un doliente suspiro; el arlequin ocupó de nuevo su asiento, y me dijo, dándome algunos palmadas en el hombro:

—¿Parece que no te disgusta la interesante Catalina, y que estais en la mas cordial inteligencia?

—¿Parece, arlequin, le contesté haciéndole una nueva pregunta, que tienes que hacer con muchas máscaras?

—No te engañas, Palma de Jura. He hablado á tres máscaras: á la una, que es jóven y hermosa, he hecho una advertencia hario importante: á la otra, que es muger de talento y mundo, he hecho una amenaza, que no realizaré jamás: y al tercero, que es jóven, franco y confiado, he dado un consejo prudente, que es bueno, como consejo de enemigo.

—Veo que has empleado muy bien el tiempo; pero te esplicas de una manera tan confusa que no he comprendido gran cosa, y estoy hecho un mar de confusiones.

—En el Infierno, Palma de Jura, se vive siempre en confusion.

—¿Pero no me das mas pormenores relativos á las tres máscaras?

—Solo te diré que las conoces de trato, de vista ó de oidas. Pero prescindamos de las máscaras para anudar el roto hilo de nuestra interesante historia.

Meditó un momento el arlequin, se reclinó sobre el divan, y prosiguió del modo siguiente:

CAPITULO XI.

UNA AZUCENA ENTRE ESPINOS.

Con impaciencia esperó Julio la hora de la cita, y á las ocho repetía sus golpes en la puerta de la casita misteriosa. No se hizo esperar la mujer; pero haciéndola tomar la hora y lo escusado de la calle algunas precauciones mas, abrió el postiguillo y preguntó:

—¿Qué se ofrece á V., caballero?

—*Laura*: respondió Julio, como lo habia hecho aquella tarde.

Inmediatamente la puerta jiró sobre sus mohosos goznes, y Julio pasó á un corredor estrecho, húmedo y tortuoso. Cerró la puerta la mujer, que traia en la mano una palmatória de barro con su fétida vela de sebo, y marchó de-

lante del jóven; indicándole con su ejemplo la senda que debia seguir. En el extremo del corredor, atravesaron una sala, húmeda tambien y amueblada de la manera mas humilde; pasaron de la sala á una alcoba, en la cual se veia un lecho pobre, aunque perfectamente limpio: se abria en el fondo de la alcoba una puertecilla de escape; pasaron su umbral y se encontraron en un corredor, casi tan estrecho y tortuoso como el primero, pero cubierto de papel y alfombrado su pavimento con una esterita de esparto. Del techo de este corredor pendia una lámpara de bronce, que perfectamente lo alumbraba; y como si la fétida vela no debiera penetrar nunca en aquella mansion mas rica, la muger tuvo buen cuidado de dejarla en la alcoba, antes de atravesar su umbral. Pasado el corredor hallaron un pequeño recibimiento, empapelado y esterado, y de cuyo techo pendia otra lámpara tambien de bronce. En el fondo del recibimiento se veia una mampára de damasco blanco con bronces; la muger se acercó á ella, dió tres golpes, empujó un resorte despues, se abrió la mampara, entró Julio en un saloncito, y la mampara se cerró á su espalda al momento.

•El contraste que presentaba este saloncito con los primeros aposentos, que habia recorrido aquella noche, llamó mucho la atencion de Julio, causándole una sorpresa inesplicable: la

que se comprenderá bien presentando su descripción. Las paredes del saloncito estaban cubiertas de damasco blanco, y su techo, pintado al óleo, presentaba el mismo color. Anchos divanes, de damasco blanco también, estaban pegados al muro; interrumpidos únicamente por una consola de limonero, sobre la cual se veía un reloj de porcelana blanca, dos floreros de la misma loza con flores blancas, y pegado al muro un espejo de grandes dimensiones con marco también de limonero. Estaba cubierto el pavimento con una alfombra de Malinas, que semejaba una pradera, sembrada de menudas flores; pero lo que daba verdaderamente un aspecto fantástico al salón era la luz que lo alumbraba. Consistía esta en un doble globo de cristal, pendiente del techo por medio de un tubo de lo mismo, dentro del cual ardía una luz; interponiéndose entre ella y el globo interior una cortina, si es posible llamarla así, de agua color de rosa bajo. Este ingenioso mecanismo derramaba una claridad muy parecida al rosicler de la mañana y al crepúsculo de la tarde; y como reflejaba siempre sobre fondo blanco, los muros, el techo, los muebles y hasta las flores aparecían con los tornasoles de nácar.

• El encanto de este aposento preocupó á Julio fuertemente, y durante muchos minutos no pensó siquiera en buscar á la diosa del santuario.

Sin embargo, esta fascinacion debia tener fin, y vino á ponérsele una voz sumamente dulce, diciéndole:

—Tome V. asiento, caballero.

Se estremeció el jóven al oír esta invitacion tan sencilla, pero inesperada; y volviéndose hácia el paraje de donde habia partido la voz, vió que, á su espalda, se encontraba graciosamente reclinada sobre el divan una mujer bastante bella, vestida de blanco, y que, participando del aspecto fantasmagórico que daba la luz á la estancia, parecia una estátua de nacar, perfectamente torneada. Se adelantó Julio hácia el divan y, parándose á corta distancia de la dama, murmuró, despues de haber contemplado un momento á la deidad del santuario:

—Señora, he recibido hoy un billete, escrito el dia 10 de noviembre, y cumplo lo que en él se me indica.

—¿No ha recibido V. hasta hoy ese lacónico billete? preguntó la dama, dudando de la veracidad del hecho.

—No señora; repuso Julio con la mayor ingenuidad.

—Es muy estraño: dijo la dama, lanzando al jóven una mirada indagadora.

—Quizá se disipe esa estrañeza cuando sepa V. que hasta hoy no me he presentado al lotero.

« Esta respuesta hizo impresion en la señora, que abandonó instantáneamente su actitud de lánguida voluptuosidad, é incorporándose del todo, preguntó á Júlio con voz breve:

—¿No ha cobrado V. hasta hoy el millon de reales que le cupo en suerte?

—No señora: respondió Júlio, sin dar importancia al incidente.

—¿Eso prueba que, antes de poseer esa suma, era V. rico?

—Tenia lo bastante para vivir medianamente. ¿Pero puedo saber, señora, á qué debo el honor de esta misteriosa entrevista, que no olvidaré seguramente?

—Estoy recordando que yo he visto á V. en otra ocasion, y no sé en donde.

—Posiblemente seria, señora, en el despacho del lotero: dijo Júlio, no dudando ya que la deidad del santuario era en carne y hueso la tapada, piedra angular de su fortuna.

—Antes de aquella noche, habia visto á V. alguna vez.

—Es muy posible: soy persona algo conocida en la corte.

—¿Tendra V. algun inconveniente en pronunciar aquí su nombre?

—Ninguno señora; ninguno. Me llamo Júlio de.....

—¡Es posible! exclamó la dama con júbilo;

cojiendo al jóven de la mano y haciéndolo sentar á su lado.

—No tengo motivo, señora, para usar un nombre supuesto.

—Ya recuerdo en dónde ví á V. la primera vez, y le aseguro que quedó su fisonomía bastante fija en mi memoria.

—Y podré saber en qué parage tuve la fortuna de fijar la atencion de V. ?

—En el coliseo: una noche que se ejecutaba un drama de V., y que el público, haciendo justicia á su talento, lo llamó á la escena al estruendo de los mas unánimes aplausos.

—Agradezco al público, señora, mas que sus aplausos, el haberme proporcionado la ocasion de fijar la atencion de V. un momento.

—Y ví á V. con tanto mas gusto, cuanto que mucho tiempo antes deseaba con ánsia conocerlo.

—¿Deseaba V. verme, señora ? preguntó Julio, sorprendiéndole las palabras de la tapada.

—Sí, amigo mio. Y voy á desvanecer su asombro con las mas sencillas razones. Viví en Florencia algunos meses en compañía de la Bazan y de su hijo: ambos me hablaban con frecuencia de un jóven noble y generoso, de quien acababan de recibir los mas señalados servicios. No necesitare decir que V. era el objeto de sus elógios.

—Teodoro y su madre me honran con particu-

lar amistad, y no estraño que así exajerem mis servicios, aunque no merezcan elógios ni aun ser mencionados, señora.

—De Florencia pase á París, y trabé amistad con la princesa de Amelgona. Nos ocupamos muchas veces de los infernales que visitaban á París, y me habló de V. con particular distincion; tributándole los mismos elógios que su noble prima la Bazan.

—La princesa me trató del modo mas fino, y continua dispensándome sus favores.

—Desde París volví á Dramalla, deseando conocer al jóven de quien tanto me habian hablado. Pregunté en varias sociedades por V., y oí algunas singulares historias. Me hablaron mucho de unos amores desgraciados que habia V. procurado vencer cuerpo á cuerpo, presentándose osadamente ante el objeto de su amor; pero que vencido en la lucha no habia tenido otro remedio que abandonar el sangriento campo; retirándose á alguna ciudad de provincia con su pasion, con sus dolores y sus celos.

—¡ Mintieron, señora, mintieron! esclamó Júlio, no queriendo aparecer vencido á los ojos de una mujer.

—La desaparicion de V., prosiguió la dama, aumentó mi vivísima curiosidad; y deseé encontrarlo con tanto afan como se desea recobrar una joya que se ha perdido.

—Agradezco á V., con toda el alma, ese generoso deseo.

—Aun hay mas, Júlio, mucho mas: y no sé si obraré cuerdamente confesándolo.

—Todo se puede confesar á un hombre de honor: dijo Júlio.

—Pues hablando á un hombre de honor, prescindiendo de toda reserva. Como V. sabe, las mujeres somos generalmente vanidosas; y yo, que cuento este defecto entre otros mayores, me pregunté: «¿No seria para mí una gloria encontrar á Júlio, convencerlo de que hace muy mal en ocultarse, y volverlo á la sociedad?» Para responderme, amigo mio en conformidad con mi deseo dije: «Júlio es noble, fiel, apasionado; tiene corazon y talento; ha nacido para brillar y no debe quedar oculto, como el diamante en las entrañas de las rocas. Si una mujer ha conseguido apagar la brillante antorcha de su poderosa inteligencia, otra mujer hará, quizás, que brille mas pura su llama: si una mujer ha desgarrado su generoso corazon, otra mujer procurará cicatrizar sus hondas llagas: si una mujer ha puesto en su alma la desesperacion y la duda, otra mujer llevará á ella la felicidad y la creencia; y yo quiero ser esa mujer.»

—¿Es eso verdad? preguntó Júlio, mirando á la dama con asombro.

—Me he repetido esas palabras diariamente, por espacio de ocho ó diez meses.

—V. quiere volverme loco: dijo Júlio levantándose del divan.

—¿Por qué me ácrimina V., dándome tan-siniestra y mala intencion?

—¿No conservo yo aquí el billete, que V. dirigió al jugador afortunado?

—Porque yo sabía que el jugador y Julio eran una misma persona.

—¿Y por qué, señora, me ha preguntado V. mi nombre?

—Porque pensé dar á nuestra primera entrevista el carácter de casual; y despues de haber preguntado á V. su nombre, no pude dominar mi emociion y he sido franca, perjudicándome quizás.

—Todo puede ser: murmuró Julio, dejándose caer sobre el divan.

—Pero hablemos, Julio, de otra cosa. ¿Veré cumplidos mis deseos? ¿Volveré á V. á la sociedad de que ha huido?

El jóven miró atentamente á la dama, y empezó á sentir el efecto de su seductora hermosura; mas eucantadora y poética á favor de la rosada luz que iluminaba aquella estancia. Sus pupilas se dilataron, fijándose en las de la muger que lánguidamente lo miraba; su corazon empezó á latir con mas violencia; la sangre cir-

culó con mas rapidez y se inflamaron sus mejillas: pero de improviso frunció sus negras y pobladas cejas; dejó la lánguida actitud que habia tomado poco antes, y bruscamente dijo:

—Ya que he pronunciado mi nombre, podré saber cómo se llama V., señora?

—Laura: repuso la dama dulcemente, y poniendo su pequeña mano sobre las de Julio.

—Ademas de Laura, tendrá V., señora, apellido: insistió el jóven.

—Es verdad, y antes que salgamos de aquí lo sabrá V. todo, amigo mio: pero quisiera conservar algunas horas el incógnito. Es un capricho de muger, que realizaré, si V. seúnda mi deseo.

—Puede V. cumplirlo, señora: repuso Julio con frialdad.

—He dicho á V., querido Julio, que me llamo Laura; y puede suprimir, si quiere, el frio tratamiento de señora: murmuró Laura; estrechando suavemente la mano del jóven entre las suyas nacaradas.

—Pues bien, Laura, puede V. guardar el incógnito.

—Gracias, Julio: muestra V. en todo estre-mada delicadeza, poco común generosidad; pero no ha respondido á mis preguntas y me veo forzada á repetir las. ¿Veré cumplidos mis deseos? ¿Volverá V. á la sociedad? preguntó Laura,

acariciando con su pequeña y torneada mano los negros cabellos del jóven.

—¿Desea V., Laura, que yo vuelva á esa sociedad que abandoné? preguntó Julio, con una sonrisa melancólica, y mirando cariñosamente á aquella muger singular.

—Lo deseo, Julio; lo deseo: murmuró Laura, reclinándose muellemente.

—Pues bien, Laura, volveré á ese mundo, que no me inspira ni aborrecimiento ni amor: volveré á ese mundo que desprecio; y haré este pequeño sacrificio porque V. lo quiere, amiga mia.

—¿Volverá V. al mundo porque yo lo quiero?

—Sí, Laura.

—¡Con cuánto placer moriría ahora que apuro la áurea copa de una inmensa felicidad! exclamó Laura, cojiendo la mano de Julio y llevándola á su ajitado corazon.

—¿Qué ha dicho V., Laura? exclamó el jóven, sintiendo que su corazon empezaba á latir de nuevo; que su sangre circulaba con mas rapidez, y que se inflamaban sus mejillas.

—Nada he dicho: murmuró la dama, apoyando su tersa frente sobre el respaldo del divan.

—Es preciso, Laura; es preciso que repita V. aquellas palabras: insistió el jóven con vehemencia.

—¿Para qué quiere V. que las repita? dijo Laura con acento dulce y cariñoso.

— ¡ Para que aumenten mi suprema felicidad! exclamó Julio, dando rienda á su ardiente imaginacion.

— ¡ En ese caso !.... gritó la dama, interrumpiéndose asustada.

— ¿ En ese caso, qué ?.... instió Julio, ciñendo el talle de su misteriosa deidad.

— En ese caso diré, Julio, que te amé antes de conocerte; que te amé despues de haberte visto, y que te adoro con furor! exclamó Laura, dejándose arrastrar por Julio, que la estrechaba entre sus brazos.

— ¡ Laura, Laura! gritaba el jóven en su amoroso frenesí.

— ¿ Me amas, me amas? murmuraba Laura dulcemente.

— Te amo, Laura. Te amo, te amo: repetia Julio con pasion; y algunos ahogados suspiros volaban por aquella estancia, que seguia alumbrando la rosada luz; suave, apacible y misteriosa, como el éxtasis de los amantes en su primer sueño de amor.

• A las doce en punto de la noche se despidió Julio de su amada, despues de haber averiguado su apellido, clase y condicion: atravesando los mal amueblados aposentos, verdadero laberinto de espinos en cuyo fondo brotaba una hermosa azucena.

CAPITULO XII.

LA RESURRECCION.

HABIA prometido Júlio á Laura ir á visitarla al día siguiente á su verdadera habitación, y cumplió fielmente su promesa, aunque habia pasado la fiebre que sintió la noche anterior. Considerando á sangre fria su entrevista con la tapada, empezó á temer que le hubiera representado una repetida comedia; y lo confirmó en esta opinion el aparato del santuario, que de seguro no se habia dispuesto para él. Las hondas heridas de su alma, en lugar de cicatrizarse, se abrieron con nuevos dolores, y el nudo, que la noche antes le pareció un lazo de flores, se convirtió instantáneamente en una pesada cadena. Hubiera querido romperla tan luego como conoció lo insoportable de su pe-

so; pero su palabra empeñada; las altas consideraciones que, por su posición social, Laura merecía, y el tener que buscar motivos fundados en presentimientos, pusieron á Júlio en el caso de no realizar por entonces su violenta resolución; aunque le pesaba en el alma haber acudido á la cita.

«Para satisfacer á Laura, volvió Júlio á las sociedades que habia frecuentado en otro tiempo: aparentaron celebrar su inesperada resurrección: y como habia pasado siempre por hombre bastante acomodado, no creyeron que le sentaba mal sobre el oro de propietario el verde laurel de poeta. y eso que todos ignoraban los cincuenta mil pesos fuertes que habia ganado pocos dias antes; guardando Laura este secreto, que no queria divulgar Júlio. Transcurrieron algunos dias, Laura con el tacto esquisito de toda mujer de gran mundo, manejaba las cosas de modo que sospecháran cuantas personas podian interesarse en ello sus relaciones con el poeta; pero tenia muy buen cuidado de salvar ciertas apariencias, para que quedára lo cierto en la region de lo probable. Tres personas podian interesarse mucho en averiguar estas relaciones galantes: Dorotea, implacable enemiga de Júlio, desde que contribuyó á romper su boda con Teodoro: la mujer no muy hermosa, que, aunque habia preferido al banquero, conservaba cierta inclinacion hácia el jóven; y

el banquero mismo ; que nada tendria que temer del poeta si olvidaba su funesta rivalidad. Julio encontraba frecuentemente á estas tres personas. Dorotea le dirijia constantemente una sardónica sonrisa , que era al mismo tiempo un reproche , una provocacion y una amenaza ; á la cual contestaba el poeta con un saludo respetuoso , que mortificaba á la altanera hija de los nobles marqueses del Campo , como si fuera el mas insultante desden. Cambiando Julio de conducta respecto á su antiguo rival , lo visitaba con frecuencia ; paseaba con él algunas veces ; aceptaba las invitaciones á comer que le hacia ; pagándole siempre el banquete con una modesta comida , que el capitalista tenia buen cuidado de aceptar : y estas buenas esterioridades hacian que los tuvieran todos por dos amigos verdaderos. En cuanto á la muger no muy hermosa sintió Julio , la primera vez que la encontró , un estremecimiento involuntario , que procuró y supo dominar ; y á su cariñoso saludo contestó con el mas supremo desden. Pasado este momento de crisis , fué sintiendo lo que aparentaba , y acabó por ser insensible á los encantos de aquella muger seductora. Al mes de la resurreccion de Julio se encontraba este en aparente intimidad con el banquero ; indiferente á las seducciones de la muger no muy hermosa , prevenido contra los ataques de la implacable Dorotea , y hastiado de Laura , que

pretendia ejercer á veces una omnimoda autoridad.

»Su nuevo género de vida alejaba un tanto al poeta de los círculos literarios, y tambien le robaba el tiempo que un mes antes solia consagrar á sus tareas. Este verdadero entredicho se verificó casualmente en el momento mas oportuno, y fué cuando la maledicencia literaria, que todas las clases se forman su particular maledicencia, se ensangrentaba contra él: precisamente porque el público habia sancionado sus trabajos y galardonado sus esfuerzos. Los pérfidos tiros de la calumnia, que honra literaria hay tambien, y atacándola sin fundamento se calumnia, como acusando á una casta esposa de adúltera y á un hombre probo de ladron, llegaron al corazon de Julio; pero queriendo aparentar que no le tocaban siquiera, porque el mundo lo exije así, no desplegó una vez sus lábios y siguió tendiendo la mano á sus pérfidos calumniadores, con una sonrisa en los lábios y en el corazon una herida.

»Por este tiempo se encontró una tarde á solas con Laura, y abrumado bajo la fria losa de su hastío, se rec'inó sobre un sofá; como si buscára en el sueño el solo bien que hallar podia. Laura se contentó largo rato con desrizarle, uno por uno, los bucles de su cabellera, pero cansándose sin duda de esta próliza operacion, re-

tiró su torneada mano de los perfumados cabellos, y dijo:

—Levántate, Julio; y siéntate, que ya has reposado bastante.

—Continúa, Laura, continúa desrizándome los cabellos: murmuró Julio, conservando su posición.

—Levántate, Julio, levántate; porque tengo mucho que decirte: insistió Laura dulcemente.

—Tendras que decirme, que me amas: esto es muy bueno, Laura mia; pero yo lo sé, y además puedo escucharlo una y mil veces, sin abandonar esta cómoda posición: repuso Júlio soñoliento:

—Levántate, Júlio levántate; porque tendrás que responderme á lo que yo quiero decirte: insistió la dama.

—Te responderé, que te amo; como te lo he dicho mil veces: contestó el poeta, con esa ternura obsequiosa que es la mejor prueba de que no se siente ni un imperceptible átomo de amor.

—Ya sé que me quieres, dijo Laura; dominando la amarga impresión que le había hecho la forzada ternura de Júlio; pero no pienso hablarte ahora de las dulzuras que puede ofrecernos nuestro amor.

«Júlio levantó la cabeza, miró á Laura con suma atención, y se reclinó sin responderla. La dama prosiguió:

—Responde, Júlio; ya que no quieres levantar-te. ¿ Tienes ambicion ?

—No lo sé: repuso el jóven, despues de haberlo meditado.

—¿ No sabes si tienes ambicion ? preguntó Laura con asombro.

—Bien pensado, no debo tenerla: dijo Júlio, reclinándose mas cómodamente.

—¿ Quieres esplicarme por qué no debes tener ambicion ?

—Es muy sencillo: yo tengo, Laura, lo bastante para vivir medianamente, y no necesito mas dinero.

—El que desea mucho dinero no tiene ambicion, tiene codicia.

—Es verdad. Yo poseo tu corazon, Laura, y no deseo nuevos amores.

—El que está sediento de amor, tiene sensibilidad exquisita pero no ambicion.

—Tambien es cierto. Yo he dado á luz varias producciones literarias, y me contento con el lauro que me han valido; por lo cual no pretendo nuevos laureles.

—El poeta tiene amor á la gloria; y el amor á la gloria es enemigo de la ambicion.

—Hazme él gusto, Laura, de esplicarme lo que es ambicion.

—A ello voy. La ambicion es una sed ardiente de engrandecimiento y poder: una llama ocul-

ta, que funde todas las pasiones, y con ellas forma su inmenso pedestal. *Engrandecimiento y poder* son el lema de su blason; porque el poderoso y el grande siempre encuentra modos de satisfacer sus pasiones: ¿qué digo? no necesita buscar los medios porque las tiene satisfechas. Si ha sido codicioso, podrá disponer de tesoros innumerables, y por lo tanto verá satisfecha su codicia. Si ha estado dotado de esa sensibilidad exquisita, que necesita mucho amor, hallará millares de mujeres que se disputen sus favores, y flotará su corazon en un ancho mar de ternura. Si ha tenido amor á la gloria literaria; á esa gloria que cuesta cara y que por cada flor dá mil espinas, la disfrutará sin temores; porque cuantos lo necesiten, cuantos lo teman, cuantos lo ó lien, y hasta gran número de los que le deban mercedes, cantarán á coro sus loores; porque no se encuentran ingratos hasta que se pierde el poder.

»Durante el discurso de Laura, se habia ido levantando Julio, y cuando acabó aquella de hablar estaba sentado enteramente, y mirándola con una mezcla de placer, pasmo y atencion. La dama comprendió al momento que no iban cayendo sus palabras sobre tierra infecunda, y añadió:

—Julio, ¿respóndeme categóricamente si tienes ó no ambicion?

Julio se puso la diestra sobre el pecho; se la llevó despues á la frente; meditó un momento; recordó que habia perdido el amor, ó la posesion, de la muger no muy hermosa por no haber sido millonario: que Laura no era para él una muger verdaderamente seductora, ni apasionadamente amada: que entre las hojas de laurel de su corona de poeta se ocultaban punzantes espinas que herian su frente; y comprendió que la ambicion podia llenar el hueco que iban dejando sus antiguas inclinaciones y sus amortiguadas penas. Formado este juicio, conoció que Laura acababa de hacerle un inestimable servicio, y estrechando su pequeña mano con mas cariño que otras veces, la respondió:

—Me parece, Laura, que puedo tener ambicion, y hasta conseguir satisfacerla.

—¡No esperaba menos de tí! exclamó la dama con el mas ardiente entusiasmo.

—Pero me encuentro tan distante del gran foco de la ambicion, que no encuentro medios de encumbrarme.

—Mira, Julio; tú escribes bien, con pureza, lógica y talento: y estas dotes te las conceden tus contrarios.

—Es verdad: repuso Julio, recordando que le concedian aquellas dotes, porque no las creian grandes, quizás.

—Pues hazte periodista político: insistió la

dama, aprovechando la buena disposicion del jóven.

—No has pensado mal; pero mis íntimas convicciones no me permiten escribir en ciertos diarios.

—Modificalas, primeramente; y despues haz que las modifiquen los otros.

—Has tocado, Laura, una cuestion que ofrece dificultades harto graves.

—Te espantan, Julio, los obstáculos, porque no tienes ambicion: porque tu alma débil, apocada....

—¡ Calla, Laura! Mi alma es enérgica, es ardiente. Me has dicho que sea periodista y lo seré:

—¿ Cuándo? le preguntó la dama, envanecida de su triunfo.

—Mañana: la respondió Julio, queriendo probarla su aliento.

—Palabra de honor, insistió Laura con cariñoso coquetismo.

—Palabra de honor: repuso el jóven, terminando la conferencia.

• Julio poseia en alto grado la rarísima cualidad de cumplir siempre sus palabras, y, venciendo todos los obstáculos que se opusieron á su intento, al dia siguiente era redactor de uno de los periódicos mas acreditados de la córte. Las doctrinas de este diario le permitian espresar, casi libremente, sus arraigadas opiniones; y co-

mo á un estilo correcto y agradable reunia la gran fuerza de lógica que presta una profunda convicción, en muy poco tiempo adquirió renombre de aventajado periodista. La política no estinguió sus afecciones literarias, y alternaban con sus artículos de administracion ó diplomácia, críticas juiciosas y picantes de algunas nuevas producciones, pertenecientes á la amena literatura. Se propuso desde un principio decir la verdad á toda costa; y ya derramando su sangre, ya tiñéndose con la ajena, adquirió despues de varios lances el privilegio de hablar segun su convicción y su conciencia. Laura se manifestaba cada dia mas satisfecha de su amante; Julio so'lo encontraba en su nueva vida un verdadero góce, y era el de tener un pretesto honroso para robar á Laura horas, que parecian al jóven eternas, causándole mortal hastío. A los dos meses de haber tomado parte Julio en la redaccion del periódico, su director tuvo que hacer un largo viaje al extranjero, y teniendo suma confianza en los talentos, enerjía y discrecion del jóven, le confió la direccion del acreditado diario, sin condiciones ni advertencias. Laura recibió esta noticia con un júbilo extraordinario.

Transcurrieron algunos dias: Julio llenaba con afan sus deberes de director, y empezaron á considerarlo los ministros, los literatos, los empresarios, los actores y los editores; porque to-

dos tienen grandísimo interés en que no descubran sus farsas. El ministro, que no lo había saludado nunca, lo convidaba á sus reuniones, á sus banquetes y á sus bailes. El escritor que había hablado pésimamente de sus producciones, variaba enteramente de opinion; estremando algunos su modestia hasta punto de solicitar sus consejos. El empresario, que en un tiempo había rechazado sus dramas y despues lo había tratado sin piedad, le pedia alguno que poner inmediatamente en escena; y le regalaba, de vez en cuando, un páleo para una funcion nueva. Los actores, que lo habían mirado hasta entonces con desdeñoso aire de proteccion, lo saludaban afablemente, y recitaban algunos versos de los personajes que habían representado en sus dramas. Los editores tenían la generosidad de regalarle algunos ejemplares, lujosamente encuadernados, de sus últimas publicaciones; y solicitaban la preferencia para la primera novela que se dignára componer. Todas estas consideraciones no se tenían á Julio porque era director de un acreditado periódico: tampoco porque escribía con chiste, facilidad y gran talento: se las tenían porque á las anteriores cualidades reunía la de mantener bien con la espada lo que su pluma había trazado; porque en llevarlo al campo había riesgo; porque á una herida de palabra solía añadir una de obra.... finalmente no

reverenciaban su buen juicio , rendian homenaje á su bravura : *cediendo la toga á las armas* ; contra el parecer de Ciceron.

Entre los varios homenajes que tributaban al distinguido periodista , le hicieron uno , al parecer poco importante ; pero que tuvo sin embargo inesperadas consecuencias. El empresario de uno de los principales coliseos le regaló un palco , para una funcion nueva , anunciada al son de cajas y timbales , cuyo mérito era dudoso , pero que , en obsequio al autor y provecho del empresario , querian presentar con gran lujo y hacer que se repitiera algunos dias. Julio no creyó justo desairar el obsequio del empresario , y al comenzarse la funcion entró en su palco , decidido á pasar un buen rato á la fuerza. Oyó el primer acto , como debe oír un convidado y oía el público , en el mas religioso silencio ; y despues que cayó el telon , empezó á examinar atentamente la vecindad que la suerte le habia deparado. En el palco de la derecha estaba una honrada familia , compuesta de un feliz matrimonio , bastante obesos los consortes ; una niña de doce años ; dos niños de ocho y diez , y una especie de ama de llaves , que aprovechaba la sesta silla , despues de haber aprovechado la sesta entrada , que de otro modo hubiera quedado sobrante. Poco satisfecho el periodista , se volvió hácia el palco de su izquierda , y se quedó como

estasiado. En este palco no habian temido perder las entradas y asientos, y estaban en él dos mujeres. La que ocupaba el lugar de preferencia era una señora de treinta y cinco á treinta y seis años, que muy poco ó nada habia perdido de su deslumbrante hermosura; el periodista no fijó en ella la atencion. La que se encontraba sentada junto al palco de Julio, y que por una feliz casualidad estaba mirando hácia la escena, contaba diez y siete años; tenia ojos pardos, sumamente oscuros; cabellos poco menos que negros; tez muy lijeramente morena y suavemente sonrosada; boca pequeña, frescos lábios, nariz correcta y rostro oval. Su talle debia ser esbelto y su estatura aventajada; distinguiéndose su fina mano, que jugaba con un ramillete de flores. La fisonomía de esta jóven tenia un sello particular de candor y pureza, que no han podido dar á sus vírgenes ni los Rafael ni los Murillos; y sus grandes ojos no brillaban con ese fuego abrasador que galvaniza y aniquila, tenian la suave claridad de una hermosa luna de enero.

«Aquella figura tan poética estasió al joven periodista, y desde aquel momento el drama, los actores y los espectadores, desaparecieron por ensalmo; quedando sola, aquella purísima beldad.

«Conoció Júlio que se habia acabado la funcion porque se levantó la jóven; que acompañada de

su madre, dejó el coliseo. Quiso seguirla; pero el éstasis habia entumecido sus miembros, y no tuvo fuerzas ni valor para abandonar el paraje que la presencia de aquella virgen habia santificado. Meditó, vaciló, salió al fin, y se fué apoderando de él una dulce meláncolia. Aquella noche durmió mal, pero tubo algunos momentos que equivalieron á muchos años de placer. Soñó con la jóven: la vió vestida de blanca batista: sueltos sus sedosos cabellos, y coronada su tersa frente de una guirnalda de rosas blancas, que derramaban suave olor. Intentó un momento abrazarla, pero conociendo que seria una horrible profanacion, cayó á sus plantas de rodillas; alzó sus manos hácia ella, la ofreció su vida, su amor..... y cuando iban á desplegarse los frescos lábios de la virgen; cuando iba, quizás, á aceptar la pura ofrenda, despertó Júlio, y un suspiro fué la conclusion de su ensueño.»

Al interrumpirse el arlequin, se acercó á nosotros una máscara, vestida con un dominó ceniciento: mi interlocutor y yo hicimos, casi al mismo tiempo, un movimiento de repulsion, y la máscara se retiró sin pronunciar ni una palabra. La seguimos los dos con la vista, y luego que salió del gabinete, me preguntó el trevieso y alegre arlequin, lanzando una estrepitosa carcajada:

—¿ Has conocido á la mascarita del ceniciento dominó ?

—Me parece que sí: repuse, creyendo haberla conocido. ¿Y tú la conoces?

—Ya lo creo. Es la marquesa del Buen-Gusto; que se ha disfrazado, exprofeso, para que todos la conozcan.

—Debo confesarte, arlequin, que me ha parecido la misma.

—No te quede la menor duda. ¿Y en qué estado se encuentran ahora tus relaciones con la marquesa?

—No hablemos de ello, por ahora; y sigue la historia de Júlio.

—¿Con que no quieres manifestarme el estado de tus relaciones?

—Dime, arlequin: ¿cómo se llamaba la hermosa jóven, á quien vió Júlio en el teatro.

—Eso se llama no querer dar una respuesta á la pregunta que te he hecho.

—Me ha gustado tanto el retrato de esa jóven encantadora, que desearia saber su nombre.

—¿De veras? preguntó el arlequin con acento singularmente malicioso.

—Confunde tanto, cuando se lee, ó se oye una historia, no saber los nombres, repuse.

—Pues hasta ahora te has contentado con saber, que la mujer no muy hermosa es una mujer no muy hermosa; que el rico banquero es un rico banquero, con un gran número de nombres, títulos y apellidos falsos, y con un nombre verdadero.

—¿Cuál es ese nombre verdadero? pregunté al arlequin con vivísima curiosidad.

—El de Laura: me respondió, mirándome con impertinencia.

—Me parece, dije, que alguna vez he oído pronunciar ese nombre.

—Puede ser que lo hayas oído. Es un nombre bastante poético.

—Y me parece que lo he oído aplicado á alguna persona.

—Es muy fácil. Y condescendiendo á tu ruego, voy á continuar la historia de Júlio.

—Quisiera recordar primero quién es esa Laura..... insistí.

—Es inútil: me interrumpió, anudando el hilo, de su historia.

CAPITULO XIII.

LA HUIDA DE EGIPTO.

DE sus amorosos ensueños y dolorosas pesadillas tenia que despertarse Julio, para cumplir exactamente los grandes deberes de hombre público que estaban pesando sobre él. Cuando mas presente tenia la candorosa y bella imágen de aquella jóven misteriosa, á quien no habia vuelto á encontrar, se veia en la dura precision de examinar un protocolo, los artículos de un arancel o un arreglo de pesos y medidas; y la política se le iba haciendo tan insoportable como la intimidad de Laura. Por este tiempo, iba mediado el mes de marzo, se le ocurrió al señor ministro de Hacienda dar un decreto de importancia y sumamente aventurado; y tomó tambien sus modi-

das que un periodista solamente llegó á traslucir el decreto, y este periodista fué Julio. Recibió el aviso encontrándose en casa de Laura, y protestó que al dia siguiente, en el cual debia publicar la GACETA el decreto, lo impugnaria terriblemente en su periódico. Laura, que se habia aficionado mucho á las controversias periodísticas, manifestó á Julio que deseaba leer el artículo en cuestion, antes que lo enviára á la imprenta: el jó-en periodista no quiso rehusarle esta satisfaccion, y á las ocho en punto de la noche resonaban las estucadas bóvedas del precioso gabinete de Laura con los periodos del artículo, que Julio consagraba á combatir la importante disposicion del señor ministro de Hacienda.

— Con entusiasmo escuchó Laura la lectura, y tributó despues á su amante los mas lisonjeros elogios: Julio los interrumpió levantándose, para marchar á la redaccion, y Laura le dijo con dulzura.

— ¿Adónde vas, Julio, tan pronto; pues apenas son las ocho y media?

— A la redaccion: repuso el jóven con la mayor indiferencia.

— He despertado en ti la ambicion, y me pesa en el alma, Julio.

— ¿Por qué Laura? la preguntó el jóven, dando algunos pasos hácia ella.

—Porque la primera pasion que ha sucumbido es el amor que me tenias: dijo vertiendo algunas lágrimas.

—Por qué lloras, Laura, por qué lloras? insistió Julio, cogiendo las manos de su amante.

—Porque ese amor, que en tan poco tienes, era mi vida y mi esperanza: añadió, vertiendo nuevo llanto.

—¿Pero qué motivo tienes, Laura, para creer que se ha disipado mi amor?

—Si me amaras, Julio, no me abandonarías tan pronto como quieres abandonarme

—No es falta de cariño, Laura; pero mis deberes periodísticos....

—A esta hora has cumplido siempre esos enojosos deberes.

—Es verdad; pero has querido que te lea el artículo que tengo en la mano, y voy á llevarlo á la imprenta.

—Buen pretesto, Julio, buen pretesto; pero pretesto y nada mas: murmuró Laura sollozando.

—Te aseguro que no es pretesto: repuso Julio un tanto incómodo.

—Bien, Julio, haz lo que quieras, ya que tanto te cansan mi amor y mis lágrimas.

—¿Pero qué remedio? preguntó el jóven con enfado.

—¿No encuentras remedio? dijo Laura, enjugándose las mejillas.

—No lo encuentro; y si tuvieras la bondad de indicármelo te lo agradecería en el alma.

—Qué poco ingenioso es tu amor: murmuró la dama, con una sonrisa encantadora.

—Porque el mio es muy poco ingenioso, recurro al tuyo, hermosa Laura.

—Y no recurrirás en vano. ¿A esta hora no se encuentra en la redaccion el encargado de confeccionar el periódico? preguntó Laura, brillando en sus ojos una llama, que parecia de amor satisfecho.

—Sí, Laura respondió Julio, apoyándose sobre una consola.

—¿Y no adivinas lo demas? añadió la dama, levantándose y poniendo sobre un velador tintero plumas y papel.

—Sí Laura: pero desearia ir personalmente á la redaccion.....

—¡Basta, Julio. Te has propuesto volverme loca, asesinarme, y lo conseguiras muy pronto! exclamó la dama, dejándose caer sobre el sofá y cubriéndose el rostro con las manos.

•Julio no respondió á esta queja: se mordió los labios; cojió una pluma; escribió algunas líneas; las unió al artículo, y encerrándolos bajo un sobre, los dirigió al confeccionador del periódico.

—¿Ya estarás satisfecha Laura? murmuró el jóven, presentándola el pliego cerrado.

•Laura hirió el timbre; un ayuda de cámara se

presentó inmediatamente, y entregándole el pliego que acababa de cerrar Julio, le dijo:

—Haga V. [que lleven ese pliego, inmediatamente, á su destino.

—¿Ya estarás satisfecha, Laura? insistió el joven, despues que se alejó el criado.

—Te doy las gracias, amigo mio: murmuró Laura con amor.

• Pasó Julio toda la velada en el gabinete de su amante; retirándose á la media noche, despues de haber sufrido allí tres horas de mortal hastío; y cuando á las diez del dia siguiente le entraron el periódico que dirigía, notó con asombro que faltaba el artículo relativo al decreto del señor ministro de Hacienda. Corrió al punto á la redaccion; preguntó si la noche última habian recibido algun pliego; todos le contestaron negativamente, y, sin embargo, removiendo los innumerables papeles que ocupaban la mesa del confeccionador, encontró entre ellos el pliego intacto: no sabiendo cómo esplicarse aquel singular incidente. Sospechó, dudó, se perdió en un intrincado laberinto de las mas opuestas conjeturas; y acabó por maldecir mil veces el importuno amor de Laura, causa primordial de su disgusto. Fué á verla aquella prima noche, como lo tenia de costumbre, y la encontró sumamente alegre y orgullosa.

—Ven á felicitar me, Julio: le dijo, tendiénd-

dole la mano, en el momento que lo vió entrar en el salon.

—¿Recibes, Laura, parabienes? la preguntó el jóven; procurando disimular el mal humor que lo dominaba.

—Sí, Julio. S. M. se ha dignado condecorarme con la banda de Amalia Surí.

•Miró el periodista á la dama con recelo, y la contestó sarcásticamente:

—Mientras tú pides parabienes, yo recibo pésames, Laura.

—¿Qué te ha sucedido, Julio mio? exclamó Laura con angustia.

—Casi nada; nada: menos que nada. Un pequeño azar, Laura mia: repuso el jóven con siniestra tranquilidad.

—¡Espícate, espícate! tu acento es lúgubre, siniestro....

—¿No recuerdas que anoche te leí un artículo de periódico?

—Sí, Julio. Un artículo muy bien escrito y que urjía mucho publicar.

—¿Recuerdas que quise llevarlo á la redaccion, y que te opusiste á mi marcha?

—Sí lo recuerdo. ¿Pero no tardes en decirme lo que ha sucedido?

—Que el artículo no se ha publicado: repuso Julio, dirijiendo á la noble dama una penetrante mirada.

—¿No lo llevaron, por ventura, á la redaccion? preguntó Laura, levantándose de su asiento.

—Si lo llevaron: murmuró el periodista, apoyándose en el respaldo de un sillón.

—¡Me vuelve la vida esa respuesta; pues si no lo hubieran llevado, podrias acusarme, quizás, de una infame superchería! exclamó la dama, dejándose caer sobre un sofá, é invitando á Julio á que se sentára á su lado.

•Julio se sentó, comprendiendo toda la fuerza de las razones de su amante y no sabiendo qué pensar.

•Transcurrieron algunos dias: el periodista prosiguió sus interminables tareas; continuó viendo á Laura lo menos posible, y pensando en aquella misteriosa vírgen que le inspiraba casto amor. Una hermosa tarde de abril bajó á la Floresta, acompañado del amigo que habia hecho su reputacion literaria en las columnas de LA CONFUSION; y al empezar la primera vuelta, se encontró con las dos señoras, que habia conocido en el teatro. Retrocedió al verlas, como herido de una luz demasiado viva, hasta tal punto que su amigo le preguntó:

—¿Qué has visto, Julio, que te ha causado una impresion tan instantánea?

—¡He visto á una muger hermosa, como los ángeles del cielo! exclamó Julio entusiasmado.

—¿Hablas, quizás, de las dos damas que se han cruzado con nosotros?

—Sí, amigo mio. La mas jóven de ellas me ha trastornado la razon.

—Es hermosa, te lo confieso; pero la madre tambien conserva su beldad.

—No es la belleza de esa jóven lo que mas me enamora, es su candor angelical.

—Tienes razon. Dificilmente se encontrará una jóven que reuna tanta discrecion y pureza.

—¡Las conoces, amigo mio! exclamó Julio, mas enamorado que nunca.

—Ya lo creo: visito su casa, y cuando volvamos á encontrarlas las saludaremos un momento.

—Acércame, amigo mio, á ese ángel, y te deberé mas que la vida.

—Esta tarde la saludarás: mañana pediré permiso á la mamá para presentarte, y pasado mañana espero ser introductor de embajadores. ¿Te contenta este amistoso arreglo?

—¡Repito que te deberé mas que la vida! exclamó Julio en la fiebre de su pasion.

•El director de LA CONFUSION cumplió su palabra fielmente y en todas sus partes: al tercer dia visitaba Julio á la vírgen de sus amores, y era inmensa su soñada felicidad.

•Pasaron algunos dias mas; Julio aprovechaba discretamente la autorizacion que acababan de concederle, y en los cortisimos momentos que

podía hablar particularmente á su vírgen , el respeto lo detenía y sus lábios no pronunciaron una sola palabra de amor. Pásaron algunos dias mas: entró el jóven una mañana en casa de su casta hermosa , y encontró sola á la mamá. Lo recibió esta amable señora con su finura acostumbrada; pero notó el jóven que las mejillas de la dama estaban ardientes y encarnadas ; que sus lábios se agitaban convulsivamente ; que sus ojos se alzaban al cielo ó se clavaban en el pavimento de la estancia. Esta situacion era insostenible para ambos ; Julio no se atrevia á romper el silencio triste y solemne , que mediaba hácia mucho tiempo ; la dama lo rompió por fin :

—He pensado, dijo balbuciente, escribir á V., caballero, porque me era muy duro entablar la conferencia que empezamos ; pero he temido no saber fijar la cuestion ; prefiriendo la conferencia, que dá lugar á aclaraciones.

—Oiré, señora, con mucho gusto cuanto tenga V. la bondad de decirme : repuso Julio harto alarmado.

—Empiezo asegurando á V. que mis palabras son muy sinceras ; que no hago traicion á mis sentimientos.

—Señora, confieso á V. ingénuamente que esas precauciones me alarman ; que quisiera saber cuanto antes....

—A ello voy. V. es para mí un cumplido y

buen caballero , y mi opinion es la general : sin embargo , me veo....

• La dama se interrumpió un momento y tartamudeó despues....

—Sin embargo , me veo en la triste necesidad de....

• La dama se interrumpió de nuevo, dando indicios de mortal angustia.

—¿ De qué ? preguntó el jóven , deseando poner término á su ansiedad.

—De suplicar á V. que tenga la condescendencia de no visitarnos....

— ¡ Señora ! exclamó Julio levantándose y tomando el sombrero.

• Dió algunos pasos hácia la puerta , en la mayor agitacion ; pero calmándose de improviso, retrocedió y dijo :

—Señora , reconozco en V. el derecho de alejarme de estos umbrales , y cumpliré su prevencion : pero como generalmente no se toman estas resoluciones sin muy poderosos motivos , suplico á V. , y creo estar , señora , en mi derecho , tenga la bondad de manifiestarme los que la impulsan á tratarme de esta manera.

—Repito á V. , amigo mio , que lo estimo en mucho , como á cumplido caballero.

—No me satisface esa respuesta. Necesito saber , señora , los motivos y las personas que con ellos estén unidas.

—Eso es imposible, amigo mio: solo puedo asegurar á V. que en nada mancillan su honra.

—Nadie mejor que yo, señora, sabe que soy noble y honrado: pero no se trata ahora de ello. Si V. no quiere manifestarme los motivos que la impulsan á tomar tan violenta resolucion, yo no encuentro mas que dos medios, que satisfagan á un hombre honrado y caballero. Consiste el primero en dispararse un pistoletazo....

—¡No, por Dios! exclamó la dama aterrada.

—No se alarme V.: este medio es propio de un hombre honrado, pero débil; el que yo elijo necesita un acero mejor templado, y es el siguiente. Mañana podrá V. leer en todos los diarios de la córte un párrafo, concebido en estos términos: «*Sabemos que Julio de... fué ayer de mañana ignominiosamente despedido ...*

—No prosiga V., caballero. Todo lo comprendo, y yo no puedo permitir semejante escándalo.

—Haciendo pública mi afrenta, podrá ser que aparezca alguno capaz de tomarla á su cargo y....

—V. no cumplirá, amigo mio, esa amenaza: V. no dará ese gran escándalo.

—Prometo á V. que lo daré, si insiste en ocultarme los motivos.

—Julio, continúe V. viniendo, como antes, y olvide cuanto yo le he dicho.

—Señora, ahora acaba V. de ofenderme de

una manera harto sangrienta. ¿Imponer yo á ustedes mi presencia por el terror?... V. no comprende, señora, cómo se porta un caballero. V. guarda cuidadosamente las acusaciones que me han hecho, yo quiero ser mi delator, y mañana sabrá la córte....

—No, amigo mio: lo sabrá V. todo de mi lábio y obrará como le convenga. Pero prométame V. antes no ensañarse contra la persona....

—¿Que ha forjado alguna vil calumnia?

—V. juzgará si es calumnia; pero antes empenñeme V. la palabra de....

—No puedo empenñarla, y quiero conservar, señora, el derecho de obrar como me dicte mi conciencia.

—Hablaré sin condicion alguna, fiando en la caballerosidad de V.; pero es preciso que me conteste á una pregunta:

—Doy á V. mi palabra de honor de decirle la verdad entera.

—Caballero. ¿V. mantiene íntimas relaciones con Laura?

—Señora, no puedo negarlo; aunque lo confieso con rubor: repuso Julio, saliendo á su rostro el rojo carmin de la vergüenza, y bajando los ojos al suelo, como si acabára de confesar una cobardía ó una infamia.

—Pues ya sabe V. el motivo porque le ruego.

que no reitere sus visitas: dijo la señora, ruborizándose á su vez.

—Lo respeto, señora, lo respeto: pero deseo saber quién ha sido la persona bastante oficiosa...

—Laura misma: interrumpió la dama, ruborizándose mas y mas.

—¡Es posible! exclamó el periodista, admirando el descaro de una muger tan bien nacida como su amante.

—Es la verdad: insistió su interlocutora, bajando los ojos al suelo.

—Repito, señora, que respeto la decision de V.; pero la juro al mismo tiempo que hoy queda rota la cadena que me ligaba á esa muger, y cuyo peso me ha sido siempre insoportable.

—¡No, por Dios! exclamó la dama en actitud de humilde ruego.

—¡Señora! exclamó á su vez Julio, no comprendiendo el motivo de aquella súplica.

—Nada estrañe V., amigo mio; y comprenda que si V. se sepára bruscamente de Laura, caerán sobre mí sus sospechas.

—¿Y V. debe temer acaso los enojos de esa detestable muger?

—Mi hija comienza á vivir, amigo mio, y no quiero ponerla frente á frente de una enemiga formidable.

—Señora, tiene V. razon; pero yo buscaré los medios de abandonar á esa mujer sin que Vds. se comprometan.

—Piense V. detenidamente escs medios, que tal vez pueden decidir de la suerte de una familia.

—Señora, he tomado mi resolucion: repuso el jóven con firmeza.

—Tenga V. la condescendencia de indicármela, si quiere calmar mi inquietud.

—Estamos á primero de mayo, en la madrugada del dia once saldré de la corte, señora.

—¿Y adónde irá V., amigo mio? insistió la dama sorprendida.

—No lo sé. Iré á Francia, á Italia..... qué sé yo. Pero viajaré mucho tiempo.

—Va V. á perder su posicion, sus intereses, sus amigos...

—Soy bastante rico, señora, para vivir medianamente sin mas recursos que mi hacienda. Pero antes de dejar á V. necesito pedirla dos grandes favores, que espero no me negará.

—Hable V.; y no dude un momento que estoy dispuesta á complacerlo.

—¿Me permitirá V., señora, que venga á despedirme de Vds. algunas horas antes de salir de la corte?

—Puede V. venir á despedirse, cuando lo crea mas oportuno.

—Durante mi ausencia ¿no dirá V. á su hermosa hija ni una palabra de cuanto acabamos de hablar?

—Guardaré profundo silencio ahora y siempre: repuso la dama.

—Doy á V. las gracias, señora: murmuró Julio tristemente, y se alejó sin vacilar.

•Eternos fueron para el jóven los diez dias, que mediaron hasta el 10 de mayo. Obligado á ver diariamente á Laura, sufría junto á ella los tormentos mas dolorosos, y se dedicaba con afán á los largos preparativos de su próximo y extraño viaje. Un placer vino á interrumpir la monotonia de sus penas: Teodoro y su madre llegaron, y en los brazos de su tierno amigo olvidó Julio algunos momentos la intensidad de sus dolores; guardándolos dentro del alma, porque hay penas que no dan siquiera el consuelo de poder ser comunicadas.

•Llegó el 10 de mayo: á las doce de su mañana entró Julio en el despacho del banquero, que lo esperaba como en las demas ocasiones. Su estado moral no le permitia deleitarse en causar ajenos dolores, y despues de haber saludado al esplendido capitalista, le dijo con amabilidad:

—Fírmame pagarés, valor de cincuenta y cuatro millones seiscientos mil reales, á dos años fecha.

«El banquero entregó á Julio los nuevos pagarés sin proferir una palabra; y el jóven, despues de haber inutilizado los antiguos, tendió la mano al capitalista y se alejó tranquilamente.

«Desde la casa del banquero se dirigió á la de la virgen de sus amores: lo recibieron cordialmente, habló muy poco y se despidió para su singular viaje. La buena madre le tendió la mano, pagándole de esta manera su doloroso sacrificio: la candorosa hija le dió una recompensa mucho mas dulce, porque una lágrima fugitiva bañó el cristal de sus pupilas, y un suspiro intentó escaparse de sus lábios. Mucho valor necesitó Julio para dejar aquel salon; para alejarse de la corte; pero habia empeñado su palabra y eran sagradas sus promesas.

«A las nueve en punto de la noche entró el periodista en el elegante gabinete de Laura; habló con la mayor indiferencia de varios asuntos políticos; y por último la confió que habia resignado la direccion de su periódico en su fiel amigo Teodoro. Esta noticia desagradó bastante á Laura, que dijo al jóven:

—Me parece que no has debido renunciar la direccion, que era en tus manos un armá formidable.

—Laura, no podia prescindir de hacerlo: repuso Julio sencillamente.

—¿ Por qué motivo ? preguntó la dama confundida y admirada á un tiempo.

—Porque esta misma noche, Laura, salgo de nuestra hermosa corte.

—¿Adónde vas? insistió la dama mas sorprendida y mas confusa.

—A Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, América tal vez.....

—¡Imposible, Julio, imposible! exclamó Laura levantándose.

—Y sin embargo, partiré á las cuatro de la mañana: dijo el jóven tranquilamente.

—¡No partirás, porque no quiero! insistió Laura delirante.

«Julio permaneció impasible. Ruegos, lágrimas, amenazas y denuestos fueron inútiles. A las doce en punto de la noche salió Julio del gabinete de su amante, dejándola anegada en llanto: á las cuatro de la mañana abandonó la corte, despidiéndose con un suspiro de la virgen de sus amores.»

—Aquí acaba la historia de Julio, dijo el arlequin levantándose: ¿qué te ha parecido?

—Interesante, le respondí; y mereco que hagamos sobre ella algunos curiosos comentarios.

—No desapruuebo el pensamiento, y estoy muy dispuesto á realizarlo.

—Pues empezarás respondiéndome á una pregunta.

—Antes cójete de mi brazo y hablaremos mientras recorremos los salones.

Cojí el brazo del arlequin, decidido á no abandonarlo sin que me diera nuevas noticias, para mí sumamente curiosas; y empezamos nuestro paseo.

CAPITULO XIV.

SUSTITUCIONES.

COMENZAMOS á recorrer los salones de *Ciudad-Bella*, y me dijo mi compañero:

—Ya podemos empezar, Nazario, los comentarios á la historia, y espero tus observaciones.

—Voy á insistir en una pregunta, que te hice no hace mucho tiempo: le respondí inmediatamente.

—Malo, Palma de Jura. Las preguntas no son comentarios.

—Pero podrán ser las respuestas; si las das verdad y estension.

—Pregúntame, Palma de Jura; sin temer pecar de indiscreto.

—¿Me has dicho que casi todos los nombres

usados en el discurso de tu historia, son inventados?

—Y te he dicho en ello la verdad: porque Teodoro no es Teodoro, Julio no es Julio, y Dorotea no es Dorotea.

—Tambien has callado algunos nombres; designando á los personajes, por *Una muger no muy hermosa*, *Un banquero*, *La hermosa vírgen de sus amores*, y algunos mas que no recuerdo.

—Me he espresado, Palma de Jura, de la manera que acabas de decir.

—Ahora bien ¿conozco yo personalmente á los personajes de tu historia?

—A la mayor parte los conocés bastante bien, por sus nombres y sus apellidos.

—¿Conozco á Julio; principal héroe de nuestra interesante historia?

—Lo conoces exactamente como yo te conozco á tí: ni línea mas ni punto menos.

—Pues dime su verdadero nombre; primer comentario á su historia.

—Has empezado mal, Palma de Jura. Dejémos á Julio para el último.

—En ese caso ¿me dirás quién es la mujer no muy hermosa?

—Allí la tienes, en el alfeizar de aquella ventana; envuelta en su dominó de raso negro: me respondió el travieso arlequin, señalándome á Catalina.

—Lo había sospechado; repuse: ¿y el rico banquero será Mauricio Sanchez?

—Me parece que no cabe la menor duda: y también lo habrías sospechado.

—Es verdad. ¿Dime ahora, arlequin, quién es Teodoro?

—Un amigo tuyo bastante íntimo, con quien estás algo indispuerto.

—¿Es Camilo Perez Silva? le pregunté muy alarmado.

—Tú lo has dicho: me respondió cómicamente el arlequin.

—¿Ahora me dirás, arlequin, quién es la infame Dorotea?

—Una honrada jóven, como has visto; animada de los mejores sentimientos.

—Eso es evadir mi pregunta. Respóndeme ¿quién es Dorotea?

—Una hija del ilustre marqués del Campo: repuso el arlequin burlándose.

—El título es tan apócrifo como el nombre de Dorotea.

—Pues, si no eres tonto, habrás conocido que no te quiero revelar su verdadero nombre.

—Y, sin embargo, tengo vivísimos deseos de conocerlo.

—Puedes preguntárselo á Camilo Perez de Silva; que no lo habrá olvidado aun.

—Tú mismo acabas de decirme que estoy indispuerto con Camilo.

—Pues no te interesa saber el verdadero nombre de Dorotea: ¿Quieres preguntarme algun otro?

—No: le respondí muy indignado, porque no habia querido satisfacer mi curiosidad.

—¿Ni el de Laura? me preguntó, con una sonrisa maliciosa.

—Ni el de Laura: repuse, ofendido de su inoportuna sonrisa.

—Es lástima que no quieras saberlo, porque la estoy viendo desde aquí.

—¿En dónde? le pregunté maquinalmente, y olvidando mi forzada reserva.

—Bajo el dintel de aquella puerta, disfrazada con su dominó ceniciento.

—¡Aquella es la noble marquesa del Buen-Gusto! exclamé señalando á Laura.

—¿Y quién té ha dicho que la marquesa del Buen-Gusto no se llama Laura, Nazario?

—¿Segun eso, esa muger ha tenido varios amantes?

—¿De qué lo infieres, Palma de Jura? aunque yo no osaré asegurar que no los cuente por docenas.

—Lo infiero de la historia de Julio, que has tenido á bien referirme.

—Me parecé que en la historia de Julio he dado á Laura un solo amante.

—Pero sin embargo, yo creo que, además del héroe de tu historia, ha tenido Laura...

—¿Relaciones con Nazario Palma de Jura?

—¿No es esto lo que habías pensado decir?

—No diré yo precisamente que la marquesa del Buen-Gusto haya tenido relaciones conmigo, pero...

—Pobre mozo. ¿Tan frágil eres de memoria, que no has recordado tu historia en la que acabo de contarte?

—¿Que has dicho? le pregunté muy satisfecho de haber oído la historia de mi homónimo pero temiendo entrar en pormenores, que debían colocarme al fin en una posición sumamente comprometida.

—Digo, que hemos perdido tres noches de baile en escuchar y referir una historia, que debías recordar mejor.

—Has hecho un servicio á mi infiel memoria: respondí no encontrando otro medio para salir de mi embarazo.

—Pues te ruego que no la olvides; y te preservarás con ello de algunos graves compromisos: dijo el arlequin separándose.

—¿Me dejas tan pronto? le pregunté, observando su movimiento.

—Nada más tengo que decirte, y son las tres de la mañana.

—Escucha una palabra más, y te marcharás cuando quieras.

—Esplicate, Palma de Jura; pero te ruego que lo hagas con el posible laconismo.

—Ya que termina el carnaval, no debes tener inconveniente en manifestarme tu rostro.

—Te equivocas mucho: mi rostro debe permanecer oculto bajo la careta.

—A lo menos no me callarás por más tiempo tu nombre y apellido.

—Te engañas: callaré, lo mismo que he llamado, y no sabras quién te ha referido tu historia.

—Podrá ser que logre averiguarlo, á pesar de tu obstinacion.

—¿De que manera, presuntuoso Palma de Jura, imaginas averiguarlo?

—Preguntando á cuantas personas hayan asistido á estos bailes.

—Harás un bonito papel. Las unas se encojeran de hombros, y las otras se pondrán á reir en tus barbas.

—Aun tengo otro medio: repuse, montando en cólera.

—¿Cuál es? me preguntó el arlequin con la mayor jovialidad.

—Arrancarte la mascarilla: le respondí con mas enojo.

—Eso se dice y no se hace: añadió, dando una estrepitosa carcajada.

—Eso cuesta menos trabajo hacerlo qué decirlo: repliqué, arrancándole la careta.

El arlequin soltó al momento otra estrepitosa carcajada; las máscaras que nos rodeaban aplaudieron estrepitosamente, y yo me quedé petrificado, porque el arlequin era mi homónimo.

—Famoso lance, repetía una máscara de buen humor, mientras el arlequin volvía á ponerse su careta. Es la ocurrencia mas chistosa que he visto en mi vida, y merece una corona de laurel.

—¿Y qué es ello? preguntaban al mismo tiempo cien máscaras y cien curiosos.

—Qué ha de ser; la cosa mas chistosa del mundo. Figuraos que un travieso arlequin ha pasado toda la noche dando bromas á un caballero, á quien no conozco: las bromas debieron ser algo pesadas y el caballero no tenía un grande acopio de paciencia. Cansado sin duda de oirlas, montó en cólera, y con la mayor arrogancia arrancó al travieso arlequin la mascarilla.

—Eso es muy sério: decían á coro las máscaras y los curiosos.

—Al contrario, es lo mas divertido del mundo. ¿Qué no adivináis lo que encontró bajo la negra mascarilla?

—¡Un hermoso rostro de mujer! exclamaban los estusiastas.

—Mucho mejor, cien veces, mil veces, un millon de veces mejor.

—¿Encontró el flaco rostro de su suegra? preguntaban con terror los casados.

—Mucho mejor; aunque encontrar el rostro de su suegra es un hallazgo del demonio.

—¿Pues qué encontró? preguntaron todos á la vez con mas algazara.

—Encontró, bajo la máscara que arrancaba, otra mascarilla.

—¡Eso es magnifico, sublime! gritaban todos á la vez.

—Pues aun no sabeis lo mejor, lo magnífico, lo sorprendente.

—¿Pues qué es ello? preguntaron los circunstantes con mas ansiedad.

—La mascarilla oculta era un verdadero retrato del furioso que arrancó la máscara negra.

—Eso es magnifico, sublime, sorprendente, chistoso, inesperado. ¿Pero en dónde está el arlequin? ¿En dónde se encuentra su víctima? Vamos en su busca. Preparemos una ovacion al arlequin.

—Huyamos: me dijo mi homónimo, arrastrándome fuera del salon.

Yo lo seguí maquinalmente: bajé en pos de él las escaleras y nos encontramos en la calle. A una señal del arlequin, se acercó un coche de alquiler; entramos en él, y mi homónimo dió al lacayo las señas de mi habitacion. Partimos al pausado trote de dos escuálidos jamelgos.

—¿Qué tal ha parecido á V. mi historia? me preguntó el diablo.

—Bastante triste, amigo mio: le respondí muy conmovido.

—No la olvide V. un solo instante, mientras permanezca en el Infierno.

Cambiamos estas pocas palabras: paró el coche á la puerta de mi alojamiento, y nos separamos hasta que la casualidad quisiera reunirnos de nuevo.

CAPITULO XV.

LAS TRES CITAS.

LA historia de Julio, que me habia contado mi homónimo en el discurso de tres sesiones; historia que, incidentalmente, venia á ser la mia; me dejó confuso y admirado: y para poner algún orden en mis ideas, empecé por explicarme la que yo creia estraña conducta de varios personajes relacionados con mi homónimo antes de su fuga, y que despues habian procurado anudar conmigo sus interrumpidas relaciones. Comprendí perfectísimamente el motivo de la visita que me hizo, el dia siguiente al de mi llegada, la noble marquesa del Buen-Gusto; la intervencion que tomó en mis amores con Sofia, y las demas malas partidas que me jugó, hasta que varió de con-

ducta, merced á los tres ruidosos desafíos y brillante discurso parlamentario de mi homónimo. También comprendí fácilmente la conducta de Catalina, en el congreso, máscaras y demas parajes en que la casualidad nos reunia; y los espasmódicos terrores del banquero, la mañana que fui á pedirle esplicaciones referentes á las palabras que habia pronunciado la noble marquesa del Buen-Gusto. Lo que no sabia cómo explicarme era la repentina enemistad de Perez de Silva; y acusaba su ingratitud, teniendo en cuenta los grandes favores que le habia dispensado mi homónimo. Esta ingratitud, tanto mas estraña cuanto que yo estaba seguro de no haberle dado el menor motivo para ello, me irritaba terriblemente, y deseaba que llegara el jueves para aclarar este misterio ó romper lanzas con Camilo. En esta historia habia encontrado tambien la clave de otras relaciones menos intimas; pero lo que no podia adivinar, por mas afan que ponía en ello, era aquel nombre real y efectivo que correspondia al supuesto de Dorotea. Un secreto presentimiento me decia que esta muger debia estar muy interesada en mi ruina, y que ella debia ser el génio maléfico que me habia proporcionado indudablemente el estraño reto de Crisanto. Me estremecia al considerar lo embarazoso de mi situacion; y, aunque deba causarme vergüenza el confesarlo, mas de una vez se me ocur-

rió la idea de abandonar inmediatamente la fatal corte del Infierno. Esta idea hubiera tomado sin duda una consistencia extraordinaria, si no hubiera venido á combatirla la hermosa imágen de María; radiante metéoro que brillaba en un horizonte de tinieblas. Para abandonar á Dramalla, tenia que renunciar primero al amor de esta encantadora muger; y si Orfeo y Eneas habian bajado á los Infiernos en busca de sus bien amadas, no seria mayor mi heroismo, ya que me encontraba en esta lúgubre mansion, permaneciendo en ella, por no renunciar á la mia.

Desde el viernes no habia visto á la hermosa hija de los marqueses de Cartosama, y cuando me despertó mi huésped a las doce y media del lunes, la primera idea que se me ocurrió fué la de la necesidad en que me hallaba de proporcionarme una entrevista con tan seductora muger; esta idea me hizo no reparar siquiera en la presencia de doña Tomasa; la cual me dijo alegremente:

—Señor Don Nazario, hoy tiene V. un abundantísimo correo.

Me estregué los ojos varias veces, para acabar de despertarme, y dije á mi huésped:

—Segun parece, ha venido muy de mañana nuestro diligente cartero.

—No ha parecido en todo el dia: me respondió doña Tomasa.

—¿Pues no acaba V. de decirme que tengo un correo harto crecido?

—Sí señor; pero no he querido decir que haya venido ó no el cartero.

—¿Quiere V. esplicarse, señora? la pregunté medio enfadado.

—Quiero decir, señor don Nazario, que han traído tres cartas para V.

—¿Pero quién ha traído esas tres cartas? volví á preguntarla impaciente.

—Tres personas distintas. Y por cierto que las tres cartas exhalan el mismo perfume.

—Billetes amorosos tenemos; dije para mí, y alzando la voz añadí:

—¿En dónde están esas tres cartas?

—Aquí las tiene V., señor don Nazario: sin que nadie las haya tocado siquiera.

—Mi huésped me entregó las cartas; rompí el nena de una y leí:

Querido Nazario: desde nuestra conferencia del martes he procurado en vano hablarte; ya presentándome en tu casa y ya siguiéndote en los salones de *Ciudad-Bella*. Sé que te cansa mi presencia y que huyes de mí tenazmente. Sin embargo, me atrevo á suplicarte que vengas á casa á las tres, para que tengamos una conferencia muy corta. No me niegues este favor, por si es el último que te pide la que no ha cometido otro delito que adorarte con frenesí. LAURA.

— ¡Qué impertinencia! exclamé arrojando la carta.

— ¿Qué quiere V., señor don Nazario? me preguntó doña Tomasa, sorprendida de mi exclamacion.

— Nada, señora; la respondí. Rompí el nema del segundo billete y leí lo siguiente:

Amigo mio: no quiso V. anoche concederme una conferencia, ó no pudo hacerlo, quizás, empeñado en mantener toda la noche la que seguia con el arlequin. Mi carta de ayer le ha manifestado una parte de mis sentimientos, de mis penas y mis delirios; pero ignora mucho todavía; y yo quiero manifestárselo, aunque me desprecie despues. Suplico á V. rendidamente tenga la bondad de venir á verme esta tarde; y se lo suplico en nombre del amor que profesó V. en otro tiempo de dulce memoria, á la infortunada

CATALINA.

— ¡Esto es horrible! exclamé, haciendo la carta pedazos.

— ¿Ha recibido V., señor don Nazario, alguna mala nueva? me pregunto doña Tomasa conmovida.

— No señora: la respondí. Rompí el nema del tercer billete y leí las siguientes palabras:

»Palma de Jura; no nos hemos visto tres dias hace, y este periodo me ha parecido demasiado largo y penoso; si tuviera V. la bondad de venir á las tres á casa, se lo agradecería infinito.

MARIA CARTOSAMA.»

—Señora, dije á mi huéspeda, guardando este preciosísimo billete: que busquen y traigan al momento una berlina, la mas elegante posible: que me entren agua para afeitarme; que me sirvan el desayuno; que me traigan un peluquero; y todo al instante, al instante, porque tengo mucho que hacer.

—¿Han nombrado á V., señor don Nazario, individuo de alguna diputación que vá á ver á S. M.?

—¿Á V. qué la importa, señora, que me hayan nombrado ó no individuo de una diputación cualquiera?

—Perdóneme V. señor don Nazario: yo no he pretendido...

—Basta, basta. Dejémonos ahora de perdones, y cuide V. de que estén prontos el agua caliente, el almuerzo, el peluquero y la berlina: la interrumpi, manifestándola con un ademán mi impaciencia.

Mi huéspeda la comprendió; cumplió fielmente mis preceptos, y á las tres en punto me encontraba sentado al lado de María, en un ele-

gante salon que unia el buen gusto á la riqueza.

—Muchas gracias, amigo mio; me dijo la hermosa Maria, luego que me vió entrar, saludándome con una sonrisa encantadora.

—Yo sí que debo agradecer la felicidad que esperimento: la respondí, olvidando instantáneamente mis temores.

—No, Palma de Jura. Dicen vulgarmente que á las citas de amor debe concurrirse muy tarde, y V. ha tenido la bondad de no hacerme esperar ni un segundo. Esto prueba amor, amigo mio; y se lo agradezco en el alma.

—¿Ha dudado V. alguna vez de la inmensidad de mi amor? la pregunté con el mas apasionado acento.

—No solamente he dudado de su inmensidad, sino, lo que es mas, he dudado de su existencia.

—Me parece que he protestado muchas veces su existencia y su intensidad.

—Y yo he temido, Palma de Jura, que fueran falsas sus protestas.

—Señora, creen generalmente que un caballero no se deshonra mintiendo protestas de amor; pero yo, que tengo algunas opiniones bizarras, creo que un caballero se deshonra siempre que pronuncia una mentira.

Maria me miró fijamente, como si quisiera leer en mis ojos la sinceridad de mis palabras;

brillaron sus negras pupilas como no las habia yo visto nunca brillar, y tendiéndome su fina mano, me dijo :

— Nazario, es V. un hombre incomprendible, que me vuelve loca algunas veces, mientras otras me hace sumamente feliz. Amo á V. con toda la violencia de mi carácter apasionado; y si duda de ello, ponga V. la mano sobre mi pecho y percibirá los latidos de mi inflamado corazon.

Yo habia cojido con ardor la blanca mano de María, y ella, queriendo probarme su aserto, colocó la mia sobre su pecho. No eran finjidas sus protestas: latia el corazon de mi amada con una violencia indecible; y aquella llama misteriosa, que yo habia notado en sus ojos, era el destello inestinguible de un ardiente y eterno amor.

¡ Qué hermosa estaba María enamorada! Yo la habia visto osada, altiva; y habia temblado ante su beldad, reconociéndola por la mas perfecta y sublime. Yo la habia visto, alguna vez, sosegada, dulce, risueña; y habia encontrado nuevos encantos, siempre incomparables, en el acento de su voz, en la gracia de su sonrisa, en la languidez de su mirada. Yo habia ereido entonces que María se encontraba en el apojeio de su seductora beldad: pero yo me engañaba mucho. La María osada, altiva, dulce y risueña, no era la muger incomparable; la que no tenia compara-

cion era la María enamorada. Yo la miraba sin cesar; yo contaba atentamente y uno á uno los latidos de su corazon; yo queria hablar y no encontraba voces; yo era sumamente feliz; y estaba agoyiado bajo el peso de mi inmensa felicidad.

—María debía participar de mi éstasis, porque me miraba como yo la estaba mirando; temblaba tambien como yo, y ni á sus lábios ni á los míos se acercaba una sola palabra, un suspiro, ni una sonrisa.

—Pasaron algunos minutos: la presión de nuestras dos manos, que pesaban sobre el corazon de María, debió fatigarla, y con un sencillo movimiento las separó de él, desuniéndolas. Vé como se rompía lentamente el fluido magnético que nos asoporaba; sus miradas se hicieron dulces; despues tristes, y me preguntó con sencillez:

—Nazario ¿cree V. que podremos ser felices con nuestro amor?

—María, creo que en él solamente consiste mi suprema felicidad.

—Si V. lo cree así, yo tampoco debo dudarlo. Seremos felices, muy felices.

—María ¿V. duda, V. teme no encontrar la felicidad en mi amor?

—Se equivoca V., amigo mio. Yo solo temo que V. no encuentre la felicidad en mi ternura. Yo nada tengo que olvidar, y por lo tanto puedo ser fá-

cilmente: V. tiene que olvidar mucho, y temo, Nazario, que algun dia se levanten en su memoria recuerdos que maten nuestra comun:dicha.

—Deséchê, V. hermosa Maria, ésos infundados temôres: yo nada sé; nada recuerdo: empiezo á vivir hoy, señora; y embriagado con lo presente; jamás recordaré lo pasado, y me sonreirá lo porvenir: la respondí, no dudando que se referia á las relaciones de mi homónimo con Catalina y la marquesa.

—Reconozco en V. bastante nobleza para óbrar como se propone, y, sin embargo, le suplico lo medite antes de tomar un empeño que podrá aflijirlo despues; que podrá hacernos desgraciados.

—Lo he pensado mucho, señora; y no varia mi resolución.

—Sea así, Nazario. Desde este momento quedan ligados nuestros destinos, y la muerte de uno de los dos podrá únicamente desunirlos: dijo Maria con un acento solemne, grave é inspirado.

—¡Ligados están nuestros destinos! exclamé con la misma solemnidad.

La marquesa de Cartósama entró en el salon en aquel momento, como si viniera á garantizar el empeño que su hija y yo acabábamos de contraer; pero sin darsê por entendida de lo que podia muy bien haber oido, me tendió la mano cordialmente, disiséndome con la mayor dulzura:

—Ya era tiempo, Palma de Jura, de que tuviéramos el gusto de ver á V. por esta casa.

—Deseaba tener el honor, de ofrecer á Vds. mis respetos, pero mis graves ocupaciones no me lo han permitido antes: la respondí, no estrañando qué la invitacion hubiera sido obra de María.

—Tampoco le sabido que se encontraba V. aquí; pues de lo contrario me hubiera presentado antes.

—Noto, señora, que esta V. en traje de visita y no quisiera detenerla: dije en actitud de despedida.

—Se equivoca V., amigo mio: no pensaba visitar á nadie.

—Veo, señora, que tiene V. puesto el sombrero y es prueba clara....

—De que el marqués acaba de invitarme á que bajemos á la Floresta.

—Papá no sabia que estaba aquí Palma de Jura: observó María sencillamente.

—Es verdad; dijo la marquesa: y por lo tanto puede bajar solo.

—Señora, no permitiré que por mí pierdan Vds. el paseo: repuse con la asiduidad de un pretendiente.

—Yo tampoco permitiré, añadió María, dirijiéndome una mirada suplicante, que V. nos abandone.

—Discurro que todo se puede conciliar. Este

caballero nos ha hecho esperar su visita, y merece duro castigo: impongámoselo sin piedad. Nazario, tu padre, tú y yo, bajaremos en carruaje á la Floresta: pasearemos cuanto nos cuadre, y despues este caballero nos hará el honor de acompañarnos á comer: Concluida que sea la comida, nos iremos á oír la nueva ópera, para la cual tenemos palco. Este es el castigo que impongo á un crimen de lesa amistad: dijo la marquesa sonriéndose.

—¿Qué responde V., Palma de Jura? me preguntó María dulcemente

—Qué puedo responder, señora: Me honran Vds. de tal modo, que temo abusar aceptando, y ser ingrato resistiendo: murmuré, admirado yo mismo de mi suerte y desechando los temores que habia sufrido.

La marquesa de Cartosama comprendió que el modo mas sencillo de terminar la discusion era sustituir la accion á la palabra, é hiriendo el timbre, mandó á un criado que pusieran la carretela. Momentos despues entró el marqués en el salon, y me saludó cortesmente. El señor marqués de Cartosama era un caballero de sesenta y cinco años cumplidos, que pertenecia al antiguo régimen y hacia los honores de su casa con escrupulosa nimiedad. La marquesa me presentó con las formalidades de estilo, y su esposo, que me conocia mucho de oidas, se manifestó muy satisfe-

cho de poder contarme en el número de sus amigos. Cambiamos muy pocas palabras; pero conocí, sin embargo, que hacia en su casa el cómodo papel de monarca constitucional; dejando á su consorte la responsabilidad ministerial, y con ella la direccion de los negocios. Esta observación no me agradó, porque temí que siguiera María la escuela doméstica de su madre: pero considerando que este arreglo podia ser hijo de incapacidad del marqués, tanto ó mas que de la ambicion gubernamental de su esposa, me tranquilizé inmediatamente; contribuyendo mucho á ello haber observado que María tributaba á su anciano padre un respecto reverencial.

Vino á cortar mis reflexiones un lacayo, anunciando que la carretela esperaba: mandé despedir mi berlina; nos instalamos todos cuatro en el carruaje del marqués, y al trote de un sobérbio tronco nos dirigimos hácia la espaciosa Floresta.

- que se iba a celebrar en el templo de San Juan, y yo
 - me fui con ellos, como siempre me acompañaban, y
 - cuando llegamos al templo, me quedé con ellos, y
 - ellos se fueron a celebrar la misa, y yo me quedé
 - allí, y me quedé allí hasta que se acabó la misa,
 - y entonces me fui a casa, y me quedé allí hasta
 - que se acabó el día.

CAPITULO XVII.

**EN EL QUE SE CUENTAN VARIOS SUCEOS CON LA PO-
 SIBLE BREVEDAD.**

Mi aparición en la Floresta, acompañando á los
 marqueses y á su hija, llamó la atención de un
 gran número de personas, que nos señalaban
 con una mirada ó un gesto: y verdaderamente
 aquel paseo podia considerarse como una presen-
 tacion oficial que mis futuros suegros hacian al
 público, porque el público no sabia que entre
 los marqueses y yo no habia mediado una pala-
 bra que indicára próximo enlace.

En la Floresta se encontraban muchas perso-
 nas conocidas; y entre ellas la noble marquesa
 del Buen-Gusto, acompañada de su esposo; Ca-
 talina y Camilo Perez de Silva, solos en sus car-

retelas respectivas. Catalina nos saludó con un movimiento de cabeza; al cual correspondió María con una sonrisa forzada: Perez de Silva me gritó, al cruzarnos, con una carcajada histérica:

—Hasta el jueves, Palma de Jura. Diviértete mucho, hasta el jueves.

Palabras cuya significacion comprendí, y le contesté inmediatamente:

—Hasta el jueves, Perez de Silva. Espero con impaciencia el jueves.

—¿Qué es ello? me preguntó María con vivo interés y ansiedad.

—Nada, señora. Hemos convenido, Camilo y yo, en almorzar juntos el jueves.

María conoció instantáneamente que mi respuesta era una excusa; adivinó, quizás, el mal estado de nuestras relaciones, porque hizo un movimiento brusco, pero no reiteró sus preguntas y guardó profundo silencio.

Momentos despues, nuestra carretela se cruzó con la de los marqueses del Buen-Gusto: el marqués nos saludó festivamente; dirijiéndome una sonrisa que queria decir: «No aseguraba yo que tendríamos boda muy en breve;» la marquesa saludó con frialdad, é inclinándose hácia María; murmuró:

—María Cartosama, guerra á muerte.

María inclinó lijeramente la cabeza, en mues-

tra de que admitia el reto; yo creí prudente aparentar que no habia oido aquellas palabras; continuamos nuestro paseo; y nos retiramos, con el sol, á las cinco y media de la tarde, para ponernos á la mesa. Comimos los cuatro en familia, y nada diré de los manjares, porque comí poco y sin saber lo que comia; loco de placer, contemplando á mi encantadora beldad. Fuimos á las ocho al teatro, la marquesa, su hermosa hija y yo, pues el marqués prefirió jugar una partida de tresillo, segun estaba convenido; y desde el teatro nos dirijimos á la sociedad de la condesa de Jentosca: diversion que me costó algo cara; y como feliz en amor, perdí al monte una suma considerable, que medio me recompensaron las tiernas miradas de María.

Empleé los dos siguientes dias en cumplir mis graves deberes de hombre público y mil dulces deberes de amante; pasándolos entre el congreso de diputados y los salones de la encantadora María. En el primero, combatí en brecha al ministerio; para adquirir popularidad y descollar á mas altura; haciéndolo de tal manera, que en un solo dia me adquirí la enemistad de ministeriales y ministros y la amistad de la oposicion, que veia en mí uno de sus más fieros paladines. Hasta el mismo don Tadeo Gomez olvidó la mala pasada que inocentemente le habia hecho; y me felicitó por el tacto con que sabía

elegir las ocasiones mas oportunas de combatir al ministerio; presentándome revestido con la impenetrable armadura de mi anterior imparcialidad.

Llegó el jueves: A los deberes de hombre público y de tierno amante tenia que añadir otros nuevos: habia prometido á Perico ser su padrino y debia cumplir mi palabra. A las once de la mañana los acompañé á la parroquia; y el baratero y la interesante Manuela recibieron con alegría la bendición nupcial. Perico habia querido despedirse de sus antiguos camaradas de una manera digna de él; y obtenida mi autorizacion, dispuso un suntuoso banquete en la taberna de la calle de la Camorra, que era la corte de su imperio. Yo le dí mis plenos poderes para que gastára á su antojo, y le ofrecí que me presentaria en la taberna á las seis y media de la noche. A las doce volví á mi casa, esperando recibir alguna carta de Camilo; pues era el dia que habia señalado en nuestra última conferencia. La carta no se hizo esperar: estaba escrita en estos términos:

Palma de Jura: el jueves pasado creí que tendria que escribirte hoy una carta larga y razonada; afortunadamente me has ahorrado este trabajo impropio; pues para lo que tengo que decirte serán bastante pocas líneas. Mañana debe-

mos batirnos : esta noche , á las ocho en punto , irá á tu casa mi padrino : los motivos de nuestro duelo deben permanecer ocultos : yo te reto : te corresponde la eleccion de armas. Despertaremos los dos mañana ; uno solo debe despertar al dia siguiente.

PÉREZ DE SILVA.

Guardé la carta de Camilo ; y me fuí al congreso. (La sesion fué sumamente borrascosa. Los diputados ministeriales denunciaron conspiraciones : los diputados de la oposicion apostrofaron al ministerio ; denunciando á la nacion y al mundo su insoportable tiranía. Yo hablé por hablar y hablé mucho ; me replicaron ; rectifiqué ; y acordándome en lo mas empeñado del debate , de la palabra que habia dado á Pedro Travieso , dejé el salon , á las cinco y media ; llegué á mi casa ; comí deprisa , y , embozado en una ancha capa , me dirigí á la calle de la Camorra ; aprovechando los momentos , porque á las ocho debia estar de vuelta , para arreglar mi duelo con Camilo Perez de Silva.

Al pisar la calle , tropecé con un embozado ; que al cruzarse con migo murmuró la palabra « Cautela ; » y aunque quise acercarme á él , siguió caminando á tan buen paso , que me fué imposible alcanzarlo. Vacilé un momento antes de dirigirme á la taberna ; pero considerando que aquella palabra podia no dirigirse á mí , y que no tenia tiempo que

perder, me encaminé resueltamente á la calle de la Camorra. Marchaba un tanto receloso; y volviendo de vez en cuando la cara atras; noté que me seguia á corta distancia otro embozado; que apresuraba el paso cuando yo lo hacia; y lo retardaba si variaba mi movimiento. Pensé alguna vez en detenerlo, pero como yo iba bien armado con las pistolas que llevé la primera noche á la taberna; preferí esperar el ataque á provocarlo; seguí sin hacerle caso hasta mi destino; y entré resueltamente en el bullicioso templo de Baco, que Perico acababa de transformar en alegre templo de Himeneo.

— Buenas noches, señor don Nazario: me dijo el tabernero, quitándose el pañuelo de la cabeza, y dejando sobre el mostrador una cantara que acababan de desocupar.

— Buenas noches: le respondí, agradeciéndole su afectuoso y cortés saludo.

— ¿Viene su merced á presenciar el fin de la fiesta? me dijo.

— Ofrecí á Perico presentarme, y vengo á cumplir mi palabra.

— Se han divertido de lo lindo, y han bebido sin caridad hácia mis toneles.

— Bien hecho. Es el mejor modo de alegrarse y no sentir penas.

— Pase V., señor don Nazario; y se alegrará de solo verlos.

El Pasé, seguido del tabernero, á la estensa sala que sirvió para el banquete electoral, y que presentaba el mismo aspecto, sin otra diferencia que encontrarse Perico sentado entre su mujer y su suegra. Por lo demas las mismas candilas llameantes, las mismas mesas, los mismos barreños el mismo número de convidados, la misma franca cordialidad. Hubiera podido figurarme que no habia pasado un solo dia, y sin embargo una circunstancia me hizo aparecer silencioso ante aquella turba animada. La noche del primer banquete me acompañó Perez de Silva, mi único amigo del Infierno, y salimos de él satisfechos uno de otro; esta noche tenia que dejar aquel sitio con la mayor premura para arreglar un desafio, y el duelo debía efectuarse entre Perez de Silva y yo. La amargura de este recuerdo me hizo escuchar indiferente los vitores y aclamaciones con que me recibió Perico, su mujer y sus convidados: tuve que violentarme mucho para no ofenderlos con mi glacial indiferencia; y á los cinco minutos dejé aquel paraje, prótestándoles mi agradecimiento y ofreciéndoles mi amistad.

Perico se empeñó en acompañarme; yo me opuse á ello reiteradas veces; pero fueron tantas sus instancias que condescendí, por no enojarlo. Salimos juntos á la calle, y á los pocos pasos de la taberna nos rodeó un grupo de embozados; dando el grito de: «Alto á la justicia.»

Nos detuvimos al momento, y se adelantó hácia nosotros un hombre vestido de gaban, y que traía en la mano un baston de autoridad. Luego que se llegó á mí, acompañado de algunos mas, me dijo:

—¿Tengo el honor de hablar al señor don Nazario Palma de Jura?

—Sí señor: le respondí con arrogante impertinencia.

—Pues tenga V. la bondad de venir conmigo.

—¿Quién es V.? le pregunté; poco satisfecho de su cortés invitacion.

—El comisario de policia de este distrito; y tengo orden de conducir á V. á la gefatura política.

—¡V. ir preso señor don Nazario! exclamó Perico, colocándose entre el comisario y yo.

—Y tu tambien: dijo el comisario al baratero, que rujia como una pantera.

—Soy un diputado del pais: repuse, imponiendo silencio á Perico.

—Mi obligacion es cumplir las órdenes que acaban de darme: añadió el comisario.

—¡Y mi obligacion es dar un grito!.... exclamó Perico.

—Calla, Pedro: le dije con severo tono: y añadí, dirijiéndome al comisario:

—Estoy pronto á seguir á V.

Inmediatamente se puso en marcha nuestro cortejo ; y á las ocho de la noche, hora en que pensaba yo arreglar las condiciones de mi duelo y entraba en la gárganta política.

CAPITULO. XVII.

UN EDITOR RESPONSABLE.

EL comisario de policia me condujo inmediatamente á la Gefatura Política, y en ella me separaron de Perico; enviándolo incomunicado á un calabozo, por más que certifiqué su inocencia; y conduciéndome á una sala que debia servirme de prision. Media hora despues entró el gefe á visitarme, y se contentó con decirme que estaba preso de orden superior, y que si necesitaba alguna cosa podia pedirla con franqueza. Le respondí, que si debia pasar la noche en mi prision, lo que necesitaba era un lecho; para lo cual podia dirigirse á mi casa, cuyas señas di, aunque no debian ignorarlas; y le supliqué encarecidamente que pusiera en libertad á Perico; cuya boda estaban ce-

lebrando. La autoridad tuvo la bondad de sonreirse por no desmentirme sin duda, ofreciéndome al mismo tiempo que cuidaria de aquel pobre mozo; y yo tuve la gran prudencia de no debatir la cuestion, resignándome con mi suerte.

Se retiró la autoridad, y yo me entregué enteramente á un pensamiento que debia hacer mucho mas lúgubre la soledad de mi prision. Recordé que en todo aquel dia no habia visto ni un solo instante á la encantadora María: comprendí que no la veria en toda la noche y quizas en muchos dias mas; y ví que estaba condenado á los horrores de la ausencia, á su inquietud y sus tormentos.

Pasé la noche menos mal que habia imaginado en un principio, y pasé el dia sin otro sentimiento grave que el de no ver á la encantadora María. Despues de comer, me anunciaron que queria verme un caballero; y obtenida que hubo mi venia, se presentó un hombre, vestido con un paletó sumamente largo, un sombrero algo exagerado, y un pantalon de saten negro, igual al que yo llevaba á la sazón. Cubria casi enteramente su rostro una barba rubia y espesa, y sus cabellos, del mismo color y abundantes, descansaban sobre sus hombros; llevando puestas unas gafas de cristal verde. Éste personaje se adelantó con paso firme; echó una mirada indagadora y seguro de que nos hallábamos solos, se quitó el largo

paletó, el ancho sombrero, las gafas, la peluca y barba postiza; quedando a mis ojos mi homónimo, con un vestido casi igual al que yo tenia puesto.

—Nazario, vístase V. pronto esos enseres, que acabo de dejar: me dijo, presentándome el paletó.

—Pero..... murmuré resistiéndome.

—Vístase V. sin vacilar, y despues nos quedará tiempo para hablar cuanto nos acomode.

Comprendí que podrian sorprendernos á poco que yo vacilara, y me disfrazé inmediatamente, ayudándome siempre mi homónimo; nos sentamos á corta distancia y el diablo me dijo:

—Razon tenia yo para desconfiar completamente de su habilidad parlamentaria.

—¿Y en dónde tiene V. las pruebas? le pregunté un tanto enojado.

—En ver á V. preso; prueba plena, que no se atreverá V. á negarme.

—¿Y qué tiene que ver mi prision con mi habilidad parlamentaria?

—Muchísimo. Estos dias pasados la oposicion, que está conspirando realmente, ha combatido al ministerio porque está dispuesto al combate; y V., que no conspiraba, por nécio plurito de hablar, ha repetido en todos los tonos posibles las acusaciones que dirigian á los ministros los principales adalides de la oposicion. El ministerio, que no podia coger los hilos de las conspiraciones

reales, y que le convenia muchisimo probar su existencia, ideó presentar una de teatro; y sus relaciones de V. con Perico travieso le ofrecieron una, que hacia verosímil la reunion de los convidados á su boda. Me parece que estas palabras probarán á V. la veracidad de mi aserto.

—¿Segun lo que acaba V. de decirme, soy víctima de una supercheria del gobierno?

—El gobierno sabe que conspiran: V. ha secundado en la tribuna los esfuerzos de los conspiradores, y en la imposibilidad absoluta de castigar á los culpables, incomoda un poco á quien puede ser inocente.

—¡Buena manera de gobernar! exclamé con indignación.

—No perdamos tiempo, amigo mio. Cuando V. quiera abandonar esta prision, y debe querer pronto, puede hacerlo, protegido por ese disfraz, sin el menor inconveniente.

—¿Y V. qué hará?

—Quedarme aquí.

—Yo no puedo permitir que nadie pague mi torpeza.

—Dejemos estériles generosidades. Desde que llegamos á la córte, ha ocupado V. mi lugar, y yo he sido su editor responsable. Ha tenido V., por mi causa, incomodidades y disgustos; yo tendré otros muchos por la de V., y así quedaremos pagados. Por lo demas esta prision no se-

rá larga , y saldré de ella con la aureola de los mártires. V. , sin apercibirse de ello siquiera, acaba de hacerme ministro. Aproveche V. los momentos , y deme V. su despedida.

—¿ Pero qué debo hacer , luego que me encuentre en libertad ?

—Subir á un coche, que espera á V. á la puerta de este edificio : dentro del coche, encontrará V. un hombre seguro, que lo sacará de la corte. A la media legua cambiará V. de carruaje, y el mayoral , que es hombre entendido y muy fiel , lo llevará á V. sano y salvo á aquella ciudad perfumada que riegan cristalinos rios.

—¿ Tendré que abandonar para siempre esta hermosa corte ?

—Sí señor. Está visto que no sabe V. conducirse en las regiones infernales.

—Pues , amigo mio, declaro á V. terminantemente que no saldré de esta prision.

—¿ Halaga á V. la brillante idea de ser ministro del Infierno ?

—No señor ; pero amo á una muger con delirio , y no la dejaré jamás.

—¿ Como se llama esa muger ?

—María Cartosama.

—Sabia que la obsequiaba V. rendido ; pero no podía figurarme que fuera tan grande su amor.

—Pues sepa V. que la idolatro.

—Me alegro mucho. ¿No tiene V. ningun otro lazo que lo retenga en el Infierno?

—Tengo otro; pero de muy diversa indole.

—¿Cuál es?

—Un duelo pendiente con Camilo Perez de Silva.

—Duelo impío, que no se hubiera realizado.

—Me ha provocado formalmente.

—Ocupémonos de otra cosa. ¿Recuerda V. que el dia de mi duelo con Crisanto, me entregó este un pliego?

—Lo recuerdo: Y, á propósito do ese duelo, ¿cómo está Crisanto?

—Lo mismo: es decir luchando entre la vida y las angustias de la muerte. Pero no hablemos de su salud.

—¿Considera V. mas oportuno que nos ocupemos de la carta?

—Exactamente; y voy á empezar á leerla; advirtiéndole á V. que en lugar de un nombre, que está escrito con todas sus letras, debo leer el de Dorotea, porque es de ella de quien se trata.

Mi homónimo sacó una carta, y despues de haberme mirado con cierta espresion maliciosa, comenzó á leer le siguiente:

• Caballero: sé muy bien que puedo sucumbir en nuestro lance de mañana; y por si soy el desgraciado, quiero manifestarle lijera y compendiosamente los motivos que me han

hecho obrar de este modo , y nombrarle las dos personas que han marcado las dos fases de mi conducta. V. ha oido contar á un loco una historia de amor , y sabe que este loco sorprendió á Dorotea, su amada , en brazos de un hombre ; ese hombre era yo , preferido amante de la encantadora Dorotea. V. ha guardado fielmente el secreto de esta triste historia , pero Dorotea no descansaba ; y queriendo vengar la ofensa que V. la habia hecho , robándola la mano de Perez de Silva , y tener la seguridad de que nunca volveria V. á atravesarse en su camino , me escribió al extranjero , instándome viniera al momento ; porque tenia necesidad de mí , para que la librara de un hombre que era su enemigo implacable. Acudí al punto al llamamiento de la vengativa Dorotea ; pero todas sus diligencias , y las mias lo mismo , fueron vanas , para descubrir el paraje en que V. se hallaba ; y despues de haber perdido algunos meses , tuve que abandonar la corte , por no oirla acusarme diariamente de que mi amor la habia quitado dos maridos. Volvió V. á presentarse en público , y algunos meses despues emprendió un largo viaje de recreo , del cual ha vuelto á los dos años. »

El Diabolo interrumpió su lectura para decirme :

—Ahora viene un párrafo , que no creo oportuno leer , y paso al párrafo siguiente , que dice:

«Persuadida entonces Dorotea de que V. no dejaría de hostilizarla, recurrió á mí, como lo habia hecho tres años antes, y yo tuve la imperdonable debilidad de prestarme á sus intenciones. La marquesa del Buen-Gusto, dama que V. conoce oomo yo, habia tratado mucho en Paris á la princesa de Amelgona, y sabia por ella la triste historia de su hijo. Esta circunstancia, que no ignoraba Dorotea, hacia que Laura dominára completamente á la hija del marqués del Campo; y como mi reto fué público, se apercibió de él, y tomó sus disposiciones para que no se realizára. Amenazó primeramente á Dorotea con hacer público el verdadero fundamento de nuestra sangrienta querrela, y acabó por persuadirla enteramente de que era mas hábil venganza mancillar el honor de un hombre que privarlo de la existencia. Respecto á mí podia la marquesa echar mano de las mismas armas que V. ha usado para hacerme venir á la córte; y colocado entre estas dos diestras mugeres, tuve que dejarme robar, para hacer correr la falsa especie de que V. habia encontrado medios de no llevar á cabo el lance.

•Creo inoportuno dar á V. mas esplicaciones, y le ruego que me disculpe CRISANTO. •

—¿Qué ha parecido á V. la carta? me preguntó el Diablo sonriéndose.

—Que figura en ella , como en todo , esa su-
puesta Dorotea ; cuyo nombre real....

—¿ Desea V. saber ?

—Ciertamente.

—Nada mas justo : y como no quiero que
mis lábios lo pronuncien mal , puede V. leerlo
aquí.

Mi homónimo me indicó con el dedo un pa-
saje de la carta que tenia en la mano ; me acer-
qué á él , esperando dejar satisfecha mi creciente
curiosidad : fijé mis avidas miradas ; leí , y lancé
un grito , cubriéndome el rostro con las manos.

—¿ Qué ha visto V. , amigo mio ? me preguntó
el Diabolo con perfecta tranquilidad.

—¡ María Cartosama ! ¡ María Cartosama ! es-
clamé , no dando crédito á mis ojos.

—María Cartosama y Dorotea son una misma.
Los marqueses del Campo y los de Cartosama
unos mismos.

—¡ Qué horror !

—No hay de qué horrorizarse tanto.

—¡ María Cartosama , la muger que yo creia
tan pura ha sido manceba de Crisanto ?

—Que abusó de su inesperienza.

—¡ Manceba tambien del heredero de los prin-
cipes de Amelgona !

—María creyó hallar en él un esposo ilustre y
rico. Su corazon estaba ya viciado y ejercitada
su cabeza.

—María quiso engañar á Perez de Silva.

—Al cual negó lo que habia concedido á otros, porque siempre iba adelantando en estas lides.

—Cuando yo llegué á estas regiones, tenia esclavizado á un mancebo.

—A su duelo de V. con Flores se reduce el parrasillo de la carta, que suprimí para no causarle sospechas.

—Y últimamente ha tenido María la impudencia de jurarme amor; á mí que debia conocerlo todo.

—La culpa no ha sido de María, sino de V. que la declaró su pasión.

—Es verdad; y ahora comprendo perfectamente por qué desconfiaba de mi cariño.

—¿Y en qué estado se encuentran sus relaciones de V. con María Cartosama?

—El lunes nos juramos amor eterno.

—Está muy bien. ¿Y cómo trata V. á Catalina?

—Con desdeñosa indiferencia; que, segun creo, aviva su amor.

—Es posible. ¿Y á la marquesa del Buen-Gusto la considera V.?

—Al contrario. La trato con el mayor desprecio.

—Pobre marquesa. He averiguado uno de estos dias, que ella fué la causa de que no se pu-

blicára mi artículo contra el señor ministro de hacienda; lo que la valió la banda de Amalia Suri. ¿Y ahora quiere V. quedarse en el Infierno?

—Quisiera poder despedirme del ex-ministro y su familia.

—Es imposible amigo mio. El ex-ministro me ofreció, antes de venir yo á la córte, su proteccion, y V. sabe de qué manera cumplió su empeñada palabra. En cuanto á su amable familia, solo diré que merecen mi estimacion.

—Tambien quisiera despedirme de la condesa de Jentosca.

—¿Para qué? La condesa es una señora de mundo, que agasaja mucho á los presentes y de los ausentes se olvida.

—¿De modo que debo alejarme sin pena?

—Asi lo creo: ya que no ha tenido V. la desgracia de ver el rostro á la máscara que le esplicó *El arte de hacer amigos*.

—¿Pues quién era?

—Era la hermosa Joaquina de Villagracia.

—¿Y Joaquina?...

—Nada mas tengo que decirle. Abandone V. el Infierno, que Matilde lo espera en su encantado Paraiso.

—¡Es verdad! exclamé, recordando las perfecciones de Matilde, su alegre sonrisa y su candor.

—Déme V. un estrecho abrazo, y abandone pronto estos lugares.

Abracé á mi homónimo, como si lo hiciera á un hermano, y me alejé con prontitud.

CAPITULO XVIII.

LA SUBIDA AL CIELO.

No habia descuidado mi homónimo ningun género de precauciones , y media hora despues de haber dejado mi estrecha cárcel , me hallaba en la misma silla de postas que me habia conducido al Infierno ; tirada por dos buenos caballos y cargada con mi equipage. Crujió el látigo el mayoral , y salimos á gran galope; abandonando , quizás para siempre , á aquella ruidosa Dramalla , en la cual habia pasado cuatro semanas de imponderable sobresalto.

Caminamos con rapidez, y sin que niegun incidente desgraciado viniera á interrumpir la monotonia del camino. Al amanecer del tercer dia, que era lunes, descubrí á lo lejos una elevadísi-

ma sierra, coronada de bruñida nieve, que empezaban á nacarar los rosicleres de la aurora. Instantáneamente respiré auras puras y embalsamadas: tendí la vista en derredor y descubrí una fértil vega, esmaltada de caserios, como los espacios de estrellas en el silencio de la noche. Ya me llamaba la atención un grupo de alivos y verdes avellanos; ya una pradera, cuyo césped estaba bordado de flores; ya un claro y alegre arroyuelo, que se ocultaba jugueteando entre los frondosos cañamares; ya un rebaño, que se estendía, como un sudario de batista, sobre los floridos rastros; ya un grupo de trabajadores, que se dirigían á sus faenas cantando festivas canciones; y por último una ciudad, que se despertaba lentamente, agitándose medio dormida sobre su lecho de colores: esta ciudad era Granada. La conocí por sus preciosos *Cármenes*, afilegranados canastilos de verdura; la conocí por los dos rios que la estrechan entre sus brazos; la conocí por el alcázar de los árabes; por la *Alhambra* que tanto admiran los viajeros. La conocí por su feraz *Generalife*, que tanto encomian las leyendas; y la conocí finalmente por su cielo azul y despejado; porque sentí al llegar á ella el suave aroma del suelo natal que habia dejado. Experimenté en un segundo mil sensaciones agradables, nuevas, distintas entre sí; y si hubiera de clasificarlas, ocuparía gruesos volúmenes sin llenar del todo mi

objeto. Respiré con mas libertad, y al pisar mi antiguo alojamiento, me creí aliviado de una carga que apenas podia soportar.

Aquí deberia terminar la relacion de mi viaje, pero un poderoso motivo me hace añadirle algunas páginas, que serán pocas, lo aseguro. Si no han olvidado mis lectores el principio del segundo capítulo de este verídico relato, recordarán á una Matilde, que tuvo la amabilidad de saludarme en el paseo, la misma tarde que trabé amistad con mi homónimo, y de quien me despedi en el teatro, si no con la triste ternura de dos amantes que se alejan, con la pena de dos cariñosos amigos. A mi vuelta, me he apresurado á visitar á esta belleza, mucho mas dulce y melancólica que las bellezas infernales; á esta belleza, que me ha recibido con una sonrisa tan pudorosa y apacible como una pradera de nardos; á esta belleza, que ha escuchado mis tiernas protestas de amor, sin sospechar siquiera que en el corto espacio de un mes ha palpitado mi corazon por otras mujeres indignas; á esta belleza, que ha pronunciado ante el altar santo el juramento de hacerme feliz, que es mi esposa y me hace olvidar las muchas penas que otras bellezas me han causado.

Dejé mi patria, porque abrumado bajo el peso de un perpétuo hastio, no agitaba á mi corazon ni el movimiento de la sangre. Busqué un nuevo mundo, un nuevo mundo no, un Infierno, para

lanzarme en él como un caballo desbocado : y siempre al escape entre malezas, iba dejando en las agudas puntas de sus penetrantes espínos mis mas brillantes ilusiones, como una ligera mariposa deja sus matizadas alas en las espinas de un rosal. He vuelto á mi patria con el corazon desgarrado, y he hallado en ella la quietud que mi espíritu necesitaba; la felicidad que no habia soñado siquiera; la paz, que es balsamo del alma; el amor que encanta y no la pasion que asesina..... Bogueen otros en altas mares mientras yo me aduermo en la playa.

CONCLUSION.

Ni punto mas ni coma menos ha tenido á bien escribir mi bondadoso y fiel amigo, don Nazario Palma de Jura, el de este mundo que habitamos; y no faltará algun lector á quien parezca el desenlace poco concluyente, porque quedan sanas, robustas y en sus posiciones respectivas la mayor parte de las personas que hemos conocido en el Infierno. Yo no estoy lejos de abundar en tan racional opinion, y si no la abrazo con empeño es porque reflexiono que el viajero ve las cosas como las encuentra, las contempla, las examina, forna su opinion, saca su diseño, y acaba por separarse de ellas, dejándolas como las halló á su llegada. Esto es lo que ha podido hacer mi amigo, y no merece por lo tanto ni la mas pequeña censura. Yo que, como he manifestado antes, participo en cierta manera de la opinion de muchos lectores, he conseguido recoger un gran número de preciosos datos, referentes á las personas que

se han quedado en el Infierno; y si los que han leído estos volúmenes desean continuar sabiendo noticias de aquellas regiones subterráneas, les publicaré una novela, que se titulará TRES VICIOS Y UNA VIRTUD, segunda parte de UN VIAJE AL INFIERNO.

Los materiales están prontos; yo sumamente descoso de complacerlos; signifíqueme su voluntad y la acataré como á ley.

FIN.





LS

A7193v

Ariza, Juan de

Un viaje al infierno. Vol. 3-4.

459470

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

